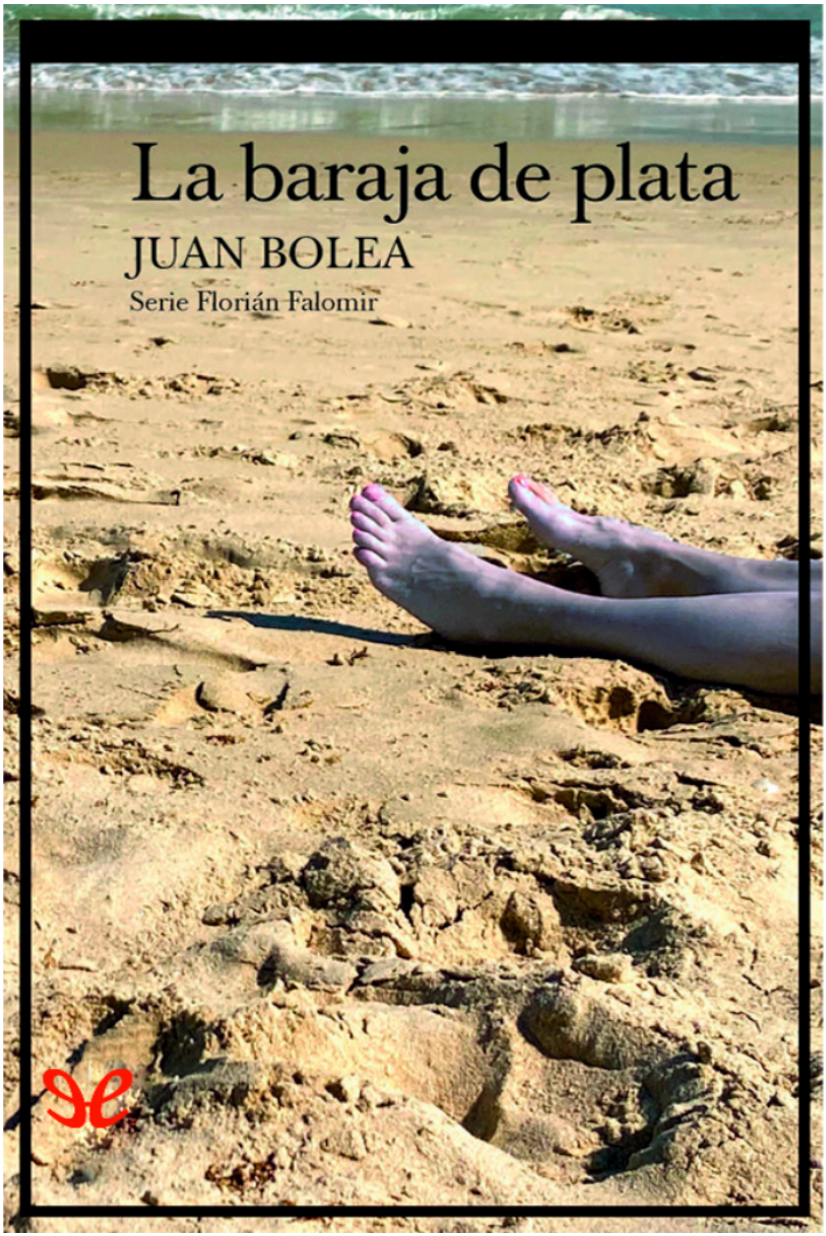
La baraja de plata
JUAN BOLEA
Serie Florián Falomir

Cuando Florián Falomir descubre el cadáver de una muchacha en una playa de Cádiz, no puede imaginar hasta dónde le conducirá este caso.

La muerte de la chica estará relacionada con una baraja de plata dorada que perteneció a los Borbones. Concretamente, a Carlota de Borbón, primogénita de Carlos IV y hermana de Fernando VII. Dándose la circunstancia de que ese valiosísimo juego de naipes se acaba de subastar en una sala de Nueva York, sin que se sepa dónde está ni quién lo ha adquirido.

Una trama que se irá complicando a medida que la policía relacione esta muerte con las desapariciones anteriores de otras tres mujeres, y que Falomir se vaya introduciendo en un Cádiz tan hermoso de día como misterioso de noche. Muy inquietante, porque tal vez en la subterránea oscuridad de sus criptas, pozos o túneles acechen antiguos secretos y sombras del pasado, fuerzas a las que acaso sea preferible no despertar…

Juan Bolea

La baraja de plata

Florián Falomir - 5

ePub r1.0
Titivillus 31-12-2022

Juan Bolea, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Primer día
Segundo día
Tercer día
Cuarto día
Quinto día
Agradecimientos
Sobre el autor

Para Josep Forment, siempre con nosotros

La formación de una *polis* es el acontecimiento más grande y decisivo de la vida de un pueblo… Y la condición previa de toda fundación, el agua potable, que acaso habría que recoger de una fuente lejana, no se podría lograr sino en lucha con una potencia tenebrosa. Cadmo mata al dragón de Ares que guardaba la fuente que luego perteneció a Tebas… Todo lo que ha de prosperar enérgicamente sobre la tierra tiene que pagar tributo a potencias subterráneas.

JACOB BURCKHARDT
Reflexiones sobre la historia universal

PRIMER DÍA

Sábado 15 de febrero del 2020

8:00

Los días anteriores había llovido en Cádiz tan torrencialmente como casi nadie recordaba, pero aquel sábado 15 de febrero del 2020 había amanecido claro, aunque muy ventoso, con ponientazo.

Eran poco más de las ocho cuando el comisario provincial de Cádiz, Antonio Castillo, oyó algo anómalo en la emisora policial. Al salir del bar Pedrín, donde estaba tomando un café, vio algo aún más extraño tendido en una punta de la playa de Santa María del Mar, con una marea tan baja que las rocas asomaban como quijadas de dinosaurios.

A la pálida luz que flotaba sobre el mar, el comisario volvió a fijarse en aquel bulto desdibujado como una mancha tras el espigón.

¿Y si se tratara de una persona? ¿Tal vez, por sus ovaladas formas, de una mujer de cabello negro, con ropa oscura?

Fuese lo que fuese, el bulto estaba tan quieto como activo el hombre que a su alrededor se movía como una araña en torno a una mosca apresada en su red. Su insólita actitud, revoloteando en círculos, agachándose, alejándose unos metros como si buscara algo y volviendo a acercarse al bulto para arrodillarse a su lado —¿y abrazarlo?, ¿besarlo?—, indicó al comisario que allí estaba sucediendo algo totalmente fuera de lo normal.

A su izquierda, al otro extremo de la playa, junto al segundo espigón, un grupo de siluetas en movimiento desvió su atención.

Eran cuatro y corrían hacia el hombre que seguía dibujando círculos alrededor de esa cosa inmóvil.

Castillo distinguió a uno de sus oficiales, el inspector Felipe Ponce. Fuerte y ágil como era, Ponce avanzaba a la carrera delante

de los otros, dos de los cuales llevaban uniforme. La cuarta corredora era la subinspectora Macarena Zamora, en tan buena forma que había dejado atrás a los otros dos agentes y a punto estaba de rebasar al propio Ponce.

A su vez, el comisario decidió bajar por la rampa más cercana y dirigirse a la orilla. Lo hizo al trote porque a sus sesenta y cuatro años no estaba para carreras. Se había dejado la americana en el despacho y había bajado al Pedrín, el bar donde solía tomar café, por lo que tuvo que atravesar la playa a cuerpo y con los ojos semicerrados, porque se los acribillaba la arremolinada arena.

Hasta que no estuvo a solo unos metros no comprendió qué era aquel bulto: una mujer muerta. El inspector Felipe Ponce y la subinspectora Macarena Zamora lo esperaban junto a sus restos tirados en la arena húmeda.

—¿Respira?

Ponce acababa de tomarle el pulso. Meneó la cabeza.

—¿Llamamos a los forenses, comisario?

—Y al juez.

—¿Cómo se ha enterado, señor? —le preguntó la subinspectora mientras, en medio de otra fuerte ráfaga, marcaba el número del Instituto de Medicina Legal. Ponce estaba haciendo lo propio con el juzgado.

—Había bajado a por un café y oí la frecuencia. ¡Pobre chiquilla! Tan joven…

El comisario contemplaba el cadáver protegiéndose del viento con el dorso de una mano. Con la otra, señaló al hombre a quien los otros dos policías estaban interpelando.

—¿Y ese individuo?

—Fue quien encontró el cadáver. ¡Marquina!

El aludido agente se les acercó aspando los brazos en cerrada lucha contra el vendaval.

—¡A la orden, inspector!

—¿Quién es ese ciudadano? ¿Lo han identificado?

—Se llama. —Marquina consultó su libreta, cuyas hojas, sopladas por el vendaval, revolotearon como alas de un monstruoso insecto—. Falomir, Florián Falomir. Es detective privado, casualmente.

—¿Colegiado en Cádiz?

—En Aragón.

La subinspectora Zamora comentó:

—Una cosa me ha llamado la atención. Cuando nos acercábamos a la carrera me pareció ver que ese hombre estaba haciendo algo así como… tomar medidas.

—¿Tomando medidas a qué? —se extrañó Castillo.

—Al cuerpo, al cadáver… Estaba como… midiéndolo.

—¿Midiendo qué?

—No lo sé, comisario. Las piernas, las pantorrillas, los tobillos.

—¡A ver si va a resultar un sátiro! ¡Tráiganmelo!

Nada más oír aquella orden, y como si quisiera escapar de ellos, el detective Falomir se dio la vuelta y, remontando el espigón con una agilidad, dada su oronda figura, sorprendente, huyó a la carrera. Los dos agentes arrancaron a correr iniciando su persecución, que duró muy poco porque a los pocos metros el investigador se detuvo en seco para, con su móvil, ponerse a hacer fotos a la arena.

—¡Suéltenme! —protestó; los policías lo tenían aferrado—. ¡No pisen o borrarán las huellas!

—¡Tráiganlo! —volvió a reclamarlo el comisario.

Sin miramientos, Marquina y el otro policía nacional empujaron al detective hasta el círculo de mandos.

En cuanto lo tuvo delante, el comisario lo calibró de una mirada. El tal Florián Falomir era de estatura media tirando a alta y un tanto grueso tirando a gordo. El viento le planchaba los pocos pelos que quedaban en su cabeza, maciza y noble como si la hubiesen cortado de una estatua para incrustársela en el cuello. Llevaba un traje de lino color celeste demasiado veraniego para aquellos frescos días de febrero, a juego con una corbata azul marino de punto y con unos mocasines de piel igualmente azules. En una mano sostenía un sombrero de paja. De haberlo llevado puesto, se le habría volado.

—¿Puedo saber qué estaba haciendo?

—¡Fotos de las huellas! —jadeó el detective, sin respiración porque los dos agentes lo mantenían firmemente aferrado.

—Soy el comisario Castillo. ¡Cálmese y explíquese!

—¡Así no puedo hablar, comisario!

—Está bien, suéltenlo.

En cuanto los agentes lo hubieron desasido, Falomir se irguió

con dignidad, se planchó dignamente la pechera de su americana y se dignó avanzarles:

—Voy a contarles con exactitud lo que he visto y lo que he hecho. Respecto a lo que he pensado, muy gustosamente se lo revelaré si necesitan mi ayuda.

—¡Sobran las impertinencias! —le advirtió el inspector—. ¡Y déjese de acertijos!

—Muy bien, verán… Estaba dando un paseo por la playa cuando descubrí a esta mujer tirada en la arena. No parecía respirar. Aquí no hay cobertura telefónica, así que corrí al paseo e indiqué al primero que avisara a la Policía. Sería ese mismo peatón quien les llamó.

La subinspectora lo confirmó y Falomir prosiguió:

—Regresé a su lado e intenté reanimarla. Masaje cardíaco, respiración artificial. Mis esfuerzos resultaron inútiles. Había muerto. Cerca del cuerpo reparé en unas huellas que el viento estaba borrando y me apresuré a fotografiarlas con mi móvil por si fueran demostrativas de la presencia de un testigo… o de un agresor. Las medí: dieciséis centímetros. Acto seguido, medí los pies del cadáver: diecinueve centímetros.

Falomir sacó del bolsillo una cinta métrica y la extendió en el aire, mostrándola a los policías como si fuera un instrumento de infalible precisión.

—La diferencia de tres centímetros entre ambas mediciones me invitó a pensar que las huellas en la arena no eran de esta joven muerta, sino de otra mujer.

—Pero entonces —replicó el inspector Ponce—, ¿dónde están las huellas de esta chica? ¿Cómo llegó hasta aquí? ¿Volando?

—Tuvo que arrojarla el mar —presumió el comisario—, por eso no habrá huellas de sus pasos. Enséñenos esas fotos, detective.

Falomir les fue mostrando las fotografías. Las había tomado aproximadamente media hora antes. En todas se veían las mismas huellas de zapatos, más nítidas sobre la franja de arena húmeda, bastante más borrosas, debido a la acción del viento, sobre la seca.

La subinspectora observó:

—Zapatos de tacón.

Tenía razón. Se distinguían estilizadas punteras y agujeros de finos tacones. Falomir continuó razonando:

—Los pasos de otra mujer se detuvieron muy cerca del cadáver, pero no lo tocaron, ni se le acercaron siquiera, sino que lo rodearon. ¡Fíjense en su caprichoso deambular! Pasos que se acercan, pasos que se alejan… ¡Y miren esta otra fotografía, la más clara de todas! Tanto que puede leerse algo grabado en la suela del zapato, entre la puntera y el tacón.

—Déjeme ver —pidió la subinspectora.

El detective le pasó su móvil. Macarena amplió la imagen.

—En la suela se puede leer «Christian Louboutin, *made in Italy*». Una marca cara. ¡Carísima!

—¿Hay algo que diferencie esa marca de zapatos de otras? —preguntó Ponce a la subinspectora, acercando la boca a su oreja porque el viento apenas les dejaba oírse. Instintivamente, Macarena se alejó un paso de él.

—Los Louboutin se parecen a otros zapatos de tacón de alta gama, como los Manolo Blahnik o los Jimmy Choo. Pero las suelas de los Louboutin son de color rojo.

—¿En todos los modelos, Macarena, o solo en uno determinado? —preguntó el comisario.

—En todos, creo.

—¿Como una especie de distintivo o señal de la marca?

—Exactamente, señor.

—¿Cómo es que sabe tanto de zapatos de tacón, Macarena? —El tono de Ponce era un tanto burlón.

—Los zapatos son una de mis pasiones.

—¿Tiene otras?

—E inconfesables.

—¡Déjense de carajadas! —los amonestó el comisario—. Intenten localizar a la dueña de esos zapatos de suela roja. Su testimonio puede ser relevante.

—Igual fue ella quien se cargó a esta chica —aventuró Macarena, señalando el cadáver.

—¡Qué imaginación! —exclamó Ponce, rozando lo despectivo en el tono.

El comisario iba a llamarle la atención, pero no era momento de discusiones internas y se dirigió al detective:

—¿Algo más, señor…?

—Falomir, Florián Falomir. Pues sí, señor comisario, me gustaría

hacerles notar otro detalle, muy relevante desde mi punto de vista. La mujer de los zapatos de tacón estaba completamente ebria.

—¿Por qué lo cree?

—No solo lo creo, estoy seguro de ello. Sus vacilantes pasos se dirigieron hacia el paseo Marítimo dibujando eses. Fíjense otra vez en mis fotos, vean cómo carga el peso y cómo apoya las manos. Aquí es donde se habría caído, y aquí y aquí.

—Puede que en el paseo la recogiera un taxi —sugirió la subinspectora.

—Comprueben si algún taxista ha recogido esta pasada madrugada en el paseo Marítimo de Cádiz a una mujer con unos zapatos de tacón de suela roja y algún trago de más —ordenó el comisario, y volvió a dirigirse a Falomir—: Gracias, detective, nos ha sido muy útil. Espere, no se vaya aún. Es muy posible que los forenses, que ya deberían estar aquí, quieran saber exactamente con qué se encontró usted. Seguramente, también el juez querrá interpelarle.

Castillo y Ponce volvieron a acercarse al cadáver. Especialistas de la Policía Científica lo estaban videografiando. El rostro de la mujer muerta se había hinchado como el de un ahogado. Al comisario no le gustaban los casos de ahogamiento. Siendo niño, su madre se había ahogado en la playa de La Barrosa, delante de bañistas que no se dieron cuenta del peligro o nada hicieron para ayudarla.

De repente, Castillo decidió:

—¡Ponce, aleje a los nuestros!

El inspector juzgó un tanto absurda aquella orden, pero la transmitió como un eco.

—¡Obedezcan al comisario y peinen la playa por parejas!

Los efectivos policiales, incrementados por las dotaciones de otros dos coches patrulla, se dispersaron en abanico por el arenal. Junto al cadáver únicamente se quedó Castillo.

Al comisario le gustaba «interrogar» a los muertos. «Para escucharles», sostenía, empeñándose en establecer alguna clase de contacto con ellos, como si sus almas no hubiesen logrado abandonar sus ya inútiles cuerpos y en un póstumo esfuerzo pudieran revelarle la identidad de sus agresores.

Dispuesto a «hablar» con aquel bulto de carne inerte, el

comisario se acuclilló a su flanco. Sus rótulas crujieron como cojinetes mal engrasados y tuvo que corregir su posición a rodilla en tierra. Examinó el cadáver de cerca. Apenas era una adolescente. Un alón de cabello húmedo, indicativo de que el mar la había expulsado hacía poco de su líquida mortaja, emboscaba su cara, que comenzaba a azulear a causa de la hipotermia. Sin el impulso del corazón, su sangre estaría embalsándose en las arterias, acumulándose, atraída por la gravedad, en los vasos sanguíneos más próximos a la tierra.

A simple vista, Castillo no apreció heridas de consideración, aunque sí un hematoma en el cuello y rasguños y arañazos en brazos y piernas. Una franja más clara de piel en la muñeca izquierda denunciaba la falta de un reloj, que un ladrón o el mar le habrían arrebatado.

Le habían desgarrado el vestido. Con la punta de los dedos, el comisario le subió unos centímetros el borde de la falda. La víctima —Antonio Castillo ya no tuvo duda de que lo era— no llevaba ropa interior.

8:30

De reojo, el comisario vio acercarse por la playa al forense titular, Mariano Acebal, con otro médico más joven, Pedro Cárdenas, ambos del Instituto de Medicina Legal de Cádiz.

Saliéndoles al encuentro, el inspector Ponce aprovechó para alejar a algunos curiosos que se habían acercado a la orilla. Debido al ponientazo, no les iba a ser posible perimetrar la zona, pero lo último que necesitaban era un público dispuesto a disfrutar con el morbo de un espectáculo inesperado.

El doctor Acebal recomendó:

—Démonos prisa.

El viento amenazaba con borrar cualquier otra huella. Con buen tiempo habría pisadas de surfistas, pues la playa de Santa María del Mar era apta para surfear, pero esa mañana no se veían tablas en el agua. El mar bronco y picado no gustaba a los amantes de las olas.

—¿Y el juez? —El comisario comprobó su reloj.

—Mujer —matizó la subinspectora Zamora—. Es nueva. Acaban de destinarla a Cádiz. Se apellida Pérez-«algo», con guion, como los

nobles…

—¿Conoce usted a algún aristócrata, Macarena?

—A ninguno. ¿Y usted, comisario?

—Yo sí, al duque de Cazorla, Sebastián Salazar-Stewart, con su triple «S» y su noble guion.

—¿Es de los que están alicatados de pasta o de los que lampan?

—El duque de Cazorla es millonario. No…, ¡multimillonario!

—¿De qué lo conoce? —curioseó Ponce.

—Fue a raíz de un robo en su residencia de Costa Ballena. Les limpiaron el joyero de su mujer y un par de Sarasquetas suyas, hechas a medida y recamadas en plata. Al duque, las joyas de la duquesa le importaban un carajo. Con sus armas, en cambio, le iba la vida.

—¿Recuperaron el botín?

—Sí, y ¿adivinan quién era el ladrón? ¡La mujer del mayordomo!

—¿Como en las novelas de Agatha Christie? Pero ¿es que esa gente todavía tiene mayordomos? —se asombró la subinspectora.

—Y monteros, amas de llaves, secretarios, incluso algún político a sueldo. ¿Seguro que no le suenan los Salazar-Stewart, Macarena? Están emparentados con la Casa Real.

—No, comisario, no me suenan.

—El hijo mayor del duque, Bernardo, es comunista. El segundo, Álvaro, lleva justa fama de *playboy*. Y creo recordar que hay también una hija… Son sobrinos lejanos del emérito rey Juan Carlos y medio primos del rey Felipe. A Álvaro tuve que interrogarlo en una ocasión, a propósito de la desaparición de una chica, llamada Elisa Alsina, con la que estaba quedando…

—¿Quién, el emérito?

—No, no… —rio Castillo—. El hijo del duque.

—No me suenan de nada, ya le digo.

—¿No lee revistas del corazón?

—Para eso debería tener corazón —repuso Macarena, más bajito, para evitar que la oyese Ponce, aunque el inspector se había alejado unos pasos por la playa para hablar por su móvil.

Castillo la miró en silencio. Parecía nervioso. La impaciencia se le desbordó en irritación.

—Esa jueza… ¿dónde andará?

Lanzó una impaciente mirada hacia el paseo Marítimo, por donde debía llegar la magistrada. Hiriendo las nubes, el sol le deslumbró. Sus hijos le habían regalado unas gafas oscuras, pero se las debía de haber dejado en la chaqueta. Con la simple camisa blanca y el pantalón negro que llevaba, se sintió, además de despojado de su jerarquía y más parecido a un tabernero del barrio de la Viña que a un alto mando policial, helado de frío…

En el paseo se estaba organizando un buen atasco. Dos turismos acababan de darse un golpe y sus conductores discutían airadamente.

Irritado y congelado, el comisario rezongó:

—Ya aparecerá esa jueza un año de estos, no perdamos más tiempo. —Y autorizó al forense—: ¡Proceda!

El médico abrió su maletín, sacó un termómetro y, primero en una axila y luego en la ingle, tomó la temperatura al cadáver. No tuvo que separarle los párpados, pues seguían abiertos. En los globos oculares advirtió puntitos de sangre.

—Pequitias —murmuró.

—¿Asfixiada? —le interpeló Castillo, elevando la voz sobre los banderazos del poniente. Sus palabras llegaron a oídos del detective Falomir, quien, al cobijo del viento tras el espigón, seguía a la espera de que le requiriera el forense—. ¿Muerta por ahogamiento?

El cadáver había permanecido «algún tiempo» en el agua, evidenció Acebal, pero sin concretar el período. Sus golpes y heridas «podrían haberse producido por impactos contra las rocas».

«Podrían», se encogió de hombros el comisario.

—Las pequitias en los globos oculares y los hematomas del cuello podrían ser compatibles con un estrangulamiento —añadió Acebal. No parecía demasiado convencido.

«¿Podrían?», volvió a decepcionarse Castillo, y especuló gritando contra el viento:

—¿Qué método más seguro para evitar que una mujer atacada sexualmente denuncie a su agresor que ahogarla en tierra, rompiéndole la garganta, y arrojándola al mar? ¿Violación?, ¿asesinato? —insistió—. ¿Por qué no nos adelanta un diagnóstico, aunque sea provisional?

—Sería muy prematuro aventurar la causa de su muerte —mantuvo su cautela Acebal—. Por la temperatura del cuerpo, puede

que llevase en el agua un par de horas.

—¿Sin vida? —preguntó Ponce.

—No puedo saberlo aún, inspector… No hay saponización de la piel —divagó el médico, demasiado técnicamente para los policías —. Si hablásemos de asfixia, los tipos más comunes serían el estrangulamiento y la inmersión. Pero no siempre es posible precisarlas al cien por cien…

De nuevo, y muy a su pesar, la memoria del comisario regresó treinta años atrás, hasta la imagen indeleble, grabada a fuego con el buril del dolor, de su madre, que se había ahogado en aguas de La Barrosa rodeada de mirones, en vez de por algún médico que tal vez hubiera podido salvarla.

La subinspectora se les acercó para prevenirles:

—Su señoría está en un atasco. Acaba de avisarme el secretario del juzgado, que viene con ella.

El coche de la jueza tan solo había logrado acceder hasta un centenar de metros del punto donde seguía cortada la circulación del paseo Marítimo. Dos filas de coches parados hacían sonar en protesta sus bocinas. La portezuela trasera del vehículo oficial se abrió para dejar salir a una mujer desconocida para los policías. La acompañaba el secretario judicial, Andrés Recadero, a quien sí conocían sobradamente.

Calculando que la jueza tardaría todavía unos minutos en alcanzar la punta del arenal donde ellos se encontraban, Castillo rogó a los forenses que se alejaran del cadáver. Esta vez lo hizo, y así lo explicó, con el propósito de crear la protocolaria ilusión de que fuese la autoridad judicial quien diera la orden de proceder a examinar los restos humanos. Pero, en realidad, el comisario quería aprovechar sus últimos momentos de soledad con aquella desgraciada muchacha para rogarle de nuevo mudamente, como hacía con todas las víctimas cuando aún estaban «calientes», que le «hablara». Que le contara si su conjunto de fiesta había degenerado en trágica mortaja tras una noche de excesos o si la habían golpeado, violado y arrojado al mar desde alguna embarcación…

Pero la muchacha muerta no le habló. El comisario tan solo oía la voz del viento resonando en su cabeza. ¿Ya no sabía escuchar a los muertos?, ¿a las víctimas? ¿Estaría perdiendo facultades?, ¿haciéndose viejo? A juzgar por el retiro que pronto le firmaría un

ministro al que no conocía, sí. Y, una vez jubilado, ¿qué? ¿A pasear por la Alameda o por el parque Genovés?, ¿a tomar el sol con otros decrépitos?, ¿a presentarse por la peña Los Impresentables, que no pisaba desde su época de patrullero?, ¿a disfrazarse para el carnaval…? «¿De qué, papá, de carcamal?», le tomaba el pelo su hija Sol cuando le oía quejarse. ¿A entretenerse… en qué? ¿Echando una mano a su hijo Emilio en el quiosco librería de la plaza de la Candelaria?

—¡La jueza, señor! —volvió a prevenirlo la subinspectora, arrancándolo de su ensimismamiento.

«De su arrobamiento», pudo perfectamente haber pensado Macarena Zamora, pues la posición —una rodilla clavada en la arena— y la actitud —como orante ante el cadáver— de su superior jerárquico, el comisario provincial Antonio Castillo, era la de un abatido familiar que, arrodillado en un invisible reclinatorio, estuviese velando a un ser querido.

9:00

En cuanto hubo atravesado la playa de Santa María del Mar y salvado el primer espigón hasta una pequeña luna de arena que llamaban Playita de los Dados —por la proximidad de los enormes bloques de hormigón que reforzaban el baluarte—, la jueza Pura Pérez-Acanto se disculpó con el comisario por no haberse presentado antes. Apenas habían pasado unos días desde su llegada a Cádiz y, con el trajín de la mudanza, ni tiempo había tenido para saludar a los mandos policiales.

Era joven y poco convencional. Sobre unos botines de ante inapropiados para caminar por una playa, vestía unos vaqueros ajustados, de tejido elástico, una camisa rosa con dibujitos de aves —cigüeñas, loros, pelícanos—, y una americana invernal, de lana, color avellana. Molesta con el airazo, sacó una gomita y, con hábiles movimientos, recogió su melena en una cola de caballo que le despejó y endureció la cara. Tenía un lunar en el pómulo derecho y una desviación en el ojo izquierdo.

—¡Menudo aire, comisario! ¿El famoso levante?

—Hoy sopla poniente, señoría.

—¿Hay diferencia?

—Desde luego.

—¿Cuál?

—Que cuando no sopla uno sopla el otro.

—¿Deberé acostumbrarme?

—Eso me temo… Cuestión de tiempo.

—Como casi todo, empezando por el cambio de gobierno… ¿O le gusta el que tenemos?

Castillo evitó contestar. La experiencia le había demostrado los buenos resultados de ser prudente en política.

La jueza se acercó al cuerpo sin vida tendido junto al malecón, lo examinó visualmente y se dirigió a Acebal:

—¿Es usted el forense? Lo he adivinado, ¿verdad? No me pregunte cómo, ¡me ha sido fácil, tiene pinta de serlo! —Con una sonrisa forzada, el médico estrechó la mano que le tendía la jueza —. ¿Qué tenemos aquí? ¿Un crimen? ¿Cuál es su opinión, doctor?

Acebal le presentó un diagnóstico tan ambiguo como cauto. Castillo, en cambio, apuntó sin eufemismos a una agresión sexual.

—El vestido desgarrado habla por sí. Y le han quitado la ropa interior.

—Si se trata de una violación con fatal desenlace, como apunta, ¡actuemos! —les exhortó la jueza antes de adelantarles en un tono más cálido—: Confiaré en ustedes. No me gusta estar encima de su labor ni asfixiarles, pronto me irán conociendo. Conmigo dispondrán de una razonable libertad de acción. No será necesario que me estén preguntando todo el rato si autorizaría esto o aquello… Plantéense si lo permitirían ustedes y, si la respuesta es afirmativa, ¡actúen!

Castillo se la quedó mirando con asombro, sin conseguir recordar cuándo había sido la última vez que un miembro de la judicatura se le había dirigido con semejante franqueza… «¿O ligereza?», comentaría después, críticamente, con su equipo.

—Procuramos ser eficaces, señora jueza. Es nuestra norma.

—Juez, si no le importa. ¿Sabe cuál es la mía, comisario, mi primera norma o mandamiento? ¡Espere, no me conteste aún! Antes, dígame: ¿cuál de las dos, la justicia o la acción policial, tendría prioridad sobre la otra?

—La justicia está por encima de cualquier otro concepto — repuso Castillo, descolocado por aquel digresivo y, a todas luces,

improcedente debate.

—¡Precisamente es al revés! —le contradijo la juez—. El éxito de la justicia depende de una policía eficaz. El caos nos conduciría a un Estado injusto. ¿Está de acuerdo?

—En parte, sí…

—¿Y cuál es la parte del no?

—Si el hombre es justo por naturaleza, ¿por qué iba a necesitar que el Estado le educase en serlo?

Pérez-Acanto le clavó su mirada estrábica.

—Saqué matrícula de honor en Derecho Natural. ¿Aristóteles?

—Platón. —Animado por sus hijos Emilio y Sol, muy buenos lectores, el comisario había empezado sus *Diálogos*.

—¡Bah, Platón! —lo desdeñó ella—. ¡No soy nada platónica, ni siquiera en el amor!

Dando la espalda a sus interlocutores, la juez intentó encender un cigarrillo, pero el viento le apagaba el mechero. En cuanto pudo prender, aspiró una calada ávida y continuó hablándoles con la voz quemada por el humo:

—Dejémonos de teorías y vayamos al caso práctico que nos ocupa. ¿Quién es la chica?

—No lleva documentación, pero la identificaremos en breve —garantizó Castillo.

—¿Edad?

—En torno a veintiuno o veintidós años —calculó Acebal.

—O alguno menos —le enmendó la juez—. Las adolescentes engañan. ¿Tienen ustedes hijos?

El médico, soltero, guardó silencio. El comisario asintió.

—Yo, un hijo y una hija, Emilio y Sol, de treinta y cuatro y diecisiete años.

—¿Su hija adolescente aparenta su edad?

—Puede que alguno más.

—¿No les decía yo? —La juez pegó otras dos nerviosas caladas —: ¿Hay algún testigo del suceso o nadie ha visto nada, como suele suceder?

—Aquel hombre.

Castillo estaba señalando a Florián Falomir.

—Fue quien encontró el cadáver.

Al abrigo del espigón, el investigador se había puesto a

conversar, y muy animadamente, al parecer, con la subinspectora Zamora.

—Se trata de un detective.

—¡No me diga! Luego hablaré con él.

Unos desgarradores gritos a sus espaldas les hicieron volverse. Acababa de presentarse la madre de la muchacha muerta. La acompañaba otro pariente, un hombre bajito, con una llamativa melena blanca.

Escoltados por el comisario y la juez, ambos familiares se acercaron al cadáver y lo reconocieron entre muestras de dolor.

La madre se llamaba Adela Manso. Era rubia y menuda, e iba sencillamente vestida con un chándal de color verde. Entró en *shock* y hubo de ser atendida por el personal de una ambulancia que acababa de descender la rampa.

Su acompañante, que era hermano suyo, un hombre llamado Horacio Manso, de baja estatura y ese largo pelo blanco con que jugaba el viento, pudo proporcionar a los policías los primeros datos sobre la ahogada, que era sobrina suya: Casilda López Manso, natural de Cádiz. Dieciocho años recién cumplidos. Segundo de bachillerato en el colegio de San Felipe Neri.

Su sobrina Casilda, explicó Horacio al inspector Ponce, cerca del lugar donde Falomir no podía menos que oír lo que se hablaba, había estado la noche anterior celebrando su cumpleaños en un *pub* del paseo Marítimo, el Pico de Oro. Por la mañana, aún no había vuelto. Muy preocupada, su hermana Adela —la madre de Casilda— había llamado a otras casas, por si su hija había ido a dormir con alguna amiga. Pero «la niña» —a Ponce le chocó que, delante de su cadáver, su tío Horacio la llamara así— no estaba con ninguna de sus compañeras. Nadie sabía nada de ella. La madre seguía sin averiguar su paradero cuando el propio Horacio la avisó con su móvil para que acudiera corriendo a la playa de Santa María del Mar.

—¿Cómo supo que la mujer tirada en la arena era su sobrina? —quiso saber Ponce.

—La vi desde el paseo.

—¿Y cómo pudo distinguirla? Con la marea tan baja hay mucha distancia y ella estaba con la cara vuelta hacia el mar.

—Por el tomavistas. Los agentes me impidieron pasar y se me

ocurrió usarlo.

Horacio señaló uno de esos artefactos instalados en el paseo Marítimo. Su modelo *vintage* reproducía los antiguos anteojos panorámicos. Por un euro, su lente de aumento permitía apreciar las torres-miradores, la cúpula de la catedral y el castillo de San Sebastián. O bien, apuntando hacia la inmensidad del océano Atlántico, aquella mañana tan alborotado de espumas como en los peores temporales, enfocar veleros, mercantes, cruceros…

—¿Reconoció a su sobrina por el catalejo?, ¿me lo dice en serio?

—Pues, sí, no tuve ninguna duda. ¿Puedo volver con mi hermana Adela? ¡Está destrozada!

—Vaya usted.

Ponce dejó a los hermanos Manso en manos de Martín Reina, el psicólogo, y se unió al comisario y a la juez.

—Indagaremos en el entorno de esta pobre muchacha —estaba adelantando Castillo en medio de aquel endemoniado y arremolinado aire que bombardeaba sus ojos y fosas nasales con invisible metralla de arena—. Sus amistades y contactos, sus.

—¿Recuerda algún caso similar? —le consultó a voces la juez.

—Violaciones, varias. Entre los jóvenes cada vez hay más casos.

—¿Han comprobado si algún violador vive por las inmediaciones?

—Mis hombres lo están haciendo.

Pura Pérez-Acanto volvió a sacar el paquete de tabaco. Esta vez se parapetó en la espalda del comisario para encender el mechero.

—¡Maldito ventarrón…! ¡Con lo tranquila que estaba en Teruel! ¿Fuma usted?

—Solo habanos.

—No hago más que llegar a Cádiz… ¡Y yo que pensaba que era una ciudad tranquila!

—Y lo es.

—¿Divertida?

—También.

—¿Suele tomar una copa de vez en cuando? El comisario de Teruel era abstemio.

—Me reservo para el Tío Pepe —repuso Castillo, sin poder evitar una sensación de absurdo porque ni el tono ni el contenido de aquella improcedente conversación concordaban con la escena que

estaban viviendo, con la trágica y todavía inexplicable muerte de una mujer muy joven cuyo cuerpo sin vida les invitaba a formularse nuevas preguntas a cada minuto que pasaba, un tiempo precioso que aquella inclasificable juez parecía empeñada en dilapidar.

—Solo fuma habanos, solo bebe fino. Es usted de gustos singulares, comisario. ¡Confío en que sus virtudes policiales resulten más plurales! —El gesto de Castillo se torció con aquel ambiguo comentario que juzgó malévolo, pero la juez seguía sonriéndole con una desenvoltura que el comisario no supo cómo interpretar, ni tampoco lo que a continuación ella agregó—: Me encantan los cócteles. ¿A usted?

—Puedo hacer una excepción —se resignó Castillo a llevarle la cuerda.

—Un día de estos, o una noche, mejor, le invitaré a una caipiriña. Mis amistades aseguran que las combino como nadie. Por ahora, Antonio, les dejaré trabajar. Llámeme con lo que vayan descubriendo.

—¿Al juzgado?

—O a mi móvil. Pídaselo a mi secretario. Puede telefonearme en cualquier momento.

—Procuraré no molestarla, señoría.

—Pura.

—La incomodaremos lo menos posible, Pura.

—Hágalo, Antonio, será buena señal y me sentiré menos sola.

—¿Cómo dice?

—¿Nunca había oído hablar de la soledad de los jueces? ¡No es una invención! Se da, y no es buena para el cuerpo. ¡Con minúscula, me refiero!

Para desconcierto de Castillo, la juez se echó a reír como celebrando su propia broma. El comisario tenía ganas de perderla de vista. Al reparar de nuevo en la presencia de Falomir encontró una excusa para quitarse de en medio.

—¿No quería hablar con ese detective, señoría?

La mirada estrábica de la juez se desvió hacia el espigón.

—¿El del traje turquesa? Sí, llámele.

El comisario así lo hizo y lo dejó con ella.

9:30

—Lo primero que me llamó la atención, señoría, fue la postura del cuerpo —comenzó a explicarle Florián Falomir en cuanto la juez le hubo preguntado qué había visto, con qué se había tropezado en la playa—. Me extrañó que vistiese de noche, como para una fiesta.

—¿A qué hora encontró el cadáver, señor Falomir?

—Sobre las siete treinta.

—¿Estaba amaneciendo?

—Había poca luz. Y ni un alma, por eso nadie repararía a tiempo de auxiliar a esa chica, si es que en algún momento se pudo hacer algo para salvar su vida, cosa que dudo. Intenté la reanimación, pero fue en vano.

—Tocó el cuerpo…

—Sí, pero antes tuve la precaución de tomar unas fotografías con mi móvil. Junto al cadáver descubrí huellas de zapatos.

—De tacón, según me han dicho. De la marca Louboutin. Cuestan un ojo de la cara. Sus fotos nos serán de mucha utilidad. Es usted detective privado, según creo…

De manera telegráfica —no era momento ni lugar—, Falomir le habló de su pasado profesional en el Centro Nacional de Inteligencia, de su agencia de investigación Las Cuatro Efes, y de un par de casos difíciles que, como detective privado, había resuelto. Su señoría había oído hablar de uno de ellos, el crimen de la actriz Valeria Lázaro, cometido en el 2019 en Oropesa, en la mansión de un famoso director de cine, Mateo Reblet [1].

—¿Qué está haciendo en Cádiz, Falomir?

—Si se lo cuento, no se lo va a creer.

—Inténtelo.

—Un cliente mío, gaditano, Amado Buitre Salido.

—¿De verdad se llama así?

—Así le pusieron al nacer al muy pájaro.

—¡Prométalo!

—Se lo juro.

La garganta de la juez no pudo sofocar una caballuna risa. El comisario y el inspector, que estaban hablando con el forense, se giraron escandalizados.

—¿Amado Buitre Salido? ¿Puede existir semejante nombre?

—Y muy apropiado, porque se dedica a desplumar al prójimo.

—Déjeme adivinar. ¿Prestamista?

—Crupier en el casino del Puerto de Santa María.

—¡Me parto!

—No es mala gente, aunque tiene un defecto: no paga. Me dejó un pufo, pero, conociendo mi pasión por la guitarra, me propuso a cambio recibir unas clases con Paquillo el Altramuz. Acepté.

—¿Unas clases con quién?

—Con un guitarrista flamenco. De aquí, de Cádiz.

—¿Paquillo el qué?

—El Altramuz.

—¿Un apodo?

—Inspirado en los altramuces.

—¿Y los altramuces son…?

—Una especie de habichuelas.

—¿No hay un cantaor llamado el Habichuela?

—¡Igual actúa con el Altramuz!

—¡Me parto!

La estridente risa de la juez inspiró otro gesto de reproche en el comisario Castillo. Impertérrito, Falomir siguió explicando a su señoría:

—Paquillo el Altramuz es sobrino del Beni de Cádiz y discípulo de Paco de Lucía. La tentación de mejorar con él mi técnica musical y «aflamencar» mi guitarra era irresistible. Soy de la opinión, con Oscar Wilde, de que la mejor manera de vencer la tentación es caer en ella.

—¡Comparto ese pecador consejo! —se hizo cómplice la juez.

—En consecuencia, acepté la oferta de Amado Buitre Salido, me desplacé a Cádiz y ayer mismo recibí la primera lección en el estudio que Paquillo el Altramuz tiene en el barrio del Pópulo, aquí cerquita. Esta tarde tengo la segunda clase.

—¡Adoro la música! De jovencita quise ser cantante.

—Sigue siendo usted muy joven, señoría.

—¿Usted cree?

—Tiene una eternidad por delante.

—Pura, llámeme Pura. Y dígame, Florián —la juez se giró y observó de nuevo el cadáver en la arena—, ¿qué cree que ha podido pasarle a esta desgraciada mujer? Usted fue el primero en verla. ¿Ha sido asesinada?, ¿lo cree?

—No me atrevería a asegurarlo.

—Sus ropas están mojadas. ¿La cubriría la marea o el mar devolvió su cuerpo?

—Es una buena pregunta y muy difícil de responder. También pudo caer o ser arrojada desde una embarcación. Dispondrán de más datos en cuanto avancen en su identificación. Por mi parte, permanezco a su entera disposición, señoría.

—Pura.

—Gracias por su confianza, Pura.

—¿Hasta cuándo se quedará en Cádiz?

—Una semana.

—¿Por sus clases de guitarra con Paquillo…?

—El Altramuz.

—¡Envidia me da!

—¿Estaría interesada en dar unas lecciones? ¿Quiere que consulte al maestro?

—Más adelante, quizá.

—¿Me necesita para algo más?

—¡Por mí, puede darse aire! —La juez volvió a carcajearse y sus brazos se tornaron alas para fingir que volaba con el huracanado viento. Policías y forenses la contemplaron atónitos.

—Tiene usted mejor humor que la mayoría de jueces que he conocido —acertó a reaccionar Falomir, igualmente descolocado por su excéntrico comportamiento—. Ha sido un placer, Pura, incluso en estas circunstancias.

—Espero volver a verle, Florián, y ojalá que en otras bien distintas.

No sin reiterar su ofrecimiento para colaborar con la investigación, Florián Falomir se despidió de ella y del comisario Castillo. Facilitó su móvil al inspector Ponce, reenvió a la subinspectora Zamora, con quien parecía haber hecho buenas migas, las fotos que había tomado al cadáver y a las huellas de las pisadas en su entorno y, sin necesidad de «darse aire» porque el poniente casi lo alzaba en volandas, se fue alejando, volando por la playa entre remolinos de arena y heladas salpicaduras de un mar furioso.

10:30

Minutos antes, junto al espigón que separaba la playa de Santa María del Mar de la Playita de los Dados, el detective había oído pronunciar a uno de los policías el nombre completo de la chica ahogada: Casilda López Manso. También oyó comentar a los familiares que aquella pasada noche Casilda había estado celebrando su cumpleaños en el Pico de Oro.

El detective no conocía dicho establecimiento. Siendo tan solo la tercera vez que visitaba Cádiz, nada tenía de sorprendente.

La primera vez —con veinticinco años—, había viajado a Cádiz como simple turista. Por entonces, estaba saliendo con una bailarina de *ballet* clásico. Era tan guapa como insulsa, pero la magia de la ciudad puso salero a su estancia y se divirtieron mucho.

La segunda vez que Falomir había pisado Cádiz se debió a una misión relacionada con la lucha contra las mafias de narcotraficantes que operaban en el estrecho de Gibraltar.

Otro agente del Centro Nacional de Inteligencia, Alberto Marín Lladó, antiguo colega suyo, se había involucrado en el tráfico de estupefacientes y sus jefes sospechaban que estaba preparando la entrega de un gran algo. A uno de sus superiores en el CNI, Cándido Tellería, y al propio Falomir les cayó la misión de vigilar a Marín Lladó e informar sobre su grado de implicación. Que acabaría siendo mucho mayor del que en un principio sospechaban, pues su corrupto colega estaba al frente de una organización propia. La entrega de la droga fue abortada y detenidos sus cómplices. Marín Lladó tuvo que vérselas con un tribunal militar. «La Casa», como ellos llamaban en clave familiar al CNI, se las arregló para despojarlo de sus galones sin que una sola noticia trascendiera a la prensa. Así se trabajaba en «La Casa», en silencio, con diligencia, militarmente.

Según el buscador de Falomir, el Pico de Oro quedaba a bastante distancia, unos dos kilómetros. Podía coger un autobús o cualquiera de los taxis que pasaban desocupados por el paseo Marítimo, pero, aunque el viento seguía azotándole, prefirió avanzar a buen paso por la orilla del mar.

Cruzó delante de un bonito hotel, el Playa Victoria, con terrazas blancas y azules. A unos doscientos metros, gracias a su gótico rótulo de doradas letras sobre una fachada negra, localizó el Pico de Oro.

Dos mujeres, una caribeña o africana y otra blanca, tanto que, de puro pálida, parecía enferma, estaban limpiando la entrada del bar con fregonas. Por el suelo se veían cristales rotos y colillas. Falomir se les acercó sonriente.

—Buenas, señoras mías…

—¿Qué hay? —La mujer blanca tenía cerrado acento andaluz y muy mala pinta, como si acabara de meterse algo o llevase horas sin dormir.

—Ayer estuve aquí y…

—No le recuerdo. ¿A qué hora?

—Serían las siete de la tarde.

—Ah, bueno… Nosotras entramos a las nueve de la noche. Hemos hecho el turno nocturno, hasta las dos de la madrugada, y aquí nos tiene al punto de la mañana, sin dormir nada y fregándolo todo. Por setenta euros, ¿qué le parece?

—Muy poco.

Agachándose, Falomir pudo ver por el hueco de la persiana una barra de chapa, taburetes en desorden, un par de ellos volcados en el suelo, y sillones de cuero pegados a la pared.

—Me senté en uno de esos silloncitos y allí debí de perder el móvil. Si me permiten pasar a buscarlo. Será un segundo.

—Está cerrado —repuso la mujer negra, con un acento que no era dominicano ni cubano, sino más profundo; africano tal vez, barajó Falomir—. Tenemos orden de no dejar entrar a nadie. ¿No es así, Lalia?

—¡Así es, bonita mía! Eso nos dijo ese cabronazo de encargado, el Paco.

—¿A qué hora abren? —preguntó Falomir.

—A las seis. ¿No es así, Lalia?

—¡No lo sé, bonita, no soy adivina! Si tuviéramos a mano al hechicero de tu tribu.

—¡Sin faltar! —protestó su compañera.

—Lo único que sé es que tendré que volver aquí a las nueve de la noche para pringar otra vez. ¿Tú también, bonita mía?

—Esta noche libro.

—¡Por favor! —les rogó Falomir—. Ese móvil es muy importante para mí. Tengan, por las molestias…

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un billete de veinte euros.

—Démelo —exigió la chica blanca.

—Pero para las dos.

La africana subió la persiana y lo dejó pasar.

Una vez en el interior del local, Falomir revisó los servicios de señoras y caballeros, el almacén de bebidas y, uno por uno, todos los sillones, procediendo a retirar los cojines y a meter la mano en sus fondillos. Sus dedos iban sacando monedas, una llave, horquillas, ¡hasta una petrificada salchicha…! Inspeccionó la barra, las servilletas de papel amontonadas bajo el estribo, e iba a.

—¿Va terminando el caballero?

La silueta de la limpiadora negra se recortaba contra la luz del día.

—Un minutico más.

—Voy a pedirle al señor que se marche. Podría tener problemas con mi jefe. Apúnteme su número. Si aparece su teléfono, mi jefe le llamará.

—Buenísima idea, señorita.

—Maisy.

—¿Guineana?

—Malinense.

—Maisy de Mali. Podría ser un nombre de reina.

Maisy sonrió. Falomir sacó una estilográfica y le estaba apuntando su número de teléfono cuando le pareció ver algo oscuro y plano en una cubitera de hielo que tenía delante.

Metió la mano. Era un móvil.

—¡Mi teléfono! ¡Lo encontré!

—Ha tenido suerte.

—Soy un hombre de suerte, Maisy. Pero no sé si por haber recuperado mi móvil o por haber descubierto a la reina de Mali. A algunos nos gustaría ser esclavos tuyos. —Ella lo miró con una divertida expresión—. ¡Qué alivio! Me estaba viendo en comisaría para denunciar la pérdida. Por cierto, ¿dónde está?

—¿El móvil? Lo tiene en su mano.

—No me refería al teléfono, sino a la comisaría de Policía.

—Al principio del paseo, en un edificio muy raro… Tuve que ir hace poco, a por mis papeles. Pero tú, señor…

—Puedes llamarme Flo.

—Pero tú, señor Flo, no necesitas ir a la Policía para nada, ¿o sí?

—Preferiría cenar contigo.

Maisy respiró más fuerte. Su aliento olía a algo azucarado, dulce y espeso.

—¿A qué hora terminas aquí? —se dejó caer él.

—Hoy tengo servicio doméstico. De tres a doce de la noche cuido a una anciana.

—¿De quién cuidas a partir de esa hora?

—Me cuido sola.

—Podríamos tomar algo y continúas dándome buena suerte.

—Ten cuidado, señor Flo, dicen que soy bruja.

—No serías la primera que conozco. ¿A medianoche en la plaza de la Catedral?

—¿Como Cenicienta?

—¿Conoces el cuento?

—Al que no conozco es al príncipe.

Falomir rio con ganas.

—Me compraré una corona de cartón.

En los cárdenos labios de Maisy brilló una sonrisa de coco.

12:00

Una vez la juez Pura Pérez-Acanto hubo dispuesto el levantamiento del cadáver de Casilda López Manso, Antonio Castillo y Felipe Ponce regresaron caminando a comisaría.

Debido a una serie de inaplazables reformas, la sede policial había sido trasladada provisionalmente desde la avenida de Andalucía al antiguo edificio de Telefónica. Por su singular forma —que a unos recordaba un paraguas, a otros un platillo volador—, este singular edificio era popularmente conocido como El Pirulí.

Ubicado junto al paseo Marítimo, se levantaba justo enfrente del arenal donde habían encontrado el cadáver de Casilda.

A pesar de sus diferencias de edad y de forma de ser, el comisario y el inspector mantenían una buena relación.

Ponce era mucho más joven. Nacido en Soria, no había cumplido los cuarenta. En Cádiz se estaba ambientando mal. No le atraía la ciudad ni le gustaba en especial su gente.

Su mujer, un niño pequeño y él vivían de alquiler cerca del estadio de fútbol, en una octava planta con vistas a Playa Victoria.

«Un piso un poco más lujoso de la cuenta», pensó Antonio Castillo la noche en que lo invitaron a cenar y pudo conocer a la esposa de Ponce, Atilana, *Ati*. Soriana, como él, de una frágil y dolorosa belleza. Muy educada y detallista, había puesto la mesa con flores, diseminando pétalos por el mantel. Su contenida reserva y distinción contrastaban con las toscas maneras de su marido y con su pelo en punta (en comisaría apodaban a Felipe Ponce *Pelopincho*).

Al comisario lo habían advertido sobre su nuevo inspector: un tipo seco, difícil de trato y que, en ocasiones, se pasaba el reglamento por el forro de la guerrera, pero bravo, resuelto y leal. Castillo no tenía queja de él. En los pocos meses que llevaba a sus órdenes, Ponce no había infringido una sola norma y lo trataba con absoluto respeto. Como a un padre, cabría decir. El que su inspector no había tenido, supo Castillo una noche en que salieron a tomar unos finos y Ponce, poco hecho a los vinos de Jerez, se embriagó y le contó que ni siquiera había llegado a conocer a su progenitor porque abandonó a su madre al nacer él. «Peor sería que fueses hijo de puta», intentó consolarle Castillo, quien también llevaba sus tragos. «No se fíe, señor, porque si vienen mal dadas puedo llegar a serlo», le había replicado Ponce, trasegando Tío Pepe como si fuese rebujito.

Nada más cruzar la puerta de comisaría, el inspector convocó a los miembros de la Unidad de Delitos Violentos (UDEV). La inminente reunión iba a tener lugar en el despacho del comisario, apenas un poco más amplio que el resto de oficinas, pero igualmente funcional y feo, con un escritorio metálico para Castillo y una mesa redonda para reuniones, con ocho sillas.

A la convocatoria acudieron en pocos minutos los subinspectores Macarena Zamora y Javier Mir y los agentes Ignacio Funes y Nicanor Tambor. El comisario los invitó a tomar asiento y les ofreció agua o café. Ninguno quiso.

—Aguardaremos el dictamen del forense, pero sabemos bastante como para ponernos a trabajar. ¡Como flechas!

—No hay tiempo que perder —subrayó Ponce. Se le notaba tenso, ávido de entrar en acción—. En el cadáver de esa muchachita…

—Esa «muchachita» tenía nombre. Se llamaba Casilda —lo

interrumpió Macarena. Ponce y ella estaban siempre a la greña.

—En los restos de Casilda —se corrigió el inspector a regañadientes— se advertían evidentes signos de violencia. Tenía el vestido desgarrado, hematomas en cuello y cara, le habían arrancado las bragas. ¿Crimen sexual? ¡Blanco y en botella!

—¿Descartamos el suicidio? —dudó Mir.

—Nadie se viste de fiesta para suicidarse —rechazó Ponce—, ni se mete en el mar en una gélida madrugada de febrero sin dejar un aviso.

—¿Ha aparecido algún mensaje? —preguntó Castillo—. ¿Hemos revisado el domicilio de Casilda? ¿No? Entonces, ¿cómo vamos a saber si dejó o no una nota o una carta de despedida, si fue o no un suicidio?

—Amorrortu va de camino a su casa —intentó justificarse Ponce, dolido por el reproche.

—¿La dirección de la señora Manso es…? —Aunque Castillo se la había oído antes a uno de sus hombres, la había olvidado. Últimamente le estaba fallando la memoria. Cuando más la necesitaba, o no le respondía o le funcionaba con desesperante demora, aflorando a destiempo nombres o datos como vestigios de un naufragio entre restos de otros recuerdos olvidados.

Nicanor Tambor lo situó:

—La señora Adela Manso vive en la calle Desamparados, número 2, tercer piso, letra B.

—¡Métanle prisa a Amorrortu! Que vaya registrando las pertenencias de su difunta hija Casilda y que lo haga… ¡como una flecha!

Ponce se apresuró a enviar un mensaje a Amorrortu. El comisario siguió enunciando las tareas pendientes:

—Debemos encontrar el móvil de Casilda, revisar su ordenador, la *tablet*… ¡Inspector, recuérdeselo a Amorrortu!

—Me estoy comunicando con él por Wasap, señor.

—Todos han estado en la playa y visto el cuerpo. ¿Primeras impresiones?

—¿Las suyas, comisario? —pulsó preventivamente la subinspectora.

—Violación y asesinato, según avancé a la jueza. Juez, ella lo prefiere.

—También yo preferiría que me tratasen de «subinspector» —demandó Macarena.

—Concedido —zanjó Castillo—. ¿Alguien más tiene dudas acerca de su tratamiento, si femenino, masculino o neutro, o vamos con el «tormento» de ideas?

Era otro de los hábitos del comisario, invitarlos a turnarse en el análisis de lo visto, oído o deducido en el teatro de un delito o en la escena de un crimen. Pero sus subordinados recelaban que Castillo lo plantease como un examen a sus capacidades y eso los bloqueaba. Decepcionado por su falta de iniciativa, el comisario ordenó:

—Subinspector Zamora, arránquese.

A sus cuarenta años, Macarena se conservaba bastante bien, con una delgada figura y una melena que solía recogerse durante el servicio, aunque aquel día, en inversa lógica al poniente que barría la ciudad desde Cortadura hasta la Punta de San Felipe, la llevara suelta. En el fondo, cualquiera de sus compañeros podría estar pensando que el comisario la invitaba a abrir la ronda no por su capacidad profesional ni porque su condición de mujer la situara más cerca de la presunta víctima, sino porque entre Antonio Castillo y ella hubo… lo que hubiera habido. ¿Qué pasó entre los dos? En comisaría nadie lo sabía a ciencia cierta. Ninguno había oficializado su relación. De su presunto romance no habían trascendido confirmaciones ni pruebas, aunque sí, y abundantes, rumores. En privado se tuteaban, pero en público se trataban de usted.

—Varias cosas me llamaron la atención, comisario.

—¿Cosas, Macarena?

—Elementos, circunstancias, detalles…

—No es necesario malgastar tres palabras cuando se puede emplear una.

—¿Cuál, comisario?

—Hechos. ¿Cuáles, subinspector?

—¿Se fijó en su manicura?

—¿Por qué tendría que haberme fijado?

—La llevaba hecha.

—¿Y eso es un hecho?

Macarena premió con una sonrisa forzada el torpe juego de palabras de su superior. Los demás permanecían a la escucha,

reacios a intervenir. Su pasividad estaba irritando a Castillo. Sacó un habano del cajón de su escritorio y le cortó la punta.

—Pueden fumar —autorizó, pegándole fuego con un cerillón.

Ninguno se animó, aunque varios eran fumadores. La subinspector recuperó el uso de la palabra:

—Si damos por bueno que el cuerpo de Casilda permaneció un determinado tiempo en el mar a merced de olas y mareas, la pintura de las uñas debería haberse reblandecido, pero no era así. Las llevaba pintadas de un color fucsia muy del gusto de las adolescentes cuando quieren llamar la atención.

El comisario dispuso:

—Comprueben si Casilda había estado en algún salón de belleza.

—¡Bien pensado, señor! —lo aduló Tambor—. A menudo los peluqueros saben de las vidas y milagros de sus clientes.

—¡Díganmelo a mí, que soy hijo de barbero! —sonrió Castillo—. ¿No lo sabían? Mi padre tuvo una peluquería en la plaza de la Candelaria. En el mismo local de la librería que hoy regenta mi hijo Emilio.

El comisario exageraba un tanto porque el negocio de su hijo mayor se centraba sobre todo en prensa y papelería; en público, sin embargo, para conferirle empaque, Castillo se refería a «la librería de mi hijo Emilio».

—Yo sí me acuerdo de la barbería de su padre —dijo Mir—. Con persianas amarillas y azules.

—Como el uniforme del Cádiz —mantuvo la sonrisa el comisario.

Su padre, Benito Castillo Mendiluce, había muerto una década atrás, en el 2011, con cerca de noventa años. Desde muy chico, su hijo Antonio se cortaba el pelo en su barbería. También lo hacían sus amigos del instituto. Don Benito les pelaba «los melones» —así, cachazudamente, los llamaba— según las modas impuestas por el cine. Los colegas de Antoñito Castillo salían de la peluquería paterna igual de ricos o de pobres, porque don Benito no les cobraba. La popularidad de Antoñito Castillo aumentaba a cada «pelado de melón». A la muerte de su padre, el futuro comisario heredó el local de la Barbería Castillo Mendiluce. Su mujer, Mercedes, lo transformó en una coqueta *boutique*. Tras el fallecimiento de Mercedes, el local sería adaptado a El Convento, el

quiosco o «librería» de Emilio, el hijo mayor del comisario.

Desde la muerte de su padre, Castillo frecuentaba otra barbería, la de Patronio, en la calle Desamparados, precisamente donde había vivido Casilda, la muchacha hallada muerta en la playa aquella mañana. Metódico para todo, Castillo había seguido cortándose el pelo en Patronio una vez al mes. Siempre al mismo estilo, según el corte clásico que volvía a estar de moda —«Raya a la ihquierda como Dios manda, caraho», repetía Patronio, con gaditano deje—, abombando el flequillo pero sin llegar al tupé. De ahí, y de sus latiguillos verbales, que al comisario se le conociera como *el Flecha*. Él lo sabía, pero no le molestaba. No tanto, al menos, como cualquier alusión a la pérdida de su cabello, antaño azabache «como el alma de los criminales que he metido en prisión» —esta frase era suya—; hoy, «plumón de pájaro caído del nido» —esta otra frase también era suya.

—Y en cuanto al vestido de noche que llevaba Casilda, ¿qué nos podría decir, Macarena?

—Un conjunto de fiesta, comisario. Su marca, Lupo, bastante conocida. Española. Valenciana, creo. Comercializa diseños que imitan modelos de alta costura para mujeres de escaso poder adquisitivo, pasos de ecuador, puestas de largo… A precios baratos, de ahí su éxito. Casilda López. No recuerdo su segundo apellido.

—López Manso —la ayudó Tambor—. ¿Aprovecho para exponer sus datos personales, comisario? Acabo de volver de su colegio, San Felipe Neri.

—Adelante, Nicanor.

Nicanor Tambor tenía cincuenta y cinco años y el cuerpo de un cargador de muelle. En su rostro afable abrían a medio párpado unos ojos redondos y dóciles como los de un perro hogareño calentándose al fuego del hogar. Lejos de responder a esa inofensiva apariencia, era un tipo duro y curtido.

—Casilda López Manso —recitó, cantando casi y con fuerte acento gaditano—. Dieciocho años recién cumplidos. Hija única. Su padre, Héctor López, ya fallecido, era camionero. Casilda estudiaba segundo de bachillerato. Buenas calificaciones. Hay fotos suyas, pude fotografiarlas a mi vez con mi móvil.

Las fue mostrando en su pantalla y les echaron un vistazo. Era, en realidad, la primera vez que veían a Casilda tal como fue en

vida, pues el hinchado rostro hundido en la arena de la playa había dejado de reflejar la luminosa adolescente que ahora, desde las fotos replicadas por Tambor, los contemplaba sonriente, con una franca y limpia energía. Casilda había poseído un pelo negro y rizado y grandísimos ojos castaños.

—Me recuerda a alguien —murmuró el comisario—. Pero ahora mismo no sabría decirles a quién.

Las fotos pertenecían a una misma serie. Ante distintos monumentos y ruinas, unos cuantos chicos y chicas de la edad de Casilda y ella misma posaban en desenfadadas posturas, abrigados con bufandas y anoraks.

—Son del viaje de estudios —explicó Tambor—. Los alumnos de la clase de Casilda visitaron Roma esta pasada Navidad.

—¿Quién le ha pasado estas fotografías, Nicanor?

—La tutora de Casilda, comisario.

—¿Cómo se llama?

—Marisol Aylán. Es profesora de Lengua.

—¿Qué más cosas le ha contado la señora Aylán?

—Señorita.

—Usted también sigue soltero, ¿no, Nicanor? ¿O hay novedades en su vida sentimental?

—Ninguna, comisario, seguimos igual, a verlas venir —se sofocó Tambor, despertando ahogadas risillas entre sus compañeros. En cuanto tenían ocasión, le tomaban el pelo como al solterón en que se estaba convirtiendo.

—¿La profesora Aylán le dijo si Casilda había sufrido *bullying*? —preguntó Ponce.

—No, no sufrió ningún acoso —aseguró Tambor.

—¿Expulsiones?

—Tampoco.

—¿Consumía alcohol?, ¿drogas?

—No, que la profesora supiera.

—¡A ver si hemos dado con la alumna ideal! —ironizó Ponce—. ¿Casilda tenía novio?

—No, que la tutora supiera. Al parecer, Casilda era muy reservada.

—Que fuera tímida no significa que no mantuviera relaciones sexuales —intervino la subinspector—. Yo misma, de jovencita, era

retraída, pero la que más ligaba. Y, según ciertos informes confidenciales, en ese aspecto no he cambiado mucho.

Con excepción del comisario, los demás sonrieron. Macarena acababa de divorciarse por tercera vez. Su último matrimonio no le había durado ni un año. Lejos de encerrarse, salía una noche y otra a divertirse. Sin ocultarse —pero sí lo había hecho cuando se lio en secreto con Antonio Castillo—, presumía de un desprejuiciado estilo de vida.

Tambor continuó:

—He quedado en volver a llamar a la tutora Aylán para entrevistarme con el director del colegio y profundizar en el ambiente escolar de la víctima.

—¿Ha quedado en llamar cuándo? —le exigió celeridad el comisario—. ¡Ahora mismo, como una flecha!

Tambor se refugió en un rincón del despacho para hacer la gestión. El inspector Ponce dijo:

—Respecto al hermano de la madre, el tío de Casilda, aquel tal Horacio que se nos presentó en la playa… ¿Le están viendo como puedo verle yo? Tan bajito, con su melenaza blanca. Me extrañó que hubiese sido capaz de reconocer a su sobrina, y hacerlo sin la menor duda.

—¿Por qué le extrañó? —preguntó Javier Mir.

—Porque Casilda, ¿recuerdan?, estaba a mucha distancia del paseo, tirada en la arena con la cara vuelta hacia el mar. ¿Saben cómo me dijo su tío Horacio que la había identificado? A través de uno de esos telescopios panorámicos de pago. Por medio de su lente reconoció a su sobrina aun estando ella, insisto, de espaldas y semienterrada en la arena. ¿No les parece raro? No sé yo. Me dio mala espina.

El comisario asintió y dijo:

—Pásenme un informe sobre Horacio Manso.

—Yo me encargo —se ofreció Ponce. Y aprovechó para sentenciar—: Casilda López Manso no se cayó o no resbaló al mar desde la borda de un yate o de una lancha. ¡No fue un accidente! Tampoco se lanzó al encuentro de las olas arrastrada por algún tipo de impulso romántico o autodestructivo. ¡No fue un suicidio! Alguien la mató. Y ese alguien estará haciendo ahora mismo todo lo posible por ocultarse, huir. Para agarrarlo, necesitamos un asidero

—evidenció.

—Tratemos de descubrir alguno reconstruyendo al detalle las últimas horas de Casilda —razonó Castillo—. Nos sugería Macarena la posibilidad de que Casilda hubiese visitado una tienda de ropa especializada en modelos de fiesta y requerido los servicios de una peluquería o salón estético, donde…

—Donde, desde luego, no estuvo, comisario, y perdone la interrupción, fue en el joyero —descartó el inspector.

—¿Por qué lo dice, Felipe?

—El cadáver no llevaba anillos ni pendientes. Ninguna joya.

—Quizá el mar se las tragó, como seguramente haría con su reloj.

—Sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo con el inspector —se sumó Macarena; Ponce replicó a su ironía con una mirada poco amistosa—. Cuando quieren mostrarse sexis, las adolescentes se enjoyan y adornan como árboles de Navidad.

—Anotado queda —apuntó Castillo—. Casilda tampoco llevaba tatuajes, al menos a la vista. Su fiesta se celebró en. ¿El Loro Dorado?

—El Pico de Oro —le corrigió Funes.

—¿Alguien conoce ese local?

El propio Ignacio Funes había estado unas cuantas veces. De treinta y pocos años, era alto, moreno y atlético, con éxito entre las mujeres y muy popular entre los policías jóvenes.

—Voy alguna vez en mis noches libres, comisario. Es un *pub* con un escenario para karaoke. Queda en el paseo Marítimo.

—¿Más acá o más allá del hotel Playa Victoria?

—Más allá, hacia la playa de Cortadura. Se han especializado en fiestas con actuaciones en vivo, *disc-jockeys*… Conozco un poco al encargado.

—Miel sobre hojuelas, Ignacio. Llame a ese gerente y que le pase toda la información sobre la fiesta de anoche. ¿Han enviado a la Científica a ese *pub*? ¡Pero, hombre, a qué esperamos! ¡Que vayan como flechas! Si hubo fotos de la fiesta de Casilda, quiero verlas. Quiero saber quiénes estuvieron en ese *pub* anoche y…

—Noche de San Valentín, por cierto —aludió Macarena, mirándolo con picardía.

—Sí, cierto, no había caído… Quiero saber los nombres de los

invitados, de los camareros. Quiero saber quién contrató y pagó el evento, si se consumieron drogas o se bebió en exceso. Y, lo más importante, a qué hora y dónde fue vista por última vez Casilda López y con quién. Si se alejó caminando del local o se subió a algún coche. En este último caso, averigüen si el vehículo estaba aparcado cerca o alguien pasó a recogerla. Revisen a fondo el establecimiento y sus alrededores, quizá aparezca su móvil. ¿Dijo algo la madre a propósito del teléfono de su hija?

—Había entrado en *shock* —repuso Funes—, pero recordaba que Casilda no se había olvidado el móvil en casa.

—¿Estaba segura?

—Parecía estarlo.

—Y usted, Ignacio, ¿está seguro?

—¿De qué, comisario?

—De que la madre lo estaba.

—Al cien por cien.

—¿Seguro o convencido?

Funes dudó.

—¿Por qué está solo convencido? ¿No sería preferible que estuviera seguro?

—Porque… ¡Oiga, comisario! ¡Me está liando!

—Simples trucos, para que aprendan a usarlos en los interrogatorios. ¿Sobre qué descansa la seguridad, lo saben? Sobre la indudable veracidad de datos ciertos por verificados. Sería la roca sobre la que cimentar una investigación. ¿Y el convencimiento, en qué se basaría? En la obcecación. ¿Y la persuasión, esa engañosa facultad capaz de confundir a los demás, incluso a uno mismo? En la fantasía. Sería la niebla que todo lo embosca. Vuelvo a preguntarle, Ignacio, veamos si es usted firme y realista, obtuso o fantasioso: ¿por qué estaba tan segura la madre de que su hija llevaba el móvil encima?

—Porque llamó a Casilda cuando ya había empezado la fiesta, para comprobar cómo iba todo y preguntarle si necesitaba algo.

—¿Lo ve? Esa respuesta ya es más sólida. ¿Casilda respondió a la llamada de su madre?

—A la primera, no. A la segunda, sí.

—¿Por qué no contestó Casilda a la primera llamada de su madre?

—Por culpa de la música, supongo. En el interior del local estaría muy alta y Casilda no oiría el teléfono.

En ese momento sonó el del inspector Ponce. Era el agente Amorrortu, desde el domicilio de Adela Manso. Acababa de llegar a la calle Desamparados, pero la madre de Casilda se negaba a dejarlo entrar. Mucho menos, a permitirle registrar la vivienda.

—Vale, Amorro, no la fuerces —le recomendó Ponce—. Iremos enseguida.

—¿Puedo sugerir algo, comisario? —alzó un índice Mir.

A modo de asentimiento, Castillo expulsó un soplo de humo de su cigarro. Mir tosió y se aclaró la garganta como si fuera a pronunciar un discurso.

—Estamos dando por supuesto que la agresión contra esa muchacha la llevó a cabo un desconocido. Alguien fuerte, sin empatía, acaso un psicópata… Pero también pudo ser un adolescente, ¡incluso otra chica!

El comisario lo miró en silencio. Se conocían desde hacía tantos años que había perdido la cuenta, pero Javier Mir seguía pareciéndole un bicho raro. De huesos grandes, era tan enjuto que la piel de la papada le colgaba como ropa vieja. Físicamente nunca había destacado por su vigor, pero tenía una buena educación, superior a la media. A Castillo nunca se le ocurría pensar en él como en otro compañero. Ni siquiera, propiamente, como en un policía, sino como en alguien que mantenía una cierta afinidad con ellos, complementario, de algún modo, pero que, en el fondo, no compartía las ambiciones propias de un profesional de la seguridad pública dispuesto a sacrificarse y progresar en su carrera. Mir tenía otras inquietudes. Siempre estaba leyendo, aprendiendo idiomas, matriculándose en nuevas carreras, Arte, Historia… Había estado casado, pero se había divorciado hacía años y no tenía hijos. Casi nunca hablaba de temas personales, de sus familiares o amigos. Quizá, suponía Castillo, porque no contaba con ninguno. Vivía en la plaza de San Francisco. Presuntamente, solo. Se le podía ver en librerías, en bibliotecas y museos, o paseando por el casco antiguo, cuyas laberínticas calles conocía como el dédalo de su enrevesado cerebro.

—Concéntrense en la clase de Casilda, en su ambiente del colegio —les recomendó el comisario—. Soliciten a la dirección del

centro el listado de alumnos. Cíñanse al círculo de amigos habituales de ella, y al más estrecho aún de sus mejores amigas, las confidentes, el grupito de íntimas. Verifiquen la lista de adolescentes que asistieron a la fiesta de cumpleaños y comprueben si faltó alguien o si algún invitado sorpresa se agregó a última hora. Número que en estas ocasiones no suele bajar de… ¿veinte?, ¿treinta?

—Y cincuenta y más —avanzó Macarena para alarma de su superior, a quien pronto, en cuanto cumpliera dieciocho, le iba a tocar pagar la fiesta de su hija Sol.

El siguiente comentario de la subinspector vino a confinar aún más su economía:

—Las puestas de largo de las pollitas se han disparado, Antonio. Salen tan caras como una boda.

«¿Antonio?». El comisario la fundió con la mirada. En el trabajo no permitía que se le dirigieran por el nombre de pila. Ni siquiera Macarena, por mucho que fuese la única con razones para hacerlo.

—Disculpe, señor. —Un rubor afloraba a las mejillas de la subinspector—. Iba a sugerir que nos sería muy útil disponer del parte de mareas y corrientes marinas. Mediante la comprobación de sus rumbos y flujos podríamos intentar establecer de qué modo y desde qué punto del mar llegó el cuerpo de Casilda a la Playita de los Dados.

—Bien pensado —se dominó Castillo—. Póngase en contacto con Salvamento Marítimo. Anoche el mar estaba revuelto y pudo producirse algún aviso.

El comisario se levantó para pasear nerviosamente, como si estuviera enjaulado, de una a otra pared. En la de enfrente, un tablero de corcho mostraba fotografías y recortes de prensa de las tres mujeres que habían desaparecido en Cádiz en los últimos años. Muchos de sus familiares y la mayoría de los policías temían que estuvieran muertas. Para Castillo, aquellos casos sin resolver seguían encarnando sus peores fracasos.

—Si calculamos, a partir de la data provisional de la muerte de Casilda López —siguió diciendo el comisario en un tono casi lastimero porque estaba pensando en ellas, en las desaparecidas—, que el período de permanencia del cuerpo en el mar pudo ser de unas dos o tres horas, no habría podido estar más de otras tantas en

poder de su atacante o secuestrador. Durante ese tiempo, entre las dos y las siete, ¿qué pasó?

Macarena presumió:

—El secuestrador la metería en un coche y…

—¿Utilizó el agresor un coche? —dudó Ponce—. ¿No estábamos presumiendo que pilotaba una embarcación?

—Puede que sí y puede que no, inspector.

—Y puede que el sol salga mañana y puede que no, subinspectora.

—Subinspector —le corrigió Macarena.

—¡No me sean carajotes! —los amonestó el comisario—. Y tampoco descarten que el cuerpo de Casilda fuera arrojado al mar desde alguna playa desierta, como lo son de noche cerrada las de Cortadura, más allá de los últimos chiringuitos. Envíen una patrulla a revisar esos arenales, tal vez encuentren alguna prenda, un pañuelo, un zapato… Lo digo porque Casilda estaba descalza. ¿Sí, Javier?

—No se trata de un crimen pasional, comisario —opinó Mir—. Quien la raptó no lo hizo para.

—¿El concepto de «rapto» no es medieval? —ironizó Macarena.

—El asesino no estaba enamorado de ella —insistió Mir—. No la rondaba, por decirlo así.

—¿El concepto «rondar» no es antediluviano? —volvió a mofarse la subinspector.

—¿Y si se conocían? ¿Y si ella le dio pie?

—¿Y si la violadora fue ella? —saltó Macarena—. ¿Y si puso cachonda a toda la clase, se ofreció voluntaria para hacerles una felación múltiple y su fiesta de cumpleaños se desmadró hasta írseles de las manos?

—¡Macarena, ya está bien!

—¿A él no le llama la atención, señor, y a mí sí?

Pero Mir no iba a dejar de provocarla:

—Sus amigas las feministas no aceptan siquiera la posibilidad de que un solo varón denunciado por supuestos malos tratos sea inocente, pero yo opino…

—¡Silencio, Javier! —le advirtió Castillo—. Lo que usted opine en esta materia importa tan poco como lo que piense yo. Somos policías, no jueces. Evitemos hacernos eco de los debates sociales.

—¿Por qué se molesta en contestarle? —se enfureció Macarena.

—Porque el comisario es persona educada —no dejó de replicarle Mir. Y continuó pinchándola—: Cuando quiera debatimos sobre la violencia familiar o sobre el acoso laboral, a ver quiénes lo inducen, subinspectora.

—Subinspector.

—¡A callar! —estalló Castillo—. Soy el primero en lamentar el machismo, los rancios clichés.

—¿Clichés? —explotó Macarena—. ¿Para no llamar a las cosas por su nombre? ¡Tiranía patriarcal! ¡Dictadura machista!

El comisario aplaudió tres veces.

—¡Fin de la discusión! ¡Cada cual a sus tareas! A partir de ahora infórmenme al minuto con cualquier novedad.

Con un gesto les indicó la puerta.

—Felipe, Macarena y usted vayan a casa de Adela Manso en la calle Desamparados. Son casi las dos…

—Y sin un triste bocadillo —se lamentó Funes.

—¿También tiene sed? —ironizó Castillo—. ¿Sueño?, ¿cansancio? ¡Antes de las seis, todos aquí! Encargaré unos bocadillos, para que no me tilden de explotador. ¿De qué lo querrán? ¿Salmón fresco y pepinillos? ¿Angulas y paté? ¿Carabineros y guardias civiles?

—Este último estará un poco duro, ¿no cree, comisario? —le siguió la broma Funes, haciéndoles sonreír. En ese momento le sonó el móvil—. Disculpen.

Abrió la llamada y, casi en el acto, se puso a asentir con cara de satisfacción. Garabateó algo en un papel y les explicó al colgar:

—Era un taxista amigo mío, que suele pasarme información. Le llamé para que indagara a propósito de una mujer con zapatos de suela roja que algún compañero suyo podía haber recogido de madrugada en la playa de Santa María del Mar y… ¡Bingo!

—¿Tenemos la descripción?

—¡Así es, señor! Una mujer rubia, muy atractiva, de unos treinta y tantos años. Iba borrachísima, con un buen pedo.

—¿Dirección?

—Costa Ballena, primera línea de playa. Una residencia de gran lujo.

El comisario se frotó las manos:

—Cojan un coche y vayan para allá. ¡Como flechas!

13:00

Cuatro horas después de haberse tropezado con el cuerpo de Casilda en la playa e indagado por su cuenta en el Pico de Oro, Falomir había regresado al casco viejo de la ciudad en un autobús que le había permitido admirar la larguísima avenida de Andalucía y las amuralladas Puertas de Tierra.

Se había bajado en la parada del muelle, frente a la antigua Aduana, e ido caminando por el ayuntamiento y la calle Santiago hasta la plaza de la Candelaria, en cuyo quiosco, El Convento, cuando daban la una de la tarde, entró a comprar los periódicos.

—Normalmente me hago con los diarios en cuanto ponen las calles —explicó al quiosquero, procediendo a doblar bajo el brazo los cuatro que había elegido, dos nacionales y dos locales—. Pero esta mañana temprano, cuando salí de mi hotel, el O'Higgins, aquí enfrente, usted no había abierto aún, aunque la persiana estaba levantada.

—Me olvidaría de bajarla la tarde anterior… ¿A qué hora vino usted?

—Serían las siete de la mañana.

—¡Por María Santísima…! A esas horas me pongo a repartir periódicos por buzones de suscriptores. No suelo abrir antes de las ocho y le aseguro que soy de los más madrugadores. En Cádiz todo lleva su ritmo.

—Ya veo… Y también que tiene libros a la venta.

—Una mínima muestra de nuestra riquísima historia. Si quiere echarles un ojo.

—¿Alguno sobre Emilio Castelar? Ya que me encuentro en su patria chica y en la plaza donde nació…

—Debería. Le busco.

El quiosquero salió del mostrador y descendió una escalerilla que conducía a un sotanillo abovedado con funciones de almacén o trastienda. No le había dicho a su cliente que bajara con él, pero Falomir lo hizo espontáneamente.

—No hace falte que se moleste en bajar, yo se lo traigo.

—Es por curiosidad. Me encantan las bodegas. ¡Vaya! ¡Cuántos

tesoros tiene!

—Trastos viejos…

—¿Y todas esas cajas apiladas ante aquella puerta de hierro?

—¿Qué puerta? No es más que una gatera, no conduce a ninguna parte. Y eso que ve son coleccionables por fascículos de años atrás. Todavía hay gente que los busca.

—¿Qué clase de colecciones?

—De todo tipo, desde plumas estilográfica, novelas de aventuras, muñecas, abanicos o joyas.

—Mire, en el suelo hay una.

El quiosquero se agachó para recoger lo que parecía un colgante plateado en forma de luna creciente.

—Ah, sí… Esta lunita forma parte de una colección de joyas, pasadores y broches de bisutería. La luna está representada en todas sus fases, menguante, creciente, llena… Gusta mucho a las mujeres. La compraban y siguen comprando, sobre todo adolescentes.

Aquel subterráneo espacio, tan estrecho que casi les obligaba a rozarse, debería en buena lógica rezumar humedad, pero, para sorpresa de Falomir, estaba seco como la tumba de un faraón. La bóveda, de fábrica de ladrillo a sardinel, era baja y rozaba la coronilla del quiosquero, muy alto, tanto que al detective le sacaba la cabeza. A la luz de la única y polvorienta bombilla de su covacha, su oliváceo rostro y su negro cabello tenían algo espectral. La piel tersa y bien afeitada de su pálida cara exhalaba un aroma a loción de afeitar. El olfato de Falomir estaba tratando de adivinar la marca de esa loción cuando le oyó decir sonriente:

—También yo me interesé por mi tocayo Emilio Castelar. Por su anticlericalismo.

—¿Comunista? —le tiró un guiño Falomir.

—Durante un tiempo fui sacerdote. —Tras esa inesperada confidencia, el quiosquero preguntó—: ¿Usted no será cura?

—No, aunque no es la primera vez que me lo dicen.

—¿Será por la tonsura?

—Será… —sonrió Falomir.

—¿Puedo preguntarle a qué se dedica?

—A la investigación.

—¿En alguna ciencia?

—La de descubrir lo que no se ve.

—¿No será una especie de quiromántico, adivino o echador de cartas?

—Detective, aunque el término no me guste demasiado.

—Tampoco a mí el de «policía», siendo como soy hijo de un comisario.

Permita que me presente. Emilio Castillo, tanto gusto.

Hizo ademán de tenderle la mano, pero bruscamente la retiró.

—Los médicos están repitiendo que no hay que tocarse porque ese maldito covid se transmite por la piel. ¡Uno ya no sabe cómo saludar!

Falomir recayó:

—¿No será usted hijo del comisario Castillo?

Emilio asintió.

—Acabo de conocer a su padre.

—¡Qué casualidad!

—Pues sí…

—¿Dónde lo ha visto? ¡Cádiz es tan chico!

—En la playa de Santa María. A primera hora de la mañana ha aparecido muerta una mujer.

—Lo he oído por la radio. Una chica joven, ¿no?

—Muy joven —asintió el detective.

—¿Ahogada?

—Podría ser…

—En la radio apuntaban a que había sufrido una agresión. ¿Una violación?

—No sabría decirle.

—¿Vio usted el cuerpo?

—Fui yo quien lo encontró.

—¡Carajo! ¿Y qué impresión le dio?

—La misma que suelen provocarme las preguntas sin respuesta —divagó Falomir—. Espero que su padre acierte a responderlas.

—Mañana le veré… Como todos los domingos, comeremos juntos, con mi hermana Sol. Pero me temo que mi padre vaya a estar poco comunicativo y que su estado de ánimo sea bastante sombrío. Los casos de adolescentes le afectan mucho.

—¿Por alguna razón?

—Se han repetido con frecuencia alarmante. En los últimos años han desaparecido varias chicas.

—¿En Cádiz capital?

—En el casco viejo, sí. Todas muy jóvenes. Mi padre está obsesionado. Como comisario, ahora, y antes como inspector, hizo y sigue haciendo todo lo que puede por encontrarlas, pero hasta hoy no ha conseguido avanzar. Nadie sabe dónde pueden estar, ni siquiera si seguirán vivas.

—¿Podría tratarse de un mismo secuestrador?

—Mi padre está convencido de ello.

—Los casos de desapariciones son difíciles de resolver. Desee suerte al comisario.

—Lo haré.

Mientras hablaban, el índice de Emilio Castillo había ido recorriendo los polvorientos lomos de los libros. Se limpió la yema en el pantalón y admitió apesadumbrado:

—No hay títulos de Castelar, aunque pensaba que sí. Ya lo siento.

—No se preocupe. ¡Qué curioso que tenga esto aquí!

Falomir se refería a cuatro maniquíes de mujer que, sin ropa, estilizadas y calvas, hermosas y frías en su perfección, le resultaban un tanto turbadores, sin saber por qué.

—Mi madre regentaba una *boutique* en este mismo local. Por desgracia, falleció. No he tenido corazón para desprenderme de muchas de sus cosas y aquí siguen, como esos maniquíes. ¿Ha encontrado algo?

—Creo que sí. Me llevaré este libro.

Falomir acababa de elegir uno de un arqueólogo, Carmelo Cuesta, titulado *El Cádiz del subsuelo*. El librero aprobó su elección.

—Le gustará. Como arqueólogo, Carmelo Cuesta es de los mejores. Tengo entendido que acaba de descubrir el puerto fenicio.

—¿Dónde?

—Cerca de la catedral.

—¿Se puede ver?, ¿visitar?

—Yo no lo he visto ni creo que pueda visitarse todavía, pero, por lo que se va filtrando, podría significar una nueva y asombrosa revelación de nuestra historia.

No en vano los fenicios vinieron a fundarnos la ciudad de Gadir en el confín del mundo conocido.

Falomir iba a pagar los periódicos y el libro, añadiendo unos caramelos de menta porque el fuerte viento y la humedad del mar le habían irritado la garganta, pero todavía preguntó al hijo del comisario:

—¿Por qué motivo su establecimiento se llama El Convento? El nombre me ha llamado la atención.

—Por la iglesia conventual de Nuestra Señora de la Candelaria, de las Agustinas Descalzas, que se levantó en esta misma plaza desde el siglo XVI con ampliaciones posteriores.

—Convento que ya no existe…

—Un alcalde anarquista, Fermín Salvochea, lo mandó derribar en 1873. No hacía falta derruirlo, en rigor, pues ni la iglesia ni el claustro amenazaban ruina y podría haberse restaurado, pero aquel radical regidor gaditano, apóstol de una atea y liberticida revolución, consideró que, derribando templos servía a su ideología y daría trabajo a los peones en paro, y envió la piqueta contra Nuestra Señora de la Candelaria. Sobre los derruidos cimientos de su nave principal, que era muy hermosa, se diseñó una plaza muy parecida a la que vemos hoy. A finales del XIX y principios del XX hubo teatros, incluso un circo, hasta que, en 1906, con asistencia del presidente del Gobierno, don Segismundo Moret, se inauguró el monumento a Emilio Castelar, diseñado por el arquitecto Juan Cabrera. La escultura en bronce es obra de Eduardo Barrón.

El detective le agradeció tantas e ilustradas explicaciones y salió a la plaza.

13:45

Siguiendo la recomendación de su cliente gaditano, Amado Buitre Salido —con quien acababa de tomarse una caña en una tabernita cercana—, para hospedarse durante su estancia en Cádiz, Florián Falomir se había inclinado por el hotel O'Higgins, en la plaza de la Candelaria. A su alojamiento, después de tan ajetreada mañana, se disponía el detective a regresar.

Además de la invitación para el casino del Puerto con que le había obsequiado Buitre Salido, que trabajaba en sus salas como crupier, Falomir llevaba en el bolsillo el móvil de dueño desconocido que había encontrado en el Pico de Oro.

El detective entró a su hotel. Era un noble edificio, restaurado y adaptado para usos hosteleros. Debía su nombre a que, hacia finales del siglo XVIII, fuera residencia temporal de Bernardo O'Higgins, el «libertador de Chile».

Falomir conocía Chile. Entre el 2010 y el 2012 había desempeñado el cargo de agregado militar de la embajada española.

Del edificio dieciochesco solo quedaba el semisótano que daba a la plaza de la Candelaria y a la calle Montañés. El edificio original debió demolerse y, ya en la segunda mitad del XIX, construirse de nuevo en estilo isabelino, con un aire palaciego, un hermoso patio y una imperial escalinata.

A Falomir le habían asignado una amplia habitación en la tercera planta. Su balcón daba a la plaza, en cuyo centro se levantaba la estatua de Emilio Castelar, legendario orador y político gaditano, presidente de la Primera República.

Sin embargo, a pesar de tantas comodidades, y de la tranquilidad de la plaza y del propio hotel, aquella pasada noche no había dormido bien. A las dos de la madrugada le había despertado el ruido de un motor. Nada más oír, entre las sábanas, su estrépito, el fino y adiestrado oído de Falomir había establecido que se trataba del desfasado diésel de un vehículo de carga antiguo y con los frenos en mal estado, según dedujo de sus hirientes chirridos. Pero, aunque se levantó y se asomó al balcón, no vio ningún vehículo en la desierta plaza de la Candelaria. Aquel descacharrado motor que quemaba gasóleo de pésima calidad —lo supo porque una apestosa vaharada llegó flotando en la brisa nocturna hasta su balcón— siguió oyéndose durante unos minutos más.

Dos horas después, hacia las cuatro de la madrugada, volvió a despertarle otro ruido similar. Falomir tornó a levantarse. Esta vez pudo ver una furgoneta blanca, con una raya negra a lo ancho, parada en la acera de enfrente. De ella salieron un hombre y una mujer, y ambos se metieron en el quiosco.

A las seis, esa misma furgoneta, de nuevo parada enfrente, volvió a despertarle.

Ya no pudo dormir. Completamente desvelado, Falomir se había puesto a pensar en Nicolás de Cusa. A juicio de este filósofo medieval, el mejor cartógrafo sería aquel que, desde el interior de una ciudad sitiada, enviase mensajeros por cada una de sus cinco

puertas para que le informaran sobre la situación del cerco y organizar su defensa. En aquella filosófica fábula del «Cusano», las cinco puertas simbolizaban los cinco sentidos: vista, oído, tacto, gusto y olfato.

Para tratar de identificar el motor que le había despertado la primera vez, a las dos de la madrugada, Falomir disponía de un único mensajero, el oído. Trató de interpretar su mensaje: ¿de qué vehículo se trataría? ¿Tal vez de alguno similar a aquella camioneta que, con medio siglo a sus espaldas, lo había sacado de un apuro en Irak, estando él destinado en una misión de espionaje previa a la invasión de las tropas aliadas contra Sadam Husein? Aquel había sido un azaroso episodio. Junto con otro compañero fueron víctimas de una emboscada de la Policía Secreta iraní al sur de Bagdad. Hubo un tiroteo. Consiguieron retirarse hasta una aldea, de la que, a su vez, lograrían escapar requisando a punta de pistola una viejísima furgoneta de ganado cuyo ruidoso motor Falomir había asociado al que había oído abajo, en la plaza, a las dos de madrugada. Harto de dar vueltas en la cama, se había levantado muy temprano, a las seis y cuarto. El servicio de desayuno del hotel no había abierto aún y el detective salió a las calles a buscar un café. Pero todo estaba cerrado. Para hacer tiempo, acabaría dirigiéndose hacia la playa de Santa María del Mar, donde, hacia las siete y media, con las primeras luces del alba, se había encontrado con el cuerpo sin vida de una mujer.

Aprovechando que la temperatura mejoraba y el resol del mediodía iluminaba el aire con una bonancible y dorada transparencia, Falomir salió al balcón de su habitación con el propósito de leer tranquilamente. Pero antes de sumergirse en la lectura de *El Cádiz del subsuelo*, de Carmelo Cuesta, buscó en la red información sobre las mujeres desaparecidas en la capital gaditana en los últimos años, sucesos que desconocía y que le habían llamado la atención.

Había varios casos y unas cuantas noticias, algunas desarrolladas con profusión.

Una vez leídas todas ellas, Falomir llamó a la sede de su agencia Las Cuatro Efes, en Zaragoza, para encargar un dosier más específico.

Su secretaria, la joven cubana Benita Cortés, hija de una de sus

antiguas confidentes en su época de espía en La Habana, no parecía, a juzgar por el ruido del teléfono, encontrarse en la oficina, sino caminando por alguna calle zaragozana, con mucho ruido de fondo.

—¿Dónde te pillo, Beni?

—He bajado un momento a comprar laca de uñas.

—Deberías cortártelas, pareces una pantera.

—No te gustan mis uñas, no te gustan mis minifaldas, no te gustan mis novios…

—¿Tienes alguno nuevo?

—Y bien bonico.

—¿Cómo se llama?

—Rafa.

—Rafael, ¿qué más?

—Campo, Campos, Del Campo, De los Campos, Las Campas o De Las Campas, no sé.

—¿A qué se dedica?

—Es futbolista.

—¿De qué equipo?

—Del Real Zaragoza de los Cinco Magníficos.

—Los Cinco Magníficos colgaron las botas hace cinco décadas, Beni. ¿En qué puesto juega ese Rafael?

—De libre.

—¿De la misma forma que se propone ir contigo?

—Está lesionado.

—Y tú lo estás cuidando, claro.

—Dice que prefiere entrenar conmigo. ¡Es tan gracioso!

—Cuando vuelva a Zaragoza, no me importaría darle un vistazo. Podemos quedar y charlamos, a ver si me divierte tanto como a ti y me parto con él.

—¡Soy mayor de edad!

—Prometí a tu madre que te aconsejaría en las situaciones difíciles.

—Esta es muy fácil, Flo. Estoy con Rafa y él está conmigo y ya está. Deberías aplicarte a ti mismos tus consejos amorosos, Flo. Tu vida sentimental es un caos.

—Por eso me refugio en el trabajo y por eso te he llamado. Toma nota de un encargo. Necesito cuanto antes un dosier lo más completo posible sobre las desapariciones de mujeres en Cádiz.

—¿Puedo preguntarte por y para qué, Flo?

Brevemente, el detective le explicó lo que había sucedido aquella mañana en la playa gaditana de Santa María del Mar.

—Ya veo, jefe… ¿Y tú crees que esta nueva muerte podría estar relacionada con las desapariciones anteriores?

—Lo crea o no, es mi deber barajar una posible conexión.

—Sobre todo, porque ya estás metido en un nuevo lío, que es lo que a ti te interesa… ¡Eres incorregible, Flo! ¿No te ibas a Cádiz de vacaciones, para tocar la guitarra?

—En principio era la idea, pero… me temo que me he liado con otro asunto bastante serio.

—O te has dejado liar… ¡No me cuentes cuentos, Flo, te conozco bien! ¡Bueno, vale, te haré ese dosier! ¡Ojo con las gaditanas, me han dicho que son melosas!

—No tanto como las habaneras.

—Ninguna habanera se fiaría de ti por mucha miel que le pongas en los labios.

—Me encanta tu manera de analizarme como galán jubilado.

—En el fondo te aprecio, Flo, guardo buenos sentimientos hacia ti.

—¿Un poco como si fuera tu padre?

—Teniendo en cuenta tu edad, más bien como un abuelico.

—Discutiremos mi papel comiendo un par de esas hamburguesas basura que tanto te gustan.

—A pesar de lo cual, me mantengo muy fina de tipo. Tu barriga, en cambio, Flo, es como un globo aerostático.

—Se nota que estudiaste Comunicación Aeroespacial en la Universidad de La Habana.

—También estudié los principios de la independencia y la libertad.

—¿Con Fidel Castro? ¿Tamaño machista y dictador?

—Como tú, Flo.

—Si lo soy, la culpa será de mi educación sexual. ¡De los curas! Como en Cuba no tenéis, no hay debate. Sabes que no me gusta eternizarme por teléfono, Beni. Te envío mi cariño, envíame tú a cambio ese informe de las mujeres desaparecidas en Cádiz.

—En cuanto haya comprado la pintura de uñas y hablado con mi Rafa.

—Eres incorregible, Beni, ya lo decía tu madre, terca cual mula mexicana.

—¿En ti, terco aragonés, no hay nada que corregir?

—Sigamos admirándonos y queriéndonos tanto, Beni.

—Te querré mucho más cuando me subas el sueldo. Es un tema urgente, Flo. Podemos hablarlo en cuanto vuelvas.

—Entonces, no pienso volver.

Lo que Beni respondió no procede reflejarse.

14:00

En cuanto el inspector Felipe Ponce y el agente Ignacio Funes hubieron arrancado en dirección a Costa Ballena en busca de la mujer de los zapatos de tacón de suela roja, el comisario decidió desplazarse personalmente, con la subinspector Macarena Zamora, al domicilio de la madre de Casilda López Manso.

Normalmente, habría sido esa faena para cualquiera de sus inspectores o subinspectores, más que para un comisario, pero su instinto le decía que la muerte de Casilda podía estar relacionada con los casos de las mujeres desaparecidas y decidió obedecer a su corazonada e investigar personalmente.

En pocos minutos, caminando con viveza, Macarena y él embocaron la calle de San Juan.

En una de cuyas bodegas, según habían publicado recientemente los periódicos de la capital, acababa de descubrirse una antiquísima dársena, un cantil o fábrica de sillares de piedra que los arqueólogos sospechaban podía corresponder a un puerto fenicio muy anterior a Cristo.

Según los expertos, el Gadir fenicio estuvo dividido en dos islas, Kotinoussa y Erytheia, partidas por un canal marino, el llamado canal Bahía-Caleta, al abrigo del cual se habría levantado el primitivo puerto fenicio. El erudito gaditano Francisco Ponce, fallecido hacía pocos años, a quien Castillo había llegado a conocer, había formulado esta hipótesis, seguramente real.

La serpenteante callecita de San Juan formaba parte del Campo del Sur. Sus casas de tres y cuatro plantas alzaban una muralla contra los vientos marinos. A su resguardo, el sol pegaba más duro.

Una plazuela, la de Puerto Chico, siempre animada, ensanchaba

la calle de San Juan. De una de las tabernas escapaban risas y un cante deformado por la robótica melodía de las máquinas tragaperras. De la plazuela salían tres calles. La más estrecha y sinuosa era Desamparados, que comunicaba con el Mercado. Una amarillenta loseta de cerámica recordaba su primitivo nombre: «Callejón de los Desamparados».

El portal de Casilda, en el número 2, necesitaba una mano de pintura. La casapuerta, doble capa. No había ascensor. El comisario y la subinspector subieron a pie hasta el tercer piso y llamaron al timbre. Transcurrido un largo minuto, la puerta se abrió apenas un resquicio.

—¿Ustedes otra vez? —los recibió de uñas la madre de Casilda, Adela Manso.

Macarena le preguntó por el agente Amorrortu. Acababa de irse, les repuso la señora Manso con malos modos, sin dejar de custodiar la entrada como un hostil centinela. Ella misma había exigido «a aquel entrometido policía» que la dejara en paz.

—Necesito estar sola, no ver a nadie. ¿Por qué vuelven a molestarme?

El comisario la conminó con seca educación:

—Comprendemos su dolor, señora, pero tenemos que hablar con usted.

Resignada, Adela se apartó para dejarlos pasar. Entraron al angosto recibidor y al salón. Las persianas bajas propiciaban una penumbra de duelo. Olía a una mezcla de lejía y tabaco.

La madre de Casilda no los invitó a sentarse, pero el comisario se tomó esa confianza y lo hizo en un sofá de la salita, junto a una lámpara que estaba encendida y frente a un televisor, que también lo estaba, sintonizado a una cadena de teletienda.

Adela bajó el volumen y se sentó en una de las cuatro sillas. No había ningún otro mueble, solo un espacio vacío en el que flotaba el polvo. El enorme televisor, que debía de ser el mayor lujo de la casa, podría perfectamente costar unos seiscientos euros, pudo calcular Castillo, porque, recientemente, junto con otros dos mandos, había adquirido un aparato parecido para un comisario provincial, el de Huelva, como regalo de su jubilación. Prorrateando el obsequio y la cena en El Faro, uno de los mejores restaurantes de Cádiz, con pareja incluida —él había asistido con su hija Sol, cuya

incipiente vocación policial se reforzaba, quería pensar Castillo, con esa clase de estímulos—, salieron a trescientos euros por barba.

—¿Cómo va ese ánimo, señora Manso? —se interesó Macarena.

—¿Usted qué cree?

—¿Le ha servido de ayuda hablar con Martín Reina, nuestro psicólogo?

—Me dio unas pastillas. —La madre de Casilda señaló con desmayo un bote de píldoras—. Me indicó que tomase una cada ocho horas, pero acabo de tragarme dos.

—Ha hecho bien. Todo lo más, le provocarán un poco de sueño.

—¿Dormir? ¿Cómo cree que voy a poder?

El sufrimiento había cavado en su cara violáceas ojeras. Su aspecto era descuidado. Seguía vistiendo el mismo chándal verde que le habían visto en la playa y unas zapatillas de lona bastante sucias. Bajo su rubio tinte capilar se adivinaba la más blanca raíz de su pelo. Su nariz estaba enrojecida y a su delgada boca asomaban amarillentos dientes de fumadora.

La subinspector continuaba hablándole, esforzándose por animarla. Pero ¿qué consuelo podían ofrecer a una madre que acababa de perder a su hija? El comisario comentaría un poco más tarde a Macarena que él mismo no tendría más que ponerse a pensar en que la suya corría algún peligro para situarse en el lugar de Adela. «¡Si alguien le hiciese algo a Sol, si tan siquiera llegase a ponerle una mano encima, perseguiría a quien fuese hasta el confín de la Tierra!». La única compensación que podían ofrecer a una madre tan desesperada era capturar al asesino de su hija y entregarlo a la justicia.

—No creemos que fuera una muerte accidental, señora Manso. No disponemos aún del informe forense, pero es muy posible que su hija haya sido asesinada. Para atrapar al culpable es necesario que actuemos… ¡como flechas! Necesitamos su colaboración. Su ayuda puede ser decisiva. ¿Me está entendiendo?

—Sí, señor.

Pero parecía ausente. Macarena le preguntó con suavidad:

—¿Cuál es la habitación de Casilda?

—Aquella del fondo.

—Le daré un vistazo, si no le importa.

—¿Para ponerse a rebuscar…? —se alteró la madre—. ¿Para ver

si encuentran algo malo en la vida de mi hija?

—Seré respetuosa con sus cosas —prometió Macarena.

Con la palma de la mano vuelta hacia abajo hizo un gesto para tranquilizarla y avanzó por el corredor haciendo crujir a su paso losetas sueltas. Hundido en el desfondado sofá de la salita, el comisario acababa de sentir un agudo pinchazo en las vértebras lumbares. Al variar de posición, los muelles chirriaron como si hubiera pisado la cola a un gato.

—Dígame, Adela. El vestido que su hija llevaba anoche, ¿era nuevo? ¿Se lo compró usted?

—En Marifé.

—¿Una tienda de ropa?

—En la calle Ancha.

—¿Ha abonado la prenda?

—Lo haré en cuanto pueda.

—¿Y la fiesta de cumpleaños de Casilda, la ha pagado?

—Lo haré en cuanto me envíen la factura.

—¿Puedo preguntarle cómo se gana la vida?

—No me mantiene nadie, si es lo que está insinuando.

—Responda, por favor.

Antes, con las costuras, explicó Adela, un poco más colaborativa. A raíz del fallecimiento de su marido había regentado una mercería, pero cada año se vendía menos y acabó por cerrar el negocio y alquilar el local, que era de ellos. Con esa renta y la pensión de viudedad iba saliendo adelante y pagando los gastos de Casilda.

Nada más mencionarla, palideció como si fuera a caerse redonda. El comisario se apresuró a levantarse y a servirle un vaso de agua del grifo de la cocina.

—Gracias. —Adela se atragantó al beber.

—¿Puede seguir respondiendo o prefiere descansar un rato?

—Estoy mejor.

Castillo manipuló su móvil para abrir una de las fotografías que el detective Falomir había tomado al cadáver de Casilda.

—Aunque sé que es muy doloroso para usted, señora Manso, le ruego que se fije con atención. Como podemos ver, en esta imagen su hija no llevaba joyas. Pero ¿se había puesto alguna cuando salió de casa ayer noche? ¿Pendientes?, ¿sortijas?

—Un colgante plateado en forma de luna. Bisutería. No sé de

dónde lo sacó.

—¿Anillos?

—Casilda no usaba anillos ni sortijas, no le gustaban.

—¿Qué zapatos se puso anoche?

—Unos nuevos, marrones, de medio tacón, que ella misma se había comprado para la ocasión.

—¿Dónde?

—En Paquita, una zapatería de la avenida de Andalucía.

—¿Llevaba medias?

—No, y eso que le insistí.

—¿Por qué?

—Por el frío y para que no enseñase las piernas.

—Dígame, Adela. ¿Anoche le dio dinero a su hija?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Cincuenta euros, por si surgía algún imprevisto.

—¿En qué clase de situaciones estaba pensando?

—No quería que Casilda volviera sola, me daba miedo.

—¿A qué tenía miedo?

—No lo sé… De vez en cuando pasan cosas malas con muchachas muy jóvenes… Como usted bien sabrá, se han dado secuestros, desapariciones. Rogué a Casilda que se hiciera acompañar y que, como tarde, a las dos de la madrugada estuviera en casa.

—¿A qué hora hablaron por teléfono su hija y usted?

—Alrededor de las doce de la noche.

—¿Tan tarde? ¿No la llamó antes?

—La llamé sobre las diez, pero no lo cogió. Hacia medianoche, Casilda me comunicó por fin que todo iba bien. Intenté tranquilizarme y me metí en la cama. Quería esperarla pero me entró sueño y me quedé dormida. ¡Si hubiera aguantado despierta habría podido ayudarla!

—Usted no tuvo ninguna responsabilidad ni la menor culpa. La fiesta fue en El Loro Dorado. No, perdón, el Pico de Oro. ¿Eligió usted ese local?

—Mi hija se encargó de hacerlo.

—¿Casilda conocía ese establecimiento?

—Supongo.

—¿Lo frecuentaba con sus amigas?

—Imagino.

—¿También con amigos?

—Eso no lo sé.

—¿Su hija tenía novio?

—No.

—¿Salía con algún chico?

—No.

—¿Está segura, Adela?

—Lo estoy.

—¿Por qué está tan convencida?

—Una madre sabe esas cosas.

—¿Conoce a alguien que pudiera albergar algún tipo de sentimiento agresivo, posesivo o morboso hacia Casilda? ¿Odio?, ¿venganza?, ¿un enfermizo deseo sexual?

—¿Se refiere a un pervertido? ¿A alguien malvado?, ¿anormal?

—Le asombraría comprobar lo normales que pueden llegar a parecer esa clase de sujetos.

—No conozco a nadie así. Sus amigos son buenos chicos. Algunos han estado llamando, interesándose.

La voz se le rompió y los ojos se le arrasaron frente a una foto, enmarcada junto al televisor, en la que una sonriente Casilda parecía mirarlos llena de vida. Nuevamente, su fresca y juvenil imagen volvió a recordarle al comisario a alguien, a otra chica. Pero ¿a quién?

Adela no se había recuperado aún cuando Macarena regresó al cuarto de estar. En sus manos, protegidas por guantes de látex para no contaminar ningún objeto, traía el ordenador de Casilda, que dejó sobre el sofá, y también un sobre marrón, acolchado, que entregó a su superior al tiempo que le proporcionaba otro par de guantes para evitar sus huellas.

—Mire dentro, señor.

El sobre, tamaño cuartilla, estaba abierto. De su interior, Castillo sacó un naipe labrado en una lámina de estaño o cinc, tal vez de plata. Lo observó con atención, pero sin entender, sin tan siquiera intuir qué podía significar o cuál sería la relación de ese objeto con Casilda.

Representaba una figura que al primer golpe de vista bien podía

representar un personaje del tarot, pero…

Era un rey.

El rey de espadas.

Castillo notó como si algo frío y punzante se le hubiera clavado entre los ojos. ¡Tenía motivo para alterarse! Hacía justo una década, en el 2010, habían encontrado otra carta de baraja española en la habitación de una chica gaditana asesinada en la playa de La Caleta, entre los pilotes del Balneario de La Palma. Aquel naipe era… ¡una sota de espadas! La víctima se llamaba Manuela Olivares. La habían apuñalado hasta la muerte dos amigas suyas, que eran, como ella, menores de edad. Lo habían hecho «por celos» y «para convertirse en famosas», según reconocieron ellas mismas. La prensa las bautizó como «Las brujas de La Caleta».

Pensando en ellas, a Castillo le llegó algo así como una revelación. ¡Era a Manuela Olivares a quien todo el rato le había estado recordando Casilda! ¡Ambas se parecían muchísimo, casi como hermanas gemelas!

—¿Dónde ha encontrado este sobre, Macarena? —le tembló la voz al preguntar.

—En el armario de Casilda, comisario, en uno de los cajones de su ropa. Con su permiso, voy a continuar con el registro.

La subinspector se metió otra vez en la habitación de Casilda. Sin moverse del sofá, Castillo se inclinó hacia la madre y le mostró el plateado naipe.

—¿Había visto esto antes, Adela?

—No.

—Es una carta de baraja española, aunque parece muy antigua. ¿Su hija Casilda le dijo algo?, ¿le comentó que la había recibido?

—No.

—¿Quién pudo haberle enviado este sobre?

—No lo sé.

—Si ningún conocido se lo remitió por correo o se lo entregó en mano, ¿cómo consiguió su hija este curioso naipe, que parece de plata y muy valioso? ¿De dónde pudo haberlo sacado?

—No tengo la menor idea.

—¿Su hija solía recibir correo ordinario? ¿Le dejaban cartas o sobres como este en el buzón?

—Nunca… Casilda se comunicaba por el móvil, como todos los

jóvenes.

—¿Conocían, Casilda o usted, a alguien capaz de regalarle algo así, una carta de una baraja tan original como esta?

—No, a nadie.

El comisario se la mostró más de cerca.

—Mírela con atención, Adela. Es un rey, el rey de espadas. ¿Qué sentido tiene que lo tuviera su hija en su habitación? ¿En serio no sabe de dónde ha salido?

—No, no lo sé. —Aparentemente nerviosa, la madre encendió un cigarrillo.

—Dígame, Adela, ¿a Casilda le gustaban los juegos de cartas?

—Nunca la vi jugar a ninguno. Miento. Cuando era pequeña jugábamos con su padre partidas de burro.

—¿A la carta más alta?

—Eso es.

—Su marido falleció, tengo entendido.

—Hace mucho tiempo, cuando la niña era pequeña.

—Lo siento… ¿Se entretenían con algún otro juego?

—No lo recuerdo…

La subinspector regresó a la salita, se quedó mirando a Adela y le preguntó:

—¿Vive usted con alguien?

—¿A santo de qué viene esa pregunta?

—En su alcoba hay ropa de hombre. Una camisa y una americana colgadas en el respaldo de una silla.

Adela se congestionó.

—¿Ha entrado en mi dormitorio? ¿Es que no tiene educación?

—No he necesitado entrar. La puerta estaba abierta. Esas prendas se ven desde el pasillo.

—Conteste, señora —la presionó el comisario.

—No tengo por qué.

—¿Son de su pareja?

—¡No tengo pareja!

—Entonces, ¿a quién pertenecen esa camisa y esa americana?

—A mi hermano Horacio —admitió Adela—. Horacio me las dio para que se las zurciese. Su mujer no sabe coser y a mí me agrada darle gusto. Mi hermano es de lo poco que me queda en este mundo…

La garganta se le rompió en un sollozo. Cuando se hubo calmado y secado las lágrimas con un pañuelito, siguió hablándoles de Casilda. ¡«Su niña» era tan tímida! Por consejo de su tutora la habían apuntado a actividades extraescolares. Fuera de sus horarios, «su niña» salía poco de casa. Por lo general, los sábados.

Solía ir al cine, que le gustaba mucho, y a dar una vuelta por la Alameda, la plaza de Mina o el paseo Marítimo. En compañía, por lo general, de sus mejores amigas, Alba y Jesusa. Nunca había hecho «botellón» ni probado las drogas.

Respecto a los chicos, Casilda no nombraba a ninguno. Cuando Adela iba a buscarla al instituto, siempre se la encontraba entre amigas. Ninguno de los excesos de la juventud, el alcohol, las drogas o el sexo «la habían envilecido».

—¡Eso es algo que debe quedarles muy claro! —remachó la madre.

El comisario volvió a preguntarle si algún hombre de cierta edad, un profesor o el padre de alguna amiga suya pudiera haberse obsesionado con Casilda, la hubiese acosado… Pero la madre volvió a negarlo de plano. Su hija jamás había hecho referencia a ningún hombre mayor. Salvo, recordó de pronto, «a Salvador Betoré».

—¿Quién? —se apresuró a indagar Macarena.

—Salva Betoré, el entrenador del equipo de baloncesto.

—¿Pasó algo entre Casilda y ese entrenador?

—¡No, claro que no…! Pero Salva la animaba mucho. Yo solía ir a los partidos. Casilda jugaba estupendamente…

Tras unas pocas preguntas más sobre los hábitos, horarios y amistades de Casilda, el comisario Castillo y la subinspector Zamora dieron esa primera inspección por concluida.

Antes de abandonar el piso, Antonio Castillo pidió a Adela que no saliera de la ciudad y que permaneciese en todo momento a disposición policial.

Con toda seguridad, le avanzó, la necesitarían de nuevo.

14:30

Al desandar la calle de San Juan, Antonio Castillo y Macarena Zamora vieron salir de un portal a tres operarios con monos de faena y al arqueólogo Carmelo Cuesta, a quien el comisario conocía

por los medios de comunicación, que solían tratarlo con deferencia, como a una autoridad en la historia antigua de Cádiz.

El arqueólogo era un hombre bajo y fornido, de unos cuarenta y cinco años. Vestía sencillamente una camisa y un pantalón caquis. Padecía una progresiva calvicie, pero conservaba alerones de pelo canoso decorándole el cráneo como una corona de laurel. Saludó a los policías cortésmente, no sin ocultar un cierto aire de satisfacción debido a que «por fin» había obtenido el permiso municipal para poder abrir al público los restos de lo que —él no tenía ninguna duda— era el puerto fenicio de Gadir, con una antigüedad superior a los trescientos años antes de Cristo y acaso bastantes más.

—¿Les gustaría verlo?

—Me encantaría —se apuntó Macarena.

—Todavía no está acondicionado, pues apenas hemos emprendido el proceso de musealización, pero pueden asomarse si quieren.

—¿Le tomamos la palabra, comisario?

—Si solo es un minuto…

—Adelante —les animó Cuesta—. Se asombrarán.

Como si delante de ellos se abrieran las puertas de la historia, entraron al número 37 de la calle de San Juan y descendieron unas precarias escaleras de obra para, a unos tres, quizá cuatro metros de profundidad, acceder a un arenoso rellano frente al que se levantaba un cantil en forma de recio y alto muro de erosionados pero regulares sillares.

Aquello, les desveló Cuesta, era lo que quedaba de uno de los puertos principales del archipiélago de las Gadeiras. Aquel cantil, concretamente, daba una idea de lo que pudieron ser los muelles y astilleros fenicios que tanta trascendencia tuvieron en la expansión del Mediterráneo por su posición estratégica. Más de veinte, quizá veinticinco, siglos atrás habrían amarrado allí toda clase de embarcaciones pesqueras y mercantes, desembarcado toda suerte de marineros, viajeros, soldados, aparejado todo tipo de naos fenicias, griegas, cartaginesas, romanas. Allí se habrían armado trirremes durante las guerras púnicas, allí se repararían velas, calafatearían cascos, almacenarían lingotes de oro, odres de vinos, ánforas de aceites, perfumes y sedas…

—Y, sin embargo —observó Macarena—, no me da la impresión

de estar frente al mar, sino… ¿a espaldas suyas?

El arqueólogo precisó:

—Estaríamos en una punta del canal Bahía-Caleta, el brazo de mar que partía Cádiz por la mitad, separándolo en dos islas: Kotinoussa y Erytheia. Era como un río salado que comunicaba lo que hoy es La Caleta con nuestro moderno muelle, pasando por la plaza de San Juan de Dios. Todos esos terrenos estaban por entonces sumergidos.

—Entonces, ¿este puerto fue construido al abrigo de las mareas?

—Exactamente, comisario.

—Y aquel canal iría poco a poco cegándose, colmatándose —supuso Castillo.

—Vuelve a acertar, comisario. Bien por decantación y sedimentación, bien por el aumento del nivel del mar.

En paralelo al cantil, en dirección a un mar que no podía, calculó el comisario, batir sus olas a más de cincuenta o sesenta metros de allí —Cuesta volvió a darle la razón—, se sucedían tres amplios aljibes recubiertos con bóvedas de mortero de cal y lo que pudieron ser, continuó ilustrándoles el arqueólogo, los almacenes del puerto fenicio, posteriormente abovedados y utilizados como bodegas por los romanos.

—Pero si todo esto era hasta hace poco… —se estaba esforzando por recordar Castillo— ¡la Cueva del Pájaro Azul, aquel antro de juergas flamencas!

—Y antes bodega de vinos y licores, y antes covachón de contrabandistas, y después del Pájaro Azul un discreto local de alterne con señoritas —sonrió Cuesta—. No solo he reconstruido toda su historia, sino que he comprado el edificio entero, a fin de evitar las quejas de los vecinos. En la operación me he visto obligado a hipotecar buena parte de mis propiedades. Puede que me arruine, pero será por una buena causa.

—Por Cádiz —aplaudió Macarena, impresionada por el misterio que envolvía aquellos restos—. ¿Y qué ruido es ese? —Apoyó una oreja contra el muro—. ¿Son las olas lo que se oye?

Cuesta asintió.

—La roca viva, porosa, es una excelente conductora de sonidos. Muy cerca, apenas a unos cincuenta metros, el océano golpea la escollera, los bloques de hormigón de contención, las murallas y

baluartes…

—¿Ahora mismo estamos al nivel del mar? —preguntó Castillo.

—En efecto, comisario. Por eso este espacio subterráneo donde nos encontramos puede inundarse con mareas muy altas, aflorando el agua bajo los suelos y anegando más de un palmo el recinto. Aunque, curiosamente, el pozo de marea junto al cantil, que hemos excavado, restaurado y saneado, aflore agua dulce.

—¿Cómo se explica eso? —se asombró el comisario.

—Por la existencia de una lámina subterránea de agua potable que abastecía a estos pozos que llamamos «de marea». De algún sitio tenían que beber nuestros antepasados, ¿no creen?

Exponiéndoles otros datos y detalles sobre la antigüedad y significado de los elementos arquitectónicos, columnas, ménsulas, o las espectaculares bóvedas, el arqueólogo los invitó a avanzar por el subterráneo, en obras de acondicionamiento para próximo disfrute del público.

Los aljibes eran enormes, mucho más grandes que los de las casas comunes, con capacidad, les dijo Carmelo Cuesta, para abastecer de agua dulce a decenas, incluso cientos, de habitantes de aquel antiquísimo puerto que emergía desde las profundidades de la historia envuelto en el encanto de los misterios antiguos.

Al salir a la calle de San Juan, Castillo y Macarena tuvieron la impresión de regresar de un remotísimo pasado. Se despidieron del arqueólogo deseándole suerte en su proyecto y, por la calle Pelota, se dirigieron a la cercana plaza de la Catedral.

15:00

Cruzándola en diagonal en dirección al ayuntamiento, vieron aparecer al detective con quien, unas horas antes, habían coincidido en la Playita de los Dados. ¿Cómo se llamaba…? Antonio Castillo no conseguía recordar su nombre. Lo sabía, pero se le había olvidado.

Se lo preguntó a Macarena.

—Falomir. De nombre, Florián, creo.

El detective también los había visto y se dirigía hacia ellos. Castillo detuvo el paso y Macarena y él le aguardaron junto a las gradas del templo catedralicio, invadidas, como de costumbre, por pintorescos personajes, músicos, mendigos, grupos de cruceristas en

camisetas y *shorts*, felices de encontrarse, según les estaba informando su guía, en «uno de los puertos más antiguos del extremo de la ruta del Mediterráneo que, traspasando las columnas de Hércules, se asoma al Atlántico. ¡Tienen la suerte de estar en la legendaria Gadir de los fenicios, en la romana Gades o en la moderna maravilla que llaman, por lo reluciente y limpia, Tacita de Plata!».

—Me alegro de verles. ¿Cómo están? —saludó a los policías Falomir.

—Trabajando, ¿y usted?

—Feliz de encontrarme aquí, comisario, lejos de problemas y preocupaciones, entre tan buenísima gente. Hablando de buena gente, acabo de conocer a su hijo Emilio. Me ha contado que fue cura.

—Pues sí, lo fue.

—¿Con su bendición?

—En esa encrucijada de su vida me abstuve de opinar.

—¡Sabio comportamiento! A menudo, la mejor acción es la inacción. En Aragón decimos que cuando no se sabe qué hacer, es mejor no hacer nada.

La miró a ella.

—Macarena, ¿verdad?

—Subinspector Zamora. Macarena, sí.

—¡Preciosas!

—¿A qué se refiere…? —se puso en guardia ella.

—A la tarde, a la luz… ¿Y si les invito a un tentempié? Todavía no he comido. ¿Unas cañitas, unas gambitas…?

—Gracias, no tenemos tiempo —rehusó el comisario.

—Suele pasar cuando se está de servicio —se lamentó Macarena —. Lástima, porque una cervecita me habría caído la mar de a gustito. ¿Cómo lo está pasando en Cádiz, Falomir?

—¡Divinamente! La ciudad me parece fascinante. Me encantan sus coquetas plazas, sus angostas calles. No hay como estar de turista, paseando y durmiendo a pierna suelta. Aunque esta noche he dormido fatal, me despertó el ruido de un motor… Usted también necesitaría un descanso, comisario. Tiene una cara de agotamiento… ¿Hace mucho que no se toma vacaciones?

—Desde mi año sabático. A ver si este verano.

—Pero no antes de que su hija celebre su mayoría de edad y se ponga de largo —le recordó Macarena—. ¡Qué envidia para las que ya no estamos en la flor de la edad!

—¿Cómo puede decir semejante cosa con esa cintura de bailaora? —se le ocurrió piropearla Falomir, despertando en ella una sonrisa.

—Bailar, bailo… —La sonrisa seguía brillando, bailando en los ojos árabes de Macarena—. ¿Le gusta el flamenco, Florián?

—Toco un poco y mal la guitarra, pero espero mejorar mi técnica con Paquillo el Altramuz.

—¿Con mi primo? —se asombró ella.

—¿Paquillo es primo suyo? —Ahora el asombrado era el investigador.

—Por parte de madre.

—¿Nos vamos, Macarena? —El comisario parecía tener prisa.

Falomir se ofreció:

—Si me necesitan para cualquier cosa, lo que sea.

—En ese caso le llamaremos, no se inquiete.

La sonrisa que Castillo le estaba impostando era claramente de circunstancias, pero la que Macarena le seguía dedicando brillaba más prometedora a ojos de Falomir, quien les dijo a ambos:

—Si van a comisaría, como supongo…

Sacó del bolsillo el móvil que no era el suyo y añadió:

—Localicé este teléfono en el Pico de Oro. Oí a uno de sus agentes comentar que la fiesta de Casilda se había celebrado en ese local y me acerqué a echar un vistazo.

—¿Se le había perdido algo por allí? —inquirió con desconfianza el comisario.

—No, nada… Actuaría por un acto reflejo, por deformación profesional… ¡A lo que importa! Este móvil estaba en una cubitera de hielo, cubierto de agua y rodajas de limón. No funciona, pero seguramente en su laboratorio lo podrán activar. Hay una razonable probabilidad de que pertenezca a alguno de los invitados a la fiesta. Incluso, por qué no, a la propia Casilda López Manso. Con mucho gusto se lo entrego esperando que les sea de utilidad.

Macarena recogió el móvil. El comisario ironizó:

—¿En adelante piensa seguir entrometiéndose en mi caso o se dedicará en exclusiva a sus clases de guitarra con el primo de la

subinspector?

—De momento, comisario, solo me he entrometido, o metido, mejor dicho, en ese *pub* del paseo Marítimo, el Pico de Oro. Donde, por cierto, sus hombres no habían hecho acto de presencia. El local no estaba precintado. Como investigador privado, nada me impedía indagar por mi cuenta en un caso en el que acababa de intervenir como testigo ocular.

—Confío en que deje de hacerlo, Falomir —le advirtió Castillo, sin perder la sonrisa.

—¿O qué, comisario? ¿Me hará detener? —sonrió a su vez el detective.

—Si vuelve a infringir alguna norma, no tenga duda —agrandó su sonrisa Castillo, pero cualquiera que lo conociese se habría preguntado si no estaría hablando muy en serio—. ¡Macarena, nos vamos!

Castillo se fue alejando por la plaza de la Catedral, en dirección hacia el Arco del Pópulo, pero Falomir retuvo un momento a la subinspector.

—¿Dejamos esas cañas para cuando no esté de servicio?

—Inténtelo —lo animó ella—. Aunque, le advierto: si voy, iré con esposas.

—Espero que con ninguna de las mías. Soy divorciado dos veces. Presa fácil, por tanto.

—También yo estoy…

—¡Macarena! —volvió a reclamarla el comisario.

—El deber la llama —bromeó Falomir—. ¿Cómo podría hacerlo yo?

—¿Marcando el número de la Policía, quizá?

—¿Como cualquier ciudadano en apuros?

—Y le pasarán a mi sección.

—Lo intentaré mañana al terminar la clase de guitarra con su primo Paquillo.

—Dele recuerdos de mi parte.

—Empiezo a descubrir que me gusta estar bajo su mando, subinspectora.

—Subinspector.

—A sus órdenes, subinspector.

—Me encanta mandar, se lo advierto.

—La obediencia es una de mis virtudes tácticas.

—Jamás me fiaría de un hombre sumiso.

—Los viejos seductores siempre mienten[2] —sonrió mundano Falomir—, aunque a menudo no tengamos a quién.

—¡Macarena! —volvió a reclamarla el comisario.

15:00

El inspector Ponce y el teniente Funes cruzaron la bahía por el puente nuevo y dejaron atrás el Puerto de Santa María en dirección a Rota.

Una vez localizado el desvío a Costa Ballena y la dirección que les había facilitado el taxista, aparcaron frente a una lujosa residencia rodeada por setos de adelfas sobre los que palmeras y ceibas alzaban sus copas al cielo.

Forjadas en hierro y artísticamente enlazadas, las tres grandes eses mayúsculas de Sebastián Salazar-Stewart destacaban sobre el arco de entrada como un símbolo de riqueza y poder.

—¿Quiénes? —les preguntaron por el portero automático sin que ellos hubieran llamado.

—Policía.

Antes de que la verja, tan ancha que podrían pasar tres coches a la vez, se abriera, la misma y áspera voz de alguien que debía de ser muy meticuloso les hizo algunas preguntas más para asegurarse de que realmente eran quienes afirmaban ser. Finalmente, la verja se deslizó silenciosamente sobre su raíl y los dos policías entraron al cortijo.

No se veía a nadie. Un caballo blanco, sin montura, atravesaba al paso el ondulado césped. La corta y reluciente hierba, de un verde eléctrico, compartía plano con el turquesa del mar hasta un horizonte interrumpido, al otro lado de la bahía, por la blanca línea de la ciudad de Cádiz, tendida entre las masas de agua como un pañuelo en un sueño.

Las tres construcciones que integraban el complejo eran de estilo andaluz, de una sola planta, con patios abiertos al cielo. Los policías se acercaron a la fachada de la que parecía ser la residencia principal, porticada con un frontal de arcos.

Bajo el emparrado umbral, a la sombra, los estaba esperando un

hombre delgado, de aspecto serio, con un traje marrón oscuro y una corbata color vino a juego con unos zapatos en punta color burdeos. Tenía un rostro afilado y una voz —la misma que acababa de interrogarles por el portero— imperativa y resuelta como la de un mando militar.

—Soy Humberto Caralt, secretario del señor duque. ¿En qué puedo ayudarles?

Ponce le expuso impersonalmente:

—Queremos hablar con una señora que creemos reside aquí y que habría regresado sobre las ocho de esta mañana en no demasiadas buenas condiciones.

—Si fuera tan amable de decirme el nombre de esa señora…

—Yo no lo sé, pero usted seguramente sí.

—En nuestra residencia ducal hay varias mujeres de servicio. Lola, Miri, Lalia, aunque esta última…

—Supongo que ninguna de esas empleadas tiene unos zapatos Christian Louboutin de a mil euros el par —dio por sentado el inspector.

—Con las suelas rojas —agregó Funes.

—¿Zapatos de mil euros? —Caralt pasó la mirada de uno a otro policía, como queriendo radiografiar sus intenciones—. ¡No les entiendo!

—A lo mejor porque no hemos venido a hablar con usted —lo excluyó Ponce.

El secretario se avinagró.

—Don Sebastián no está, pero avisaré a alguien de la familia. Síganme.

Por un ancho corredor llegaron a un salón de estilo más moderno, cuyas cristaleras transparentaban cegadoras explosiones de luz. Amueblada y decorada apenas con un estilo minimalista, esa sala era tan espaciosa que dentro habría cabido una pista de tenis. A modo de falsas ventanas se alineaban en sus paredes fotografías panorámicas que representaban mares y nubes, paisajes puros, sin figuración ninguna, sin pájaros ni barcos, tan solo el océano en distintas latitudes celebrando sus guerras o sus bodas con el cielo, los arrecifes o los icebergs. Afuera, en un jardín trasero suavemente inclinado hacia el mar, se levantaba una pérgola con mesas y butacas de bambú. A su derecha se veía un establo con caballos y,

al fondo, un embarcadero privado junto a cuyas tablas se balanceaban un velero, una lancha motora y dos motos de agua.

Caralt se excusó y salió de la sala. Apenas un minuto después hizo entrada un hombre moreno, de unos treinta y tantos o cuarenta años, con aire decidido y una confiada sonrisa. Vestía una ligera americana de lino sobre una camisa de color calabaza, vaqueros blancos rotos en las rodillas y unas alpargatas de tela morada con suela de esparto. Sin acercarse a ellos, se detuvo a la diplomática distancia de un par de metros y, como si su mero nombre fuese garantía de una calidad muy superior a la ofrecida por la fabricación en serie de aquellos dos policías que se atrevían a invadir su casa, se presentó altivamente:

—Álvaro Salazar-Stewart.

—Inspector Ponce y subinspector Funes.

—¿Se tomarían una copita conmigo?

—¿No es un poco pronto para empezar a beber, señor Salazar?

—Salazar-Stewart, inspector, si no le importa. Es un solo apellido y odio que lo mutilen. En cuanto a su observación, nunca es lo bastante temprano para un buen jerez. Me han cogido picando algo en la cocina. Si no tengo compromisos me encanta comer a mi aire, unas rajitas de caña de lomo, un poquito de queso. Voy a servirme de postre un oloroso. ¿No se sientan?

Los policías permanecieron en pie esperando a que Álvaro hubiese colmado un catavinos cuyo aroma a bosque húmedo les alcanzó como una promesa de placer. El aristócrata hizo chasquear el paladar:

—Riquísimo. ¿No se apuntan, seguro? Ustedes se lo pierden.

—Lo que no podemos perder es más tiempo.

—Les escucho, inspector.

—No hace unas pocas horas hemos encontrado en una playa de Cádiz el cadáver de una mujer. Se llamaba Casilda López Manso. Dieciocho años, estudiante de bachillerato. Cerca de sus restos había huellas de unos zapatos de tacón que, según hemos podido averiguar, pertenecen a una señora residente en esta casa.

—Y por eso han venido… ¿Quién les ha dado esa información?

—Un taxista. En torno a las ocho de esta mañana, trajo hasta esta casa a una mujer rubia, de unos treinta y pocos años, delgada, muy bien vestida, con un elegante traje de chaqueta rojo y unos

zapatos de tacón de suela también roja.

—Parecía algo desorientada —matizó Funes.

—Algo o bastante —le corrigió Ponce.

—Se iba sin pagar —agregó Funes—. El taxista tuvo que recordarle que le abonara la carrera.

—¡Mi hermana Alejandra, sin duda! —dedujo Álvaro, sofocando a duras penas una cínica risa—. Entre otras muchas, tiene la manía de no pagar a los taxis. Es como otro de sus tics…

—Nos gustaría formular algunas preguntas a su hermana, salvo que también tenga la manía de no hablar con la Policía.

—Veré si está presentable. —Álvaro parecía haber perdido algo de aplomo—. ¿En serio no les apetece una copa de jerez? Es de nuestra bodega, no habrán probado nada mejor… ¿No? Esperen aquí, será un minuto…

Pero pasaron cerca de diez hasta que volvió a abrirse la puerta del salón y apareció, sola, una mujer cuya belleza les impactó. Tal como antes había hecho su hermano, tampoco se les acercó, como si fuera a contagiarse, presentándose con una voz ronca, masculina, y el mismo orgullo de casta.

—Alejandra Salazar-Stewart.

Tenía un cuerpo fibroso, ojos celestes («celestiales», pensó Funes) y una piel tostada que atenuaba la luz. Llevaba un jersey de algodón que marcaba sus redondos pechos, unos vaqueros ajustados que moldeaban sus muslos y mocasines de piel.

Mientras Funes se la comía con los ojos, el inspector se lanzó a interrogarla:

—¿Estuvo ayer noche en Cádiz capital, señorita?

—Hace mucho que dejé de ser señorita. Pueden llamarme Alejandra. Y, sí, estuve anoche en Cádiz capital.

—¿Puede decirnos dónde, exactamente?

—¿Puede decirme por qué debería decírselo?

—Porque estamos investigando una muerte violenta y creemos que usted ha podido ser testigo.

—¿Testigo de qué?

—De una muerte violenta, se lo acabo de decir. ¿Dónde estuvo anoche, señora?

—En el restaurante Las Carabelas.

—Lo conozco —dijo Funes.

—¿Hay algún garito en Cádiz que tú no conozcas? —le espetó Ponce. Funes se quedó cortado y el inspector siguió preguntando a la hija del duque—: ¿Por qué motivo fue a ese restaurante?

—¿Debo responder a eso?

—Le convendría.

—¿También me convendría llamar a mi abogado?

—Yo no se lo aconsejaría.

Alejandra se mordió nerviosamente una uña y señaló un tresillo forrado en piel de gacela.

—Tomen asiento.

Los policías se sentaron en el filo, con las manos en las rodillas. En la mesa de cristal había una tabaquera de plata. Alejandra la abrió, cogió un cigarrillo y, sin ofrecerles, lo encendió con un pesado mechero, también de plata.

—Fui a ese restaurante invitada por Bodegas Mendiluce. Son amigos míos. Ofrecían una cena privada con motivo de la celebración del santo de uno de ellos.

—¿Hasta qué hora estuvo en Las Carabelas?

—Hasta la una o las dos de la madrugada.

—¿Qué hizo después?

—Fuimos a casa de uno de los invitados.

—¿Quién era?

—No recuerdo su nombre.

—¿Dónde vive?

—Por allí cerca.

—¿Recuerda la dirección?

—Una de las antiguas villas del paseo Marítimo.

—¿Fue sola a esa villa o con alguien más?

—Con dos amigos más.

—Díganos sus nombres.

Alejandra se los facilitó y Ponce los apuntó en su libreta. A él no le sonaban de nada, pero Funes puso cara de haber reconocido a alguno, como si se tratara de un famoso.

—¿Hasta qué hora estuvieron en ese domicilio? —prosiguió interrogándola el inspector.

—No lo sé, exactamente… Hasta las seis de la madrugada, puede…

—¿Había amanecido?

—No lo recuerdo.

—¿Bebieron?

—Lo normal.

—¿Qué cantidad de alcohol considera usted normal?

Alejandra puso mala cara y se abstuvo de contestar.

—¿Qué hizo luego, al salir de esa villa? ¿Se dirigió a la playa?

—Creo que sí… Ahora mismo, tampoco consigo recordarlo bien.

—Haga memoria.

—Uno de aquellos amigos se empeñó en acompañarme para coger mi coche, o más que probablemente para convencerme de que no condujera, y puede que intentara… sobrepasarse un poco, dentro de los límites de la buena relación de amistad que nos une… Ya saben ustedes cómo son estas cosas…

—No, señora, no lo sabemos. Y tampoco el nombre de la persona que la acompañó a la playa.

—Se lo acabo de decir, inspector.

—No, señora. Solo nos ha dado los nombres de los dos amigos que la acompañaron a la villa. ¿Quién la llevó luego a la playa? ¿Uno de los dos?

—David Benjumea.

—¿El banquero? —Ese apellido, Benjumea, era el que le estaba sonando a Funes. Lo había leído en los periódicos más de una vez, siempre relacionado con elevados intereses financieros.

—El hijo del banquero —aclaró ella tras una risa corta y nerviosa—. El viejo Benjumea no está para muchos trotes. Sí, ahora recuerdo que rogué a David que me dejase sola en la playa. Necesitaba pasear, respirar a pleno pulmón.

—Hacía frío y viento —observó Ponce.

—¿De verdad? No lo recuerdo. ¡Pero sí que estuve a punto de bañarme! —Alejandra rompió a reír de nuevo, hasta que una tos seca, de fumadora, la congestionó.

Sin dejar que se recuperase, Ponce siguió presionándola:

—¿La acompañó ese hombre, David Benjumea, en su paseo nocturno por la playa?

—Me alejé sola, necesitaba estar conmigo misma.

—¿Había alguien más en la playa?

—Creo recordar que no.

—Y entonces fue cuando vio el cuerpo de una mujer tirado en la

arena, cerca de la orilla.

—Creo recordar que sí.

—Cree recordar esto, cree recordar lo otro. Si vio el cuerpo es porque había amanecido.

—Supongo.

—¿Qué hizo entonces? ¿Se acercó para comprobar si aquella mujer necesitaba ayuda?

—No, no lo hice.

—¿Por qué?

—¡Me asusté!

—¿De qué?

—No lo sé… Fue como… Como si de repente todo escapara a mi control, ¿entiende?

—No, señora, no la entiendo.

—Podría tratarse de una reacción de repulsa o pánico provocada por el alcohol —le ofreció esa explicación Funes, enrojeciendo al dirigirse a ella y recibir su mirada traslúcida, dos estrellas de hielo teñidas de azul…—. Al darse cuenta de que algo grave había sucedido, de que aquella situación exigía lo mejor de usted, mucha calma, sangre fría y lucidez, pero dándose cuenta, al mismo tiempo, de que su cabeza no estaba nada clara, decidió quitarse de en medio. ¿Pudo sucederle algo así, Alejandra?

La aristócrata lo miró con risueño agradecimiento.

—Muy posiblemente obraría así, capitán…

—Oficial Ignacio Funes.

—Gracias, señor Funes. Sí, supongo que tiene usted razón y que fue eso lo que me pasó. Algo así como una trasposición.

—Supone esto, supone aquello… —volvió a parodiarla Ponce.

—¡Pues sí! —se enrabietó Alejandra—. De hecho, ahora mismo estoy como volviendo a verme a mí misma alejándome de aquella mujer, ambas convertidas en fantasmas en medio de la noche…

—En la Playita de los Dados no había ningún espectro, señora —descartó, sarcástico, el inspector—. Ambas eran de carne y hueso, aunque solo usted estuviera viva.

Alejandra aplastó su cigarrillo.

—La mataron, ¿verdad?

—Eso tememos.

—¿Quién lo hizo?

—No lo sabemos. ¿Usted no se acercó?, ¿no la tocó? —siguió a lo suyo Ponce.

—No, no la toqué.

—¿Está segura o convencida?

—Estoy… ¡Me está confundiendo! Lo hace a propósito, ¿verdad, inspector? ¡Pretende que me contradiga para poder acusarme de algo que no he hecho!

—¿Respondería con más seguridad si le pregunto simplemente si conocía o no a esa mujer?

—No, no la conocía, estoy segura.

—¿Ni siquiera le sonaba de haberla visto alguna vez?

—Tenía la cara manchada de arena, no se la distinguía bien.

—¿Recuerda algún rasgo de ella?

—Su pelo era negro…

—¿En qué posición estaba?

—Tumbada de una forma rara, como doblada…

—¿Qué ropa llevaba?

—Oscura. Un vestido de fiesta, seguramente.

—¿Pensó que estaba muerta?

—¡No!

—¿Tampoco pensó que podría necesitar ayuda?

—No recuerdo exactamente lo que pensé… Debí de pensar que estaba dormida. Drogada o borracha, no sé…

—¿Tanto como usted?

La indignación nubló la mirada de Alejandra.

—Ya les he dicho que llevaba unas copas, lo he reconocido, pero de ahí a ir ebria.

—¿Por qué huyó usted?

—¡No lo hice, no hui! No tengo por costumbre huir de nada ni de nadie. Me alejé de allí, simplemente.

Ponce la miró con cierto desprecio:

—¿Tambaleándose, debido al estado en que iba? Sus huellas dibujaban más eses que la antigua carretera de Despeñaperros.

—¡Se lo advierto, inspector! Otro comentario más como este y le mostraré el camino de la puerta.

—A usted no debió de resultarle fácil encontrar el del paseo Marítimo de Cádiz, tal como iba, y con esos exclusivos zapatos suyos hundiéndose en la arena y dejando unas huellas tan claras

que nos fue posible leer la marca: Christian Louboutin.

—¿Con qué está usted más obsesionado, inspector, con mis amigos, con mis tragos o con mis zapatos?

—¿Le importaría mostrárnoslos?

—¿Se los traigo aquí o vienen a mi vestidor?

Alejandra lo había dicho con sarcasmo, pero la respuesta de Ponce iba a agriarle el humor.

—Acaba de tener una magnífica idea, señora. Ya que estamos aquí, nos gustaría ver su habitación. ¿Nos la enseña?

16:00

De regreso a Cádiz por la carretera del Puerto de Santa María, Felipe Ponce llamó al comisario para informarle sobre la diligencia que Ignacio Funes y él acababan de llevar a cabo en la residencia de los Salazar-Stewart en Costa Ballena.

—Su hija Alejandra es la clásica niñata pijísima, mal criada e impertinente. Nos ha dicho y repetido que nada ha tenido que ver con la muerte de Casilda.

—Pero ¿vio Alejandra el cuerpo de Casilda tirado en la playa de Santa María o no lo vio?

—Ha reconocido que sí.

—¿Hay algún testigo más?

—Alejandra nos ha dado el teléfono del hombre que la acompañaba ayer por la noche, David Benjumea.

—¿Han hablado con él?

—Acabamos de llamarle. David Benjumea refrenda la versión de Alejandra. Anoche, ella iba muy bebida. Ya bien entrada la madrugada, Benjumea la llevó a la playa de Santa María del Mar para que se despejara un poco. Alejandra estuvo un rato deambulando por la arena. En cuanto pudo, cerca de las siete de la mañana, la metió en un taxi y la mandó para su casa.

—¿Pisó Benjumea la playa?, ¿llegó también él a ver el cuerpo de Casilda a la orilla del mar?

—No.

—¿Le comentó Alejandra que hubiese visto algo raro, a alguien dormido o desvanecido cerca de la orilla, tal vez el cadáver de una mujer?

—Tampoco.

—Perdone la pregunta, comisario… —Era ahora Funes quien intervenía a través del manos libres—. ¿Este David Benjumea no es hijo de un famoso banquero?

—Así es, Ignacio —le confirmó Castillo—. Su padre, Ramiro Benjumea, es el presidente de Caja Andalucía Sur.

—Cuyas cámaras captaron las últimas imágenes de Casilda —relacionó automáticamente el inspector.

—Lo cual nada tiene de extraño —le restó trascendencia Castillo —. Caja Andalucía Sur abre una sucursal en cada manzana. Los Benjumea son tan ricos o más que los Salazar-Stewart. Desde hace siglos, las grandes familias de la aristocracia y de la burguesía andaluzas se han conjurado para relacionarse, casarse y hacer negocios entre sí. ¡Y no les ha ido nada, pero que nada mal!

Ya con el puente y la ciudad de Cádiz a la vista, Ponce, que estaba al volante, y conduciendo a una velocidad mayor que la permitida, solicitó:

—Por si acaso, señor, me gustaría mantener bajo control los movimientos de Alejandra Salazar.

—Sin indicios de culpabilidad no puedo autorizar una vigilancia —desaprobó Castillo—. ¿Cómo está el tráfico?

—Despejado.

—¿Por dónde andan?

—Llegando al puente.

—Pásense por el Instituto de Medicina Legal, a ver si hay noticias sobre la autopsia de Casilda, e incorpórense cuanto antes en comisaría a la reunión con el resto del Grupo.

—Si le parece, señor —postuló Funes—, me acercaré al Pico de Oro para ver cómo van las pesquisas de la Científica. Puede que hayan encontrado algún indicio.

—Muy bien, Ignacio, pero no se demoren.

16:15

Antes de volver a reunirse con su equipo, Castillo ordenó a su secretaria, Laura, que le llevara al despacho el expediente de Manuela Olivares, la joven gaditana asesinada en el 2010.

En cuanto lo tuvo en sus manos, comprobó con un

estremecimiento a quién, a qué otra chica le venía recordando tanto físicamente Casilda López Manso.

Su parecido con Manuela Olivares, la víctima de La Caleta, apuñalada diez años atrás, era más que evidente. Ambas, Manuela y Casilda, tenían el pelo negro y rizado, el mismo óvalo de cara, el mismo color y tono de piel, ojos castaños, grandes, y una bonita e inocente sonrisa. Manuela era un poco más delgada y seguramente más alta, pero perfectamente podrían haberse confundido una con otra… Prácticamente como si fueran hermanas gemelas, volvió a ratificarse el comisario.

Rígidamente sentado a su mesa, con los puños apretados contra las sienes para reforzar su concentración, Antonio Castillo se puso a revisar las confesiones de las dos adolescentes que, en febrero del 2010, habían asesinado, apuñalándola una y otra vez, hasta la muerte, a Manuela Olivares: María Josefa, *Pepa*, Marca Gascón y Eulalia Gracia Montero.

La prensa las había bautizado como «Las brujas de La Caleta». Las fotos del cadáver de su víctima seguían mostrando de qué salvaje modo Pepa y Eulalia la habían cosido a puñaladas aquella aciaga noche. Casualmente, ¿o no?, ¡la del 14 de febrero del 2010! La simple pero asombrosa coincidencia de aquella fecha con la de la muerte de Casilda, ¿no era ya algo extraordinario?

Castillo tuvo la vertiginosa impresión de que no habían transcurrido diez años del crimen de La Caleta, sino mucho menos tiempo desde que él había visto su dramático escenario, la sangre de Manuela empapando la arena, sus ojos abiertos por el espanto entre los pilotes del Balneario de La Palma, en la playa de La Caleta, a pocos pasos de la orilla del mar y de las barcas de los pescadores. Un lugar relativamente escondido donde los jóvenes solían ocultarse para besarse, fumar canutos o… apuñalarse.

El comisario encendió un puro para tratar de tranquilizarse y encargó a Laura que le comunicara por teléfono con el jefe superior de Andalucía, Rafael Gradas, de quien dependía directamente.

Tenían buena relación. Su llamada era urgente y Gradas, desde Sevilla, se le puso al momento.

16:30

De forma breve y precisa, Castillo le informó de la aparición, esa misma mañana en una playa de Cádiz, del cadáver de una joven gaditana de dieciocho años.

—Se llamaba Casilda López Manso y estudiaba segundo de bachillerato en San Felipe Neri. En el registro de su domicilio, en su habitación, hemos descubierto un naipe, un rey de espadas. El pulso se me disparó. Si recuerdas, Rafael, entre los objetos personales de aquella otra chica gaditana, Manuela Olivares, asesinada en el año 2010, ¡y en la misma fecha, la noche del 14 de febrero!, encontramos una sota del mismo palo: espadas.

—Lo recuerdo perfectamente, Antonio. Tú eras inspector.

—Sí, pero aquel caso lo llevó el inspector Ocejo.

—También lo recuerdo… ¡Pobre Ernesto! Murió de cáncer, ¿no? ¿Quién era entonces el comisario de Cádiz?

—Evaristo Llaredo.

—Sí, también me acuerdo de él… ¡Pobre Evaristo! La palmó de un accidente de moto, ¿verdad? Dime, Antonio, ¿aquella sota de espadas que, en febrero del 2010, enviaron anónimamente a la chica apuñalada… Manuela Olivares, era un naipe común?

—Una carta vulgar y corriente, de baraja española.

—¿Usada?

—Estaba nueva, pero sobre la figura de la sota habían dibujado con bolígrafo varias heridas de arma blanca.

—¿Esa sota de espadas apareció entre los enseres personales de la víctima, en su casa?

—En una estantería del dormitorio de Manuela, dentro de uno de sus libros escolares. Dos compañeras suyas de clase, de la misma edad que ella, ambas de diecisiete años, Pepa Marca y Eulalia Gracia, confesaron haber metido aquella sota, con los dibujos de las puñaladas, en uno de sus manuales. Lo hicieron para asustarla, como una advertencia de lo que podría pasarle de no dejar Manuela al chico con quien estaba quedando. Pero Manuela no les hizo caso. Continuó saliendo con el mismo novio, que, al parecer, le gustaba a una de ellas, y ambas se aliaron para cumplir su amenaza. La noche del 14 de febrero del 2010, ¡hace hoy exactamente diez años!, la cosieron a navajazos en La Caleta. Había sangre por todas partes. ¡Aquello parecía un aquelarre!

—De ahí el apodo, imagino, «Las brujas de La Caleta»…

—La prensa siempre tan ocurrente, ya sabes.

—Confesaron el crimen, ¿no?

—Yo estaba delante.

—¿Mostraron arrepentimiento?

—Sí, las dos.

—¿A qué penas fueron condenadas?

—Se las juzgó por asesinato, pero, al ser menores de edad, se libraron con una multa y con tan solo unos cuantos años de internamiento en centros especiales, en libertad vigilada y cumplimiento obligatorio de servicios sociales. Hasta que un equipo de psiquiatras y terapeutas garantizó su rehabilitación.

—¿Qué ha sido de ellas, Antonio, lo sabes? ¿Siguen en Cádiz?, ¿lograron rehacer sus vidas?

—Ahora mismo no disponemos de esa información, pero la tendremos en breve.

—¿Pensáis establecer una relación entre aquella sota y el rey de espadas que habéis encontrado hoy, y entre aquellas dos criminales adolescentes y la joven hallada muerta hace unas horas en vuestras playas?

—¿No la establecerías tú, Rafael? Estoy seguro de que tienen relación. Aunque, a diferencia de aquella vulgar sota enviada a Manuela, el rey de espadas que acabamos de encontrar en el dormitorio de Casilda es una pieza antigua, muy valiosa, un objeto de colección.

Gradas asimiló esta última observación y siguió razonando:

—¿La circunstancia de que los dos naipes, sota y rey, sean del mismo palo y puedan relacionarse y emparejarse entre sí, sería por ahora el único indicio o coincidencia sobre el que establecer el patrón homicida de un asesino en serie?

El comisario gaditano carraspeó. Desde hacía unas horas le picaba la garganta —confiaba que no fuera a causa de aquella nueva bacteria, el covid-19, que estaba comenzando a extenderse entre la población y a cobrarse algunas víctimas—, pero no necesitó meditar su respuesta.

—Lo que sí creo, Rafael, es que no puede tratarse de una conjunción astral. ¡Es imposible! Menos aún, la fecha elegida en ambos casos: la noche del 14 de febrero del 2010 fue cometido el crimen de La Caleta, y en la noche del 14 de febrero del 2020

aparece muerta otra chica en otra playa de Cádiz, asimismo con signos de violencia.

—Pero no apuñalada, Antonio… No obstante, reconozco que tendrías buenas razones para. ¡Pero no, tampoco yo creo que sea una simple casualidad! Quien haya hecho llegar un rey de espadas y agredido a una adolescente sabía que otra joven había sido asesinada en la misma fecha, la noche de San Valentín, la noche de los enamorados… y recibido como advertencia otro naipe del mismo palo.

—Con un matiz importante, Rafael. Quien disponga de ese dato no lo ha obtenido por la prensa. En su momento, conseguimos ocultar a la opinión pública ese detalle. Los periodistas nunca supieron que las dos jovencísimas asesinas de Manuela Olivares la habían amenazado con una sota de espadas.

—¿Estás insinuando que detrás de esta nueva muerte se oculta alguien con información privilegiada? ¿Alguno de los nuestros? ¿Un policía, quizá?

—No lo sé, Rafael, pero te recordaré algo más… Como no ignoráis, pues periódicamente vuelvo a poner el asunto sobre la mesa, tenemos pendientes tres desapariciones de mujeres jóvenes en Cádiz y…

—Lo sé, Antonio, y no me olvido de ellas… Pero creo que te equivocas al asociar unos casos con otros.

—Hay puntos en común.

—¿Por ejemplo?

—Las tres desaparecidas tenían en torno a dieciocho años, como Manuela Olivares y como Casilda López Manso.

—A ver, Antonio, pensemos con la cabeza… Tres chicas gaditanas han desaparecido en los últimos años. Eso, por un lado. Por otro, tenemos a las dos muchachas muertas. Una, en el 2010, apuñalada. La segunda, la de anoche, relacionada con la anterior por esa clave del rey y la sota de espadas, pero sin que hayáis demostrado aún que haya sido víctima de un crimen.

Castillo porfió:

—Estoy seguro de que sí, y de que la relación entre ambas, y también entre las tres desaparecidas, está delante de nosotros, solo que no conseguimos verla. Nos hemos dejado el alma investigando y seguiremos haciéndolo —reivindicó su labor el comisario

gaditano, con la voz un tanto quebrada a causa de la impotencia que sentía—. Nos han faltado medios, o suerte, o ambas cosas…

—De sobra sé que os siguen escaseando los recursos materiales —le dio la razón, comprensivo, Gradas—. Nadie tiene que contarme que vais con el agua al cuello, que os faltan medios, personal… Hablaré con el delegado del Gobierno, a ver qué puede hacerse.

Castillo colgó sin demasiadas esperanzas. Su superior haría alguna gestión, pero… ¿Se jubilaría sin haber solucionado aquellos casos de desapariciones que tanto le obsesionaban?

Una vez más, contempló las fotos de las tres chicas gaditanas cuyo paradero y destino habían sido incapaces de descubrir. Desde el tablón de corcho, parecían suplicarle que las encontrase cuanto antes…

Un ruido fuera, desde el pasillo, lo distrajo. A través del cristal esmerilado de la puerta de su despacho, Castillo distinguió las borrosas siluetas de los miembros de la Unidad de Delitos Violentos.

Indicó a su secretaria que les hiciera pasar.

16:45

Junto con algunos refrescos y un termo de café, Laura, la secretaria, dejó sobre la mesa de reuniones la bandeja de bocadillos que había encargado en el bar de abajo, el Pedrín. Eran de tortilla de patatas y de jamón y queso. Los miembros del Grupo no habían comido y no iban a hacerles ascos. En cuanto el comisario hizo una seña, se lanzaron a devorarlos.

Macarena abrió la reunión informando a sus compañeros de la localización en el domicilio de Casilda López Manso, en la calle Desamparados, de su ordenador portátil, con su agenda personal, y del hallazgo, también en su habitación, de un antiguo y enigmático naipe de plata que, o bien alguien había depositado anónimamente en su buzón —que estaba abierto, aclaró, pues el bombín se había estropeado y la madre de Casilda, Adela, no se había molestado en arreglarlo—, o bien había sido entregado en mano a la propia Casilda.

Para complementar estas informaciones, el comisario sugirió que ese plateado naipe, un rey de espadas, podría estar relacionado con aquella sota, también de espadas, hallada en febrero del 2010 en el

dormitorio de Manuela Olivares, la inocente víctima de aquellas dos criminales adolescentes apodadas «Las brujas de La Caleta».

—Y que fue atacada «precisamente» —Castillo subrayó con toda intención el adverbio—, en la noche del 14 de febrero del 2010. Hace exactamente diez años. Una década justa. ¿Podría significar algo?

Ninguno de los presentes, salvo Javier Mir, había intervenido en aquel viejo caso, pero todos lo recordaban por la precocidad de las jovencísimas criminales, por la incomprensible naturaleza de su móvil y por su extrema y absurda violencia.

El comentario de Mir iba a ser inoportunamente jocoso:

—Sota y rey del mismo palo. ¿Alguien habrá querido cantar veinte en espadas?

Nicanor Tambor redobló:

—O las cuarenta, si espadas era triunfo.

El comisario no compartía su buen humor. Con cara seria, hizo circular el expediente con las fotos del apuñalamiento de Manuela Olivares mientras les iba exponiendo los principales detalles de aquel asesinato. Las imágenes del cadáver de Manuela bañado en sangre, con heridas de arma blanca en la cara, el pecho, el tórax y las extremidades, seguían siendo, diez años después, impactantes.

Durante una larga pausa nadie habló, limitándose todos a observar las fotografías. Tras reavivar su habano con otro cerillón, Castillo encargó a Mir que localizara el paradero de las autoras de aquel inmisericorde aquelarre, las llamadas «brujas de La Caleta»: Eulalia Gracia Montero y María Josefa, *Pepa*, Marca Gascón.

—¿Qué querría saber exactamente de ellas, señor?

—En primer lugar, si ahora mismo se encuentran aquí, en Cádiz. De ser así, dónde estaban en la noche de ayer, y si hay algo que las vincule, cualquier detalle, con la muerte de Casilda López Manso. De hallarse ambas o una de ellas viviendo fuera, en otra ciudad, quiero saber dónde. Y también qué hacen, a qué se dedican, qué ha sido de ambas durante todos estos años. Si han estudiado, si se han casado, si trabajan, si tienen hijos…

—Es decir, comisario: todo.

—No, Javier, no quería decir eso. Lo que he querido decir es: todo y más.

Centrándose de nuevo en Casilda, el comisario pasó a referir a

sus hombres lo más sustancial de cuanto Adela Manso les había contado a propósito de las últimas horas de su hija Casilda.

Una vez informados de la inspección, Castillo encomendó a Nicanor Tambor que se pusiera en contacto con Salvador Betoré, el entrenador de baloncesto del equipo de San Felipe Neri, con quien, al parecer, Casilda había mantenido una cordial relación.

—Compruebe los movimientos de Betoré en la tarde y noche de ayer, Nicanor, y verifique si entre Casilda y él hubo contactos o llamadas de teléfono en los últimos días.

En aquel momento, el inspector Felipe Ponce hizo acto de presencia en el despacho de su superior. Tomó asiento y, a instancia del comisario, pasó a informarles de su entrevista con Alejandra Salazar-Stewart, la bella e impertinente aristócrata de los zapatos de tacón marca Loboutin con suelas rojas.

—Según le adelantaba por teléfono, señor, el encuentro de Alejandra Salazar, o su tropiezo, mejor dicho, en la Playita de los Dados con el cadáver de Casilda se debió a una circunstancia puramente fortuita, según ella. Puede que diga la verdad, aunque… Por lo que vamos sabiendo, entre Casilda López y Alejandra Salazar no parece que hubiera la menor conexión.

—¿Qué edad tiene Alejandra Salazar-Stewart?

—Quince años mayor que Casilda. Son de ambientes por completo distintos. Alejandra pertenece a una clase social mucho más alta. Por si acaso, comisario, para asegurarme de si realmente se conocían o no, acabo de llamar al tío de Casilda, Horacio Manso. Tiene una voz curiosa, una vocecita así como infantil, de pito. Me ha asegurado por activa y por pasiva que entre su sobrina y la hija del duque de Cazorla no podía existir la más mínima relación. Pero este Horacio sigue sin darme buena espina. He observado que en cuanto habla de Casilda entra en tensión. Al referirse a su sobrina lo hace de forma, ¿cómo explicarme?…, poco natural. Habla de ella en presente, como si no hubiese muerto. No olviden que dijo haber reconocido a Casilda a través de uno de esos telescopios del paseo. No hace diez minutos, antes de subir aquí, me he tomado la molestia de comprobar su alcance y nitidez, tras echar el correspondiente euro…

—Páselo a gastos —les hizo reír el comisario.

—Está usted en todo… La lente de ese artefacto es bastante

opaca. Identificar con su nebulosa óptica un cuerpo humano tirado en la arena a doscientos metros y con la cabeza girada hacia el mar sigue sin parecerme nada sencillo…

—Al comisario y a mí nos extrañó que hubiera ropa de Horacio en casa de su hermana Adela —agregó Macarena—. En su dormitorio… Raro, ¿no?

Castillo asintió reflexivamente.

—¿Han comprobado que esa camisa y esa americana que estaban en el dormitorio de Adela sean realmente de su hermano Horacio?

La subinspector lo negó con un movimiento de cabeza.

—Pues hágalo, Macarena, ¡como una flecha! ¿Se le ocurrió fotografiar esas prendas?

—Eso sí lo hice, señor.

—Pase las fotos a la Científica y que trabajen sobre las características, tejidos y marcas de esas dos prendas… Lo mismo alguna flauta suena por ahí… ¿Sí, Javier?

—Volviendo a Alejandra Salazar-Stewart… —planteó Mir—. ¿Qué pasó realmente en la playa? ¿La duquesita deambularía durante la juerga que se corrió anoche cuando, tambaleándose, pasó cerca del cuerpo de Casilda, sin avisar, sin decir ni comentar nada? ¿Eso es lo que nos tenemos que creer? ¿Pensó Alejandra, de verdad, que Casilda estaba dormida, o tan borracha como ella, y simplemente se alejó de allí?

—Hace bien en dudar, Javier —valoró el comisario—. No sé si les comenté a todos o solo a algunos de ustedes que un hermano de Alejandra, Álvaro Salazar-Stewart, estuvo en nuestro punto de mira debido a la desaparición de una de las jóvenes gaditanas a las que hoy en día seguimos buscando sin tregua. Aquella muchacha se llamaba, ¡y ojalá se siga llamando!, Elvira Alsina.

—¿Qué relación tuvo Elvira Alsina con Álvaro Salazar? —preguntó Ponce.

—Iban a montar al mismo picadero en el Puerto de Santa María. Se conocían, en alguna ocasión tomaron algo en la cafetería del Club Hípico… Repasen asimismo el expediente de Elvira Alsina, por favor. Cambiando de tema, inspector, ¿ha podido hablar con los forenses?

—Solo con Cárdenas —reconoció Ponce—. El doctor Acebal

seguía en el laboratorio, concluyendo la autopsia de Casilda.

—¿Han establecido ya la causa de su muerte?

—Casilda murió ahogada, es cuanto Cárdenas ha querido decirme.

—¿Nada más? ¿No sabemos dónde murió, cómo murió, quién la agredió, cómo la agredió…?

—No hay más datos por el momento, comisario.

—¿Hora de la muerte?

—Respecto a la data, sí. La muerte de Casilda parece confirmarse entre las cinco y las seis de esta pasada madrugada.

—En cuanto terminemos esta reunión llamaré al doctor Acebal —se programó el comisario, contrariado por tan escasa información —. Concentrémonos ahora en la fiesta de cumpleaños de Casilda, celebrada esta pasada noche en el *pub* El Loro…, ¡perdón!, Pico de Oro. Con dieciséis invitados, según constan en la agenda de la propia Casilda. Bastantes menos, por cierto, que los calculados por ustedes en un principio. Si el contexto no fuese tan siniestro, lo utilizaría para rogar a mi hija Sol que tomase ese número de asistentes como referencia para su próxima puesta de largo.

—¡Enhorabuena, comisario! —le felicitó Tambor—. ¿Tan deprisa ha crecido su chiquilla? ¿Cuándo será el evento?

—En junio. Espero que puedan venir a tomar una copa. Antes, nos servirán la de mi jubilación. Brindarán con más ganas.

Todos sonrieron cortésmente, pero nadie hizo comentarios y Castillo prosiguió:

—Ayer noche, en ese *pub* del paseo Marítimo, había chicos y chicas divirtiéndose. ¿Cuántos y cuántas? ¿Sabemos su número exacto?

—Siete chicas y nueve chicos —precisó Macarena. Lo había comprobado antes en la agenda de Casilda y extraído un listado.

—¿Parejas de novios entre ellos…? Traten de establecer sus vínculos y la relación de cada uno de esos jóvenes con Casilda. Si los unían determinadas relaciones o aficiones, si habían discutido por algo… ¿Sabemos a qué hora se marchó Casilda…? ¡Ah, hola, Ignacio! Siéntese, por favor.

Funes, que era quien acababa de entrar, lo hizo mirando goloso la bandeja de bocadillos.

—¿Puedo?

—Adelante, Ignacio —autorizó el comisario—, pero guárdeme uno de tortilla para mí. ¿Vuelve ahora del Pico de Oro?

—Sí, señor.

—¿Sabemos a qué hora lo abandonó Casilda esta pasada madrugada?

—A la una treinta —concretó Funes—. Es decir, a la hora pactada para el fin de fiesta. El propietario del Pico de Oro, Luis Mencheta, se fue algo antes de la medianoche, dejando como responsable a su encargado, Francisco Pinzón. Un profesional con experiencia en el mundillo de los bares de copas. Hecho a la fauna nocturna, a lidiar con adolescentes y borrachos… Lo sé porque lo conozco un poco. Pinzón hizo cumplir a rajatabla el horario pactado. Nadie protestó cuando echaron la persiana. Esos chicos eran pacíficos. Ninguno se emborrachó demasiado.

—¿Qué significa eso, Funes? Uno se emborracha o no se emborracha…

—Fue lo que Pinzón me dijo, comisario. Puede haber grados medios, ¿no?

—¿Hubo drogas, aunque fuera medio gramo?

—Que sepamos, no.

—¿Peleas?

—Ninguna.

—¿Denuncias de vecinos, desperfectos en el local o en la vía pública?

—Tampoco.

—¿Casilda consumió alcohol?

—Según Pinzón, descontando el cóctel de bienvenida y la copa para el brindis cuando sacaron la tarta, apenas bebió. Como anfitriona, Casilda estuvo ocupada atendiendo a todo el mundo.

—¿Bailó?

—Imagino, comisario.

Ponce ironizó:

—¿Y cómo la imagina, Funes? ¿Bailando suelta en grupo o apretándose con algún chico y sacándole brillo al cinturón?

Funes no tenía respuesta a eso, pero Macarena iba a replicar por él:

—¿Y cómo podríamos saberlo, inspector? Lo normal es que una muchachita tímida, como dicen era Casilda, bailase al principio en

grupo, en círculo, para romper el hielo, y luego, con el calor de la fiesta, se animara a arrimarse a algún chico para «sacarle brillo al cinturón», según dicen en algunos pueblos o los muy pueblerinos.

Ponce apretó tanto los labios que le blanquearon como si se hubieran quedado sin sangre. No era improbable que también el comisario pudiera estar pensando que se menoscababa su autoridad. Macarena era la única del Grupo que se atrevía a hablar así. Por su temperamento, en primer lugar, pero también, vendría acaso temiéndose Antonio Castillo, por un exceso de confianza debido a lo que entre ellos hubo más allá de las paredes de la Comisaría Provincial. Macarena y él habían vivido un romance corto, raro y sin futuro. Ni él se había enamorado de ella ni ella de él. En el fondo, ambos sabían que, cuando una relación como la suya se desencadenaba en un ámbito como el policial, no solía obedecer a un enamoramiento, sino a una especie de válvula liberadora de la sobredosis de tensión, de acción, dejando al cerrarse, o al cegarse, una sensación, más que de cansancio o decepción, de alivio o liberación, de arrasamiento. Como cuando el agua de un río se desborda por la rotura de una presa, abandonando, pasada la avalancha, un cauce sucio de palos y piedras… Pero la mente del comisario no se apartaba del caso y preguntó a Ignacio Funes:

—¿El local estaba cerrado al público? ¿Había sido reservado para la fiesta de Casilda?

—Así es.

—¿Podemos asegurar que no entró nadie extraño, alguien que no estuviera invitado?

—En principio, lo damos por hecho.

—¡Muy mal hecho, Ignacio! Nunca hay que presuponer nada. Asegúrese de que fue así al cien por cien, llame al encargado. ¡Y hágalo como una flecha! ¿Cuántos camareros había anoche en el Pico de Oro?

—Creo que…

—¿Cómo que cree que? ¿Cuántos había? ¿Tres?, ¿cinco?

—Fallo mío, comisario.

—¿Sus nombres?

—Llamaré a…

—A ese encargado, claro. ¡Como una flecha!

Rojo de vergüenza, Funes sacó el móvil y marcó el número de

Paco Pinzón. Le salió un contestador automático y le dejó un recado urgente.

El comisario le pegó un mordisco a su bocadillo de tortilla y siguió preguntándole:

—¿Casilda se marchó sola?

—No, señor —repuso Funes; la voz le temblaba un tanto—. La acompañaron a su casa dos de sus amigos de clase, Ángel Rubio y Javier Calvo. Pinzón vio a los tres alejándose por el paseo Marítimo, en dirección al centro.

—En el colegio de San Felipe Neri tendrán fotos de esos dos muchachos. Que alguien nos las escanee. Además, quiero los originales. Por si no me han entendido: que esos dos alumnos se presenten en comisaría. Convóquelos de urgencia, Nicanor, ¡que acudan como flechas!

Tambor se puso a hacer llamadas, para anunciarles al poco rato:

—Localizados ambos alumnos. Están de camino, les he metido prisa. Viven cerca, lo que les cueste llegar.

A la espera de interpelar a quienes probablemente iban a ser los últimos testigos en haber visto con vida a Casilda López, los agentes se centraron en las grabaciones de las cámaras del paseo Marítimo, que sus compañeros de la Científica ya habían visionado y acotado, facilitándoles los cortes o fragmentos que les podía interesar.

En el tramo principal del paseo había instaladas unas cuantas cámaras. Una de ellas, de un banco regional, Caja Andalucía Sur, había grabado a los tres adolescentes a la 1:45 de la madrugada anterior, cuando pasaron frente a la entrada de la sucursal. En una breve secuencia, de escasos segundos de duración, se veía a Casilda caminando entre sus dos acompañantes, sonriendo con los ojos brillantes como lo haría la chica más feliz del mundo.

Una imagen congelada de los tres les permitió observar a los dos amigos de Casilda. Lógicamente, debían de ser Javier Calvo y Ángel Rubio. Eran muy distintos. Uno rechoncho, sonriente, con pelo corto y una cara ancha y agradable. Otro, alto y flaco, con las facciones duras, el pelo liso y largo partido al centro, y algo en su actitud que al comisario no le gustó. ¿Qué era exactamente lo que no le gustaba de él?, ¿su forma de separar los brazos al caminar?, ¿de mirar a Casilda con una expresión…, cómo definirla, dominadora?, ¿posesiva?

Javier Calvo y Ángel Rubio no tardaron en presentarse en comisaría. Lo hicieron acompañados por sus respectivos padres. Unos y otros estaban al tanto del trágico fin de Casilda, muy afectados y dispuestos a colaborar con la Policía. ¡No podían creerse que su amiga estuviera muerta! ¿Alguien la había atacado? ¿Quién? ¿Quiénes? ¿Por qué?

Se les tomó declaración. Las versiones de Ángel Rubio —el más bajito y grueso— y Javier Calvo —el más alto y con pelo largo partido al centro— resultaron prácticamente idénticas.

Ambos sostuvieron que la fiesta había transcurrido sin incidentes. Tan divertida y animada como otras de cumpleaños celebradas por su clase, que incluía varias pandillas, la de Casilda entre ellas. Este grupito, las íntimas de *Cas* —la llamaban así, familiarmente—, era el más reducido. Tanto que solo lo integraban otras dos amigas suyas, Jesusa Martín y Alba Nocaso —apenas saltaron al aire sus nombres, Macarena se apresuró a localizar a esas dos chicas para igualmente citarlas a declarar.

Calvo y Rubio coincidieron en asegurar que fueron ellos, únicamente, quienes acompañaron la noche anterior a Casilda, pero que no lo hicieron hasta su domicilio, sino solo hasta la plaza de la Catedral. En torno a las dos de la pasada madrugada habían dejado a Casilda a la entrada de la calle de San Juan, apenas a un centenar de pasos de su portal en la calle Desamparados.

¿Cómo habían llegado hasta la plaza de la Catedral, caminando o en coche?

Lo hicieron caminando por el paseo Marítimo. Desde el Pico de Oro, los tres habían tardado unos cincuenta minutos en arribar a la plaza de la Catedral.

Un poco más de lo normal, ¿no?

Un poco más, admitieron.

¿Por qué? ¿A qué se había debido esa demora?

Javier confesó haberles retrasado al ir un tanto bebido. Ángel le quitó importancia, negando que su compañero estuviera borracho, como tampoco lo estaba él. Un poco achispados, todo lo más.

¿Y Casilda?

La anfitriona se había mantenido serena toda la noche. A lo sumo, habría tomado un par de copas.

¿Qué habían bebido?

Ellos, ginebra con Coca-Cola, cuatro o cinco por barba. Ella, ron con naranja, uno o dos.

¿Habían visto en el paseo Marítimo o en la plaza catedralicia a alguien extraño, que les hubiera llamado la atención? ¿Alguien que hubiera podido agredir a Casilda cuando se quedó sola?

Aunque esa parte de la ciudad estaba prácticamente desierta, y hacía bastante frío y humedad, los dos recordaron haberse cruzado con un grupo de tres o cuatro personas con pinta de andar de juerga. Entre las cuales destacaba una mujer rubia, muy sexi, vestida de rojo —muy probablemente, desprendieron en el acto Ponce y Funes, debía de tratarse de Alejandra Salazar-Stewart—. Cuando llegaron a la plaza de la Catedral, los bares estaban cerrados. En una esquina había otro grupito, de otras tres o cuatro personas, pero no se fijaron bien en ellas.

¿Les había hecho partícipes Casilda de alguna confidencia o queja? ¿Pasó algo raro en la fiesta? ¿Alguien intentó propasarse con ella o con alguna de las otras chicas? ¿Entró al Pico de Oro, a lo largo de la noche, algún desconocido?

No. Nadie denunció nada raro y no hubo ninguna presencia inesperada, altercado o incidente alguno. Casilda estaba cansada, pero muy contenta. Su despedida de ellos fue rápida. Cuatro besos y adiós. Quedaron en llamarse al día siguiente. No podían imaginar que era la última vez que la veían con vida.

¿Recordaban haber visto algún vehículo sospechoso por las inmediaciones? ¿Alguna furgoneta, por ejemplo?

No, no lo recordaban.

¿Cuál era su relación con Casilda?

De amistad, coincidieron en responder Calvo y Rubio.

¿Los unía algún tipo de vínculo sentimental? ¿Se habían declarado, habían tenido alguna cita, vivido una relación, una aventura con Cas?

Rotundamente, no.

¿Sabían de algún chico que hubiera salido o estuviera saliendo o quedando con Cas?

De ninguno.

¿Y de alguna chica?

¡Tampoco!

¿Cómo definirían a su amiga?

—Encantadora —en palabras de Ángel Rubio—. Muy simpática, muy buena persona. Cortadísima, eso también. Se le subían los colores por nada.

—Una mujer actual —se le ocurrió decir a Javier Calvo, dándose aires de madurez—. Hiperinteligente, supercolega. Te dejaba los apuntes, te ayudaba en todo. Cas es, era…, fue una de mis mejores amigas.

Ángel y Javier respondieron a algunas preguntas más sobre las relaciones de Casilda con otros compañeros y amigos, con alumnos y profesores, incluido el entrenador de baloncesto, Salvador Betoré. En ninguno de ellos habían observado comportamientos anómalos hacia Casilda o hacia cualquier otra alumna.

Durante toda su declaración, los policías les ocultaron que ya habían encontrado el móvil de Casilda. Preguntados por el móvil de su amiga, Javier Calvo recordó que Casilda lo había perdido en la fiesta, y que al final de la noche lo estuvo buscando inútilmente por el bar.

Para terminar, ambos alumnos facilitaron las fotografías que habían tomado del cumpleaños de Casilda con sus respectivos móviles, dentro y fuera del Pico de Oro.

Abandonaron la comisaría con la ambigua sensación de que los policías no acababan de fiarse de ellos.

No les faltaba razón.

16:45

¿Las cuatro y pico de la tarde, casi las cinco, así de repente?

Florián Falomir se preguntó cómo era posible que el reloj discurriera a semejante velocidad en un clima tropical y en una «isla bonita» —¿acaso Cádiz no lo era?—, bañada y relajada por el mar, donde, teóricamente, el tiempo debería transcurrir con mayor lentitud.

De hecho, tras un breve paseo por la plaza de la Catedral, Falomir llevaba media tarde en el balcón de su hotel, tan embebido en el ensayo de Carmelo Cuesta sobre los misterios del subsuelo gaditano que se le había pasado la hora de comer, algo simplemente inaudito en él.

Las tesis de aquel ensayo le estaban resultando muy sugerentes.

Según Cuesta, una secreta red de túneles había comunicado en siglos pasados a los edificios religiosos. Algunos de los cuales, como el convento de la Candelaria, que se había alzado allí mismo, en la plaza que el detective tenía delante, ya no existían.

Ese convento, del que un rato antes le había hablado el quiosquero Emilio Castillo, venía ampliamente reseñado, documentado e ilustrado en el estudio de Carmelo Cuesta.

Perteneciente a las Agustinas Descalzas, había caído en 1873, bajo la piqueta de un alcalde, Fermín Salvochea, célebre por su apostolado anarquista y por su declarada enemistad hacia la Iglesia. Celdas, cocinas, refectorios, criptas y beaterios o «cementerios» de monjas dormían bajo la plaza de la Candelaria el sueño de la eternidad. En cuanto se perforaban sus suelos, seguían apareciendo bajo el viejo Cádiz antiguos conventos, restos del acueducto romano… Asimismo, se habían descubierto las llamadas Cuevas de María Moco, galerías de minas y contraminas de los glacis de Puertas de Tierra abiertas durante la guerra de la Independencia y reutilizadas por los gitanos como precarias viviendas.

De vez en cuando, para descansar la vista, Falomir alzaba los ojos de las páginas. Desde su balcón podía contemplar la plaza de la Candelaria, con bastante animación, dado su céntrico enclave y las siete calles que desembocaban en sus esquinas.

Además del hotel O'Higgins, destacaban en su trapezoidal trazado otros edificios singulares.

La casa natal de Emilio Castelar, de las más modestas, quedaba a la izquierda del hotel. A la derecha estaba el Café Royalty, de estilo neorococó, al que Falomir le había echado el ojo para, en cualquier momento, dejarse caer para disfrutar de una copa tranquila. Enfrente, de izquierda a derecha a partir de la calle Santo Cristo, se alineaban una residencia religiosa —antiguo convento de los padres Paúles—; una muy hermosa casa neoclásica, la número 4, de finales del siglo XVIII; una tienda de antigüedades, Esmirna; la sede de la Casa-Hermandad del Cristo del Soberano Poder; el quiosco El Convento de Emilio Castillo —quien había vuelto a abrir a las cinco de la tarde para sacar los expositores de revistas a la acera—, y, haciendo chaflán, el ultramarino y panadería Dalmi.

La hermandad y la tienda de antigüedades parecían cerradas al público, aunque de este último local, «Esmirna», según pudo ver

Falomir, salió un hombre delgado y moreno, vestido con un traje gris. Cerró la puerta con llave para, acto seguido, meterse en el portal contiguo, el del número 4.

Las tripas de Falomir, vacías desde el desayuno, eran como una bolsa llena de aire, pero apenas disponía de otra hora antes de su clase de guitarra y todavía debía practicar los acordes que Paquillo el Altramuz les había impuesto como deberes. Pretendía, además, comprarse una guayabera que había visto en una tienda cercana, Camisería Tinoco, darse un duchazo, afeitarse. Ante todo, llenar la panza, regarla con cerveza bien fría… ¿Por qué razón aquella ciudad le daría tanta sed? ¿Quizá porque estaba rodeada por todas partes de agua salada?

Tampoco sería mala idea, se le ocurrió pensar, llamar a Cándido Tellería, antiguo compañero suyo en los servicios de inteligencia y actualmente retirado en Cádiz, su ciudad natal.

Sabía de su paradero por una reciente entrevista suya en un diario gaditano. Había podido leerla gracias a una alarma de su servidor conectada a las noticias del Centro Nacional de Inteligencia. Como exagente, Falomir se mantenía informado de lo que seguía ocurriendo en su antigua «Casa». Hasta hacía poco, Cándido Tellería había estado al frente de las operaciones en el Magreb. Falomir y él habían trabajado juntos, Florián a sus órdenes.

De camino a la Camisería Tinoco, decidió llamarlo. Tellería no había cambiado de móvil privado y se alegró mucho de saber que su compadre Falomir se encontraba en Cádiz. Estaba libre para cenar y se ofreció a llevarlo a la Venta del Cojo, «para tomar unas almejitas, una botellita o dos y ponernos al día». Falomir aceptó encantado. Quedaron a las nueve y media en el patio del hotel O'Higgins.

17:00

En la Camisería Tinoco, con amplio surtido de americanas, chalecos, cinturones y demás complementos de caballero, el detective eligió dos guayaberas, una blanca y otra azul, más una visera de lona porque el sombrero de paja que había traído consigo se volaba con el viento.

Se dirigió luego al ultramarino Dalmi con idea de improvisar, a

base de productos de la tierra, un tentempié que aplacara su hambre.

Aquel típico establecimiento, con dos coquetos escaparates en chaflán repletos de apetitosas ofertas, exhibía en su interior vinos de distintas denominaciones y pirámides de latas de sardinas y atún de Barbate. Sus estanterías estaban saturadas de embutidos, miel, encurtidos, frutos secos, legumbres y canastos de pan. Igualmente abarrotados de chocolates y dulces estaban los mostradores, que eran antiguos, de madera labrada.

El dueño del colmado se hallaba como parapetado tras dos fuentes de barro con una montaña de pestiños espolvoreados de granitos de anís. Detrás de él, un espejo reflejaba su cráneo pelado, sus anchos hombros y gruesa cintura.

—Buenas… ¿El señor Dalmi?

—A la paz de Dios y de los hombres de buena voluntad. ¿En qué puedo servirle?

—Iré mirando, hay tanto que mirar…

—Como si estuviera en su casa.

Olía a aceite y ajo, tocino y jamón, pero el olfato de Falomir percibió algo más por debajo de esos recios olores, fuerte pero más ácido. ¿Restos de pintura fresca o barniz?

—¿No se decide?

—Se me ha pasado la hora de comer y ando desorientado.

—Déjese aconsejar. Está usted en las mejores manos.

Con una mirada franca, una sonrisa bonachona en su cara redonda y un rascado y gaditano acento, Dalmi lo invitó a llevarse unas aceitunas aliñadas, un bol de pepinillos y otro con una generosa rodaja de atún. Para trasegarlo, le recomendó manzanilla de Sanlúcar de Barrameda y, de postre, pan de Cádiz. Que no era tal pan, aclaró Dalmi, sino turrón.

—¿Son ustedes panaderos?

—De tres generaciones.

—¿Con horno propio? —curioseó Falomir, olfateando—: ¿Es a leña a lo que huelo?

—No, no… Antes, sí. En tiempos de mi abuelo y de mi padre tuvimos obrador, pero el ayuntamiento nos lo cerró. Contaminación, riesgos potenciales, decían. ¡Carajotes! Desde que nos cerraron el obrador, el pan del día me lo traen de Puerto Real,

pero los dulces y otras exquisiteces las seguimos haciendo en casa.

—¿Como estos pestiños? Tienen una pinta.

—Receta casera.

—Llevo años sin probarlos… —suspiró goloso Falomir—. Desde pequeño. Mi padre, que es armenio, nos preparaba ponche y pestiños para Navidad. Nunca he podido olvidar su dulcísimo sabor.

—Momento de recordarlo —lo animó Dalmi, acercándole una servilleta de papel—. Sírvase, no se corte. Invita la casa.

Falomir cogió un grueso pestiño, tan generosamente bañado en miel que goteaba, y se lo llevó a la boca experimentando un dulce ramalazo de placer. La melosa harina se fundió en su paladar con una sensación tan placentera y evocadora que casi pudo ver a su familia alrededor del árbol de Navidad, con sus bolas de colores y sus crismas, a su hermana Pilarcha, a sus padres y a él mismo celebrando juntos las fiestas porque la familia Falomir no se había roto aún y entre los cuatro fluía una energía parecida a la felicidad.

—Me llevaré también unos altramuces en honor a mi maestro de guitarra, Paquillo el Altramuz.

—¡Si yo lo conozco! —se alborozó Dalmi—. De joven tocaba con Beni de Cádiz y más de una vez con Camarón de la Isla. ¡Aquello era puro arte! Lo he escuchado muchas veces en La Caleta y aquí mismo, en Candelaria. Bajo las pérgolas se abría por tanguillos, oírlo era gloria bendita. De siempre Paquillo tuvo mucho arte con la guitarra. Últimamente anda medio retirado, creo.

—No del todo. Imparte clases. En un rato le veré en su estudio.

—Le da usted muchos recuerdos de Dalmiro Linares. O de Dalmi, como prefiera. Él se acordará. También a Paquillo le privaban los pestiños de mi abuela.

—Descuide, lo haré.

Falomir pagó y salió de la tienda con su bolsa de víveres en una mano, y en la otra sus guayaberas de Camisería Tinoco, pero apenas había pisado la acera volvió a entrar al colmado haciendo sonar otra vez la campanilla.

—¿Ha olvidado algo? —se giró Dalmi.

El tendero había salido del mostrador y se disponía a cerrar. Era alto, bastante más que Falomir, y fuerte, con una musculatura que parecía querer escapar a su ajustada camiseta negra. Se desanudó el mandilón y dejó ver un rozado pantalón de pana y unos botines en

cuyas punteras, reparó Falomir, tenía manchas en forma de gotas, como de grasa que le hubiera caído.

—¿Desea alguna cosa más, señor…?

—Falomir, Florián Falomir. Pues sí, quería presentarme. Soy investigador privado. Aquí tiene mi tarjeta.

—¿Un detective? ¿De verdad? ¡En todos los días de mi vida había conocido a uno!

—Tampoco yo a un panadero que hiciera pestiños como estos.

Como si de golpe acabara de recordar algo urgente, Dalmi se descabalgó de la oreja un trozo de lápiz mordido, le chupó la punta y anotó unos trazos en un trozo de papel de estraza.

—Un pedido, se me iba a olvidar. Ya está, le escucho.

—Verá, Dalmi… Quisiera llevar algún consuelo a la familia de una muchacha que yo mismo he tenido la desdicha de encontrar… muerta.

—Me va a perdonar, pero no le entiendo.

Para que pudiera hacerlo, Falomir le proporcionó una breve explicación de cuanto unas horas antes había sucedido en la playa de Santa María del Mar. Dalmi, que ignoraba el suceso, lo miró con desconfianza.

—¿Ha hablado con la Policía?

—Naturalmente. Gracias a ellos me enteré de que uno de los parientes de la chica ahogada, llamado Horacio Manso, reside en esta misma plaza de la Candelaria. ¿No lo conocerá usted, por casualidad? Me gustaría hablar con él.

—¿Por qué razón? ¿Qué interés tiene?

—El de colaborar con la Policía, ya le digo.

Dalmi cogió su tarjeta y la escudriñó.

—¿Es usted aragonés?

—Sí.

—¿De Zaragoza?

—Nacido.

—Mi mujer es muy devota de la Virgen del Pilar. Y yo también, aunque sigo siendo más de Nuestra Señora del Rosario, patrona de Cádiz. Conocemos un poco su tierra aragonesa. Hace algunos años visitamos la basílica del Pilar. Del cabezal de nuestra cama cuelgan cintas bendecidas por la Pilarica.

—Les darán protección… Respecto al hombre por quien le

preguntaba antes, Horacio Manso, ¿qué podría contarme? Vecino de esta plaza, como le adelantaba. Bajito, con una melena blanca…

Dalmi hizo memoria y afirmó con la cabeza.

—Ya caigo. Vive enfrente, en el número 4, primer piso. Le sirvo el pan cada mañana. Dos panecillos, uno integral, y los domingos un bollo con crema. Pero apenas habré hablado con ese mal llamado «señor»…

—¿Tiene algún problema con él?

—Es funcionario municipal. Aparejador, creo. Lo sé porque cuando me clausuraron el obrador vino de parte del ayuntamiento para hacer un informe. Me dijo que no iba a ser negativo, pero me engañó. Lo veo siempre solo, a menudo hablando consigo. Está un poco loco. Un poco o mucho.

—A pesar de lo cual, usted le sigue sirviendo el pan.

—Porque soy un buen cristiano.

—La chica muerta en la playa era sobrina suya. Se llamaba Casilda. Morena, muy joven. ¿La había visto por aquí?

—No me suena. ¿Qué le pasó a esa muchacha?

—Alguien la atacó de madrugada.

—¿La Policía sabe quién?

—No lo han descubierto. Mi instinto me dice que no era un desconocido para ella.

—Hay tanto demente suelto… Quizá fuera el mismo individuo que ya ha atacado a otras chicas. O que las hizo desaparecer. Porque van unas cuantas, todas de Cádiz.

—He oído hablar de esos casos. Muy jóvenes, ¿verdad?

—Ninguna había cumplido los veinte. Por lo menos a esta última la han encontrado… aunque muerta. ¡Qué triste! —Dalmi se quedó callado unos segundos y añadió—: Es posible que esa Casilda viniera de vez en cuando por la plaza, para visitar a su tío. Me acaba de llegar una imagen del tal Horacio paseando por Candelaria con una muchachita. ¡A lo mejor era ella! ¿Sospecha que le haya hecho algo?

—Si consiguiera enterarse de cualquiera cosa. ¿Me llamaría a mi número?

—¿En qué podría ayudarle?

—Tal vez en nada, tal vez a solucionar una muerte.

—Trataré de conseguirle información.

—Le será remunerada. Tengo por costumbre gratificar el trabajo ajeno.

La perspectiva de una recompensa pareció animar a Dalmi. En un tono más confidencial, agregó:

—En esta plaza siempre hay ojos y oídos abiertos, gente sin hogar durmiendo en los bancos, vagabundos que entran a pedirme un pedazo de pan…

El detective sacó un billete de cincuenta euros y se lo puso en la palma de la mano.

—Tal vez alguno de ellos sepa algo de Casilda López.

—Daré una voz. Ahora tengo que cerrar, si me disculpa…

Mientras Dalmi echaba las cortinillas, Falomir se quedó fuera, embobado frente a sus escaparates con las mejores ventriscas y cañas de lomo.

—Cuánta maravilla junta…

—Si vuelve, le iré instruyendo en cositas buenas.

—Ahora mismo voy a empezar con el turrón.

—No se arrepentirá.

Dalmi cerró el colmado y se acercó a una isocarro con una de las ruedas traseras montada sobre la estrecha acera de la calle Santiago. Dado lo angosto de las vías céntricas, aquellos anacrónicos vehículos de carga seguían empleándose para reparto domiciliario.

El dueño abrió la portezuela de la isocarro, subió a la cabina, giró en un reducido espacio y se alejó petardeando.

17:30

Falomir se disponía a regresar a su hotel, pero algo había en aquella mágica plaza de la Candelaria, una luz, un aroma a trópico que invitaba a quedarse. El detective fue a sentarse en uno de sus bancos de piedra, con la idea de probar el turrón.

Lo hizo, sin embargo, en un banco demasiado cercano a un círculo de operarios que parecían estar llevando a cabo alguna clase de prospección geodésica.

Sin proponérselo, el detective oyó retazos de su conversación.

El que parecía jefe de la cuadrilla, y a quien otro de los operarios se había dirigido como «señor Alsina», acababa de

proclamar, en jubiloso tono, que se hallaban «muy cerca del acuífero». El operario le preguntó «a cuántos metros». «A veinte todo lo más», calculó Alsina.

En su banco, Falomir se puso a mordisquear el turrón. Enfrente de él, Emilio Castillo, el quiosquero de El Convento, había salido a la acera para observar la prospección. Falomir se le acercó y le preguntó si de verdad pensaban encontrar acuíferos debajo de la plaza. Emilio le contestó que nada le extrañaría que las rocas que cimentaban el viejo Cádiz albergasen láminas o balsas de agua dulce alimentadas por la lluvia. De la existencia de acuíferos al otro lado de la bahía sí se sabía a ciencia cierta.

Ya en su hotel, temiendo haber hecho corto con los víveres de Dalmi, Falomir encargó en recepción un plato de tostadas con «manteca colorá». Un camarero le subió la bandeja a la habitación, donde él estaba ensayando acordes. Acabó con los altramuces, que al pelarlos le saltaron como canicas, y liquidó las aceitunas, los pepinillos, la «manteca colorá», más lo poco que le quedaba del pan de Cádiz, aquel ciertamente delicioso turrón. Tomó luego una ducha, se afeitó y, estrenando la guayabera azul, se encaminó al estudio de Paquillo, en el barrio del Pópulo.

En la clase de guitarra eran cuatro alumnos. Un par de señoras de edad, pero jóvenes de espíritu, extrovertidas ambas y ataviadas de manera un tanto estrafalaria, según el anacrónico modelo *hippie* de los años sesenta. El cuarto alumno era apenas un chiquillo, un muchachito tímido, Enriquillo, hijo de otro cantaor, Cristino Meneses, alias *Pardelo*. Paquillo estaba formando a Enriquillo en el arte de las seis cuerdas, para que en el futuro acompañase a su padre, al Pardelo, con sus cantes.

Al terminar la clase, Falomir se tomó una cerveza en una bodeguita del Pópulo con las dos veteranas alumnas, Isabel y Lucía.

Ambas eran naturales de Cádiz. Habían viajado y vivido lo suyo. Residían en la calle Santiago, puerta con puerta. Sus familias, los Goyeneche y los Haro, habían estado tradicionalmente asociadas en un negocio de distribución de bebidas alcohólicas.

Se habían criado juntas, eran como hermanas. Para demostrarlo, Lucía le contó a Florián que de jovencita había conocido a Camarón de la Isla. Se había enamorado de él. A Isabel le pasó lo mismo con Paco de Lucía. Conocían a Paquillo desde hacía muchos años. Le

apodaban el Altramuz porque usaba las púas con tanta fuerza que le rebotaban contra las cuerdas como altramuces. Las dos bebían como peces y fumaban como soldados en el cuarto de banderas. «Bueno, ahora solo tabaco», aclaró Lucía. Querían saber quién era él «de verdad». Habían hecho sus apuestas tratando de adivinarlo: policía, vendedor de enciclopedias, jugador profesional de póquer… Divertido, Falomir se les presentó sin apuro como detective privado. En cuanto lo hubo hecho, ellas se pusieron a contarle historias de misterio, crímenes sin resolver, inesperadas e inexplicables desapariciones de mujeres jóvenes como las que, de un tiempo a esta parte, venían sembrando la alarma entre la población gaditana.

—La chiquilla de Alsina —recordó Lucía con un triste mohín—. ¡Como si se hubiera caído a un pozo!

—La niñita de los Goliarte, acuérdate también —le refrescó la memoria Isabel—. ¡Igualmente desvanecida, hecha su memoria aire, nada! Yo la conocí, Florián, y podría contarle.

Pero él no disponía de más tiempo. Había quedado con su colega Cándido Tellería y la cita se le echaba encima.

Apuró su cerveza, se disculpó con ellas y se dirigió a su hotel.

18:00

Sobre las seis de la tarde, Javier Mir se había presentado en el despacho del comisario Castillo para rendir novedades, a él y al inspector Ponce.

La principal de ellas, que había conseguido localizar a «Las brujas de La Caleta».

El propio Mir las había conocido personalmente diez años atrás, cuando, con Antonio Castillo e Isaías Ocejo, ambos, por entonces, inspectores, intervino en el operativo de su detención.

Para dar con su actual paradero, Mir había actualizado los datos de sus familiares y llamado a sus casas. Tanto la madre de María José Marca Gascón como el padre de Eulalia Gracia Montero se le habían puesto al teléfono y hablado con él.

Según la señora Fernanda, madre de Pepa Marca, su hija llevaba una vida «completamente normal». Pepa vivía en Sabadell. Había estudiado Psicología en Barcelona y se había casado con un psicólogo, Raúl Barcino, a quien había conocido en la universidad.

Tenían dos hijas pequeñas, de cinco y tres años de edad. En Sabadell, de donde era natural el marido, mantenían abierta una consulta de psicología.

Mir había telefoneado al gabinete. El propio Raúl Barcino había atendido su llamada.

—Al principio se puso muy nervioso —explicó Mir; Castillo y Ponce lo escuchaban con atención—. Sobre todo, cuando le adelanté que el motivo de mi llamada obedecía a que ciertas características de una reciente investigación nos estaban retrotrayendo al crimen del 14 de febrero del 2010 en La Caleta de Cádiz. Sin embargo, a medida que me escuchaba, Barcino fue tranquilizándose, como buen psicólogo que debe de ser. No se niega a que hablemos con Pepa, pero me ha pedido un poco de tiempo para «prepararla», alegando que cualquier alusión a su «peculiar pasado», y más por parte de la Policía, podría causarle serios trastornos. Me dio su palabra de que la propia Pepa me llamaría.

—¿Lo ha hecho?

—De momento no, comisario.

—¿Le preguntó al marido dónde estuvo Pepa durante todo el día de ayer, viernes?

—Barcino me aseguró que ni su mujer ni él se habían movido de Sabadell desde hacía varias semanas.

—¿Tienen testigos?

—Unos cuantos.

—¿Ha verificado sus testimonios?

—He llamado a tres de ellos y los tres confirman que ayer viernes estuvieron con ellos, con los Barcino, a diferentes horas de la tarde. Por si acaso, acabo de remitir a la comisaría de Sabadell una solicitud de diligencias complementarias.

—¡Bien hecho, Javier! ¿Y qué hay de la otra cómplice de La Caleta, Eulalia Gracia Montero? ¿Ha podido averiguar algo acerca de ella? ¿Su paradero? ¿Su ocupación?

—De momento poca cosa, comisario. Su padre, que es viudo y sigue viviendo aquí, en Cádiz, no parece estar muy informado de sus andanzas. En realidad, ni siquiera sabe con exactitud dónde para su hija. Vagamente me dijo que Lalia, como él la llama, ha estado viviendo en una habitación alquilada, él cree que por la plaza de Puerto Chico, pero va y viene e igualmente podría andar

rondando por alguna parte de Andalucía.

—Andalucía es muy grande.

—Parece ser que Eulalia ha estado moviéndose sin parar.

—¿Dedicándose a…?

—Cuando puede trabaja de doméstica o camarera. Le gusta la música. Empezó a estudiar en un conservatorio, pero no terminó. Toca la guitarra y canta.

—¿Profesionalmente?

—No, comisario, por eso no hay referencias en las redes sociales. Actúa como *amateur* en las calles, pasando la gorra.

—¡Aguarden! —exclamó el inspector Ponce con un gesto de excitación—. En la residencia de los Salazar en Costa Ballena trabaja una tal Lalia. La mencionó delante de nosotros el secretario del duque, un tipo muy estirado, llamado Humberto Caralt, encargado de la intendencia de la finca. ¡No vaya a ser esa Lalia la misma Eulalia Gracia Montero! Al fin y al cabo, no hay tantas «Lalias».

—Ni tan pocas —se encogió de hombros Mir.

El comisario compartía su escepticismo, pero lo animó:

—Por comprobarlo nada perdemos, Felipe.

Ponce llamó a la residencia de los Salazar-Stewart. Le cogió el teléfono una señorita que, como si lo tuviera al lado o compartiesen la misma mesa, le pasó al momento con Humberto Caralt.

El secretario del duque confirmó a Ponce que, en efecto, hasta hacía bien poco habían tenido una empleada a la que llamaban Eulalia o Lalia, indistintamente.

—¿De apellidos Gracia Montero?

—Gracia o García, seguro. Ahora mismo no recuerdo su segundo.

—¿Me haría el favor de comprobarlo?

Caralt dio instrucciones a la persona que tuviera al lado, mientras Ponce le seguía preguntando:

—¿Esa Eulalia ya no está con ustedes?

—No.

—¿La despidieron?

—No hubo más remedio.

—¿Por qué causa?

—Se presentó ebria a trabajar.

—¿Cuánto hace de eso?

—No mucho, déjeme pensar… Una semana, más o menos. Yo mismo le firmé el finiquito.

—¿Sabe adónde fue, qué planes tenía?

—Se limitó a decirme que quería dedicarse a otra cosa.

—¿Le dijo a qué?

—No.

—¿Qué relación tenía con ella?

—¿Personal? Ninguna. En un plano estrictamente profesional puedo decirle que Lalia era… —Caralt se interrumpió para recibir una información—. Sí, gracias. Tenía razón, inspector. Su nombre completo es Eulalia Gracia Montero. La contratamos en… noviembre, sí. Durante los dos primeros meses que estuvo con nosotros fue una buena doméstica, cumplidora de sus faenas.

—¿Que consistían en…?

—Limpieza de la casa, planchado y ayuda en la cocina. Al principio se comportaba y trabajaba a satisfacción, ya le digo, pero recientemente se desmadró. Vino un par de veces bebida y tuvimos que despedirla.

—¿Sabían que había cometido un crimen?

Se hizo un silencio.

—¿Cómo dice, inspector?

—Hace diez años, Eulalia Gracia Montero mató a una compañera de su clase.

—¿Qué me está diciendo?

—Lo que acabo de decirle.

—¡Qué barbaridad! ¡Cómo íbamos a saberlo! Nadie nos lo advirtió… ¡En el Centro Municipal de la Mujer deberían habernos prevenido, pero no lo hicieron!

—¿De esa institución procedían sus referencias?

—Creo que sí. La señora duquesa suele colaborar destinando donativos y ofreciendo trabajo a mujeres marginadas.

—¿Lalia era una de ellas?

—Si lo era, nadie nos informó de que hubiese… ¿asesinado a alguien? ¡No me lo puedo creer! ¿Qué hacen los jueces?, ¿a qué se dedican? Pero ¿cómo es posible que se funcione así en este país?

Caralt siguió protestando hasta que Ponce consideró que no iba a sacarle más información y ambos colgaron la llamada al mismo

tiempo.

Acto seguido, el inspector empleó otro cuarto de hora en hablar por teléfono con la directora del Centro de la Mujer, una socióloga y abogada llamada Rosa Lasalle.

Los datos que la señora Lasalle pudo facilitarle fueron escasos, aunque alguno de ellos de cierta relevancia.

Eulalia Gracia Montero se había puesto en contacto con el Centro Municipal de la Mujer en el año 2017. Acababa de cumplir veinticinco años y padecía un elevado índice de alcoholismo y adicción a diversas drogas. Durante algunas semanas, por decisión del psicoterapeuta, estuvo ingresada en un centro especializado. Al terminar el tratamiento se había recuperado lo bastante como para ser incluida en la bolsa de trabajo del centro. Lalia —así la llamaban todos— accedió a un par de puestos eventuales antes de ser contratada en noviembre del 2019 en la residencia de los Salazar-Stewart, en Costa Ballena. Lo fue porque la duquesa de Cazorla era una estrecha colaboradora de la institución y aceptó sus recomendaciones.

—Pero Eulalia ya no sigue con los Salazar —informó el inspector a la señora Lasalle—. La despidieron hace una semana.

La directora mostró su sorpresa.

—No sabíamos nada.

—¿Ustedes no han vuelto a verla?

—No ha regresado por el centro ni se ha puesto en contacto con nosotros.

—¿Tienen modo de localizarla?

—Nos facilitó la dirección de su padre, pero apenas le visitaba, creo.

—¿Lalia tenía alguna relación…, un novio, pareja…?

—Nunca lo supimos, ella no nos lo dijo. Jamás hablaba de su vida privada.

—¿Un móvil?

—Me dio uno. Se lo reenvío.

Ponce se apresuró a grabarlo. En cuanto hubo colgado con la señora Lasalle, y mientras el agente Funes hacía su entrada en el despacho con cara de traer noticias frescas, Ponce llamó a Eulalia Gracia Montero. Una, dos, tres veces… Pero no lo cogía ni disponía de contestador, por lo que no pudo dejarle un mensaje.

Fue a continuación Javier Mir quien intentó avanzar un paso más, llamando a su vez por teléfono al padre de Eulalia, Baltasar Gracia.

Se le puso, pero de nuevo el señor Gracia —y aunque por el bondadoso tono de su voz parecía plenamente dispuesto a ayudarlos — fue incapaz de proporcionarles información válida. Ni siquiera sabía que a su hija la habían contratado los Salazar-Stewart. En los últimos años, volvió a repetir a Mir, apenas la había visto en tres o cuatro ocasiones, y ella nunca se le había confiado. No sabía de qué vivía o con quién. Tampoco le pedía dinero. Respecto a una posible reactivación de su antigua relación con Pepa Marca, su antigua cómplice en el ataque de La Caleta —Mir se refirió diplomáticamente a «aquel error de juventud»—, el señor Gracia opinaba que dicha amistad se había extinguido. ¿Seguía su hija teniendo problemas con el alcohol y las drogas? El padre no lo sabía.

—¿Dónde la buscaría usted? —siguió intentándolo Mir.

—Yo no la buscaría.

—¿Por qué?

—Por temor a encontrarla.

Baltasar Gracia cortó la comunicación. Un segundo antes de colgar, a Javier Mir le pareció que estaba llorando.

Funes tomó la palabra con buen ánimo.

—Puede que localizarla sea más fácil de lo que el padre cree.

—¿Sabe usted algo, Ignacio? ¿Nos trae novedades?

—Pues sí, comisario. Eulalia Gracia Montero fue una de las dos camareras de refuerzo que ayer noche sirvió copas en el Pico de Oro, durante la fiesta de cumpleaños de Casilda López. Su trabajo consistió en ayudar a los camareros fijos en plantilla. La segunda camarera de refuerzo era… —Funes consultó su libretilla— Maisy Soneusse, una inmigrante africana, con papeles.

El comisario dio una palmada.

—¡Esta información puede ser clave! Sitúa a una excriminal junto a una posible nueva víctima. Voy a contarles algo que me viene rondando por la cabeza. La víctima de La Caleta, aquella chica de diecisiete años, Manuela, a la que Eulalia acuchilló sin piedad hace diez años, era muy parecida a Casilda. ¡Como si fueran mellizas!

—¿Está sugiriendo que Eulalia Gracia, en un rapto de locura, podría haber atentado contra Casilda pensando que era una especie de… reencarnación de la otra? —apuntó el inspector sin disimular incredulidad.

—Eso es justamente lo que estaba pensando, Felipe, lo acaba de expresar a la perfección.

—Pero, señor…

—¿Cómo podemos localizar a Eulalia Gracia? —le desoyó Castillo.

—En el Pico de Oro no tenían su dirección —repuso Funes—. Solo un teléfono.

Lo cantó y Ponce comprobó el número: eran los mismos seis dígitos que le acababa de facilitar la directora del Centro Municipal de la Mujer.

—Entonces, ¿Eulalia no estaba fija en el Pico de Oro?

—No, comisario. Solo la llaman cuando hay algún evento, para reforzar la plantilla.

—¿Algún dato más sobre Eulalia, Ignacio?

—Poco más… Paco Pinzón, el encargado del *pub*, me ha dicho que es una buena camarera, aunque ayer noche la encontró desmejorada. Lalia terminó su turno a las dos de la madrugada. Pinzón se fue un poco después, sobre las dos y media, con los otros dos camareros, y con el dinero de la caja. Maisy, que lleva más tiempo con la empresa, aunque también como eventual, se quedó unas llaves para abrir a la mañana siguiente y limpiar. Eulalia acordó ayudarla por un suplemento económico.

—De modo que esas dos camareras —coligió Castillo—, Eulalia y Maisy, salieron del Pico de Oro a las dos de la madrugada y volvieron para limpiar el local… ¿A qué hora de esta mañana?

—A partir de las nueve, me dijo Pinzón.

—Sé lo que está pensando, comisario —presumió Ponce.

—Dígamelo usted, Felipe.

—Que desde las diez de la noche de ayer viernes hasta las dos de la madrugada de hoy sábado, Eulalia estuvo todo el rato muy cerca de Casilda.

—¡Tan cerca como me gustaría tenerla a mí! ¡Encuéntrenla, Ignacio! Haga lo que sea, pero localícela y tráigamela enseguida. ¡Como una flecha!

Funes se levantó de la mesa y salió precipitadamente del despacho, tanto que tropezó con los otros dos compañeros que en ese momento se presentaban ante el comisario.

19:00

Eran dos inspectores de la Policía Científica, Sebastián Ruiz y David Montero.

Empezaba a anochecer cuando tomaron asiento en la mesa de reuniones del despacho de Castillo.

Laura, la secretaria, había convocado al resto del Grupo. Macarena y Tambor acababan de incorporarse.

Abrió las intervenciones Sebastián Ruiz. Era bajito y renegrido de piel, con una cara afilada y un pelo rizado y rebelde. Experto en informática forense, se había encargado en las últimas horas de analizar el móvil hallado por Florián Falomir en el Pico de Oro.

—Hemos tenido un auténtico golpe de suerte —empezó diciéndoles Ruiz—. Este móvil es, efectivamente, el de Casilda López Manso.

Su madre, Adela, con quien Ruiz se había puesto en contacto, había identificado el modelo y el número. Aunque el aparato estaba deteriorado por su permanencia en una cubitera llena de agua, en el laboratorio habían logrado recuperar el registro de llamadas de lo que se llevaba del 2020, enero y mitad de febrero.

La tarde anterior, la del viernes, Casilda había recibido varias llamadas telefónicas y mensajes de WhatsApp de los invitados a su fiesta, confirmándole su asistencia, así como un par de llamadas de su madre, la última al filo de la medianoche.

Por otro lado, en los días previos a su muerte, Casilda había mantenido numerosas conversaciones telefónicas con amigas suyas y familiares cercanos.

—Con su tío Horacio, sobre todo —destacó Ruiz.

—¿Era él quien la llamaba a ella o ella quien le llamaba a él?

—La mayoría de las llamadas eran de él. Casilda no siempre las contestaba ni las devolvía.

El jueves, siguió exponiendo el inspector Ruiz, Casilda había llamado al entrenador de baloncesto, Salvador Betoré. Este —con quien el agente Tambor se había puesto en contacto— había

justificado su conversación telefónica con ella.

—Según Betoré —les informó Tambor—, Casilda quiso prevenirle de que no contara con su participación para el partido del sábado debido a que el viernes iba a celebrar su cumpleaños y se acostaría tarde.

Salvador Betoré, continuó detallando Tambor, había cenado en familia, en su casa de San Fernando, con su mujer, sus hijos y sus suegros. Tambor había hablado con estos últimos y lo corroboraban. La coartada de Betoré resultaba muy verosímil. En cuanto a su relación personal con Casilda, era parecida, según había sostenido el propio entrenador, a la que pudiera mantener con cualquier otra jugadora del equipo. Nunca, había asegurado Betoré a Tambor, se había quedado a solas con Casilda ni mantenido con ella conversación alguna sin la presencia de algún otro alumno o jugadora del equipo.

El inspector Ruiz concluyó su comparecencia informándoles de que el móvil de Casilda no registraba números sin identificar ni llamadas de desconocidos que pudieran haberla amenazado o acosado. La inmersión del móvil en el agua de la cubitera del *pub* había detenido el mecanismo a la 1:15 de la madrugada y dañado los mensajes de voz, los archivos gráficos y la galería de fotos y vídeos. En el laboratorio confiaban poder restaurarlos, al menos parcialmente. En cuanto al modo en que el móvil de Casilda hubiera caído a esa cubitera, si se le cayó a ella o alguien lo arrojó allí era un punto que seguía sin solucionarse, y que podía tener importancia.

A continuación, tomó la palabra el otro inspector de la Científica, David Montero, experto en robos de arte y expolios patrimoniales. Era de mediana estatura y débil complexión, con impersonales rasgos que le daban un aire abúlico. Había traído el rey de espadas descubierto por la subinspector Zamora en el dormitorio de Casilda. Pieza que había estado analizando, así como el sobre en el que estaba protegida. La prueba dactilográfica había dado como únicas huellas las de Casilda. La Policía las tenían registradas porque acababa de tramitar el documento de identidad.

Con ayuda de unas pinzas esterilizadas, Montero liberó el rey de su hermética funda y lo reposó con sumo cuidado sobre la mesa, procediendo a extender a su alrededor, en círculo, una serie de fotos

ampliadas del propio naipe.

—Este rey de espadas es una pieza nada corriente —prologó con voz nasal, como si arrastrase un catarro—. Tiene valor, seguramente extraordinario. Pertenece a una de las muy escasas antiguas barajas de plata que quedan en todo el mundo.

—¿Cuál es el origen de esas barajas de plata? —se interesó el comisario—. ¿De dónde proceden?

—Fueron talladas y fundidas en torno al año 1600.

—¿Tienen, por tanto, unos cuatro siglos de antigüedad?

—Así es, comisario.

—¿Cuántas de esas barajas se fabricaron?

—No lo sabemos a ciencia cierta, pero no más de una docena.

—¿Y cuántas han perdurado hasta hoy?

—Se cree que apenas unos pocos juegos repartidos en distintas colecciones particulares y museos.

—¿En buen estado?

—Según nuestros datos, solo una de esas barajas estaría completa hoy, con sus cincuenta y dos cartas.

—De ahí su valor, al ser única… ¿Sabemos qué juego es y dónde se encuentra?

—Creemos que se trata de la baraja que se adjudicó en enero en Nueva York, en la sala de subastas Medam's. En las fotografías de la página web de Medam's se puede comprobar que el rey de espadas que salió a subasta —señaló el naipe expuesto sobre la mesa— es, aparentemente, el mismo.

—¿Por qué cantidad se remató en Medam's de Nueva York la baraja de plata a la que supuestamente pertenece este rey?

—Por dos millones de dólares.

—¿De qué tasación partía?

—De seiscientos mil.

—Hubo puja, entonces —desprendió el comisario—. ¿Sabemos el nombre del comprador?

Montero negó con la cabeza.

—¿Habrá forma de averiguarlo?

—No será fácil, señor. En las subastas internacionales de piezas tan valiosas suelen utilizarse testaferros.

—Fácil o difícil de obtener, será una información clave. Póngase a ello, Felipe, ¡como una flecha!

—¿Sala Medam's, con apóstrofe? —consultó Ponce.

Montero se lo confirmó.

—¿Fecha de la subasta? —siguió preguntando el inspector.

—El 5 de enero.

—Víspera de Reyes, curioso…

—En Nueva York no se celebran los Reyes Magos.

—¿Podemos relacionar este rey de espadas con la baraja subastada en Nueva York? —planteó Ponce—. ¿No tenemos ninguna duda de que formó parte del mismo juego?

—Por mi parte, ninguna duda —afirmó Montero.

—Háblenos un poco más de esa baraja de plata —le pidió el comisario—. ¿A quién pertenecía, antes de ser subastada en Nueva York?

—Desde principios del siglo XIX, a una familia uruguaya, los Oribe.

—¿Y antes?

—A la familia real española.

Los investigadores compartieron una reacción de estupor.

—¿A los Borbones? —preguntó Macarena.

—A sus antepasados.

Montero se estaba apoyando en unos informes que traía impresos en papel reciclado. Los ojeó como reafirmando algún dato y siguió exponiendo:

—Una de esas preciosas barajas de plata maciza fue propiedad de la corte española hasta que la infanta Carlota de Borbón, hija primogénita de Carlos IV, que vivió entre 1767 y 1826 y estuvo casada con el rey Juan VI de Portugal, la regaló en Montevideo a una amiga suya, Josefa Oribe. Josefa era pariente de Manuel Oribe, uno de los líderes revolucionarios que, a comienzos del siglo XIX, se alzaron en armas contra el Reino de España. Manuel Oribe llegaría a ser presidente de la República de Uruguay. El segundo a partir de su independencia. Su mandato se extendió entre 1835 y 1838.

—¿De dónde ha sacado tanta información? —curioseó Mir.

—Fuentes que teníamos a mano.

—¿Wikipedia?

Como si acabara de poner en duda la calidad de su trabajo, los labios de Montero se replegaron en un desagradable gesto.

—En breve recibirán un dosier completo. Por ahora, lo que

sabemos es que una baraja de plata permaneció doscientos años en propiedad de la familia Oribe, de Montevideo, hasta que, por motivos y conductos desconocidos, salió de Uruguay hará poco más de un mes para recalar en la sala Medam's de Nueva York y ser incluida entre los lotes de su última subasta.

—¿Qué sabemos de la sala Medam's? —indagó Macarena, poniéndose a buscar en la red.

—Que es poco transparente —la descalificó Montero—. El FBI la ha investigado a raíz del afloramiento y salida a la venta de piezas artísticas de dudosa procedencia. Los dueños, según un reportaje del *New York Times* que he agregado a mi primer informe, son de origen ruso. Una familia, los Orlov, con negocios de antigüedades en Milán y Madrid. En Italia les han interpuesto varias denuncias.

—¿Por qué motivo? —indagó Tambor.

—Por presuntas falsificaciones de obras artísticas. Pero este rey de espadas es auténtico, de eso no hay duda.

—¡Buen trabajo, Montero! —le felicitó calurosamente el comisario, como para compensar la previa y ácida ironía de Mir—. Tiren de ese hilo, tal vez los Orlov tengan socios españoles y sepan a quién se adjudicó en Nueva York la baraja de plata de los Borbones… Una pregunta más, Montero, aunque pueda parecerle un poco tonta. ¿En esas antiguas barajas de plata existían los cuatro palos, como en las actuales? ¿Oros, copas, espadas y bastos?

—Sí, señor, igual. Pero con cincuenta y dos cartas, pues incluían ochos, nueves y dieces.

—Cuatro palos, cuatro reyes, cuatro caballos, cuatro sotas. El número 52, múltiplo de cuatro. Dieciséis fueron los asistentes a la fiesta de Casilda. Dieciséis, múltiplo de cuatro. Casilda López ha muerto en la noche del 14 de febrero. Manuela Olivares fue asesinada otro 14 de febrero. Estamos en el 2020, múltiplo de cuatro…

—¿Qué pretende sugerirnos, comisario? —preguntó Montero—. ¿Que existe, en este caso, una relación numérica, una especie de clave matemática inspirada en el número cuatro?

—No lo sé, inspector, ni puedo saberlo. Tan solo estaba pensando en voz alta. Les invito a que lo hagan ustedes también.

Sugestionados, los policías volvieron a observar el rey de espadas, que nadie había tocado. Seguía allí, en el centro de la

mesa, rodeado de fotografías que reproducían, ampliados, sus más mínimos detalles.

Se trataba de una pieza de preciosista y exótica belleza. Labrada en plata dorada, tenía 8,6 por 5 centímetros de largo y ancho y un milímetro de espesor. La figura estaba exquisitamente cincelada. Al modo de un emperador romano, el seráfico monarca lucía majestuoso en su trono con rico manto y corona, sosteniendo en la diestra una larga y afilada espada y transmitiendo una serena mezcla de justicia y autoridad.

19:45

Apenas había salido del despacho el inspector Montero, Javier Mir comentó que conocía a un catedrático de Historia del Arte que tal vez podría ayudarlos. Le había dado clases en Sevilla, pero residía en Cádiz.

—¿Cómo se llama?

—Enrique Feduchy.

—¿Por qué no se lo ha dicho antes a Montero? —se extrañó Castillo.

—Porque acabo de acordarme en este mismo momento.

—¿Y por qué no va detrás de él y se lo cuenta ahora?

—Preferiría preparar la visita a Feduchy, llamarle personalmente antes de ir a verle. Con usted, comisario, si le parece. Feduchy es muy raro, un excéntrico. Al inspector Montero igual ni lo recibe.

—¿En qué materias es experto el tal Feduchy?

—En joyería, metalistería, heráldica y otras especialidades complementarias de la historia, muy útiles para conocer la vida cotidiana, las costumbres, creencias y modas de otras épocas. Recuerdo vivamente, como si fuera hoy, una de sus clases magistrales sobre los relojes del Palacio Real de Madrid.

El comisario miró el suyo, impaciente.

—De acuerdo, Javier, ponga en marcha esa visita con el profesor Feduchy. E intente hablar con algún miembro de la familia Oribe en Montevideo y averiguar por qué se desprendieron de esa fabulosa baraja de plata que había pertenecido a los Borbones españoles, y cómo y en qué condiciones llegaron sus cincuenta y dos cartas a la

subasta del pasado 5 de enero en la sala Medam's de Nueva York. Tenemos que descubrir la identidad del comprador, es un punto básico para deducir cómo ha podido llegar una carta de esa baraja, el rey de espadas, al dormitorio de Casilda en su piso de la calle Desamparados. ¿Algo más?

Nadie planteó propuestas ni dudas. Castillo los arengó:

—¡Cada uno a sus tareas! Infórmenme al segundo de cualquier novedad y recuerden: buscamos a alguien que presuntamente abordó a Casilda López Manso sobre las dos de esta pasada madrugada, cerca de su domicilio, en el número 2 de la calle Desamparados; que la subió a algún tipo de vehículo y la agredió, abandonando su cuerpo en la playa. Abran bien los ojos y tráiganme pronto a quien lo haya hecho. ¡Todos a las calles, como flechas!

20:00

Nada más quedarse solo, el comisario descolgó el teléfono y llamó al Instituto de Medicina Legal.

Tuvo que esperar un poco para que se pusiera el doctor Acebal. En cuanto lo hizo, Castillo le pidió que le adelantara alguna conclusión de la autopsia de Casilda.

—Aunque solo sea como hipótesis de trabajo, Mariano.

—Nos coges en plena faena, Antonio.

En privado, ambos se tuteaban. Al comisario le pareció que la voz de Acebal sonaba con un eco metálico y se preguntó por qué; hasta un rato después, cuando ya habían colgado, no recordaría que el depósito de cadáveres y el laboratorio clínico se hallaban en una planta subterránea, completamente aislada, del Instituto de Medicina Legal.

—El tiempo corre en nuestra contra, Mariano.

—Algo puedo decirte. La chica de la playa murió ahogada.

—¿La asfixiaron?

—Falleció por ahogamiento —repitió.

Pero no lo suficientemente convencido, a juicio del comisario, por lo que Castillo le preguntó:

—¿Y esas marcas en su cuello?

—Aún en el supuesto caso de que hubiesen intentado asfixiarla,

no llegaron a presionar lo suficiente como para ocluir sus vías respiratorias y partirle el hioides. Casilda no dejó de respirar con normalidad hasta que le impidió hacerlo una inmersión… en agua dulce.

Ante esa revelación, Castillo no pudo disimular su sorpresa.

—¡Lo que estás diciendo no tiene sentido, Mariano! Si esa chica se ahogó, forzosamente tuvo que ser en el mar.

—No, Antonio. Acabo de comprobarlo. El hecho de que el cadáver apareciera en la orilla de la playa apuntaba a ello, pero Casilda se ahogó en agua dulce.

—¿En qué te basas?

—En los análisis de sangre. Han sido determinantes. Mi propia inspección ocular de sus pulmones acaba de corroborarlo.

El médico hizo una pausa para cambiar de tono, al más puramente científico, que utilizó a continuación:

—La inmersión de un cuerpo presenta claras diferencias fisiopatológicas según el tipo de agua en que se haya sumergido. Los ahogados en el mar desarrollan un edema agudo y alta hemoconcentración. Su sangre adquiere una viscosidad que impide la fibrilación ventricular provocando, junto con la anoxia miocárdica, el fallo cardíaco. Distinto sería el diagnóstico de una persona ahogada en un río o en un pantano. En esta circunstancia, grandes cantidades de agua dulce alcanzan la sangre a través de la barrera alveocapilar, lo que produce hipervolemia y hemólisis con elevación de los niveles plasmáticos de potasio y descenso de los de sodio. El miocardio experimenta una agresión anóxica y bioquímica, sobreviniendo fibrilación ventricular y…

—¿Cómo pretendes que te siga, Mariano?

—Sin conocimientos médicos es difícil de entender, Antonio, lo sé, pero la sintomatología es nítida. Tampoco hemos detectado fauna marina. No hay duda, y así se reflejará en mi informe. Esa muchacha, Casilda.

—La víctima.

—Si lo fue…

—¿Lo dudas?

—No puedo afirmar que esté completamente seguro. Pero sí tengo claro que apenas estuvo en el mar.

—¿Y si fueras un poco más explícito, Mariano?

—No puedo serlo mucho más, Antonio. Pudo ahogarse en cualquier depósito de agua dulce, pero no en el mar, donde permaneció muy poco tiempo, pues sus pulmones apenas absorbieron agua salada.

—Vamos a ver, Mariano… Lo que me estás diciendo no responde a una explicación lógica. No tiene ningún sentido que esa chica se ahogara en un río. Los más próximos, como el Guadalete, desembocan muy lejos de la playa donde apareció el cuerpo, y en Cádiz, obviamente, no hay manantiales. En cuanto a la posibilidad de que alguien la ahogara en una bañera o en una piscina.

—En una piscina, lo dudo. No hay rastro de cloro en sus pulmones.

—Pensemos en los aljibes. El subsuelo de Cádiz está plagado de ellos.

—La mayoría han sido desecados.

—Lo sé, pero con las recientes lluvias, que fueron torrenciales a lo largo de los primeros días de la semana pasada, podrían haberse colmado de aguas pluviales.

—Imposible no es…

—Pensemos también en el alcantarillado, en las cloacas. Los viejos colectores de los barrios del sur vertían al mar en el entorno de la catedral, no lejos del espigón donde apareció el cuerpo de Casilda.

—Pero asimismo esos antiguos conductos fueron sellados al entrar en funcionamiento la moderna red de vertido —objetó Acebal—. Además, en los análisis de los restos de Casilda no hemos descubierto restos de aguas fecales.

—¿Recuerdas algún caso de personas ahogadas en aljibes o cloacas?

—No, pero podrías consultar con la compañía Aguas de Cádiz.

—No con su director —murmuró Castillo, apesadumbrado—. Enrique Alsina… Desde que desapareció su hija me guarda un profundo rencor. No querrá hablar conmigo.

—Pregunta a algún técnico.

—Eso haré… Volvamos a Casilda. ¿La violaron?

—No.

—Vamos a ver, Mariano… Su vestido estaba desgarrado y le faltaban las bragas. ¿No la violaron?

—No.

—¿Había mantenido algún tipo de relación sexual en las horas anteriores a su muerte?

—Descartado.

—¿Por qué?

—Porque era virgen.

—Virgen —repitió Castillo, mientras su mente se precipitaba en una caótica serie de hipótesis contradictorias—. Y se ahogó en agua dulce. Pero no en una piscina ni en una bañera. Tampoco en el alcantarillado. ¿Se defendió?, ¿presentaba lesiones de lucha?

—Estrictamente hablando, no. Tenía, eso sí, algunas uñas rotas, aunque su pintura había aguantado, prueba de que el tiempo de inmersión fue breve, o la laca se habría reblandecido. Las yemas de los dedos presentaban rasguños que probablemente se haría contra las rocas.

—¿Qué clase de rocas?

—Encontramos micropartículas de piedra ostionera. Abundante en todo Cádiz, como sabes, incluyendo bodegas, pozos y aljibes, toda clase de recintos subterráneos, incluso subacuáticos. La piedra ostionera fue durante siglos la base de nuestra construcción.

—Si Casilda arañó una superficie rocosa, pétrea… ¿por qué lo haría? —reflexionó el comisario—. ¿Con el propósito de huir de algún lugar donde la tenían encerrada?

—Podría ser.

—¿Sabes una cosa, Mariano? —se enervó Castillo—. Me gustaría que por una vez dejaras de decir «Podría ser» para decir «Es». ¿Crees que lo conseguirás algún día?

—Podría ser.

El comisario emitió un bufido.

—Y las marcas del cuello, Mariano, ¿de qué «podrían ser»?

—Superficiales. Simples erosiones. Abrasiones, más bien.

—¿Como si hubieran intentado asfixiarla con las manos?

El forense volvió a dudar.

—No, no lo creo.

—¿Como si la hubieran atado?

De nuevo, la respuesta de Acebal se demoró unos segundos.

—No lo sé… Pudo haber estado en contacto con algo herrumbroso…

—¿Una cadena?, ¿unos clavos…?

—Podría ser… En una de las excoriaciones de su piel, concretamente en un lateral del cuello, ha aparecido clavada una pequeña esquirla de hierro, oxidada.

Para concluir, Castillo le preguntó por la data de la muerte. Tal como el otro forense, Pedro Cárdenas, le había adelantado a Funes, Mariano Acebal la establecía igualmente entre las cinco y las seis de la madrugada de aquel sábado 15 de febrero del 2020.

—Más cerca de la segunda hora que de la primera —fue lo último que dijo al comisario, antes de agregar su remoquete—: Podría ser.

20:15

Fatigado, el comisario miró su reloj. Eran las ocho y cuarto. Tenía la sensación de que había pasado una semana entera desde que la juez ordenó el levantamiento del cadáver de Casilda, pero apenas habían transcurrido doce horas de aquel mismo y aciago día: sábado 15 de febrero del 2020.

Castillo llamó a su casa para advertir a su hija Sol que no lo esperase a cenar. No le gustaba extenderse al teléfono, pero, resistiéndose a colgar, Sol se puso a hacerle una pregunta tras otra sobre el «caso Casilda», por lo que su padre tuvo que aguantar un buen rato con la oreja pegada. Las amigas de Sol estaban asustadas. Algunas habían conocido a Casilda. A la propia Sol se la habían presentado en los corros de estudiantes que se reunían en la plaza de Mina. La noticia de su muerte las había atemorizado.

—¿La han matado, papá? ¿Violado y asesinado, como se está diciendo?

—¿Quién lo dice?

—Emilio lo ha oído en la radio. Acaba de llamarme desde el quiosco para preguntarme si conocía a Casilda.

—No hagas caso a los rumores… Mañana te contaré. No me esperes despierta, Sol. Cierra bien la puerta y procura dormir.

—No sé si podré.

—Si estás nerviosa, llámame. Estaré trabajando en el despacho, pero podemos hablar en cualquier momento.

La noche iba a ser larga. El comisario salió al pasillo y se dirigió

a la máquina de café.

Los agentes iban terminando sus turnos. La comisaría rezumaba silencio y tranquilidad.

El ánimo de Antonio Castillo, no. Tenía una nauseabunda sensación en la boca del estómago, como si hubiese comido algo en mal estado.

Mientras el café burbujeaba e iba cayendo al vasito de plástico, su cara se reflejó en la espejada superficie frontal de la máquina. Su mirada conservaba su habitual dureza, pero el muro de su aparente seguridad se estaba resquebrajando.

No sería la primera vez que fracasaba en una investigación. Salvo unos pocos años que había servido en Alicante y en Girona, su carrera había transcurrido íntegramente en Cádiz. Conocía al dedillo una plaza que consideraba suya. Había intervenido en cientos de casos. Detenido a decenas de delincuentes. Combatido la corrupción, el crimen organizado. Pero no siempre su estrella había brillado.

No lo hizo en las desapariciones de las jóvenes gaditanas Carmela Aguilar, Esther Goliarte y Elvira Alsina, cuyas fotografías, clavadas como fúnebres recordatorios en el tablero de corcho de su despacho, volvió a contemplar angustiado.

El recuerdo de las tres lo perseguía como una culpa. Cíclicamente, las perturbadoras sombras de esas muchachas —¿asesinadas?, ¿raptadas?, ¿prostituidas?— regresaban del fondo de un negro abismo, agitando las lúgubres alas de su incierto destino, con el triunfo del mal y la sombra de la muerte pisoteando su conciencia y su hoja de servicios, amargándolo, desasosegándolo.

Carmela Aguilar era de Conil de la Frontera, pero vivía en Cádiz, en la calle Santo Cristo, cerca de la plaza del Palillero, entorno en el que asimismo se desvanecerían después Esther Goliarte y Elisa Alsina. Carmela se había evaporado sin explicación alguna. La última vez había sido vista por un testigo que la situó al anochecer del 14 de marzo del 2014 en la plaza de la Candelaria. Tenía dieciocho años.

Esther Goliarte había desaparecido en la primavera del 2016, el 8 de abril. «Múltiplos de cuatro», se repetía Castillo una y otra vez, hasta la obsesión. Pese a la ayuda de la Jefatura de Sevilla, de unidades de élite de la Policía Nacional y Guardia Civil, no habían

conseguido encontrarlas.

En mayo del 2018 había fallecido la esposa del comisario, Mercedes. Agotado por su larga agonía, el todavía entonces inspector Castillo había solicitado un trimestre de asuntos propios, que le fue concedido. Pero, atormentado por los casos sin resolver de las dos jóvenes gaditanas en cuya búsqueda había intervenido estérilmente, revolvió archivos, repasó diligencias, expedientes, hemerotecas… Y lo que pasó fue que se le «apareció» una desaparecida más.

La tercera.

Se llamaba Elisa Alsina, e, igual que Carmela y Esther, se había esfumado como por arte de magia. Era otoño del 2018, el 12 de octubre.

Las tres jóvenes habían desaparecido a razón de una cada dos años. Y ahora, al amanecer de aquel sábado 14 de febrero, una cuarta, Casilda López Manso, aparecía muerta, pero con señales o sospechas de haber sido agredida, capturada, secuestrada, violada —¡por mucho que dijera el forense!—, seguramente asesinada. ¿Casualidad? ¡Imposible!, pensaba Castillo. La proximidad espacial —plazas del Palillero, Candelaria y Puerto Chico, todas en el casco viejo— y la constancia temporal en las desapariciones —2014, 2016, 2018— apuntaban a un patrón, a un plan, a una voluntad, bien a un solo y metódico asesino, bien a una banda perfectamente sincronizada. Seguro, más que convencido, de que detrás de todos esos casos se ocultaba una misma mano, Castillo puso sus indagaciones y análisis a disposición de sus superiores. A lo largo del 2018 y el 2019 se revisaron declaraciones, testimonios, expedientes, se volvió a citar a familiares y testigos, pero no aparecieron nuevas pistas y las investigaciones policiales no avanzaron un ápice.

En enero del 2019, Antonio Castillo fue ascendido al cargo de comisario provincial de Cádiz. En su nueva responsabilidad obtuvo algunos éxitos y todo parecía irle viento en popa. Pero ahora, con la enigmática muerte de Casilda López Manso, otra muchacha inocente, todos sus fantasmas regresaban de nuevo.

20:30

Hacia las ocho y media de la tarde, la silueta de Felipe Ponce se recortó ante su puerta.

El inspector traía una expresión tensa, con su angulosa cara como tallada en un rígido prisma de carne dura coronado por esa corta barrera de cabello en punta que había inspirado su apodo: *Pelopincho*.

—Novedades, comisario.

Castillo le indicó una silla, pero el inspector prefirió seguir de pie.

—He pedido a la subinspectora Zamora que venga. Está subiendo.

—No olvide llamarla «subinspector».

Macarena se presentó en un minuto. También ella traía un semblante ávido, como si acabara de enterarse de algo importante. No sin pensar en lo insólita que resultaba una alianza entre los dos, el comisario les señaló unas sillas.

—Les escucho.

—Adela Manso nos ha mentido, señor —abrió el fuego Ponce.

—¿En qué?

Macarena detalló:

—La ropa de hombre que había en su dormitorio, una americana y una camisa, no pertenecen a su hermano Horacio, según ella misma, Adela, nos había dicho.

—¿Ah, no? —Castillo notó cómo se despertaba su instinto cazador.

—No. Adela nos aseguró que su hermano Horacio le había dado esas prendas para que las zurciera, porque él no sabía coser. Sin embargo, esas ropas estaban en su dormitorio perfectamente colgadas de un respaldo, la camisa debajo, la americana encima. Y creo que fue lo que me hizo pensar.

—¿Pensar qué, Macarena?

—De haber sido realmente prendas para costura estarían sencillamente depositadas en una silla, o en la tabla de planchar, en lugar de listas para ponérselas alguien.

—¿Para ponérselas quién, Macarena? ¿Quién es el hombre que se deja un recambio de ropa en el dormitorio de una madre que acaba de perder a su hija?

—Buena pregunta, señor.

—¿Tiene respuesta?

—Por mi parte, me puse enseguida a buscarla —se apresuró Ponce a atribuirse la gestión—. Lo hice en cuanto la subinspectora… la subinspector Zamora me hubo participado sus dudas. Llamé a Horacio Manso y se lo pregunté directamente. Pero Horacio no sabía de qué le estaba hablando. ¿Ropas suyas en la casa de su hermana Adela y de su sobrina Casilda? ¿Qué iban a hacer allí? ¿Es que acaso estábamos sospechando de él? Le expliqué que cualquier investigación criminal comienza por los parientes más directos, novios, maridos, padres. Pero, sin dejarme hablar, Horacio se puso como un basilisco. Reaccionando, ¿cómo les explicaría…?

—¿Como si estuviera ocultando algo?

—Tampoco, señor… Fue algo así como si…

—¿Como si quisiera jugar con usted?

—Como si hubiese cambiado de repente de personalidad.

—Explíquese.

—A ver… De repente, Horacio pasó a mostrarse dominante, sarcástico… Sin necesidad de preguntarle yo más, se puso a hablarme de su sobrina, de la relación que tenía con ella… Una relación «de máxima confianza», me dijo textualmente. De «complicidad», añadió. La muerte de Casilda le había trastornado, tanto que «se estaba volviendo loco». No tenía con quién desahogarse y se pasaba las horas muertas mirando fotografías.

—¿De quién, de su sobrina?

—Sí, eso me dijo… Le ofrecí los servicios de nuestro psicólogo y le animé a colaborar en la búsqueda y localización del agresor de Casilda, ayudándonos a dibujar su perfil. Al preguntarme Horacio cómo podría hacerlo, le sugerí que se prestase a una nueva declaración, complementaria, y que nos la hiciera aquí, en comisaría.

—Astuto planteamiento —le alabó Castillo—. ¿Qué le respondió?

—Aquí viene lo bueno —se frotó las manos Ponce. De su frente perlada de sudor (aunque en el despacho del comisario hacía más bien fresco) emanaba algo así como una turbia energía—. Horacio me dijo que jamás se perdonaría haber dejado a su sobrina en manos del destino.

—¿Con esas palabras?

—Esas mismas.

—¿Y qué cree que le quiso decir?

—¿Quizá que se sentía culpable? —sugirió Macarena.

—¿Por acción o por omisión? —volvió a preguntar Castillo.

Ponce lo imputó sin ambages:

—Por acción, más bien, comisario. Desde el minuto cero he creído que este tipo nos oculta algo.

Pero el comisario se mostró prudente:

—No tenemos nada concreto, todo es aún demasiado vago. ¿Grabó esa conversación con Horacio Manso?

—Por supuesto.

—Quiero oírla.

—Se la envío.

—¿Creen que tenemos entre las manos a un sospechoso?

—Yo, desde luego —se reafirmó el inspector.

—Yo también lo creo —se pronunció Macarena.

—¿Y qué hay finalmente de esas prendas que estaban en el dormitorio de Adela? —les recordó Castillo—. ¿Han averiguado de quién son?

—Estamos en ello, comisario. Llamé de nuevo a Adela y volvió a asegurarme que eran de su hermano Horacio. Solo que él, quiso explicarme, no se acordaría. Desde mi punto de vista, Adela está encubriendo a alguien. A su pareja, probablemente.

—¿Y quién es?

—No lo sabemos. Adela se ha negado a decírmelo. De momento, no quise presionarla más. En el laboratorio están procesando las fotos de las prendas. De la camisa solo se ve el cuello y una pequeña etiqueta blanca con la talla, una XL. La americana es muy original, con grandes cuadros marrones, muy característica.

Castillo se puso en pie.

—Iré informando de estos avances a la juez. Parece que vamos a tener que citar a Horacio Manso a declarar.

—Y a no mucho tardar, comisario —lo presionó Ponce—. Yo me ocupo de citarle, le llamaré en cuanto salgamos de su despacho. ¿Podría plantear a la juez que emita una orden de registro domiciliario y autorización para intervenir su teléfono? Si le insisto es porque he averiguado algo más de él. Tal como me ordenó usted, he estado indagando acerca de su persona.

—Le escucho, Felipe.

—Se lo resumo rápidamente, señor. Horacio Manso es natural de Cádiz. Procede de una buena familia. Tiene sesenta y cuatro años. Es soltero. Vive en la plaza de la Candelaria, número 4, primer piso. Hasta hace unos meses trabajó como aparejador en el Ayuntamiento de Cádiz, cargo que ha venido desempeñando desde los años noventa, y al que accedió por oposición. Recientemente, un informe médico lo apartó del servicio.

—¿Por qué? ¿Padece alguna enfermedad?

Ponce desveló enfáticamente:

—Alteración de la personalidad.

—¿Tenemos algún informe clínico?

—Sí. El primero lo firmó el médico de los servicios municipales, doctor Eladio Aguirre. Y con posterioridad lo avaló un psiquiatra, Agustín Morbide. Que creo ha colaborado…

—Con nosotros en anteriores ocasiones, sí. Conozco bien a Morbide. Un magnífico profesional.

Castillo siguió asintiendo con la cabeza, como si quisiera convencerse de algo.

—Puede que tenga razón, inspector. Hablaré con la juez.

22:00

Tal como habían acordado, el exagente de inteligencia Cándido Tellería se presentó puntual en la puerta del hotel O'Higgins. En la escuela de aquellos veteranos espías, la puntualidad seguía siendo un imperativo categórico.

Falomir lo encontró estupendo, más joven, incluso, de lo que lo recordaba. Envidiable, realmente, a sus cerca de setenta años tan bien llevados con su lustroso pelo blanco como cuando, teniéndolo ya gris, inspiró el apodo por el que se le había conocido en el mundillo del espionaje: *Zorro Plateado*.

No venía solo, le advirtió el Zorro. Su mujer, Alicia, los estaba esperando en el coche. La razón de que se hubiera agregado a la cena se la explicó a Falomir el propio Tellería:

—Al retirarme del servicio activo le hice a Alicia la solemne promesa de no volver a dejarla sola… ¡ni un minuto, Flo, ni un solo minuto! Bastante tuvo que aguantar la pobre durante tantos años

sin saber nada de mí, dónde estaba, con quién o haciendo qué. Por cierto, Flo, no te vayas a ir del pico con determinados asuntillos de corte estrictamente privado…

—Sufro de amnesia, Cándido.

—¡Pues no vayas a curarte de pronto!

Ya en el coche, y con Alicia a bordo, salieron de la ciudad por el istmo, el bravo Atlántico a un lado, la mansa bahía al otro. En la oscuridad de la noche, aquella carretera tenía un encanto mágico, irreal, como si flotara sobre las negras aguas.

Los Tellería lo llevaron a la Venta del Cojo. Durante la cena —deliciosas las almejas, el cazón y una bandeja de pescaíto frito que Falomir se zampó prácticamente él solo—, Cándido le fue poniendo al día en la lucha antiyihadista. Sus últimos años había operado en el norte de África, con base en Rabat. Antes de retirarse, había conseguido dejar activa en Marruecos una red de agentes que seguían informando a la «Casa» de cualquier movimiento en las «células durmientes».

—Pero el enemigo no está ni mucho menos derrotado, Flo. La amenaza terrorista sigue activa en numerosos enclaves. —El Zorro hablaba muy en serio—: Ceuta, Marrakesh, Tánger, Fez, Túnez, Orán. Por suerte, conseguimos detectar a tiempo varios planes muy destructivos.

—Ah, Cándido, pero ¿existe la suerte?

—Y, si uno no la tiene, la compra. ¡Suerte que dispuse de abundantes fondos!

—Esos atentados, ¿iban a golpear ciudades marroquíes o españolas?

—Indistintamente.

Aun habiendo sobrevivido a graves peligros, Tellería no parecía preocupado por su seguridad. A diferencia de otros exaltos cargos del servicio secreto, el Zorro no disponía de protección. Sus viejos enemigos, «o estaban muertos o habían sido debidamente recompensados, que es otra forma de matar su fe». No temía una venganza.

—En cambio, yo sigo viviendo aterrada —le confesó Alicia a Falomir.

Era una mujer de unos sesenta años, bastante más joven que su marido, bella y frágil, con una piel de ángel y un suave cabello

rubio. Como hechos a largas esperas, sus ojos, de pestañas lánguidas, parecían bañados en el espejo del tiempo. Estaba obviamente muy enamorada de Cándido, tanto como él de ella, pero el cariñoso ejemplo de ambos no sirvió de estímulo a Falomir porque aquella noche, a pesar de estar sintiendo como una caricia la tibia brisa nocturna en que se había moderado el poniente, y de estar viendo las estrellas reflejadas en el mar como alfileres de luz, se sentía vacío y melancólico frente a su larga lista de fracasos amorosos.

—¡He pasado tanto miedo! —seguía confesándole Alicia—. ¿Puede haber algo más espantoso que una combinación de pánico y soledad? Tú has sido agente de contrainteligencia, Flo, y sabes de qué hablo, ¡conoces esa sensación! Si a eso añades las condiciones de vuestro trabajo, la incomunicación y alejamiento de tus seres queridos, el uso de la fuerza, el riesgo de caer herido o muerto en cualquier momento y lugar, fácilmente podrás concluir que mi vida al lado de este hombre —Alicia miró con infinita dulzura a Cándido; este le tomó la mano con idéntica ternura— ha sido un bendito infierno…

—Y eso que el maldito demonio no era yo —sonrió Tellería—. He conocido a unos cuantos diablos, eso sí. Como tú, Flo, imagino. Porque el mal existe, ¡ya lo creo que existe!

—¿Habrá algún demonio suelto por las calles de Cádiz? —sugirió Falomir con fingida ingenuidad.

—Como no sea un diablillo chirigotero, ahora que va a arrancar el carnaval… —se mofó su amigo—. ¿Por qué lo preguntas, Flo?

Falomir pasó a referirles su descubrimiento por pura casualidad, aquella misma mañana, en una punta de la playa de Santa María del Mar, de una muchacha de dieciocho años llamada Casilda López Manso, estudiante de bachillerato en el colegio de San Felipe Neri.

—¿Ahogada?

—En apariencia.

—¿Asesinada?

—Tal vez.

—¿Avisaste a la Policía, Flo?

—Se presentaron a los pocos minutos.

—Conozco al comisario. Se llama.

—Antonio Castillo.

—Exacto. Su hijo Emilio es miembro de mi hermandad.

—No sabía que pertenecieses a una cofradía, Cándido.

—A la del Cristo del Soberano Poder. Mi padre fue hermano fundador y yo he heredado el cargo, o la carga. Volviendo a Castillo. Es un policía eficaz. Colaboró conmigo en algunos casos de narcotráfico en el Estrecho y otros asuntos de seguridad. Le llaman *el Flecha* —rio—, no sé por qué. Por la forma de su cabeza, quizá, como tallada en punta. A pesar de su capacidad, no ha logrado resolver el caso de una adolescente. ¿Recuerdas, Alicia, la desaparición de la hija de Alsina, que se llamaba, se llamaba…?

—Elisa. ¡Tan joven y de tan buena familia!

—Elisa Alsina, sí. Hasta hoy, Flo, han sido incapaces de encontrarla.

Tellería cerró los ojos como pensando en algo trágico y apostilló:

—Elisa desapareció como por ensalmo y no se ha vuelto a saber de ella. Elisa era, ¡ojalá lo siga siendo!, nieta de un ingeniero, Blas Alsina, amigo mío, e hija de Enrique Alsina, director de la empresa pública Aguas de Cádiz, también amigo mío. Los Alsina han removido Roma con Santiago, contratado investigadores privados, presionado al Ministerio del Interior. Estando yo en Marruecos me pidieron información sobre las mafias de trata de mujeres, por si Elisa hubiera sido secuestrada como esclava sexual. Pero nada han averiguado nuestros policías hasta hoy. ¡Puedes imaginar la desesperación de la familia Alsina!

—Puedo —presumió Falomir, aunque solo en teoría porque no había tenido hijos y su pérdida no era un dolor que él hubiera experimentado.

—El comisario Castillo debe de estar a punto de jubilarse —calculó Tellería—. Ojalá le dé tiempo a resolver esta nueva muerte, pero… Me estoy acordando de otro caso pendiente. De otra chica desaparecida, también en Cádiz, a la que tampoco fueron capaces de encontrar. Se llamaba…

—Esther Goliarte —volvió a ayudarlo Alicia.

—¡Vaya memoria la tuya, querida! Suerte para mí que no te he engañado. No lo habrías olvidado jamás.

—¿Dirías que mi marido me ha sido fiel, Flo?

—¿Me pasas el vino, Alicia?

—¿Por qué cambias de tema?

—Porque no hay tal tema.

—¿Y tú, Flo, has sido fiel a tus parejas?

—¿Me pasas el escanciador?

—¿Tampoco hay tema?

Falomir anudó y desanudó las manos en un gesto un tanto parroquial que acompañó con la siguiente confesión:

—Me sinceraré contigo, Alicia. A diferencia de tu leal Cándido, no soy hombre fiel. Mis infidelidades son inagotables… y agotadoras.

En el reloj de pared del comedor de la venta sonó la campanada de las once y media. Falomir se acordó de Maisy, la guapa africana a la que había conocido en el Pico de Oro. ¿Lo esperaría a medianoche en la plaza de la Catedral, tal como habían quedado?

—¿Por qué estaré tan cansado? ¿Serán las bajas presiones?, ¿el nivel del mar…?

—O el Barbadillo —rio Tellería—. Han caído dos botellas. Vámonos, Flo, te devolveremos a tu hotel. ¿Qué planes tienes para mañana?

—Me gustaría madrugar y hacer un poco de turismo. Visitar la Santa Cueva, la Torre Tavira…

—Nuestra hija Ada podría servirte de cicerone. Se ha matriculado en Historia del Arte. Estudia en Sevilla, pero estos días está en Cádiz, con nosotros.

—Si no es una molestia para ella, será un placer para mí. ¿A quién se parece de los dos?

Su madre le mostró una foto. Ada era una chica preciosa, con un verdadero tipazo, una deslumbrante sonrisa y una melena rubia y rizada cayéndole sobre los hombros.

—¿Por qué le pusisteis Ada?

—Por la novela de Nabokov, *Ada o el ardor* —repuso la madre.

—Como espía, habría fracasado. Imposible pasar desapercibida —pretendió elogiarla Falomir.

—Es una belleza —asintió orgulloso el padre—. Tiene el carácter de su madre y un corazón de ángel. Le pediremos que te organice una visita a la ciudad, Flo.

—Déjame pedir algo a mí. ¡La cuenta! —reclamó Falomir al camarero.

—Está pagado, señor.

—¿Has sido tú, Cándido? ¿Cómo? ¡Si no te has movido de tu silla!

—No ha hecho falta, Flo. En nuestra antigua profesión no eran necesarias las palabras. Para saldar una cuenta bastaba con un gesto, una mirada.

—No deberías haberte retirado del servicio secreto, Zorro.

—¿Quién ha dicho que lo estoy? ¿El Boletín Oficial del Estado?

—¡Ni en broma, Cándido! —se sulfuró Alicia—. ¡Como me entere que has vuelto al servicio activo, yo…!

—¡Ya ves, Flo! —se resignó Tellería—. Además de oficialmente jubilado, estoy oficiosamente acabado.

—No deberías haber pagado la cuenta —volvió a protestar Falomir.

—¿Ni siquiera en agradecimiento a alguien a quien debo la vida?

Alicia se quedó mirando con sorpresa a su invitado.

—¿Tú, Flo? ¿Salvaste a mi marido? ¿De qué?

—No hagas caso, Alicia. ¡Cándido exagera, como de costumbre! No es más que una vieja historia.

Poniéndose en pie y sacudiéndose las migas del pantalón, su marido le recordó:

—Hace unos cuantos años, Flo y yo tuvimos que investigar a un colega de la «Casa», Antonio Marín Lladó. Estaba alijando una entrega de hachís y lo pillamos con las manos en la masa. Habían desembarcado la droga en Sanlúcar de Barrameda y la guardaban en un almacén del puerto. Unos cuantos entramos pistola en mano. Flo me cubría las espaldas y abatió a un tirador oculto tras unos palés que un segundo después me habría acertado.

—Perfectamente pudo haber sucedido al revés —se restó importancia Falomir—. ¿Nos vamos?

—Será lo mejor, antes de que me enfade con vosotros dos —dijo Alicia, cogiéndoles maternalmente de las manos, como para conducirlos a un lugar seguro.

SEGUNDO DÍA

Domingo 16 de febrero

0:30

Muy poca luz había en la plaza de la Catedral cuando los Tellería, Alicia y Cándido, se despidieron de Florián Falomir.

Junto al Arco del Pópulo era donde él, como en una andaluza versión de *Cenicienta*, había quedado a medianoche con Maisy.

Con una sustancial diferencia: su cuento no iba a tener final feliz. La bella africana no se hallaba en el lugar de la cita. Treinta minutos después de que hubiesen sonado las doce campanadas, Maisy seguiría sin hacer acto de presencia. Un aterido Falomir siguió esperando en las gradas del templo hasta que, defraudado, decidió emprender camino a su hotel.

Al pasar delante del Café Royalty, reconoció a Macarena Zamora.

A esa hora de la madrugada, la subinspector no llevaba el uniforme, naturalmente, sino un vestido color granate muy llamativo, con los hombros desnudos. Estaba en la barra en compañía de un hombre a quien el detective identificó: Pedro Cárdenas, el más joven de los forenses que aquella misma mañana se habían desplazado desde el Instituto de Medicina Legal para reconocer el cadáver de Casilda López en la Playita de los Dados.

Falomir les hizo señas a través de la luna del Royalty. Macarena lo vio, le sonrió e indicó por gestos que se uniese a ellos.

Sin hacerse de rogar, Falomir entró al café y, al comprobar que ambos, en particular ella, aceptaban de buen grado su compañía, se ofreció a invitarlos a una ronda. Le fue aceptada y los tres se trasladaron a un velador de mármol para pedir sus bebidas: cubalibres para ellos, *whisky* para Falomir.

Animada por las copas que llevaba encima, Macarena reconoció al detective haberse informado acerca de sus actividades, consultando tanto la página web de su agencia Las Cuatro Efes como referencias en la red sobre sus casos más relevantes.

Halagado, Falomir les confió a su vez que, antes de diplomarse como investigador privado, había trabajado durante bastantes años como agente de inteligencia, operando en distintos países y comunidades autónomas españolas, particularmente en el País Vasco.

—También, y en una ocasión muy especial, aquí, en Cádiz.

—¡Eso nos lo tiene que contar! —exigió Macarena.

—Hasta donde se pueda, porque no siempre, y ustedes lo saben mejor que nadie, conviene dar parte de nuestras operaciones… Básicamente, tuvimos que desmantelar una red de tráfico de drogas organizada por uno de mis compañeros, por seguir llamándolo indebidamente.

Macarena se inclinó hacia Falomir.

—Ya nos está cantando su nombre.

—¿Siempre es usted tan incisiva?

—¡Irresistible, dicen!

—¿Lo suscribe? —preguntó el detective al forense.

—Puedo confirmarlo —sonrió, pero entre dientes, Cárdenas.

Con toda evidencia, estaba intentando ligar. Falomir bebió un trago de su copa y, con el propósito de seguir ganando su confianza, se animó a revelarles la identidad de aquella manzana podrida del CNI:

—Antonio Marín Lladó.

Al oír ese nombre, Macarena lo relacionó con otro caso, asimismo de tráfico de drogas, en el que su Grupo había participado. Falomir no lo sabía, pero Marín Lladó había vuelto a reincidir nada más salir de prisión. Por aquel nuevo delito, el juez lo había vuelto a enviar a la cárcel.

—Me tocó escoltarlo al juzgado y me dio bastante lástima, la verdad —matizó Macarena—. No suele ocurrirme, porque no soy especialmente compasiva. Pero me pareció un hombre tan educado. El dinero debió perderle, como a tantos.

—Le gustaban en exceso las mujeres —recordó Falomir—. Cándido Tellería, mi jefe por entonces, y yo descubrimos que era

trígamo. Tenía una mujer en Cádiz, otra en Marruecos y una tercera en Argel.

Macarena no conocía personalmente a Cándido Tellería, pero sabía que había dirigido operaciones de contraespionaje en el Magreb y que…

—Es masón.

—¡No me diga!

—Digo.

—No me cuadra…

—¿No lo sabía, Florián?

—No.

—Tampoco se lo puedo asegurar al cien por cien, pero se rumorea que unos cuantos exmilitares de alta graduación han resucitado las logias gaditanas que florecieron con el espíritu doceañista.

—¿Con la Constitución de 1812?

—Con «La Pepa», sí.

Los ojos árabes de azabache líquido de Macarena estaban azorando un tanto al detective, que le preguntó:

—¿Me está diciendo que hoy en día siguen celebrándose cónclaves masónicos?

—No puedo afirmarlo con rotundidad, pero. Si se convocan, será en ámbitos privados y en riguroso secreto. Aunque su amigo Tellería disfruta aún de una vida pública. No hay en Cádiz acto del Ministerio de Defensa o de las Fuerzas Armadas al que no esté invitado. Lleva fama de ser amigo del rey y ejemplar patriota. ¿Usted también lo es, Florián?

—¿Amigo del rey?

Macarena sonrió.

—Me refería a si es usted tan buen español como agente de inteligencia fue.

—A mi manera —sonrió a su vez Falomir.

La conversación derivó a sus clases de guitarra con Paquillo el Altramuz, primo hermano de Macarena. A la subinspector le vinieron a la cabeza algunas anécdotas del ambientillo flamenco y, no sin pedirse otra copa, las fue desgranando con mucha gracia.

Cuando este tema también se hubo agotado, Falomir se animó a preguntarles cómo iba la investigación en torno a la muerte de

Casilda López Manso.

Confidencialmente, Macarena le informó de que el teléfono móvil que él había encontrado en el Pico de Oro era el de Casilda. Lo había perdido durante su fiesta. Pero el agua de la cubitera donde cayó, o donde alguien lo tiró, había dañado sus archivos. En el registro de llamadas no habían recuperado ninguna especialmente comprometedora.

—De modo que seguimos sin saber si Casilda murió en la playa o en algún otro lugar.

—¿Seguimos? —saltó Cárdenas—. ¿Por qué habla en plural, Falomir?

—Porque este caso me concierne. Les recuerdo que fui yo quien encontró el cuerpo de Casilda, y un poco después su teléfono móvil, poniendo mis descubrimientos, fotografías, observaciones y reflexiones plenamente a su disposición.

—Está bien, no se lo tome así —cedió Cárdenas—. Desvélenos qué opina —le sondeó.

—Cualquier opinión mía partirá de un hecho tan incontestable como relevador: en la playa no había huellas de Casilda. Es decir, ella no pisó la arena. A su alrededor solo encontramos las huellas de aquellos otros zapatos de tacón que pertenecían a otra mujer. ¿Han averiguado a quién, Macarena?

La subinspector se retiró la melena en un gesto dubitativo y no contestó de inmediato. Sin embargo, animada por las copas, ya que estaban en un clima de confidencias, y puesto que, por lo que había averiguado sobre Falomir, el detective había colaborado anteriormente, siempre con lealtad, con la Policía Nacional y la Guardia Civil, se decidió a confiarle:

—Los zapatos de tacón pertenecían a Alejandra Salazar-Stewart, una aristócrata de treinta y pocos años, famosa por sus farras y novios. ¡Peor que yo! —rio.

—¿Esa Alejandra Salazar-Stewart tenía alguna relación con Casilda López?

—Ninguna.

—Por ese lado, entonces, ¿no hay pistas? —insistió Falomir.

—Aún no, pero… Su hermano, Álvaro Salazar-Stewart, tuvo relación con una chica que desapareció hace unos pocos años. En aquel momento no se pudo implicar a Álvaro en la desaparición,

pero no renunciaríamos ahora a vincular a Álvaro con la muerte de Casilda. Esto es estrictamente confidencial, por supuesto.

—Por supuesto.

—Por otra parte, nos ha surgido un rastro antiguo que…

Una mirada recelosa de Cárdenas pareció advertir a la subinspector de que estaba a punto de cometer una imprudencia. Falomir les garantizó:

—Pueden confiar en mí. Es más, les ruego que lo hagan. Del mismo modo que he colaborado hasta ahora, me comprometo a guardar reserva de cuanto afecte a este extraordinario asunto.

—¿En qué aspectos le parece extraordinario? —indagó Cárdenas.

—La muerte de Casilda tiene poco de ordinaria y nada de natural. Concurren en ella una serie de elementos nada comunes y en apariencia deslavazados entre sí, pero que, antes o después, veremos, ¡comprobaremos, espero!, que responden a una lógica.

—¿A qué tipo de lógica?

—A la matemática del mal, me atrevería a vaticinar.

—También yo vengo intuyendo la participación de una mano negra —coincidió la subinspector.

El detective le rogó con su más persuasivo tono:

—¿Por qué no me sigue hablando de ese otro «rastro antiguo» a que había empezado a referirse? No me deje con la miel en los labios, Macarena.

Las largas pestañas de la subinspector parpadearon con indecisión. Como para ganar tiempo, dio un sorbo a su cubalibre y pidió un cigarrillo a Cárdenas. El forense se lo encendió, aprovechando el roce casual para acariciarle las manos. Macarena pegó un par caladas y se animó a revelar:

—Hace exactamente diez años, el 14 de febrero del 2010, una de las empleadas del servicio doméstico de los Salazar-Stewart, llamada Eulalia Gracia Montero, estuvo complicada en el crimen de otra adolescente.

—¿Me está sugiriendo que hay un precedente?, ¿un patrón? —interpretó Falomir.

—El comisario Castillo lo da por hecho.

—¡Esto se pone cada vez más interesante! Siga hablándome de ello —no dejó de animarla Falomir.

Tras un nuevo trago, la subinspector se decidió a facilitarle un resumen bastante detallado del asesinato cometido por las llamadas «brujas de La Caleta». En una nueva muestra de confianza que Falomir le agradeció sinceramente, Macarena no dejó de mencionar el nexo común entre Manuela Olivares y Casilda López: los dos naipes de baraja española, una sota y un rey de espadas, que ambas habían recibido con un paréntesis de diez años.

—Una sota y un rey de espadas —repitió absorto Falomir—. Es evidente que hay un vínculo entre ambas muertes, pero no nos será fácil determinar de qué clase. —El forense iba a protestar por aquel uso del «nos», pero se mordió la lengua y Falomir aprovechó para proseguir—: Mientras no logremos averiguar de qué modo el cuerpo de Casilda llegó a la playa, no podremos seguir avanzando.

—La hipótesis más plausible es la de que fuese arrojada a la arena por las olas.

—Yo no lo creo, Macarena.

—¿Qué es lo que no cree, Falomir? —cuestionó Cárdenas.

—Que se ahogara en el mar. En tal supuesto, sus ojos y párpados habrían estado enrojecidos e irritados por la sal marina. No lo estaban.

—¿Qué más observó, detective? —El tono del forense era displicente, pero no ocultó su tensión.

—Que tampoco los labios estaban cortados por el salitre —repuso Falomir—. Pude fijarme en que sus globos oculares presentaban puntitos de sangre, o pequitias, como las llaman ustedes en su…

—En nuestra incomprensible jerga —se esforzó por sonreír Cárdenas, pero no estaba de buen humor. Hasta el momento de irrumpir Falomir en el Café Royalty había estado tonteando con Macarena. La presencia de un tercero que, además, se inmiscuía en su trabajo no le convencía ni le convenía.

—Síntoma, efecto o consecuencia —continuó razonando Falomir —, el de esas pequitias o roturas de minúsculas venillas en los ojos de Casilda, provocado por la falta de oxígeno. ¿Correcto, doctor Cárdenas?

El forense no tuvo más remedio que asentir y Falomir siguió barajando:

—Dos causas podrían haber provocado ese aumento de presión

en la sangre de Casilda y el estallido de los finísimos vasos oculares: ahogamiento o asfixia. ¿Sigo por el buen camino? —El médico tampoco lo negó esta vez—. De haber sufrido Casilda una asfixia, los hematomas de su cuello responderían a una violenta agresión. Pero también pudo ahogarse, aunque no en agua salada, en el mar, o en sus párpados, ojos y labios habría restos de salitre, ¡sino en agua dulce!

Sus dos interlocutores lo miraron con una total y profunda perplejidad.

—¿De dónde saca esa conclusión? —reaccionó Cárdenas.

—Tengo una más: Casilda no fue violada.

La mirada de Macarena reflejó todavía un mayor estupor. La información que eliminaba la hipótesis de la violación era de ámbito estrictamente policial. El comisario, informado por el doctor Acebal, la había compartido con ella no hacía apenas un par de horas, pasadas las diez de la noche, cuando Macarena lo llamó para comunicarle por teléfono sus últimas diligencias. Que Casilda había muerto virgen solo lo sabían, además de los forenses y del propio Antonio Castillo, el inspector Felipe Ponce y ella misma.

Cárdenas preguntó:

—¿Por qué cree que no la violaron, Falomir?

—Simple inducción, amigo Cárdenas.

—¡Alguien ha tenido que soplárselo! —le imputó el médico en un tono casi acusatorio.

—¿Quién? Puedo asegurarles que ni el Instituto de Medicina Legal ni en la Comisaría Provincial de Cádiz dispongo de «gargantas profundas».

—Entonces —cuestionó Macarena—, ¿cómo ha podido acceder a una información tan reservada?

—Que ustedes mismos me están confirmando, les doy las gracias por ello… Pero yo ya tenía mis sospechas desde el primer momento.

—¿Ah, sí? —siguió ironizando Cárdenas—. ¿Y qué le hizo sospechar? ¿Su olfato de sabueso?

Falomir se lo quedó mirando, como si fuera a replicarle en el mismo o peor tono, pero se dominó y continuó exponiendo su teoría:

—¿Recuerdan a la madre y al tío de Casilda? ¿Recuerdan sus reacciones frente al cadáver de su hija y sobrina? Yo estaba en el

espigón, muy cerca del cuerpo de Casilda. En aquellos dramáticos momentos, de haber en sus cabezas una sola sospecha, un sospechoso, habrían expulsado su nombre como si el de Satanás se tratara, pero ni Adela ni Horacio Manso acusaron a nadie. ¿Por qué? Porque no recelaban de ningún conocido. De haber estado manteniendo Casilda una relación amorosa habría salido a relucir en ese momento, y seguramente revestida de culpabilidad, pero ni la madre ni el tío, ¡permítanme remachar este punto!, mencionaron a ningún joven o adulto, alumno o profesor que estuviera relacionándose, acostándose o simplemente quedando o saliendo con Casilda. Se limitaron a describirla como a una muchacha tímida, familiar, buena estudiante y mejor persona…

Macarena objetó:

—Nada de eso pudo haber impedido ni demuestra que Casilda no hubiera mantenido relaciones sexuales.

—No, claro que no, pero, de haberlas mantenido, y muy especialmente de haberlo hecho contra su voluntad, es decir, de haber sido Casilda violada, ustedes, amigo Cárdenas, los forenses, lo habrían detectado y denunciado al comisario y a la juez. Como ven, no estoy imaginando ni inventando nada. Me limito a basarme en lo que todos vimos en la escena del crimen… ¿O quizá nos equivocamos al llamarla así? Si no hubo ataque sexual, ¿por qué tendría que haber un depredador?

—¿No lo hubo?

—Déjenme avanzar un paso más, amigo Cárdenas: ¿por qué tendríamos que estar ante el escenario de un crimen?

—¿No la agredieron?, ¿eso cree usted? ¿Nadie atacó a Casilda? ¡Algo tuvo que pasarle!

—Algo, sí; pero no, necesariamente, «alguien».

—¿No se referirá a «algo» sobrenatural, Falomir? ¿O es que la muerte de esa muchacha fue cosa de magia? —persistió en su burla Cárdenas.

La réplica del detective iba a tener «algo» de filosófica:

—Lo sobrenatural es natural, está en la naturaleza humana. Lo sobrehumano es humano, pertenece a la humanidad. Creo que nos enfrentamos a un enigma de raíces profundas, pero profundamente racional. El mal suele tener tentáculos, aunque nunca razón.

Los tres guardaron silencio. Macarena se retiró la melena con un

vigoroso golpe de cuello, bebió otro trago y preguntó gangueando un tanto:

—¿Está sugiriendo, Florián, que la muerte de Casilda tiene algo que ver con fuerzas… maléficas? ¿Con los masones? —agregó, divertida.

—No sé si maléficas o masónicas, pero, en todo caso, fuerzas tan nocivas como desconocidas por ustedes o por mí…

Falomir hizo una pausa para contemplar la plaza de la Candelaria a través de la luna del Royalty. Afuera, bajo la amarillenta luz de las farolas, por encima de las pérgolas y entre los troncos de las palmeras se veía, recortada en negro como una enorme sombra, la estatua de Emilio Castelar.

Un cliente abrió la puerta dando paso a una corriente de frío. El detective tembló levemente y se frotó las manos para entrar en calor.

—Según he podido saber, en los últimos años han desaparecido varias mujeres muy jóvenes en Cádiz. Nada me gustaría tanto como ayudarles a resolver esos casos pendientes. Además, claro está, de la extraña muerte de Casilda López Manso.

—En un principio, los modestos policías deberíamos bastarnos solitos, ¿no le parece? —se molestó Macarena.

—Para ello deberán ser capaces de resolver el principal enigma relacionado con la muerte de Casilda.

—¿Y es?

—Ustedes lo saben tan bien como yo, Macarena, y se lo he apuntado antes: explicar cómo llegó su cuerpo desde el mar si antes se había ahogado en agua dulce.

La subinspector y el forense se miraron sin saber cómo replicar esta vez. Al margen de ellos, nadie podía conocer aquellos datos procedentes de la autopsia. El detective aprovechó su desconcierto para proseguir arguyendo:

—Casilda solo pudo llegar a la playa de dos maneras. Una: que alguien la hubiese depositado en la arena después de ahogarla en un río o en una piscina, en una bañera, en una balsa o en un depósito de agua dulce. Dos: que una corriente de agua dulce la hubiese empujado hasta allí. En este último caso, y teniendo en cuenta que en Cádiz no desembocan ríos, habría que pensar en alcantarillados o en cloacas desbordadas por las intensas lluvias de

la última semana.

—Es una de las hipótesis que estamos barajando —accedió a revelarle, todavía picada, Macarena.

—Olvídense de las alcantarillas —descartó Cárdenas—. En el cadáver no había restos de aguas fecales. Además, veo muy difícil que quepa un cuerpo humano por los colectores de la red unitaria de saneamiento.

—¿Y en sus tramos finales, los que, supongo, irán como emisarios al mar? —planteó Falomir—. ¿Podrían tener una sección ovoide, más ancha?

Ni Macarena ni Cárdenas se atrevieron a contestar. Falomir siguió especulando:

—¿Y las cloacas romanas? Bien pudieron anegarse con las recientes y torrenciales lluvias y convertirse en subterráneos ríos…

—Esas cloacas, de existir, no se han descubierto aún, que yo sepa —descartó Macarena.

—¿Y si existieran? ¿Y si esas cloacas fueran tan grandes como las de Medina-Sidonia, Cesaraugusta y otras antiguas urbes hispanorromanas? En ese caso, perfectamente pudieron haber ejercido como canal de evacuación de un cuerpo.

Pareció que Macarena y el forense meditaban acerca de esa posibilidad. Falomir les sugirió una tercera:

—Y también podríamos pensar en los acuíferos.

—¿Podríamos? —arrugó el ceño Cárdenas.

—¿No somos un equipo?

—Usted y yo jugamos en diferentes ligas, Falomir.

—No se enfade conmigo, amigo Cárdenas.

—No lo haré si deja de llamarme «amigo». No lo somos.

—Tiene razón, doctor, disculpe mi franqueza. Más que como amigo, apelaré a usted como geólogo forense, si es que esa especialidad entra entre las suyas.

—¿Qué tiene que ver la geología con lo que estamos investigando?

—Desde un punto de vista geológico, podría haber acuíferos debajo de Cádiz.

—Y también la cueva de Alí Babá —se mofó el forense.

Macarena hizo un gesto poniendo paz y objetó:

—De existir acuíferos en el subsuelo gaditano, lo que está por

ver, pues hasta ahora no se han localizado, se encontrarían a demasiada profundidad… Y tampoco tendrían por qué salir al mar.

—O sí —persistió en su tesis Falomir—. Sé de algunos buzos que se han topado con afloramientos de acuíferos entre paredes submarinas a muchos metros bajo el mar. La propulsión del agua dulce, con menor densidad y mayor transparencia provoca efectos fantasmagóricos, como una especie de sábana agitándose en las profundas aguas marinas… Y también sé que…

—¡Cuántas cosas sabe usted! —lo interrumpió el forense—. ¡A ver si va a resultar ser el hombre que sabía demasiado!

—Algunos de esos datos los he conocido por los técnicos que están realizando prospecciones geodésicas en esta misma plaza de la Candelaria —repuso Falomir, manteniendo la calma—. Esta tarde, hace apenas unas horas, les oí comentar que podrían haber «pinchado» un acuífero a unos diez o quince metros bajo Candelaria.

—Aunque esa tesis fuese correcta, que lo dudo, habría que resolver de qué modo llegó Casilda al acuífero —condicionó Macarena.

—¿Descendiendo a los infiernos? —murmuró Falomir.

—¿Qué quiere decir, Florián?

—¿Han leído a Dante?

—Yo sí —afirmó Cárdenas.

—Sus círculos infernales se aproximaban al fuego a medida que descendían más y más.

—¿Va a resultar que el infierno está debajo de Cádiz? —rio el forense—. ¿Y el cielo, entonces, dónde queda? ¿En Sevilla?

Macarena celebró el chiste. No así Falomir, que fue concluyendo:

—Me atrevería a sugerirles, doctor Cárdenas, que vuelvan a analizar los restos de Casilda en busca de microfauna subacuática de origen lacustre. En el caso de que apareciese alguna muestra y coincidiera con el sistema fluvial de la bahía de Cádiz, podríamos deducir algo más a propósito de nuestra teoría de los acuíferos.

—¿Nuestra? —volvió a rebotarse el forense.

—Es la una de la madrugada, no les canso más. —Falomir se levantó del taburete—. Se me está haciendo tarde, buenas noches. Permítanme invitarles.

El detective pagó las consumiciones, cruzó la plaza de la Candelaria y subió a su habitación del hotel O'Higgins.

La noche era húmeda, pero se animó a abrir el balcón. En la plaza, las palmeras y araucarias, casi tan altas como las azoteas, movían sus hojas perfumando el aire con los efluvios de la dama de noche.

Acunando la guitarra en su regazo, Falomir se puso a arrancarle suaves notas flamencas y a canturrear una coplilla del Beni de Cádiz que había ensayado con Paquillo el Altramuz.

Aguantó a la intemperie hasta que las puertas del Royalty se abrieron y Macarena y Cárdenas, el brazo de él sobre los hombros de ella, se fueron alejando por la desierta plaza.

Aterido por el relente, Falomir guardó la guitarra, cerró el balcón, se puso el pijama y se metió en la cama.

Soñó con el filósofo Nicolás de Cusa y con esos cinco mensajeros suyos que representaban a los cinco sentidos: vista, oído, olfato, gusto y tacto.

Aquella noche nada lo despertó. No oyó ruidos de motores, ni siquiera sus propios y estrepitosos ronquidos, silbantes como sirenas de un tren en la noche de los sueños.

8:00

Un vecino avisó de que una mujer estaba frente al castillo de Santa Catalina, tirada entre dos coches como un despojo humano.

La Policía la localizó en un estado lamentable. A simple vista, los municipales dieron por hecho que se trataba de una yonqui en avanzado estado de adicción.

Trataron de reanimarla, pero se mostraba muy agresiva. Debía de haber consumido bastante más alcohol del que podía resistir y seguramente alguna sustancia tóxica. Parecía enferma y apenas podía sostenerse en pie. Tenía cortes en la cara y la camisa desgarrada. No se acordaba de cómo había llegado allí ni qué había hecho o dónde había estado en las últimas horas. Tampoco recordaba su nombre —o bien no quiso decirlo—. Como toda documentación, llevaba en la riñonera —junto con un librillo de papel, una china de hachís y una llave suelta— una tarjeta de la Seguridad Social a nombre de Eulalia Gracia Montero, natural de

Cádiz, de veintisiete años de edad.

En cuanto los miembros de la UDEV oyeron por la frecuencia policial que compañeros de la Policía Municipal solicitaban más información sobre una ciudadana con esos datos, la subinspector Zamora, que recién había fichado en comisaría, con resaca de la noche anterior, salió disparada hacia el castillo de Santa Catalina.

En el vestíbulo de la comisaría se cruzó con Antonio Castillo, que llegaba de su casa justo en ese momento. En cuanto le hubo explicado adónde iba, el comisario aplazó en el acto lo que tuviera que hacer y se fue con ella.

En apenas unos minutos, tras haber recorrido a bastante velocidad, con la sirena puesta, el Campo del Sur, llegaron al punto donde los municipales seguían custodiando a Eulalia Gracia.

La habían sentado en un banco. Estaba con la cabeza agachada y la cara blanca como una máscara de carnaval.

Castillo y Macarena se sentaron junto a ella, uno a cada lado. A sus primeras preguntas, Eulalia se limitó a encadenar ininteligibles sonidos y, como si le hubiera entrado un ataque de sueño, a recostarse contra el hombro del comisario, manchándole la bocamanga de la americana con una saliva de color rosado. A través de sus agrietados labios, rojizos hilos ribeteaban sus palas dentales. El aliento le olía hediondo.

Castillo le hablaba suave y pausadamente.

—Todo está bien, Eulalia, no pasa nada… Lo importante ahora es que te tranquilices. No tengas miedo, no vamos a hacerte nada malo. Al contrario, hemos venido a ayudarte. Porque necesitas ayuda, eso es evidente. Voy a pedirte que nos dejes cuidarte. ¿Me estás entendiendo, Eulalia?

—¿Por qué quiere cuidarme? ¿Es usted médico?

—Soy comisario de Policía.

—Me alegro por usted.

—Enseguida iremos a que te vea un médico.

—Enseguida no: nunca.

—No tenemos prisa, Eulalia. Iremos cuando quieras.

Pese a su aparente calma, Castillo no lograba liberarse de la tensa sensación de estar dirigiéndose a la misma mujer que, una década atrás, cuando solo tenía diecisiete años, había acuchillado a una compañera del colegio que no le había hecho absolutamente

nada. Luchando por apartar de su mente las imágenes de aquel salvaje apuñalamiento —Eulalia había hundido el cuchillo más de diez veces en el cuerpo de Manuela Olivares; Pepa Marca, su cómplice, se lo clavó otras tantas—, Castillo le repetía que estaba en buenas manos, que no iba a faltarle comida, una cama si la necesitaba, algún dinero que él mismo estaba dispuesto a prestarle.

Sin responderle, atrincherada en un hosco silencio, Eulalia lo miraba fijamente, como hipnotizada, con unos ojos enrojecidos y desconfiados, pero extrañamente lúcidos, tanto que hicieron temer al comisario que estuviera reconociendo en él a uno de los inspectores que la detuvieron bajo acusación de asesinato y la llevaron esposada a La Caleta para conminarlas, a ella y a Pepa Marca, a reconstruir el modo en que habían matado a su amiga Manuela y a tratar de averiguar por qué lo habían hecho, cuál fue el móvil de aquel sanguinario crimen sin sentido.

Finalmente, con ayuda de los municipales, consiguieron ponerla en pie, obligarla a caminar unos metros y meterla en el coche patrulla.

Una vez cerradas las portezuelas, el comisario indicó a Macarena que condujera hasta el Mercado Central y aparcase en la parte de atrás.

Cuando llegaron allí, ambos se bajaron del coche y ayudaron a salir a Eulalia, para embocar con ella la calle Desamparados. Eulalia caminaba desmadejadamente, tanto que debían sostenerla.

Ante el portal número 2, la que había sido la casa de Casilda, el comisario se detuvo, como esperando alguna reacción por parte de Eulalia.

—¿Qué hacemos? —farfulló ella, mirándolos retadoramente—. ¿Por qué nos paramos?

—En el tercero vivía una buena muchacha, un pedazo de pan —comentó Castillo sin abandonar el sosiego.

—¿Vivía?

—Hablo en pasado porque está muerta. Se llamaba Casilda López Manso. Sus amigos la llamaban Cas. ¿Tú la conocías, Eulalia? Fíjate por favor en esa foto que la subinspector te está mostrando en su móvil.

—Mírala bien, Eulalia —le pidió Macarena.

—Me llamo Lalia, ¡Lalia!

—Observa con detalle esta foto, Lalia —le insistió el comisario —. ¿A quién te recuerda?

—¡A nadie!

—¿Estás segura?

—¡Por completo!

—¿No te recuerda a Manuela?

—¿A qué Manuela?

—No te hagas la tonta —la advirtió Macarena.

—¿A qué Manuela va a ser? A la que mataste —dijo el comisario —. ¡Mira la foto!

Ella lo hizo con una expresión tan despectiva que Macarena temió que fuera a escupir en la pantalla.

—Pues no, no me recuerda a nadie.

—Dicen que Casilda era una chica muy cariñosa, además de inteligente y guapa. ¿No quieres saber de qué murió?

—¿De aburrimiento? ¡Aquí, o eres puta o te aburres como una vaca! ¿Qué pasa con esa Casilda? ¿La han matado?

—Mucho nos tememos.

—¡No estarán pensando que yo me la cargué!

Eulalia dio un paso atrás en la acera, que estaba en sombra. Al situarse bajo la luz del sol su palidez se agudizó de tal modo que bajo la cerúlea piel se le transparentaron las venas. Las de la frente eran tan gruesas que parecían a punto de explotar. De no haberla sostenido Castillo, se habría caído al suelo.

—¿De verdad creen que he matado a esa Casilda?

—¿No tenemos razones para pensarlo, Lalia? ¿No lo hiciste una vez? —la presionó Macarena.

—¡No he sido yo! ¡Jamás había oído hablar de esa Casilda!

—Se parecía mucho a Manuela Olivares —insistió el comisario —. Vuelve a fijarte en su foto, Lalia. ¡Cómo se parecen!, ¿verdad? ¡Es increíble! Son prácticamente idénticas. Fíjate en sus ojos, en su pelo, en su sonrisa… Como si fueran gemelas. ¿Recuerdas de qué modo se os ocurrió amenazar a vuestra compañera de pupitre, a Manuela, cuando erais niñas? Le enviasteis una sota de espadas con heridas de arma blanca dibujadas a bolígrafo, haciendo saltar la sangre a borbotones, como anunciándole el modo en que ibais a matarla.

—Todo eso pasó hace mucho tiempo…

Lalia se frotó las manos en la cara y siguió repitiendo obsesivamente «Mucho tiempo, mucho tiempo…».

—Pero a veces —le cortó Castillo—, el tiempo hace una curva, da la vuelta y regresa a donde estamos. Ahora parece que el presente dibuja un círculo con el pasado. Otra chica ha muerto. Antes de morir, alguien le envió una carta.

—¿De amor? —La risa de Lalia fue horriblemente cruel.

—¡No te hagas la tonta! —la amonestó Macarena—. El comisario se refiere a un naipe. De algún modo se lo harían llegar a Casilda, tal como hicisteis vosotras con vuestra compañera Manuela. Las dos, Manuela y Casilda, recibieron una carta del mismo palo, espadas, y las dos están muertas.

—¡Soy inocente, yo no he hecho nada!

Castillo tenía una teoría: las mujeres se quedan quietas cuando mienten. En cambio, los hombres se tocan la cara, mueven las manos, desvían la mirada… Lalia se mantenía inmóvil, rígida como un bastón, como si la verdad que se resistía a reconocer la hubiera atravesado con una espada de luz.

Estuviera mintiendo o no, el comisario dispuso:

—Tendrás que acompañarnos, Lalia. En comisaría seguiremos hablando de lo que hiciste este viernes por la noche. Sabemos que estuviste de camarera en el Pico de Oro, donde se celebraba el cumpleaños de Casilda, con ella como anfitriona. Piensa en Casilda, Lalia, si la viste en el *pub*, si hablaste con ella o le pusiste copas. Ya la conocías de antes, ¿verdad? Porque tú vives por aquí cerca, ¿no es cierto? Y, puesto que os encontrabais con frecuencia, no te fue difícil establecer contacto con ella. Un día, hace poco, le diste algo, un regalo, un sobre con algo dentro, una sorpresa…

—¿Lo niegas? —le insistió Macarena; Lalia se había callado y parecía contrita—. ¿Le presentaste a Casilda a alguien, a algún hombre? ¿Sabes de algún muchacho interesado en quedar con ella? ¡Quiero respuestas concretas!

—Y yo quiero una cerveza bien fresquita…

—¡No me provoques! —la advirtió Macarena—. Creo, señor, que deberíamos seguir esta conversación en un lugar más adecuado. Y llamar a un médico para que la vea.

—Sube al coche, Lalia —ordenó Castillo—. ¡Andando, como una flecha!

8:30

Florián Falomir seguía durmiendo y roncando plácidamente cuando, a las ocho y media, sonó el teléfono de su habitación.

La recepcionista le pasó la llamada y otra voz femenina, muy clara, se identificó: Ada Tellería. La hija de Alicia y Cándido lo estaba llamando desde la casa de sus padres. Si le parecía bien, pasaría a buscarlo para hacer juntos una visita turística por la parte antigua de la ciudad.

—Estaré encantando, pero no te sientas obligada conmigo, Ada.

—Mis padres me han dicho que usted puede enseñarme algunas cosas y que me interesaría conocerle.

—¿Y qué podría enseñarte yo?

—Según mi padre, la lealtad. ¿A las nueve y media en su hotel, señor Falomir?

—A las diez. Puedes llamarme Flo.

10:00

A las diez menos diez, Falomir bajó al patio isabelino del O'Higgins luciendo el conjunto más juvenil de cuantas posibles combinaciones contenía su maleta para su estancia de una semana en Cádiz: americana color vainilla, camiseta blanca de hilo y vaqueros Levi's lo suficientemente desgastados como para que no le fuera posible recordar cuándo los había comprado.

A las diez y cinco, la puerta giratoria multiplicó el brillo de los espejos del vestíbulo y Falomir tuvo enfrente a Ada Tellería. Nada más verla hubo de admitir que sus elogios de la noche anterior se quedaban muy cortos. Las fotos que le había mostrado su madre no le hacían justicia.

—¿Qué le gustaría ver de Cádiz, señor Falomir?

—Tutéame, por favor.

—Tú mandas, Flo.

—Respecto a nuestro *tour*, sorpréndeme, Ada, como me sorprendió tu nabokoviano nombre.

—¿Has leído *Lolita*? —sonrió ella con picardía.

—De joven —enrojeció el detective, pensando en sus escenas eróticas.

—¿Te gustó?

—No —mintió él—. ¿A ti?

—Mucho. ¿Sabes por qué? Tengo algo de Lolita. Pero no temas, Flo —sonrió con una encantadora mueca—, no suelo fijarme en hombres mayores de cuarenta.

—La invisibilidad conviene a mi oficio —replicó sardónico Falomir—. Y ahora, hablando en serio…

—Lo estaba haciendo, Flo. Muy en serio: los chicos jóvenes no me gustan nada.

—¿Por qué?

—Me aburren.

—También yo soy un muermo.

—¡No te quedes conmigo, Flo! Mi padre me ha dicho que eres un cachondo.

—Eso es completamente falso, Ada.

—Papá me ha contado que en Marrakesh te declaraste a una princesa marroquí con una canción de John Lennon.

—Tu padre siempre ha tenido una gran imaginación.

—No creo que haya podido inventarse que en otra ocasión, en Chile, te disfrazaras de cura y llegases a cantar misa para poder espiar a unos terroristas…

—Siento defraudarte, pero no soy el hombre de las mil caras.

—Me gustaría conocer la verdadera.

—A mí también… ¿No estarás estudiando Psicología en vez de Arte, Ada?

—Del arte solo me interesa su significación psicológica.

—Caramba… Bueno, vayamos a la clase práctica. ¿Cómo has planteado nuestro recorrido?

—¿Qué te parece si, en tu condición de aragonés, empezamos por Goya?

—Me parece una excelente idea.

Con juvenil entusiasmo, Ada lo arrastró fuera del hotel para emprender una ruta histórico-artística con tal dinamismo y acopio de conocimientos que Falomir casi pudo ver a Francisco de Goya en el otoño de 1792, paseando desde la casa del comerciante Sebastián Martínez, donde estuvo alojado, hasta el Oratorio de la Santa Cueva.

En su capilla alta o sacramental, construida sobre la capilla baja

o penitencial, a la que Ada y él entraron junto con otras dos parejas de turistas, Goya había pintado y firmado tres lienzos en forma de lunetos para la cornisa.

Eran composiciones de inspiración religiosa con representaciones bíblicas alusivas a la Eucaristía. Destacaba, con una pincelada más suelta, *La Santa Cena*, precursora de su nuevo estilo.

—No sabía que don Francisco hubiese pintado una *Última Cena*. Ni que hubiera permanecido tanto tiempo en Cádiz, tan lejos de la corte de Madrid, de su Fuendetodos natal y de su Zaragoza.

—No todo fueron viajes y diversiones. Debido a una grave dolencia, Goya estuvo a punto de morir.

—¿De qué, Ada?

—Una rara fiebre le atacó hallándose en Sevilla como huésped de otro mecenas de la época, Ceán Bermúdez. Tenía vértigos, vómitos, apenas podía hablar ni caminar y la parálisis se le extendía por el cuerpo. A la vista de su estado, Bermúdez tomó la determinación de enviarlo a Cádiz para ser atendido por los médicos del Hospital de La Marina. Milagrosamente, Goya se curó, aunque durante el resto de su vida arrastraría graves secuelas, como su sordera.

—¿Cuál era su enfermedad?

—Sigue siendo un enigma.

—Existirá un historial clínico.

—Jamás apareció. Entre los modernos especialistas que han estudiado el caso hay disparidad de opiniones. Unos creen que Goya padecía saturnismo o envenenamiento por inhalación del plomo de las pinturas, concretamente del albayalde de los blancos, que mezclaba él mismo. Otros biógrafos piensan que sufrió un ictus, o bien fiebres terciarias derivadas de algún tipo de infección o enfermedad sexual.

—¿Cuál es tu opinión, Ada?

—Sífilis.

—¿En qué te basas?

—En velados comentarios de sus amigos vertidos en cartas de aquel invierno de 1792. Durante la convalecencia de Goya en Cádiz, en casa de Sebastián Martínez, este, su íntimo amigo Martín Zapater y su cuñado y maestro Francisco Bayeu se cartearon muy

preocupados por las «imprudencias» de Goya.

—¿Y qué «imprudencias» podían ser esas, Ada?

—Imagínate, Flo…

—¿El trato con mujeres que no le convenían?

—¡Qué manera tan elegante de expresarlo! Papá ya me había comentado que eras un señor y que siempre te comportabas como tal, incluso cuando os resultaba difícil mantener las formas.

—¿A qué clase de situaciones podría referirse tu padre, Ada? —fingió candor Falomir.

—Los espías tenéis mala memoria, ¿no es así, Flo?

—Pero buena educación —rio él.

Ada siguió contándole que Goya había mantenido un romance con la duquesa de Alba. En su palacio de Sanlúcar de Barrameda, el pintor y la aristócrata, recién enviudada, convivieron durante meses. Goya retrató a Cayetana de Alba con tan voluptuosos rasgos como escasa ropa. Aquellos dibujos goyescos hablaban sin disimulos de relaciones íntimas desinhibidas por la gran confianza y complicidad entre ellos.

Al salir de la Santa Cueva, Falomir mostró interés por visitar otro oratorio, el de San Felipe Neri, histórica sede donde los diputados liberales votaron la Constitución de 1812, «La Pepa».

Hacia allá se encaminaron. Tuvieron suerte porque en la enorme y elíptica planta de este gran oratorio no había un solo visitante. Bajo su cúpula y frente a la *Inmaculada Concepción* de Murillo, Falomir pudo sentir en toda su solemnidad el trascendental significado de aquel recinto, e imaginar a los diputados debatiendo los artículos de la primera Constitución española, pactando e introduciendo en las urnas sus papeletas mientras las bombas de los franceses, lanzadas desde el otro lado de la bahía, no llegaban al muelle ni a la Alameda…

En su *tour*, Ada había incluido un «beaterio». Con ese término se designaban los panteones de religiosas en el interior de los conventos. Las monjas no eran sepultadas en cementerios civiles, sino en criptas bajo los altares o coros donde, en rigurosa clausura, habían vivido, orado y cantado las alabanzas del Señor.

El beaterio elegido por Ada se escondía bajo la calle Valverde. Al salir del Oratorio de San Felipe se dirigieron hacia ella.

La mañana iluminaba el dédalo urbano con una cristalina luz. El

cielo era un puro azul. Ada y Florián se detenían para admirar fachadas barrocas, neoclásicas o isabelinas, y patios entrevistos desde las casapuertas con capillas de vírgenes vestidas de terciopelo y seda y sepultadas de flores. Algunos de esos patios seguían conservando pozos con brocal de mármol.

Falomir intentaba asimilar aquella prodigiosa traza urbanística y cuanto sobre ella flotaba en la realidad o se sumía en la leyenda: los puertos míticos, la ciudad atlántica, la metrópolis colonial, su barroquismo, su clasicismo, esforzándose Ada por ilustrarle acerca de su historia hasta que el detective la sorprendió dando un salto en el tiempo para instalarse en el presente e interesarse por otro asunto muy distinto:

—En principio no tiene nada que ver con lo que estamos viendo, Ada, pero quería preguntarte por otra cosa. Me refiero a esas mujeres que han desaparecido en Cádiz en los últimos seis años, desde el 2014.

—¿Qué mujeres, Flo?

—Según me contaron tus padres y de acuerdo también a un informe que acaba de enviarme la secretaria de mi agencia, son tres, muy jóvenes. Como tú, o menores, incluso. La Policía no ha conseguido localizarlas.

—¿Se llaman…?

Falomir había memorizado sus nombres:

—Carmela Aguilar, Esther Goliarte y Elisa Alsina.

—¿Por qué de repente te has puesto a pensar en ellas, Flo?

—No lo sé… Quizá porque me esté pareciendo intuir que su desaparición tenga algo que ver con esta ciudad.

—¿Con Cádiz? No te entiendo.

—No me extraña, Ada, porque ni yo mismo sé exactamente lo que pretendo decir. Desde el momento en que tuve noticia de esas desapariciones, y por alguna razón que, de momento, te insisto, no acierto a explicarme, las he relacionado con su entorno.

—¿Con el entorno urbano o con el entorno humano de las víctimas?

—Buena pregunta, Ada… Para seguir, de momento, en ese intuitivo plano en el que nos estamos moviendo, te diré que no he relacionado sus ausencias con los elementos humanos que las rodeaban, con sus parientes, padres o hermanos, con los amigos o

novios que las protegían, adoraban o atormentaban, sino con las plazas, con las calles, con la arquitectura, la historia y la cultura de la ciudad de Cádiz…

Ada lo estaba mirando con una curiosa expresión, mezcla de ironía e interés. Sus ojos eran de un verde agrisado, mates y suaves como joyas pulidas.

—Me da la impresión, Flo, de que lo que intentas transmitirme se refiere a una especie de amenaza intangible, instalada en la ciudad como una… ¿fuerza inmanente?

—¡Eso es, Ada! ¡No se podría describir mejor! Tanto que nadie diría que no hayas experimentado esa misma… «fuerza inmanente».

—No me atrevería a decirte que no la he experimentado, Flo, porque. A veces he tenido esa clase de sensaciones. En especial, frente a determinadas manifestaciones artísticas, cuando se dan intensas concentraciones de belleza y la fealdad, la maldad o la ruindad quedan oscurecidas por su resplandor.

—¿La maldad estaría agazapada esperando a que esa luz se oscureciera para proceder a la destrucción?

—¿Destrucción de qué, Flo?, ¿qué querrían esas fuerzas malvadas destruir?

—¿La belleza en flor de aquellas muchachas desvanecidas en el misterio, perdidas para sus familiares y amigos?

Ada pareció reflexionar seriamente acerca de esa posibilidad, pero matizó:

—Al margen de cualquier consideración o conflicto de orden trascendental, sobrenatural o místico —matizó—, siempre me he preguntado si las fuerzas que contribuyeron a edificar ciudades y civilizaciones tan antiguas como esta, de alguna manera las sobrevivieron. Me parece imposible que toda aquella energía que las construyó y elevó se haya extinguido, sepultado, evaporado como una simple nube o un puñado de polvo. De alguna forma, tanta energía ha debido necesariamente perdurar hasta hoy.

El detective asintió en silencio, sin añadir comentario alguno porque básicamente estaba de acuerdo con lo que la hija de su amigo Cándido Tellería acababa de exponer.

En lo que sí pensó Falomir fue en la extraña pareja que debían formar Ada y él: un señor mayor, con sus años y sus kilos, paseando bucólicamente por la bellísima ciudad de Cádiz en compañía de una

estudiante treinta años más joven y con el refrescante aspecto de una modelo.

Junto a ella, Falomir registraba una plúmbea e indefinida sensación de felicidad, como si su conversación y aquel paseo del que tanto estaba disfrutando no perteneciesen a la vida real sino a una idílica ficción o sueño que alguien hubiese imaginado para él y cuya mágica puerta le hubiera sido dado traspasar gracias a la hija de Tellería. En cuyos rasgos estaba viendo, indisolubles, los rostros de sus padres, la mirada aguda de Cándido, la piel de ángel de Alicia.

Además, simultáneamente, algo que solo era suyo, de Ada, que únicamente pertenecía a su inteligencia, belleza y juventud. Como un tesoro que le estuviera permitido admirar, pero no poseer.

10:30

Llegaron al número 3 de la calle Valverde, originalmente llamada «calle del Beaterio». ¿Podrían contener sus catacumbas y criptas, tuvo la corazonada Falomir, la invisible magia de esas «fuerzas inmanentes» que Ada acababa de invocar?

En breve iban a experimentarlo. Entraron por la casapuerta y, ya dentro del patio, los recibió Ramiro de la Rosa, dueño de la empresa que había musealizado el beaterio. Era buzo, espeleólogo y…

—Amigo de Ada —sonrió.

—Colegazo —se dejó abrazar ella.

Corpulento, con hombros como balones de *rugby* y una cintura que no pasaría fácilmente por las grietas que suelen conducir a descubrimientos arqueológicos o a pecios submarinos, De la Rosa no parecía estar físicamente en demasiado buena forma, pero enseguida Falomir iba a comprobar que se movía con pasmosa facilidad por cualquier recoveco subterráneo, por lo que asimismo pudo imaginárselo en traje de buzo descendiendo a las profundidades del Atlántico en busca de barcos fenicios, estatuaria griega y romana o restos de la civilización perdida legendaria por excelencia del pasado andaluz: Tartessos.

De la Rosa les comentó:

—Para visitar el beaterio organizamos grupos reducidos. Pero cuando esta mañana temprano me llamó Ada retrasé una visita para

que pudieran estar solos.

Acto seguido, los invitó a consultar un panel informativo colgado junto a la puerta de entrada al subterráneo, con documentos y fotografías. Ada y Florián leyeron la información. Adscrito a la orden de las franciscanas, el beaterio había sido fundado en 1633 por la hermana María José Isabel. Con el Trienio Liberal (1820-23) pasaría a convertirse en un centro para mujeres excluidas. A finales del siglo XIX, el beaterio sufrió un derrumbe. Más tarde, durante la guerra civil, su panteón serviría de refugio a la población civil. Años después, en la posguerra, en el año 1947, concretamente, estallaron unas cuantas minas en el cercano Instituto Hidrológico y la estructura sufrió nuevos destrozos.

—Les iré relatando el resto abajo, en las galerías. Acompáñenme, por favor. ¡Vamos a descender al pasado!

Con una aparatosa llave, Ramiro de la Rosa abrió una puerta de hierro situada en una esquina del patio y los invitó a pasar. Al principio, no vieron nada. Les costó habituarse a la oscuridad. Apenas distinguían un pasadizo que se abismaba hacia una negrura total. El guía encendió una linterna y empezó a bajar delante de ellos.

A mitad de muro se detuvo para mostrarles unos herrumbrosos clavos.

—Eran parte de unos goznes —explicó—. Antiguamente hubo aquí otra puerta. La instalarían los masones, sospecho.

—¿Con qué fin? —curioseó Falomir.

—Para proteger sus ritos. En la cripta comprobarán con sus propios ojos las huellas de la masonería. ¡Cuidado, estos escalones tienen peligro! El techo pierde altura, ¡ojo a las cabezas!

Abajo del todo, débilmente iluminadas por tenues plafones adosados a los muros, cuatro estancias abovedadas, completamente vacías, pero con inscripciones y dibujos en sus paredes, se sucedían a modo de cámaras hasta la cripta funeraria de las siervas franciscanas. Como conservado entre las telarañas del tiempo, el fúnebre santuario de las monjas era tétrico, claustrofóbico, un lóbrego y angosto espacio que podía tener como mucho, calculó Falomir, unos dos metros y medio de ancho por cinco de largo. La débil iluminación permitía adivinar en los muros lo que debían de haber sido los nichos. Sus peanas de ladrillo habían sido arrancadas.

Los féretros, les aclaró De La Rosa, fueron trasladados a otros conventos cuando el edificio se adaptó a Casa de Acogida en el Trienio Liberal. Más adelante, ya en el siglo XX, durante la guerra civil y la posguerra española, los «pudrideros» acabarían de ser destrozados.

Un tenebroso agujero abierto en el suelo parecía perderse hacia las profundidades. Ramiro lo enfocó con su linterna. No se veía el fondo.

—¿Y ese boquete? —preguntó Ada.

—Un sumidero, probablemente.

—¿Hasta dónde llega?

—A saber… La primera vez que bajé aquí, esto estaba lleno de ratas. De vez en cuando, todavía asoma alguna. Les juro que más de una vez me ha parecido oír voces. No sería algo nuevo. Ya sucedió en 1837. Aquel año se encargó un plano de Cádiz al ingeniero Juan Serafín Manzano porque los vecinos afirmaban escuchar «voces de fantasmas». Se recorrieron las alcantarillas metro a metro, descubriéndose cuevas de contrabandistas y un túnel de un kilómetro y medio desde las Puertas de Tierra al castillo medieval de la Villa, de allí a la calle de San Juan de Dios, de allí a la iglesia de Santiago y de ahí al convento de San Francisco, pasando por Candelaria y finalizando en la capilla del Caminito.

—¿Ese túnel no partía del acueducto romano del Tempul? —se lució Ada.

—¡Exactamente, niña! —la felicitó De la Rosa—. Pero no piense usted, señor Falomir, en la forma de un acueducto clásico, con sus dobles arquerías, sino en conducciones o tuberías más o menos anchas para el transporte de agua a la ciudad romana de Gades.

—¿Es verdad que en el Siglo de Oro se utilizaron túneles para comunicar los edificios religiosos? —preguntó Falomir.

—Muy cierto. Entre los curas y monjas había terror a las invasiones de ingleses, holandeses y demás luteranos. Las comunidades conventuales y órdenes religiosas tenían prevista la huida a través de túneles que arrancaban de las criptas de sus templos para salir extramuros, poniéndoles a salvo… Vengan por aquí, por favor. Estos grandes espacios abovedados son los aljibes. Lo sabemos por el color rosado de sus bóvedas impermeabilizantes. Se alimentaban de las lluvias y, a partir de 1664, de una conducción

de agua dulce desde el pozo de la Jara y la plaza de San Antonio hasta San Juan de Dios.

—Estoy empezando a tener la impresión de que el subsuelo de Cádiz está agujereado como un queso gruyer —comentó Falomir.

—Usted tiene la impresión intuitiva; yo, la certeza científica —aseveró Ramiro.

—¿Ha explorado esos túneles?

—¡Ya lo creo! Bueno, no todos, porque aún quedan por descubrir, pero sí unos cuantos, a menudo corriendo peligros por posibles derrumbes, acumulación de gases. Los más antiguos pertenecen a época romana y los más modernos a nuestra guerra de la Independencia. Los franceses no pudieron conquistar Cádiz porque la plaza se contraminó de tal forma que hizo inútil su propósito de minar nuestras murallas. Nuestros ingenieros militares trabajaron a fondo. Solo en el entorno de las Puertas de Tierra hay más de dos kilómetros de túneles de contraminas, en buena parte sin explorar aún.

—¿Son las llamadas Cuevas de María Moco? —apuntó Ada.

—¡Exactamente, niña! Los gitanos se instalaron en las bocaminas, pero detrás de sus precarias viviendas continúan los túneles cientos de metros.

—¿Adónde salen? —quiso saber Falomir.

—A la playa de Santa María del Mar, por un lado; y al otro, a la bahía.

—Dígame, Ramiro… ¿Con fuertes lluvias, como las que han caído toda esta semana pasada, esos túneles podrían desaguar a un cuerpo humano?

—Supongo que sí.

—¿Por qué lo preguntas, Flo?

—Por nada, Ada… Cambiando de tema, amigo Ramiro, ¿qué nos podría contar de los masones?

De la Rosa les mostró un dintel de piedra arenisca sobre el que habían labrado con una punta dura toscas representaciones del Triángulo, el Pez y el Compás.

—Símbolos masónicos.

—¿De qué época? —consultó Ada.

—Principios del siglo XIX. Una de las logias doceañistas gaditanas se reunía aquí.

—¿Quedan masones en Cádiz? —preguntó el detective, mirando de reojo a la hija de Cándido Tellería.

—Yo creo que sí —afirmó De la Rosa.

—¿Y tú qué crees, Ada?

—Había oído hablar de la masonería, Flo, como todo el mundo, pero es la primera vez que veo estos símbolos. No me gustan —agregó ella, como si le repeliesen.

Al salir de la cueva, la luz del patio los cegó, refulgente como la de un diamante. El grupo siguiente, media docena de turistas con aire nórdico, aguardaba su turno para realizar la visita.

Agradeciéndole sus explicaciones, Falomir se despidió afectuosamente de Ramiro de la Rosa. Ya en la calle Valverde, quiso gratificar asimismo el esfuerzo de Ada invitándola a comer, o al menos a tomar un aperitivo, pero ella adujo otro compromiso y se despidió del detective llevándose consigo su aroma a juventud.

10:45

Nada más regresar Antonio Castillo a comisaría, Javier Mir se presentó en su despacho para comunicarle que el catedrático de Arte de quien le había hablado, Enrique Feduchy, los esperaba en su domicilio, dispuesto a facilitarles información sobre la baraja de plata.

—Puede sernos de gran utilidad, y más si viene usted, comisario.

—Le acompañaré, Javier.

Castillo dejó instrucciones a Macarena para que lo mantuviese al tanto de cualquier información que pudiera extraerle a Eulalia Gracia Montero, a la que mantenían retenida en las dependencias policiales, y llamó al inspector Felipe Ponce al móvil.

A última hora de la tarde anterior, el propio Castillo le había comisionado para desplazarse a Madrid a fin de contactar con la familia Orlov e intentar establecer la procedencia de aquel rey de espadas que, sospechaban, podía ser una pista clave en la investigación de la muerte de Casilda.

Ponce había salido en coche hacia Madrid a las cinco de la mañana de aquel domingo 16 de febrero. Precisamente en esos momentos, según informó por teléfono a Castillo, estaba entrando a la capital. A las once había quedado con el encargado de la tienda

de antigüedades que los Orlov tenían en la Gran Vía. Se llamaba Manuel Gutiérrez. Ponce había hablado con él la noche anterior, gracias a un número de teléfono que le había proporcionado un colega suyo, otro inspector destinado en Madrid.

—La tienda de los Orlov está cerrada, al ser domingo, pero Gutiérrez ha accedido a abrirla para nuestra entrevista. Le tendré al tanto en cuanto sepa algo.

—Espero sus noticias. Por mi parte, me dispongo a ir ahora mismo con Mir a consultar a ese catedrático de Arte, Feduchy, a ver si nos cuenta algo más de la baraja de plata. Vive en la plaza de la Candelaria, nos va a recibir en su casa.

—Suerte, comisario.

—Lo mismo le deseo, Felipe. Hablamos luego.

11:00

Castillo y Mir salieron de comisaría bajo el diamantino sol que aquel domingo se estaba levantando sobre Cádiz y se dirigieron caminando al domicilio de Enrique Feduchy.

La plaza de la Candelaria los recibió con sus pérgolas de buganvillas y sus cimbreantes palmeras y araucarias. Mientras la cruzaban, Mir le recordó a Castillo que Feduchy, además de catedrático de Historia del Arte, era anticuario, perito de obras artísticas y comisario de exposiciones.

Antes de subir a su casa, pasaron un segundo por el quiosco El Convento para saludar al hijo del comisario, Emilio. Pero estaba ocupado con un cliente y no quisieron entretenerlo.

El portón contiguo a la Hermandad del Cristo del Soberano Poder, el del número 4 de la plaza, donde vivía Feduchy, estaba abierto. Los dos policías comprobaron los buzones para asegurarse del piso al que iban. El primero correspondía a Horacio Manso Navascués.

El comisario se preguntó en voz alta:

—¿No será este Manso el tío de Casilda, el que se presentó en la playa para identificar sus restos? ¿Vive aquí? Compruébelo, Javier, hágame el favor.

El buzón del segundo correspondía a Jaime y Guillermo Goliarte Asín. Como residentes en el tercero figuraban Augusto Luna

Rebullida —«¿El antiguo juez de la Audiencia Provincial?», volvió a preguntarse Castillo en alta voz— y Manuela Lagunas Pérez. El cuarto correspondía a Enrique Feduchy Murón, quien, al parecer, vivía solo… Pero era, sin embargo, el eco del apellido Goliarte el que seguía resonando en la cabeza de Castillo. Goliarte. ¡Sí, claro! Esther Goliarte, otra de las chicas desaparecidas. Había salido a cenar con unos amigos, pero nunca regresó a su casa —vivía en la plaza del Palillero—. Si la habían asesinado, su cuerpo no había aparecido; si la habían secuestrado, nadie había solicitado su rescate; si había huido por propia voluntad, lo hizo sin dejar pistas.

Javier Mir había tenido que salir a la plaza porque dentro de la casapuerta no había cobertura. Hizo una llamada rápida y volvió a entrar.

—Tambor acaba de confirmármelo, señor… Efectivamente, Horacio Manso, tío de Casilda, vive aquí, en Candelaria, 4. Esta fue la dirección que nos dio. ¿Qué le sucede, comisario? ¿Se encuentra mal?

El estómago de Castillo subía y bajaba como cuando viajaba en avión. Señaló el buzón del segundo.

—¿Le suena ese apellido, Javier?

Mir sacó unas gafas de cerca y se las encabalgó al puente de la nariz.

—¿Goliarte? Sí, pero ¿de qué? ¡Sí, claro…! ¡Aquella muchacha que desapareció en el centro de Cádiz! La misma dirección que Horacio Manso, ¡curioso!

—Pero no se trata de los padres de Esther. Esos Goliarte residen en la plaza del Palillero. ¿Serán sus tíos, quizá? ¿Casualidad?

—Las casualidades no existen, señor.

—Es una buena frase.

—Porque es suya.

Castillo sonrió. Como compensación a las escasas felicitaciones que recibía por parte de sus superiores jerárquicos y de la clase política en general no le disgustaba que a título particular sus hombres lo adularan de vez en cuando.

Sacó el móvil e intentó llamar a su secretaria, pero tampoco él tenía cobertura. Tal como Mir acababa de hacer, tuvo que salir a la plaza.

Nada más pisar la acera, un individuo que no le era desconocido

tropezó con él.

—¡Podría tener más cuidado!

—¡Comisario!

—¡Pero si es usted, señor…!

—¡Otra vez el dichoso detective, va a terminar pensando!

—Nada de eso, señor…

—Falomir, Florián Falomir.

—Discúlpeme, esta memoria mía…

—La mía empieza a conjugar nuestros destinos como una suerte de confluencia astral. ¿Habremos compartido antes otra vida, comisario?

—Eso será —trató también de bromear Castillo—. ¿En el Londres de Sherlock Holmes, tal vez?

—Tal vez.

—Confío en que no me adjudique el papel de Watson, Falomir.

—Ese inteligente, humano y campechano doctor siempre contó con mis simpatías. En cambio, Sherlock Holmes nunca ha supuesto un buen ejemplo para mí.

—¿Por qué no?

—Era bulímico con el trabajo y anoréxico con los placeres, con la comida, con el amor… ¿Cómo va la investigación, comisario?

—Si se refiere a la muchacha de la playa, sin grandes resultados.

—¿Fue un crimen?

—Lo establecerá la juez.

—Por cierto… ¡Vaya personaje!

—Peculiar, en efecto. Y ahora, Falomir, si me disculpa…

—Le dejo trabajar. —El detective lanzó una mirada por la entreabierta casapuerta del número 4—. Perdone que le pregunte, comisario. ¿Ha venido a practicar diligencias en este inmueble? ¡Hermoso patio! —atisbó—. ¡Cuánta luz! Y hasta tiene un pozo…

En ese instante, el teléfono del comisario se puso a sonar, circunstancia que aprovechó el detective para meterse en la casa y desaparecer patio adentro.

Castillo permaneció hablando en la acera.

—¿Laura? —Era su secretaria quien le devolvía la llamada—. Siento molestarla en festivo.

—No tiene importancia, don Antonio. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Recuerda el caso de Esther Goliarte, aquella joven que

desapareció en el 2016? ¿Sí? Verá por qué se lo consulto, Laura. En el número 4 de la plaza de la Candelaria, segundo, reside una familia apellidada Goliarte. De segundo apellido, Asín. En el buzón constan dos nombres, Jaime y Guillermo. Ahora mismo no recuerdo que prestaran declaración o se les interrogara. Puede que sean parientes de Esther. Me gustaría confirmarlo y, si es así, disponer cuanto antes de toda la información que sobre ellos consiga reunir.

—Con mucho gusto, señor.

Castillo le dio las gracias y volvió a entrar al patio de la casa número 4. Abierto al cielo, tenía forma rectangular. Pese a ser domingo, dos operarios estaban trabajando en lo que parecía la obra de un ascensor. El pozo del patio quedaba a la izquierda de la escalera. Detrás de su marmóreo brocal podía verse una especie de lucernario con un falso cupulín y cuatro hornacinas vacías, como si de sus pedestales se hubieran retirado las estatuas que alguna vez habrían sostenido. A su derecha, una puerta de estropeada madera, con un aparatoso cerrojo de hierro, guardaría acaso, supuso el comisario, la bajada al aljibe.

Precisamente, delante de esa tosca puerta se había detenido el detective Falomir. Parecía estar examinándola, como intrigado por algo, cuando se oyeron voces arriba, por la escalera, y un hombre mayor, en pijama y zapatillas, se presentó en el patio saltando los peldaños, haciendo aspavientos y mascullando incomprensibles palabras. A pesar de su descuidado aspecto, Castillo y Mir lo reconocieron de inmediato, no en vano habían trabajado muchos años con él: se trataba de un exjuez de la Sala Penal, Francisco Luna.

El pobre hombre tenía un alzhéimer avanzado. Su extraviada expresión se tornó más temerosa aún cuando los policías se le acercaron para saludarlo. Sus manos se agitaron histéricamente, como queriendo alejarlos. El comisario lo saludó, pero el exjuez no dio señales de saber quiénes eran.

—¡Paco!

Una señora mayor lo estaba llamando desde el rellano.

—¿Qué estás haciendo, Paquito? ¡Vuelve a casa ahora mismo!

—Le reclaman, don Francisco —le indicó Castillo—. ¿Es su esposa?

Luna rugió:

—¡Voy al cine, Manuela, llego tarde! ¿En cuál ponen *Flipper*?

El labio inferior de Javier Mir se descolgó por efecto de un profundo asombro: el provocado por el hecho de que alguien, además de él, recordase el título de aquella viejísima película.

—Yo también vi *Flipper*, señor juez —le dijo a Luna—. El protagonista era un delfín inteligente. Tenía comportamientos casi humanos y se hacía amigo de los niños. Se estrenaría hacia… 1960.

—¿Hace la friolera de… sesenta años? —se pasmó el comisario.

—El tiempo solo importa a quienes no lo tienen —proclamó Luna, adoptando un aire ridículamente enfático—. Yo tengo mucho tiempo, hacia delante y hacia atrás. ¡Sobre todo, hacia atrás!

Como contradiciéndose, dio un par de saltos hacia adelante, en dirección al portón, intentando escapar. Su mujer le gritó que se detuviera. Los policías consiguieron pararlo, tranquilizarlo un poco y empujarlo suavemente hasta el pie de las escaleras, que comenzó a subir dócilmente escoltado por su mujer.

—¿Cómo puede acordarse usted de una película de 1960, Javier? —le preguntó el comisario a Mir—. ¿Tanto le gustó?

—Menos que la taquillera del antiguo Cine Municipal.

—¡Aguarde! —Castillo chasqueó dedos—. ¿Con un aire a lo Sara Montiel?

—¡Ella!

—A ver si estuvimos colados por la misma chica, Javier.

—No me sorprendería, comisario. Siempre ha tenido usted muy buen gusto.

En el primer rellano, el exjuez Luna hizo un brusco escorzo, se hurtó a la custodia de su esposa, bajó a saltos, a punto de matarse, los peldaños y se les echó encima, dando un empujón a Mir.

—¡Déjenme pasar! ¡Llego tarde al cine!

Con ayuda de Falomir, pudieron frenarlo de nuevo evitando que saliera descontrolado a la plaza. Finalmente, su mujer consiguió apaciguarlo y llevárselo escaleras arriba.

El detective no tenía nada más que hacer allí. Se despidió de los policías y salió Candelaria.

Dispuestos a subir al cuarto piso, el de Feduchy, Castillo y Mir atacaron las escaleras, bastante empinadas y de un desgastado mármol.

Al llegar a la cuarta planta, respiraban más acaloradamente. Mir

llamó a la puerta de Enrique Feduchy. El timbre campaneó con estrépito, resonando en toda la casa.

11:15

—¿El agente Mir? —dio por hecho el hombre que les abrió la puerta. Era moreno, con buena planta. Vestía un traje de alpaca gris y olía a colonia.

—Sí, buenos días. Me acompaña mi comisario jefe, don Antonio Castillo.

—Sean bienvenidos. Soy Túbal Ugarte, para servirles. Pasen, por favor.

Un asistente, imaginaron los policías. Por su acento, latino.

La casa estaba en silencio. No parecía haber nadie. Mir había comentado a su superior que el profesor Feduchy era soltero, pero, aun no existiendo una señora Feduchy, aquella no le pareció a Castillo la residencia de un solterón. Saltaban a la vista detalles de una mano femenina, flores frescas, cortinas estampadas… En la ancha galería acristalada se sucedían, junto a cuadros de la escuela barroca andaluza y otros de delicados trazos de inspiración oriental, arcones de cuero con herrajes, relojes antiguos y espejos con marcas de azogue.

Túbal se había detenido frente a una puerta de cristal.

—Les dejo a solas con don Enrique.

Sin añadir nada, se retiró con una sonrisa untuosa. No como haría un mero secretario, pensó Castillo, sino como alguien orgulloso de estar —¿de vivir?— allí.

Pasaron a una sala abarrotada de muebles y objetos decorativos, tan abigarrada que no se veía el fondo, y oyeron otra voz:

—¿Mir?

¿Quién les hablaba?, ¿cómo saberlo? Entre un zafarrancho de esculturas, biombos y lámparas se abrieron paso con precaución para no derribar esferas armilares, candelabros, armaduras. Un *horror vacui* más propio de un almacén o tienda de antigüedades agobiaba aquella estancia tapizada con gruesas alfombras sobre las que sus pisadas no hacían el menor ruido. De los altos techos colgaban arañas de cristal, títeres de madera, aeroplanos artillados de la Primera Guerra Mundial. Junto a un balcón cuyas persianas

echadas apenas filtraban rayitas de luz, un hombre bastante mayor estaba sentado con la pierna derecha vendada hasta la rodilla en reposo sobre un almohadón.

—Buenas tardes, don Enrique.

—Javier. —Con una inclinación de cabeza.

—Tengo el honor de presentarle a don Antonio Castillo, mi comisario. Ha tenido la deferencia de acompañarme.

—Don Antonio. —Con otra inclinación de cabeza.

—Gracias por recibirnos, señor Feduchy.

—Pónganse cómodos. Siéntense, por favor. —El profesor indicó dos butacas de cuero que Mir aproximó al orejero donde él estaba clavado.

—¿Qué le ha pasado?

—Un accidente sin importancia, comisario, una caída la mar de tonta. Paseando, metí el zapato en el alcorque de un árbol. ¡Qué alegría volver a ver a un antiguo alumno tan querido para mí como Javier Mir Cabellud! —Con otra inclinación de cabeza.

—Me resulta muy halagador que recuerde mis apellidos, don Enrique —se esponjó Mir.

—No solo los suyos, Javier. Los de todos mis alumnos.

—¿En serio?

—¿Probamos?

—Habiendo pasado tanto tiempo, nadie sería capaz.

—Póngame a prueba.

—¡Usted lo ha querido, don Enrique! Déjeme pensar… Dígame el segundo apellido de Pilar Lejarreta.

—Asensio.

—¿Y el de aquel otro compañero, Viadós?

—Martín. Fermín Viadós Martín. Por orden de lista, Fermín era anterior a Villalba, María del Pilar Villalba Rico. A la que antecedía Ricardo del Valle Upereta, precedido a su vez por Laura Gutiérrez de Uña.

—¡Prodigioso! —se rindió Mir—. Yo tampoco me había olvidado de usted, don Enrique. Ha sido el mejor profesor que he tenido.

—Ojalá me hubiese dado clases también a mí —dijo Castillo.

—¿Le interesa el arte, comisario?

—Siempre me he sentido atraído. He leído lo que he podido, pero con mi trabajo, comprenderá. No se imagina lo que pagaría

por saber la décima parte que usted. ¡Qué digo la décima, la centésima…! Y por disfrutar de un museo como este.

—Los ilustrados los llamaban «gabinetes de curiosidades». Abra el balcón, podrán ver mejor mis tesoros.

Mir separó las contraventanas y la luz de la plaza reveló muchos de los objetos abarrotados en la sala, así como los rasgos del profesor. Tenía un rostro inteligente. Sobre la frente le caía el cabello níveo, pero el vello que le cubría el dorso de las manos que acompasaban sus palabras con suaves movimientos era dorado. Pese a la tibia temperatura y el sofocado ambiente del estudio vestía de invierno, traje de *tweed*, camisa azul y pajarita. Un único calcetín cubría su pie vendado, estando calzado el izquierdo con un desparejado mocasín.

—El coleccionismo clásico —evocaba, nostálgico— se limitaba a las élites del despotismo ilustrado, dueñas y señoras de sus súbditos hasta que la nuca de Luis XVI fue guillotinada en la Revolución Francesa. Pero no se inquieten, ¡no colecciono cráneos!

—¿Quizá porque todavía no se ha interesado por los jíbaros? —le siguió la chanza Mir.

—¡No me dé ideas, Javier!

—¿Qué colecciona, exactamente? —curioseó Castillo.

—Terminaríamos antes si me hubiese preguntado qué no codicio. De forma compulsiva, pintura barroca, escultura modernista, arte imperial japonés. Con un poco más de moderación, mobiliario de los siglos XVII y XVIII, primeras ediciones de la generación del 27…

—Poco tienen que ver esas colecciones —observó Mir.

—Mi padre fue amigo del poeta Luis Cernuda, tal vez mi pasión por el 27 venga de ahí. Japón me ha interesado desde que leí a Yukio Mishima. La práctica del coleccionismo está llena de paradojas. El coleccionista empieza a serlo sin saber por qué. ¡Es como una fiebre! Los inoculados por su virus nunca conseguimos curarnos, aunque últimamente me hayan puesto en cuarentena. Si me preguntan quién, les responderé: Túbal Ugarte.

—¿Su empleado?

—Y restaurador. Túbal me ayuda abajo, en la tienda, y aquí, en mi tallercito, que está al fondo de la galería, pueden verlo si lo desean. También se encarga de administrar mi fundación.

—Ignorábamos que tuviera una —dijo Mir.

—Hube de formalizarla por consejo de mi gestor, a raíz de algunas donaciones que hice al Museo Provincial de Cádiz.

—¿Esa fundación lleva su nombre? —preguntó Castillo.

—No, no… Habría sido demasiado pretencioso. La he registrado como Fundación El Aljibe.

—¿El Aljibe? ¿Por qué?

—Por el pozo.

—¿Qué pozo?

—El del patio de esta casa. ¿No se fijaron al entrar? Es bastante antiguo, anterior, desde luego, al asedio de Napoleón. Yo nací un poco después —rio con coquetería—. No, en serio… Vine al mundo en este salón donde nos encontramos, que por entonces era la alcoba de mis padres… Esta casa significa mucho para mí. Aquí transcurrió mi niñez, toda mi infancia. El pozo del patio me ha fascinado desde niño, como un símbolo, no sé… del misterio. Pero no vayan a imaginarse El Aljibe como una de esas fundaciones con presupuestos millonarios, en las que se celebran recepciones y eventos. ¡La mía no tiene ni sede! Intenté buscar un local apropiado, pero el centro de Cádiz está prohibitivo. Los ahorros de un profesor de Arte no alcanzan para mucho más que para mantenerme y pagar los sueldos de Túbal y Loli, la mandadera. Antes invertía más en arte, pero últimamente me limito a adquirir alguna nueva pieza, relativamente económica, a cuya tentación no logre resistirme…

El comisario se estaba impacientando. A riesgo de resultar descortés, inquirió:

—Además de tantas maravillas, profesor, ¿por casualidad no será usted dueño también de una baraja de plata?

Los ojos color arena de Feduchy, parpadearon con suavidad, casi con dulzura.

—Mir me había adelantado algo. ¡La vida da tantas vueltas!

En ese instante, Castillo tuvo la vívida sensación de que en el gabinete había alguien más y giró los hombros tan bruscamente que a punto estuvo de derribar un globo terráqueo posado tras él sobre un velador de alabastro.

—¿Estamos solos, señor Feduchy?

—Naturalmente… ¡Túbal! —llamó para asegurarse—. Andará

por la otra punta de la casa, en el tallercito. Aquí no hay nadie más, comisario. Puede hablar con total tranquilidad.

Midiendo sus palabras, Castillo le informó de que uno de los naipes de una histórica baraja de plata estaba relacionado con un caso policial «en fase de investigación».

—¿Con una muerte?

El comisario se abstuvo de responder.

—¿La de esa muchachita que apareció ayer en la playa de Santa María del Mar? —adivinó Feduchy—. Leo el periódico, señor Castillo, y en Cádiz el único suceso reciente de suficiente relieve como para justificar la intervención directa de todo un comisario ha sido ese.

—Háblenos de esas barajas de plata, profesor.

—Hace un momento se estaba refiriendo usted a un naipe. ¿A cuál, en particular?

—Tampoco debo responderle a eso.

—Lo comprendo, comisario… ¿Han hecho analizar esa… puedo llamarla prueba?

—Nuestros expertos lo han identificado como un naipe perteneciente a una baraja del siglo XVII, diseñada y grabada en Hamburgo.

—Augsburgo —le corrigió el catedrático—. En el taller de joyería de Michael Frommer. ¿Por qué no me cuentan lo que saben? Avanzaremos más deprisa.

Castillo asintió, rindiéndose a su erudición, y pasó a resumirle:

—Para ahorrar tiempo y saliva le diré lo que sabemos, profesor. Hacia 1600 se fabricaron varios juegos de plata dorada para clientes selectos, aristócratas o miembros de la realeza. Es de suponer que en el seno de esas nobles familias las costosas barajas irían heredándose de padres a hijos. Pero, con el curso del tiempo, inevitablemente, se deteriorarían, extraviarían, serían objeto de robo, desaparecerían en revoluciones, incendios… Que sepamos, solo un juego ha perdurado completo hasta hoy. Esa baraja fue subastada el pasado mes de enero en Nueva York y adquirida por un comprador anónimo.

—Lo ignoraba. ¿Qué precio alcanzó?

—Dos millones de dólares. ¿Los valía, señor Feduchy?

—Depende, en arte todo depende. ¿Dónde se celebró la subasta?

—En un local neoyorquino, la sala Medam's… ¿La conoce?

—¿Medea, ha dicho?

—Medam's, con apóstrofe.

—Ni siquiera me suena.

—Tiene mala fama —le informó Mir—. El FBI la ha investigado.

—¿Por qué? ¿Hubo algo irregular en la puja?

—No lo sabemos. En cualquier caso, y por eso hemos venido a verle, le agradeceríamos que nos ilustrara sobre esas históricas barajas de plata, para completar nuestros datos.

—Les ayudaré cuanto pueda. Sabrán que ese juego de cartas que buscan perteneció a la familia real española.

—A la infanta Carlota de Borbón —asintió Mir—, esposa del rey Juan de Portugal.

La sonrisa de Feduchy lo felicitó como a un alumno aplicado.

—La historia de esa baraja me ha fascinado desde que supe de su existencia, estando yo en Uruguay.

—¿Hablamos del mismo juego, profesor?

—Yo diría que sí, Javier. En el 2015 residí en Uruguay y mantuve vínculos con el Museo de Artes Decorativas de Montevideo. Consultando crónicas de su independencia encontré referencias a una baraja de plata. Fue fundida en el taller de Frommer, pero procedía de España, pues había pertenecido a la casa de Borbón. Tras el exilio a Brasil de los Braganza, había cambiado de manos. Su dueña, la princesa Carlota de Borbón, casada con Juan, príncipe de Braganza, heredero del trono portugués, se la regaló a una dama de la familia uruguaya de los Oribe, muy poderosa ya a principios del XIX, e influyente aún en la actualidad. Elaboré un informe y aconsejé al Museo de Montevideo que se interesase por la adquisición de esa histórica baraja, a fin de enriquecer sus fondos con una pieza tan relacionada con su independencia como nueva república.

—¿Podría proporcionarnos ese informe?

—Con mucho gusto, comisario. Lo escribí cuando aún no empleábamos ordenadores, pero Túbal será capaz de desempolvarlo entre mis archivos.

—¿La baraja de plata siempre estuvo en Montevideo?

—Eso creo.

—¿Nunca salió de las fronteras de Uruguay?

—Que yo sepa, no. Desde que Carlota de Borbón, en plena intriga por la independencia de Uruguay, se la regaló a Josefa Oribe, en torno, estimaría yo, al año 1810, el juego no salió de Montevideo. Doscientos años después, seguía en poder de los Oribe.

—¿Pudo usted verla?

—Sí, en uno de los salones de Palo Arteche, la hacienda de la familia Oribe, en el altiplano, al norte de Montevideo. Me desplacé allí para trasladarles la oferta del Museo de Artes. Uno de los hijos, Lucas Oribe, me mostró su histórica y maravillosa baraja de plata. Me impresionó muchísimo.

—¿Estaba completa?

—Sí. No faltaba ninguno de sus cincuenta y dos naipes, todos en buen estado. El as de oros llevaba grabada la fecha de fundición: 1616. ¡El diseño, qué belleza! ¡Finísimo trabajo de cincel! Sotas, caballos y reyes vestían a la italiana, según la moda manierista del primer barroco. El rey de espadas se representaba como un emperador romano. El de copas, como un.

Castillo y Mir intercambiaron una fugaz mirada. Estaban pensando lo mismo: el naipe relacionado con la muerte de Casilda era el rey de espadas. ¿Por qué lo habría citado Feduchy?

—Tanteé a los Oribe —seguía recordando el erudito—, pero se cerraron en banda. No tenían la menor intención de desprenderse de la baraja de plata. Había sido el regalo de una reina y su posesión les llenaba de orgullo. No necesitaban dinero. ¿Por qué vender?

—Pero usted les hizo una oferta.

—En efecto.

—¿Cuánto les ofreció?

—En nombre del Museo de Artes de Montevideo, cuatrocientos cincuenta mil dólares. Tasación mía y de aquella época, hoy… En cualquier caso, rehusaron, ya les digo. Lo hacían, me dijeron, en nombre de la fundadora de su estirpe, Josefa Oribe, cuya memoria no querían ofender ni traicionar. Y no me extraña, porque era una mujer fascinante.

—¿También Carlota de Borbón lo fue? —se interesó Mir.

El profesor asintió.

—Ambas, Carlota y Josefa, fueron mujeres extraordinarias, muy adelantadas a su tiempo. Inteligentes y ambiciosas, estuvieron

unidas por una estrecha amistad.

En vísperas de la independencia de Uruguay, prosiguió Feduchy, Montevideo se hallaba dividido entre quienes defendían la fidelidad a la Corona española y los partidarios de una república independiente. La familia real española, el rey, Carlos IV, la reina, María Luisa de Parma, y el príncipe Fernando, futuro Fernando VII, habían abandonado Madrid para dirigirse al sur de Francia, a Bayona, menos en calidad de huéspedes que de prisioneros de Napoleón.

—Durante aquellas semanas de la primavera de 1808 iba a decidirse el futuro del Reino de España y de sus virreinatos de ultramar. Y también el de aquel Portugal que la Francia bonapartista planeaba conquistar, por ser un aliado de Inglaterra.

Castillo y Mir escuchaban en silencio. La atmósfera del gabinete y el enfático tono de Feduchy hacían envolvente su relato. La infanta Carlota de Borbón, de la que el comisario no sabía una palabra, se había casado a los diez años con el príncipe Juan de Braganza, futuro Juan VI de Portugal. En 1808, debido a la invasión francesa, la corte de los Braganza había huido de Lisboa. Soldados, sacerdotes, nobles y funcionarios portugueses atravesaron el Atlántico para refugiarse en Brasil. Juan de Braganza tomó posesión de aquellos extensos territorios trasatlánticos, cuyo dominio se dedicó a consolidar una vez instalado con Carlota en Río de Janeiro, nueva sede en el exilio de la familia real portuguesa.

—Carlota de Borbón no era una mujer dócil. De carácter parecido al de su hermano, el futuro Fernando VII, despiadada y cruel, estaba poseída por la ambición. El papel de princesa de Brasil se le quedaba pequeño y conspiró para hacerse con un reino propio entre los territorios del Río de la Plata que aspiraban a independizarse de España. Para ello alentó caudillajes y movimientos de liberación en Montevideo y Buenos Aires. Contra los intereses de su propio marido, el príncipe de Portugal, y de su padre, el rey de España, Carlota apoyó a los rebeldes argentinos y uruguayos. Su estrategia nos da una idea de su insatisfacción, de su avidez.

—Que una Borbón, hija de Carlos IV y hermana de Fernando VII, se uniese a los republicanos platenses, argentinos y uruguayos, ¿no era traición? —le planteó Mir.

El catedrático se encogió de hombros.

—Lealtad, traición. ¡Cuántas veces la historia no ha sido sino una prostituta vendida al mejor postor! Honor, fidelidad…, ¿qué significaban tales conceptos en el marco de una guerra mundial? Aquellos Borbones y Braganzas eran meros figurantes en un escenario bélico dominado por Napoleón. Cada uno jugaba sus cartas (¡ya que de barajas hablamos!), pero los naipes los repartía el Sire. Era Bonaparte quien sostenía el mazo. Carlos IV y su familia, sin olvidar a su valido, Manuel de Godoy, se rebajaron ante Napoleón de tal manera que este decidió, además de atacar a Portugal para combatir el poder de Inglaterra en los mares, invadir España y sustituir la dinastía borbónica por la napoleónica, procediendo a coronar en Madrid a su hermano José I. En América, las consecuencias de la invasión francesa animaron los sueños de otras repúblicas y también las fantasías políticas de Carlota de Borbón, que jugaba a dos cartas (¡ya que de barajas hablamos!) —repitió el profesor—. Carlota sabía que nunca llegaría a reinar en España, bien por la ley sálica, bien por el yugo napoleónico. Y sabía que en Portugal tampoco alcanzaría otro rango que el de consorte de Juan. Por eso ambicionaba su propio reino…

—¿Cómo era ella? —intentó imaginársela Castillo.

—Les mostraré un retrato. Alcánceme aquella enciclopedia en lo alto de esa estantería, amigo Javier, hágame al favor —rogó Feduchy, apoyándose en el antebrazo con expresión de dolor para cambiar de posición su vendada pierna derecha—. Tomo VII. Busque en el índice… Página 515, creo.

—515, en efecto —se asombró Mir una vez hubo abierto el tomo y localizado el retrato de la hija de Carlos IV—. Su memoria es fotográfica, profesor.

—De algo hay que vivir, ya que el Señor no me dotó para la creación artística. Habría sido mi más hermoso sueño. Como pueden ver, Carlota de Borbón no era ninguna beldad. La naturaleza no la distinguió con un cuerpo hermoso. Su rostro no era agraciado y cojeaba ostensiblemente, pues tenía una pierna más corta que la otra. Lo cual no le impidió manifestarse en la intimidad como una hembra ardiente, cumplidora a rajatabla del débito conyugal. A su marido, el príncipe Juan, le hizo un hijo tras otro. Hasta ocho, oficialmente, aunque yo no descartaría que hubiese

tenido más o que alguno hubiera sido engendrado por distinta simiente. Del mismo modo, otra semilla estaba creciendo en ambas orillas del Río de la Plata. Carlota la regaba con mimo, reclutando entre la burguesía de Montevideo y Buenos Aires elementos para su causa, lanzando promesas a la oficialidad, a los comerciantes y al pueblo llano, y moviéndose como una anguila en las turbulentas aguas de la diplomacia, con el propósito de instalar un nuevo linaje, el suyo, su soñada corona en un reino donde no gobernasen sus padres, sus suegros ni su esposo Juan. Nadie salvo ella, la reina Carlota…

—¿Y qué hacía mientras tanto su esposo, el príncipe Juan? —planteó Mir—. ¿Conocía sus maniobras? ¿Las consentía?

—Es una buena pregunta, Javier. Durante su estancia en Río de Janeiro, Juan de Braganza no era aún rey de Portugal. La regencia de la Corona lusa seguía siendo ostentada por su madre. El exiliado príncipe Juan no era más que un actor débil en un convulso escenario internacional. Desde Brasil, protegido por la marina inglesa, Juan confiaba en que la derrota de Napoleón le permitiese regresar a Lisboa para recuperar su capital y su trono. Hasta entonces, atrapado en Río de Janeiro, debería seguir jugando la partida de la política internacional. Muy atento, en particular, a los sucesos que se estaban desencadenando en los virreinatos españoles.

Complejo damero, siguió explicando el historiador, que estaba cambiando a raíz de las agresiones de Bonaparte. España e Inglaterra ya no eran aquellas viejas e implacables enemigas en disputa por el dominio de colonias y mares, sino nuevas aliadas contra la Francia imperial.

—Juan de Braganza —fue concluyendo Feduchy— sabía que su astuta esposa Carlota conspiraba con los almirantes ingleses, que se había introducido en la sociedad uruguaya y argentina gracias a las maniobras de Felipe Contucci y que fundaba periódicos, pagaba espías y aspiraba a gobernar ella sola un nuevo territorio a ambas orillas del Río de la Plata.

Mir afirmó con la cabeza, asimilando ese planteamiento, y preguntó:

—¿Sabía el príncipe Juan que Carlota había regalado la baraja de plata de su ajuar a Felipe Contucci y a Josefa Oribe como agradecimiento a sus servicios, intrigas y traiciones?

—Me temo que no sea posible responder a eso, Javier. Las crónicas de la época no lo recogen. Sabemos que Josefa Oribe avalaba a Carlota ante los monárquicos como la mejor opción de continuidad; y que, simultáneamente, Felipe Contucci la «ofrecía» a los independentistas como opción alternativa para una monarquía moderna, capaz de respetar un régimen parlamentario similar al aprobado por las excolonias inglesas agrupadas en los Estados Unidos con su Constitución de 1787. Pero los planes de Carlota de Borbón nunca llegarían a materializarse…

A través del balcón se oyeron airados gritos. Abajo, en la plaza de la Candelaria, un repartidor se había puesto a discutir con un agente que no le permitía estacionar.

Castillo miró su reloj.

—Al hilo de esta apasionante página de la historia de España, lo que a nosotros, señor Feduchy, nos interesaría saber…

Lo interrumpió el sonido de su propio teléfono. La pantalla de su móvil reflejaba el nombre de Felipe Ponce.

El comisario se disculpó y, sorteando lámparas, butacas, bargueños, mesas de ajedrez y toda clase de mobiliario y objetos antiguos o artísticos, salió del gabinete al pasillo para atender la llamada.

11:30

—¿Sí, inspector Ponce?

—¿Comisario? ¿Puede hablar?

—Le escucho. —Castillo oía un ruido de fondo, como de tráfico rodado—. ¿Cómo le va por Madrid?

—El viaje está valiendo la pena.

—Cuénteme, Felipe.

—Como le adelantaba, estoy ya en la tienda de antigüedades Tesoros Orientales, de los Orlov, en la Gran Vía madrileña. Un local bastante grande, pero colmado de trastos hasta el techo, no puede hacerse una idea…

—Puedo, Felipe, porque también me encuentro en otro de esos gabinetes de antiguallas. —Castillo bajó la voz—. Mir y yo seguimos en casa del historiador Feduchy. Nos está facilitando datos muy interesantes acerca de esa baraja de plata de los Borbones. Dígame,

¿qué ha conseguido averiguar?

—El encargado de Tesoros Orientales, Manuel Gutiérrez, me ha explicado que el negocio de Madrid pertenece a medias a los Orlov y a un socio español, madrileño, Pedro Bastián. A instancia mía, Gutiérrez le ha llamado por teléfono. Bastián reside cerca de la Gran Vía y no iba a tardar en presentarse. Mientras lo esperábamos, Gutiérrez me contó que él había visto a los Orlov, padre e hijo, en una sola ocasión, cuando inauguraron su franquicia madrileña. No le parecieron rusos, aunque lo hablaban, sino más bien meridionales, mediterráneos, turcos o griegos…

—¿Tenemos sus perfiles?

—Solo unas pocas fotos y datos deslabazados. Apenas hay referencias en la red.

—Bastante raro, ¿no?

—Mucho. La mayoría de los anticuarios divulgan sus perfiles profesionales, asisten a subastas… Los Orlov ni siquiera a las suyas. En Italia han tenido problemas con la justicia. El cierre de su tienda de Milán coincidió con la apertura de la de Madrid, hace un año. Bastián, el socio madrileño… ¿Me está oyendo, señor?

Castillo había logrado salir al corredor del piso del profesor, cuya acristalada galería daba la vuelta a la planta. Ya no escuchaba a Feduchy, que seguiría aleccionando a Mir en su gabinete, pero tampoco a su inspector. Tuvo que colgar, avanzar unos pasos por la galería y llamarlo a su vez para recuperar, de nuevo sobre el rumor de fondo del tráfico en alguna calle de Madrid, la voz de su inspector.

—Vuelvo a oírle, Felipe… ¿Los Orlov viven en España?

—En Nueva York, comisario. El hijo, Sergei, visita nuestro país dos o tres veces al año, para atender sus negocios.

—¿Qué clase de negocios?

—Inversiones… Bastián me ha dicho que los Orlov han invertido en bienes inmobiliarios, tanto en los Estados Unidos como en España, y en bolsa.

—¿Ese Bastián sabe algo de la baraja de plata?

—Directamente, no, pues no ha llegado a verla, pero sí había oído que su comprador en la subasta de Nueva York fue un compatriota nuestro. Bastián cree que la baraja está en España.

—¿Sabe el nombre de ese comprador?

—No, no lo sabe. Bastián me aseguró que nadie, ni siquiera los Orlov, lo conocía, porque el verdadero cliente utilizó un testaferro. Le apreté las tuercas y accedió a llamar a Sergei Orlov. Estaba en Italia y nos llevó un rato dar con él, pero Bastián consiguió localizarlo y me lo puso al teléfono. Sergei Orlov habla un castellano bastante bueno. Le pedí el nombre del testaferro de la baraja, con quien necesariamente, como dueño de la galería, tuvo que tramitar la venta y entregarle la pieza en Nueva York. Hasta que no le amenacé con una investigación no accedió a dármelo: Asdrúbal Ugarte.

Castillo no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Asdrúbal Ugarte? ¿No será Túbal Ugarte?

—No, no. Asdrúbal.

—¿Está seguro, Felipe?

—Más que convencido.

—¡Ya veo que aplica mis lecciones! —sonrió el comisario—. ¡Buena gestión, le felicito! Pero ahora tengo que dejarle… Vuelva a llamarme en una hora, ¿de acuerdo?

Castillo colgó. En la cocina del piso de Feduchy se puso a buscar en su móvil imágenes de Asdrúbal Ugarte. Solo encontró una fotografía suya, y su rostro no era otro que el de Túbal, de quien, sin embargo, no había rastros en la red. La misma figura, los mismos rasgos y color de tez, aunque diferente peinado, eso sí… Buscó noticias asociadas y encontró una en la que se mencionaba a Asdrúbal como experto en artesanía y cerámica popular.

La cocina estaba limpia y en orden. El comedor, abierto a continuación, se hallaba asimismo desierto y tan impoluto como si nunca se utilizase.

Al fondo, tras una cortina de terciopelo, debía de haber una habitación, de la que brotaba la inconfundible voz de María Callas.

Castillo corrió el cortinón y entró. Era un estudio. De espaldas, Túbal estaba trabajando en una escultura que parecía una virgen. Sobre el traje se había puesto un quimono de seda cuyos brillantes colores incendiaban la estancia. Al ver al comisario bajó la música.

—Me gusta su quimono —sonrió Castillo.

—Es del señor Feduchy, a veces se lo tomo prestado. ¿Han terminado su reunión?

—Enseguida les dejaremos tranquilos.

—No quería insinuar…

—¿Qué está restaurando, Túbal?

—Una santa Juana de Arco.

—Con su espada, ya veo. ¿Recamada en oro y piedras preciosas?

—Hace el efecto, ¿verdad? Pero en este caso estoy utilizando materiales humildes. Soy joyero, además de pintor.

—¿De quién es la pieza?

—Esta santa Juana forma parte de un grupo de cuatro santas mártires propiedad del señor Feduchy. Habitualmente, gracias a su mecenazgo y generosidad, se exponen en las hornacinas del patio para ennoblecer la entrada a esta casa, pero estaban en mal estado y hay que restaurarlas.

—Al subir me fijé en que las peanas estaban vacías.

—Las tengo aquí. —Túbal señaló otras tres tallas medio escondidas entre una baraúnda de marcos y lienzos—. Son santa Engracia, santa Teresa de Jesús y santa Inés de Roma. Verdaderas mártires de la pureza.

—¿Vírgenes?

—Como la propia María.

Castillo señaló un paisaje renacentista.

—¿Y ese cuadrito tan bello?

—De maestro anónimo, florentino, probablemente… ¿Conoce Italia, comisario?

—Venecia, por el viaje de novios.

—Debería recorrerla entera, del calcetín a la bota.

—Un policía nunca tiene tiempo. ¿Usted viaja mucho?

—Últimamente, muy poco.

—¿Cuál es la capital del arte moderno? ¿Nueva York?

—Lo ha sido durante décadas y sigue organizando grandes exposiciones.

—Y subastas millonarias…

—¿Conoce Nueva York, comisario?

—No. ¿Usted?

—He estado muchas veces. Visítela, se lo recomiendo.

—¿Me recomendaría asistir a subastas de arte?

—¿Por qué me lo pregunta?

—¿Ha estado en alguna?

—En unas cuantas.

—¿En calidad de comprador o representando a alguien?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Porque, a menudo, los coleccionistas suelen delegar en testaferros. Para evitar inspecciones de Hacienda, supongo.

—Puede haber otros motivos.

—¿Cuáles?

—La seguridad. No es lo mismo conservar un Van Gogh en un museo que en una casa particular. Pero ¿por qué me hace tantas preguntas sobre las subastas, comisario?

—Simple curiosidad. Me atrae ese mundillo. ¿Llegó usted a conocer la sala de subastas neoyorquina Medam's?

—No.

—¿Y a una familia de anticuarios rusos, los Orlov, que operan en Nueva York?

—Tampoco.

—Es curioso, porque ellos sí le conocen.

—¿Ah, sí? ¿De qué?

—Según uno de los miembros de la familia Orlov, estuvo usted el pasado 5 de enero en Nueva York, en la sala Medam's, participando en una subasta y pujando por una pieza muy singular: una antigua y valiosa baraja de plata.

—¿El 5 de enero? ¡Imposible! En esa fecha estaba en España.

—¿Dónde?

—Aquí, en Cádiz.

—¿Tiene testigos?

—El profesor Feduchy, sin ir más lejos.

—De modo que no fue usted quien ofreció dos millones de dólares por un juego de naipes que, como supongo sabría, había pertenecido a los Borbones españoles.

—¡Desde luego que no!

—Y nunca ha oído hablar de esa histórica y valiosísima baraja.

—Jamás.

—Y tampoco se llama usted Asdrúbal Ugarte.

El restaurador se dio una palmada en las rodillas y se echó a reír.

—¡Haber comenzado por ahí, comisario! Asdrúbal es mi hermano. Somos gemelos, como dos gotas de agua. Durante algún tiempo ambos nos dedicamos a restaurar o peritar obras artísticas.

De ahí su confusión, deduzco…

—Posiblemente. —Castillo trataba de reponerse del desconcierto causado por aquella inesperada aclaración—. ¿Cómo podemos localizar a su hermano Asdrúbal?

—Con bastante suerte —sonrió Túbal, mostrando su blanquísima dentadura, pero la expresión de sus ojos latinos se había tornado repentinamente sombría, como si un negro pensamiento la oscureciera—. Asdrúbal es imprevisible. Odia las reglas, todo lo que resulte convencional, estándar… Vive a su aire, aquí y allá, sin domicilio fijo…

—¿Sabe dónde está ahora mismo?

—En los últimos tiempos ha vivido a caballo entre Sevilla y Marruecos, es cuanto sé. ¿Para qué quiere hablar con él?

—Queremos saber quién adquirió realmente en Nueva York la baraja de plata, operación en la que Asdrúbal ejerció como testaferro. ¿Usted estaba al tanto de esa maniobra?

—No.

—Se me hace difícil creerle, Túbal.

—Le insisto, comisario: mi relación con mi hermano Asdrúbal es mínima, por no decir inexistente. Hace meses que no hablo con él. Tengo un teléfono de contacto, por si le pasa algo. Número que pongo a su disposición, así como su dirección en Sevilla. Pero nada sé de sus movimientos ni actividades, puede creerme.

—Me da la impresión de que tampoco el profesor Feduchy sabía que su hermano Asdrúbal había pujado por esa baraja en Nueva York… Al profesor va a sorprenderle que su hermano se hiciese con una pieza por la que él mismo se interesó.

—En el mundo del coleccionismo esas paradojas son relativamente frecuentes.

—Espero que su hermano Asdrúbal acceda a revelarnos el nombre del verdadero comprador y actual propietario de esa baraja de plata.

—Sí, comisario, yo también lo espero. Pero ¿qué tiene que ver esa baraja con la investigación que están llevando a cabo?

—Permítame que no le conteste, Túbal. Cambiando de tema, ¿conoce a Horacio Manso, el vecino del primero?

—De saludarle en la escalera.

—¿Ha hablado con él alguna vez?

—Supongo.

—¿Y con una sobrina suya, llamada Casilda?

—No me suena.

—¿Y a los Goliarte, del segundo, los conoce usted?

—De vista y poco más.

—¿Y a una sobrina del señor Goliarte, llamada Esther, la conoce?

—Tampoco… Pero, comisario, vuelvo a insistirle, quizá no sea a mí a quien deba formular todas esas cuestiones. Yo no vivo aquí, le insisto. Tengo mi propio apartamento en el Puerto de Santa María. Voy y vengo a diario con mi coche.

—Sin embargo, se pasa el día aquí.

—Solo algunas horas. Las necesarias para coordinar las actividades de la tienda de abajo, Esmirna, que abre tres días a la semana, y de la fundación del profesor Feduchy. —Señaló una mesa de cristal con un ordenador y carpetas con el logo de «Fundación Cultural El Aljibe».

El comisario se dirigió a la ventana.

—¿Puedo abrirla?

—¿Qué espera descubrir? Abajo no hay más que un horrible patio interior. Siempre está muy sucio. Nadie se molesta en limpiarlo. La comunidad de vecinos es un desastre.

El comisario se asomó. Algo —¿la cola de una rata?— se movió entre una pila de trastos abandonados. Castillo aguzó el oído. Haciendo caja de resonancia, el patio transmitía una rítmica serie de roncos sonidos: los suspiros, jadeos, estertores de un hombre haciendo el amor. El rugido de una triunfal culminación ya no le ofreció dudas.

—Parece que hay alguien pasándoselo en grande ahí abajo.

—Los del segundo, esos Goliarte. Son como animales —los condenó Túbal—. La música es mi única defensa contra su primitivismo.

—¿Por eso estaba escuchando a Maria Callas?

—¿No es divina?

—Por mí, puede subir el volumen.

—En cuanto se hayan marchado. Disculpe, comisario, no se lo estoy sugiriendo.

—Y no lo ha hecho, Túbal. ¿De quién es este otro cuadro?

Castillo se había situado delante de una pintura bastante realista que representaba el patio principal de la casa. La perspectiva, proyectada desde el portón de la calle, hacía converger su ajedrezado suelo con la galería del primer piso. El pozo tenía un protagonismo destacado en la composición. Al comisario le pareció que alrededor de su brocal el pintor había multiplicado la decoración vegetal, como si hubiese querido embellecerlo.

—¿Quién lo ha pintado?

—El señor Feduchy. De vez en cuando coge la paleta. Él repite que no tiene talento, pero lo tiene.

Por la galería se oyó la voz de Javier Mir.

—¡Comisario!

—Tenemos que irnos, Túbal.

—Vuelva cuando quiera, señor Castillo.

—¿Me daría una clase de pintura?

—Será un placer.

—Siendo así, seguramente regresaré pronto —le avanzó Castillo sin que Túbal pudiera deducir si se trataba de una promesa o de una amenaza.

11:45

Su secretaria le había dejado un mensaje de voz.

Mientras bajaban las escaleras, el comisario lo escuchó. Laura le confirmaba que los Goliarte residentes en Candelaria eran parientes directos, tíos primeros de Esther, la joven desparecida en el 2016. Jaime Goliarte era hermano de Luis Goliarte, el padre de Esther.

Castillo se detuvo frente al rellano del segundo con la idea de hablar con Jaime Goliarte, y llamó a su timbre. Pero, aunque Mir y él esperaron un buen rato, y aun estando seguros de que había alguien dentro, nadie les abrió.

12:00

Algo había en aquella mágica plaza de la Candelaria, una luz, un aroma a naranjos, a azahar, que invitaba a quedarse y a disfrutar de la luminosa mañana.

Eso fue exactamente lo que hizo un relajado Florián Falomir:

tomar asiento en la terraza del Café Royalty y pedir un americano abandonándose al calorcillo ambiental y a las alegres voces de los gaditanos que pasaban por la plaza, mientras observaba las fachadas heridas por la luz atlántica.

Entre ellas, la del número 4, la casa a la que hacía un buen rato ya había entrado el comisario Antonio Castillo.

¿Era habitual, desde un punto de vista jerárquico, que un comisario practicase diligencias a pie de calle? ¿No era esa faena para inspectores? ¿Qué podría deducirse, entonces, de la presencia allí de Antonio Castillo? ¿Una gestión relevante?, ¿decisiva? Probablemente, pero… ¿cuál?

A ese enigma iba a sumarse enseguida otro porque, apenas unos minutos después, Falomir vio salir por esa misma casapuerta del número 4 a un hombre bajito, de melena blanca.

Era Horacio Manso, el tío de Casilda. El detective se levantó y lo abordó con una sonrisa cortés.

—¿Me recuerda, señor Manso? Fui yo quien encontró el cuerpo de… Era su sobrina, ¿verdad?

Horacio se lo quedó mirando con una expresión vacía.

—Déjeme explicarle por qué le molesto, amigo Manso. Al verle salir de esta misma casa por la que acaba de entrar el comisario Castillo, me he preguntado: ¿iría a verle? Obviamente, no, puesto que usted acaba de salir, mientras el comisario sigue dentro de la casa.

—Perdone, ¿con quién hablo?

—Florián Falomir, investigador privado.

—¿Para quién trabaja?

—Me gustaría hacerlo para usted. ¿Tenía una entrevista con el comisario Castillo?

—Yo no tenía ninguna cita, ni con ese comisario ni con nadie. Desde mi forzosa jubilación, nunca las tengo.

¿Cómo definir su rostro?, intentaba clasificarlo Falomir, apelando a sus facultades como fisonomista. ¿Imberbe?, ¿jabonoso? ¿Y su expresión? ¿Desconfiada?, ¿esquiva? ¿Y su voz? ¿Ahogada?, ¿atenuada?

—¿Qué explicación puede tener, Horacio?

—¿Explicación a qué?

—Al hecho de que el alto mando policial que supuestamente

está investigando la muerte de una sobrina suya se haya desplazado hasta su casa, pero no para verle a usted ni a ningún miembro de su familia… ¡No tiene lógica!

—¿A qué miembros de mi familia se está refiriendo?

—¿No tiene hijos, Horacio? ¿No está casado?

—A ver, espere un momento. ¿Cómo sabe mi nombre? ¿Cómo sabe dónde vivo?

—Se lo oí a uno de los policías.

—¿Qué más oyó?

—Que a su sobrina la habían violado y asesinado.

—¿La mataron? ¿Lo cree usted?

—¿Y usted?

—¡Yo sí!

—Hablemos de ello con más calma, amigo Horacio… ¿Le apetece un café?

—De acuerdo… ¡No, espere! Por ahí aparecen unos vecinos míos. Los Goliarte, ¿los ve? Me están haciendo señas… En mi calidad de presidente de la comunidad, debo atenderles.

—Hágalo, le espero en una mesita del Royalty.

—¡Quédese conmigo!

—No quisiera molestarle.

—¡Hágame ese favor! Los Goliarte podrían mostrarse… agresivos.

Al detective no le parecieron en absoluto amenazantes, pero permaneció junto a Horacio, quien se balanceaba sobre uno y otro pie. Parecía nervioso, temeroso, pero ¿a qué? ¿Por qué iba a tener miedo a esos vecinos? El más viejo avanzaba hacia ellos en una silla de ruedas empujada por un hombre más joven. Llevaba las piernas cubiertas por una manta y, en las manos, un bastón que enarboló al saludar.

—¡Buenos días, Manso!

—¿Qué tal se encuentra hoy, don Jaime?

—¡Muy mal, ya lo ve! ¡Hecho una ruina!

—Anímese. Seguro que esa silla de ruedas será más decorativa que otra cosa…

—¡Artrosis…! Las rodillas se me truncan y este maldito trono rodante y mi nada bendito hijo Gregorio me acompañan cada vez con mayor frecuencia.

—Apenas se vale por sí mismo, podría quedarse inválido —lo sentenció su hijo, sin la menor piedad—. Todavía puede subir las escaleras, ¡menos mal!, pero no sabemos por cuánto tiempo. ¡Venga, padre, arriba, a caminar, no seamos perezosos! Eso es, así, muy bien —lo animó, algo más caritativo, alzándolo por las axilas sin aparente dificultad, debido a su liviano peso—. ¡Vámonos a casa! Así, ¡muy bien!, lo estamos haciendo estupendamente…

—¿Por qué empleas el plural? ¿No soy yo el que va en silla de ruedas?

—¡Por ahí no, papá, tengamos cuidado con el escalón de la acera!

El viejo lo rechazó de un manotazo y se encaró con Horacio.

—Hablando de escalones y de escaleras, Manso, ¿hay novedades con respecto al ascensor? ¿Cuándo voy a poder utilizarlo? ¿Sigue adelante la conjura vecinal para privarme de su uso?

—No se angustie, don Jaime. Ayer mismo comenzaron las catas y excavación del foso para su instalación.

—Me ha llegado el rumor de que dos de nuestros vecinos van a impugnar el acta con el acuerdo de instalar el ascensor.

—Feduchy y Luna —admitió Horacio—, pero su queja no prosperará, están en minoría.

—¡Siempre los mismos! Feduchy y Luna… ¡Una loca y un loco! —se burló con crueldad el viejo.

—¡Miserables! —lo secundó su hijo—. Mi padre necesita ese ascensor, ¿es que no lo ven?

—Yo sí, y por eso, con mi voto de calidad, incliné la balanza a favor de instalar un elevador en nuestra casa —fue la respuesta, educada pero firme, de Horacio.

—Disculpen la intromisión —se decidió a intervenir Falomir—. Soy detective, y no sería la primera vez que llevo un conflicto de comunidades de vecinos. ¿Cuál es el problema de fondo? ¿Puedo ayudarles?

—¡Sí, callándose la boca! —le espetó el viejo, y añadió, colérico —: Me gustaría que le quedase clara una cosa, Manso: quien esté en contra de ese ascensor estará en mi contra. ¡Soy mal enemigo, le puedo asegurar! En cuanto a la derrama, que cada cual apechugue como pueda. Por mi parte, dispongo de esa cantidad, y eso que, con mi enfermedad, todo son gastos. Mis ahorros menguan y nunca

llega la hora de que algún gandul, ¡no miro a nadie!, se ponga a trabajar.

Sus palabras hicieron enrojecer a Guillermo. Evidentemente, acababa de referirse a él.

—Delante de extraños no, papá…

—¡Ni papá ni leches! ¿No te da vergüenza, a tus treinta y cinco, seguir a la sopa boba?

Horacio sugirió:

—Hablaré con los operarios para que aceleren el ritmo.

—¿A qué espera? —le urgió Guillermo—. ¡Métales prisa a esos vagos! ¡Llámeles ahora mismo!

—No sé si tengo la cabeza… A mi sobrina la han, la han.

No pudo seguir. Una sustancia viscosa afloró a sus ojos.

—¿Le ha pasado algo a una sobrina suya? —se interesó el viejo Goliarte, apoyándose en el antebrazo de su hijo.

—Ha muerto… ¡La han matado!

—¿Cómo dice, Manso?

—En la playa de Santa María del Mar.

—¿La chica que violaron? —Guillermo abrió la boca en forma de «O»—. Lo he leído en el diario, pero no lo relacioné con usted. ¿Sobrina suya?

—Carnal… Como una hija para mí.

—¡Con mayor motivo tan terrible pena! —se condolió don Jaime —. También yo perdí a una sobrina. ¿Lo recuerda, Manso? ¿No? Pero, hombre, ¿qué clase de memoria tiene usted? Esther, la hija de mi hermano Vicente… ¡Tan inocente, tan niña!… Un mal día, desapareció. ¿Lo recuerda? Nosotros no la hemos olvidado. Mi hermano aún sueña con que Esther esté viva. También yo querría creerlo, pero…

—Vámonos, papá. Te estás emocionando.

El viejo se incorporó como pudo en la silla e hizo ademán de abrazar a Horacio.

—Lo dicho, Manso: mi más sentido pésame.

12:15

Horacio seguía mostrándose abatido, pero aceptó sentarse con Falomir en el Café Royalty. Pidió una infusión y se mostró dispuesto

a escuchar al detective. Falomir le agradeció la confianza y retomó la conversación anterior para dirigirla hacia donde más le interesaba:

—Tan solo se me ocurre una razón para explicar el hecho de que el comisario esté indagando en su casa.

Como Horacio no reaccionaba ante ese planteamiento, Falomir insistió:

—¿No quiere saber cuál es?

—Dígamelo usted.

—Que uno de sus vecinos tenga relación con la muerte de su sobrina Casilda.

Una súbita palidez blanqueó la cara de Horacio. Pero con la misma rapidez pareció recuperarse, incluso fortalecerse, porque su espalda se irguió y cuestionó con voz más grave:

—¿En calidad de sospechosos del crimen? ¿Está sugiriendo que uno de mis vecinos podría haber matado a Casilda?

El detective se rascó pensativamente la cara.

—¿Quién de ellos? ¡Dígamelo!

Falomir trataba de disimular su sorpresa: tenía ahora enfrente a alguien muy distinto a quien un minuto antes le estaba hablando. El retraído Horacio había sido sustituido por alguien de mirada llameante y agresividad en su lenguaje corporal.

—¡Feduchy! —exclamó en tono acusatorio—. ¡A él es a quien el comisario ha ido a ver!

—¿Por qué lo supone, Horacio?

—No lo supongo, lo sé.

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque mi hermana Adela me dijo que la Policía había encontrado en la habitación de Casilda un objeto antiguo de mucho valor, que los agentes se llevaron para analizarlo.

—¿Era un naipe?

Fue un asombrado Manso quien a su vez preguntó:

—¿Cómo lo sabe?

—¿Un rey de espadas?

—Sí, pero ¿cómo lo sabe?

—No tiene ningún mérito. La Policía me dio el dato.

—¿Por qué?

—Estoy colaborando con ellos.

A Horacio pareció tranquilizarlo.

—Bien mirado, es muy posible que el profesor Feduchy pueda documentarles sobre ese naipe antiguo y que por eso los policías hayan ido a verle. Feduchy es anticuario, tiene lógica.

El índice de Horacio señalaba el rótulo de «Esmirna», la tienda de antigüedades situada frente a ellos, entre el portón número 4 de Candelaria y la sede de la hermandad.

—No parece que esa tienda esté abierta —observó Falomir.

—No abre a diario, solo cuando recibe algún cliente. Y tampoco la atiende Feduchy, sino un ayudante suyo. Túbal, se llama.

—Si no le importa, Horacio, voy a llamar a mi padre.

—¿Por qué? ¿Se encuentra mal?

—Todo lo contrario. Mi padre disfruta de una incombustible salud. Acabo de pensar en él porque también es anticuario y podría ayudarnos. Se llama Adam, Adam Menusiam.

—¿No se apellida Falomir, como usted?

—Por causas familiares que no vienen al caso, decidí anteponer el apellido de mi madre. Obedece a una larga y dolorosa historia con la que no pretendo aburrirle… Adam vive en Jerusalén, en la Vía Dolorosa. ¿Qué hora será en Israel?… Sí, creo que nos atenderá. Voy a llamarle.

Falomir sacó el móvil, marco un número con prefijo internacional y activó el altavoz para que Horacio pudiera oír la conversación. Adam tardó bastante en cogerlo, pero su ronca voz les sorprendió como si, en lugar de a cuatro mil kilómetros, estuviera hablándoles a un paso, con tal nitidez lo oían.

—¿Qué sucede, hijo mío? Teniendo en cuenta que solo me llamas cuando ha sucedido algo extraordinario… ¿De qué se trata? ¡No me tengas en ascuas y suéltalo!

—Antes que nada, ¿cómo estás, papá?

—Mal, Florián, muy mal.

—¿Por qué? ¿Qué te ocurre?

—Mi amante me ha abandonado.

—No sabía que tuvieras una nueva novia.

—Me dejó ayer, sin previo aviso… ¡Desde entonces, como si hubiera pasado una eternidad, me encuentro muy solo, desesperado!

—¡Viejo coyote! —rio su hijo—. Lo superarás. Siempre habrá

otra víctima cerca, dispuesta a caer en tus redes…

En tono más serio, Florián pasó a exponerle el motivo de su llamada. Adam escuchó, sin interrumpirlo, su consulta sobre un antiguo rey de espadas fabricado en plata y vinculado con la muerte de una joven gaditana.

—Puedes estar bien seguro, Florián, de que esas barajas de plata han existido y existen, aunque en muy escaso número. Fueron fabricadas hace varios siglos, diseñadas por exquisitos artistas como meros objetos decorativos. Nunca se utilizaron para jugar en los salones de los palacios. Eran un sello de distinción, patrimonio de casas reales o alta nobleza.

—¿Cómo sabes tanto de esas barajas?

—Otro anticuario amigo mío, Zebulón Ugarte, un judío argentino, me habló en alguna ocasión de esos maravillosos juegos de cartas. Zebulón estaba obsesionado con conseguir alguno y finalmente descubrió la pista de una baraja de plata en alguna capital sudamericana, puede que en Montevideo. Aquel juego tenía relación con la monarquía española y debía de valer un potosí.

—¿Tu amigo consiguió hacerse con esa baraja?

—Lo ignoro, pero no lo creo.

—¿Qué ha sido de Zebulón Ugarte?

—Le perdí la pista. Sé que estuvo en la cárcel.

—¿Acusado de qué?

—De estafa.

—¿Vive?

—No lo sé.

—¿Qué más recuerdas de él?

—Supe, por él mismo, que tenía dos mujeres, una en Buenos Aires y otra en Sevilla. En Andalucía había conseguido contactar con gente de dinero, incluido algún aristócrata. Compraba y restauraba para ellos obras de arte. Pero era un pícaro, un aventurero, más amante de las mujeres que del dinero. Un poco como yo de joven, antes de que tú, Florián, nacieses…

Durante un buen rato, Adam continuó monologando sobre su perdida juventud. Pero Florián ya sabía que la llamada a su padre había valido la pena. Con los datos que Adam acababa de proporcionarle sobre otro anticuario, aquel Zebulón Ugarte que había intentado hacerse con una de las barajas de plata, tenía

excusa para llamar a la subinspector Zamora y pasarle la información. Como bien sabía Falomir, la mejor manera de lograr que la Policía confiase en él consistía en prestarle servicios intrínsecamente valiosos y extrínsecamente gratuitos.

En cuanto se hubo despedido de Adam y cortado la llamada, el detective volvió a dirigirse a Horacio.

—Prosigamos analizando al resto de sus vecinos.

—¿Uno de ellos podría ser el asesino de mi sobrina?, ¿lo cree usted…?

—Es lo que tenemos que averiguar. ¿Todos conocían a Casilda?

—Supongo. Casilda venía por mi casa. La habrían visto en el patio o en las escaleras. A veces nos sentábamos en la plaza para charlar.

—¿De qué conversaban?

—De todo un poco.

—Háble me de ella.

—Casilda tiene una manera de ser que te roba el corazón. ¡Tan dulce, confiada y buena…!

—¿Tenía algún tipo de vocación?

—Dudaba entre hacerse profesora o enfermera. Pensaba mucho en los demás, en cómo ayudarles…

—¿Tuvo problemas con alguien?, ¿había discutido recientemente con algún amigo, con algún profesor…?

—Que yo sepa, con nadie.

—¿Alguien podría querer hacerle daño?

—¿Quién iba a pretenderlo?

—Ya que nos estamos centrando en sus vecinos, vayamos descartándolos uno a uno.

—¿Vayamos?

—Los dos estamos metidos en este asunto. Déjeme ayudarle, Horacio.

El tío de Casilda pareció dudar si aceptaba o no la propuesta de aquel detective que el destino parecía haber puesto en su camino. Nuevamente volvía a mostrarse apocado y tímido. Miró a los lados, tragó saliva y, bajando el tono, se puso a hablarle de sus vecinos de Candelaria.

Decidió comenzar por Jaime Goliarte. Antiguo armador, había sido amigo de su padre, cuando los Manso tenían una compañía de

estiba en el muelle de Cádiz. Los padres se habían llevado mejor que los hijos. Ni Horacio ni su hermana Adela, la madre de Casilda, se habían entendido casi nunca con Guillermo Goliarte, aunque de niños jugasen a polis y cacos en la plaza de la Candelaria, se hincharan de «cotufas» y altramuces, compartieran sus primeros cigarrillos o fuesen a ver los títeres de Chacolín en el paseo de Canalejas. Guillermo era despótico y en ocasiones cruel.

—¿Guillermo Goliarte siempre ha vivido con sus padres? —preguntó Falomir.

—Sí, siempre, como hijo único que es.

—¿Soltero?

Guillermo había tenido novias y de vez en cuando sorprendía con alguna compañía nueva, pero, por una u otra razón, sus relaciones no acababan de cuajar.

—¿Trabaja? —siguió indagando Falomir.

A juzgar por sus estrambóticos horarios, Guillermo no lo hacía. Horacio no sabía mucho más de él. En los últimos tiempos apenas hablaban. Si se cruzaban por las escaleras intercambiaban un seco «Buenos días».

—Me ha parecido que su padre, don Jaime, tenía más personalidad —apuntó Falomir.

Horacio le dio la razón. El viejo Goliarte era un hombre dominante, autoritario. Hasta cumplidos los setenta había montado a caballo, toreado capeas y cargado como costalero el paso del Cristo del Soberano Poder, hermandad a la que pertenecía. Pero, a raíz de una serie de operaciones en las rodillas, su salud se había resquebrajado. La cabeza, no obstante, la conservaba clara.

Horacio siguió contando a Falomir:

—Desde que la señora Goliarte, doña Natividad, pasó a mejor vida, dejándole viudo, don Jaime, sin respetar el luto, se aficionó a invitar a mujerzuelas a su casa. Él las llama «enfermeras». ¡Toma sus precauciones, no crea! Jamás se deja ver, nunca entra ni sale del piso con esas golfas. Quien sí las acompaña hasta la plaza, después, imagino, de haberles abonado su tarifa, es su hijo Guillermo. Yo no descartaría que esas «enfermeras» les practiquen un «servicio familiar», en una oferta «dos por uno», beneficiándose ambos Goliarte de similares «prestaciones sanitarias».

Horacio sonrió taimadamente, como regodeándose en su

acusación. Falomir le planteó:

—¿Y, de Feduchy, qué me puede contar?

En opinión de Horacio, el profesor era «el más atento y amable de todos sus vecinos». Hombre cultísimo, seguía publicando libros y dando conferencias. La buena sociedad gaditana lo consideraba un dandi. El tío de Casilda recordaba que mucho tiempo atrás Feduchy había tenido, en la playa de la Victoria, una caseta junto a la de los Manso y se dejaba ver «para tomar el baño» con un albornoz en cuyo bolsillo lucía bordado el escudo heráldico de una baronía concedida a un antepasado suyo, un oficial de origen italiano que sirvió en Flandes bajo el mando del Gran Capitán.

—Hacia 1960, más o menos —siguió recordando Horacio—, su padre, don Armando Feduchy, inauguró la tienda de antigüedades Esmirna. Ahí mismo, donde sigue estando. Cuando don Armando falleció, en 1990, creo, su hijo Enrique vendió la mitad del local a la Hermandad del Cristo del Soberano Poder, que lo utiliza para las reuniones de su junta y guarda de custodias, emblemas, banderas y atrezo de Semana Santa.

—¿Usted es miembro de esa hermandad?

—Por supuesto.

—¿Y el profesor Feduchy?

—También.

—¿Los Goliarte?

—Solo el padre.

—¿Y ese otro vecino a quien acabo de ver en pijama y zapatillas vagando como un alma en pena por el patio…?

—El juez Luna. Sí, también es miembro de la hermandad, aunque hace mucho que no acude.

—¿El profesor Feduchy vive solo?

—Es soltero. Cuenta con la ayuda de un secretario sudamericano.

Poco sutilmente, Horacio vino a insinuar a Falomir que dicho secretario era pareja de Feduchy, un amante camuflado a quien el veterano catedrático, debido al pudor, no se atrevía a presentar como tal, resistiéndose a normalizar su relación haciéndola pública.

—Muy bien, sigamos —prosiguió Falomir con su demanda de información—. ¿Y en el segundo piso viven…?

—Los Luna, don Francisco y doña Manuela. Paco Luna lleva

años retirado. Fue juez de la Sala de lo Penal de la Audiencia Provincial, hasta que sufrió el ataque cerebral. Según le da, puede escaparse de su casa a cualquier hora, presentándose al azar donde nadie le espera, en inauguraciones, en un teatro, en un cine… o en los mismísimos juzgados, causando una deplorable impresión a los mismos jueces y funcionarios que le trataron en plenitud de facultades.

Su mujer estaba siempre pendiente de él, pero, al mínimo descuido, don Francisco se escabullía y se daba a la fuga y ella tenía que ir corriendo en su busca. Para localizarlo, con suerte, en alguna galería de arte o presentación literaria devorando aperitivos y apurando copas junto a pandillas de «canaperos» a quienes antaño había condenado por pequeños delitos. Al fallarle la cabeza y no poder recordar siquiera las causas por las que los sentenció en su momento, se les unía ahora alegre y escandalosamente.

—¡Me da tanta pena la pobre doña Manuela! —se lamentó Horacio, pero sin que su rostro transmitiese la menor emoción, sino más bien una mezquina alegría frente al dolor ajeno.

Sorprendiendo de nuevo a Falomir, su voz cambió otra vez, tornándose aguda y paródica:

—¡No vayan a pensar que mi marido acude por los pinchitos y el vino! En casa tenemos de todo, no nos falta de nada… ¡Y eso que él come por los dos, y con mayor apetito cada día! Pero mi Paco se siente solo, las paredes se le caen encima y sale a la aventura como un nuevo don Quijote. Desde que sufrió el colapso se ha convertido en un niño grande, incapaz de hacer daño a nadie…

¿Por qué hablaba así, en ese tono? ¿Sería posible que estuviese imitando a doña Manuela?

Acto seguido, sin embargo, Horacio recuperó su dicción normal, esa estridente vocecilla suya que tan molesta resultaba al oído, para seguir comentando que los Luna tenían dos hijos, ambos respetados juristas y residentes en Madrid, pero que apenas visitaban a sus padres una o dos veces al año, por Navidad y en verano.

—Ya sabe un poco más de mis vecinos, señor Falomir —concluyó.

—Puede llamarme Florián.

—Ahora tengo que dejarle. Debo irme a preparar el funeral de Casilda.

—Gracias por toda la información.

—De nada. Aunque…

Pareció que Horacio iba a añadir algo más, pero, limitándose a dirigir a Falomir una mirada vacía, se levantó de su silla y fue alejándose por la plaza.

14:30

—¿Por qué no le cogéis, papá?

Quien así, con angustia, se expresaba, era Sol, la hija del comisario.

Aquella mañana, apenas despertar, se había puesto muy nerviosa al ver los titulares de los dos periódicos a que su padre estaba suscrito. En primera página se apuntaba que la joven gaditana Casilda López Manso había sido víctima de una muerte violenta.

El hermano de Sol, Emilio, que cerraba el quiosco a las dos del mediodía y acababa de llegar a casa, tan solo unos minutos antes de que lo hiciera su padre, le había dicho a Sol que no se hablaba de otra cosa y que, sumado a los casos de las chicas desaparecidas, aquel nuevo suceso «estaba generando psicosis social».

Sol volvió a preguntar a su padre:

—¿Crees que han matado a Casilda López? ¿Lo habrá hecho el mismo hombre que hizo desaparecer o que asesinó a las otras?

—De momento, todo son suposiciones, hija.

—Mis amigas están aterradas. Temen que ese hombre vuelva a matar. ¡Yo misma estoy muerta de miedo! ¡Prométeme que le vais a pillar, papá!

Castillo evitó mirar a su hija para disimular su inquietud. Los tres, Emilio, Sol y él estaban en el comedor familiar, la estancia más amplia y soleada del segundo piso de una casa de la plaza de San Antonio, donde vivían.

Un espejo reflejaba al comisario sentado a la cabecera de la mesa. «¿Quién será ese viejo?», parecía estar cuestionándose con una contrita expresión. Tenía mal aspecto. No había dormido bien. La muerte de Casilda no lo había dejado descansar. En sueños había vuelto a verla semienterrada en la playa, con el pelo húmedo, los ojos yertos como los de un pez, las mejillas enharinadas de arena…

Los nervios y la tensión le estaban haciendo mella, pero se esforzó por tranquilizar a Sol.

—¡Qué poca fe tienes en tu padre, hija mía! Detendremos al culpable, puedes estar segura —pronosticó, manipulando la cucharilla para atrapar un trozo de flan.

—Te doy permiso para usar el dedo, papá.

—Si tu madre te oyera…

—A menudo pienso que lo hace. Que, de algún modo, sigue con nosotros.

—¡Yo también lo creo! —lo secundó Emilio.

—Y yo, hijo, y yo…

—Está muy bien que creas en algo, papá —aplaudió Sol.

Su hija había salido religiosa y políticamente correcta. Castillo, en cambio, era agnóstico en materia de religión e incrédulo con el poder al que debía servir.

—Creo en pocas cosas, es verdad. ¡En vosotros! Que mamá no nos ha dejado del todo es otra de mis ilusiones.

Su hijo Emilio elevó los ojos al techo como deseando traspasarlo hasta ese cielo donde supuestamente, querría seguir creyendo a pesar de su renuncia al sacerdocio, se encontraría su madre.

—¿Le atraparéis pronto?

—¿Al «asesino del naipe»? Eso espero, Emilio.

Bajo sus anaranjados rizos, la curiosidad iluminó la carita de Sol.

—¿Le llamáis así, papá, el «asesino del naipe»?

—De ese modo han comenzado a apodarle algunos de mis hombres.

—¿Por qué? —curioseó Emilio.

—Porque en la habitación de Casilda encontramos un naipe antiguo, de plata, que pudo haberle enviado su agresor o verdugo. ¡Sed discretos, si esto se filtrase a la prensa…!

—¡Os acusarían de plagio, papá! Ya hubo un «asesino de la baraja».

—No frivolicemos, Sol… ¿Sabéis por qué me gusta hablar con vosotros, y en serio, de mi trabajo?

Su hija presumió:

—Conmigo, porque sueñas con verme convertida en una mujer policía.

—Tienes cualidades, Sol, incluso un ejemplo a seguir.

—No te hagas demasiadas ilusiones, papá. Cambio de vocación como de vestido. Últimamente me está apeteciendo hacerme futbolista.

—Espero que fiches por el Cádiz, hermanita —bromeó Emilio.

Sol admitió:

—Pero, bueno, sí… Hay una posibilidad de que siga tus pasos, papá.

—Elijas lo que elijas me parecerá muy bien y tendrás todo mi apoyo.

—¡Eres el mejor padre del mundo! ¿Te has quedado con hambre? ¿Un poco más de flan?

—Yo sí repito —reclamó Emilio, que era muy goloso, aunque ese vicio no se reflejara en su delgadez.

—Solo café solo para mí solo —jugó con las palabras Castillo, aficionado a los retruécanos, adivinanzas, doble sentidos y paradojas del lenguaje—. Quiero estar despejado. El flan te sale tan bueno como el que hacía tu madre, Sol.

—Te agradezco el cumplido, pero es de bote.

—Nadie lo diría.

—Estás tan abstraído que no te das cuenta ni de lo que comes. Sigue sin gustarme la cocina, en eso no he cambiado. ¿Cuándo me has visto guisar?

—Casi nunca… Supongo que los casos criminales te atraen más que la cocina.

—¡Vamos, papá, dime algo! ¿Ha habido algún avance en el caso del «monstruo de Cádiz»? ¡Deja que le llame así! Siento que, al hacerlo, puedo ayudarte a resolver el misterio de la chica muerta en la playa.

—Te entiendo, Sol… Resulta consolador poner nombres a las cosas, en particular a las que no comprendemos. Por desgracia, no hemos progresado apenas en la captura de ese monstruo, si existe…

—¿La autopsia no ha aclarado nada? —se interesó Emilio—. ¿Ni siquiera la causa de la muerte de Casilda?

—Un ahogamiento, supuestamente.

—¿Supuestamente? —se hizo eco Sol.

—El examen forense ha deparado algunas sorpresas. Los restos de agua analizados en los pulmones de Casilda proceden de un depósito o corriente de agua dulce.

En la pecosa cara de su hija se formó una interrogativa expresión.

—¿Qué explicación puede tener? ¿Arrojaron a Casilda a un río que arrastró su cadáver al mar?

Su padre premió con una sonrisa sus dotes deductivas.

—Sería lo más lógico, Sol, pero ¿desde qué río? Desde el Guadalete, no, desde luego. Esa corriente, como el resto de los cauces de agua dulce de nuestro entorno natural, muy escasos, desemboca muy lejos, al norte de la bahía. A costa abierta únicamente desaguan algunos caños procedentes de las salinas de Torregorda y Río Arillo, pero, a efectos de lo que estamos intentando descubrir, nos servirían de muy poco.

—¿Por qué? —cuestionó Emilio.

—Porque son salobres, con abundante lodo, sin la profundidad suficiente como para arrastrar un cuerpo humano de setenta kilos, más o menos el peso de Casilda. Esos caños están alimentados de agua salada, que toman del mar mediante los flujos de las mareas. El forense sostiene que el cuerpo de Casilda no estuvo en contacto con el mar ni con su fauna microscópica, y tampoco con agua salada o saturada de sal, como podrían ser las salinas de San Fernando… El cadáver no había sido mordido por los peces, algo habitual en estos casos.

—En los ríos también hay peces. Pudieron morderle —apuntó Emilio.

—En el que estuvo Casilda, si es que estuvo en algún río, no había peces.

—Entonces, ¿cómo se explica…?

—Ateniéndonos a las posibilidades que nos brinda la autopsia, tan solo de dos maneras. La primera, que hubieran ahogado a Casilda en una piscina o bañera para, posteriormente, trasladar sus restos a la playa y abandonarla allí. La segunda, que Casilda hubiera sido, más que arrojada, expulsada al mar por la boca de algún colector o alcantarillado urbano, y que una corriente marina, impulsada por el fuerte viento de poniente que soplaba la madrugada del sábado, la hubiese empujado hacia la playa de Santa María del Mar.

—Yo me quedaría con la primera hipótesis —optó Emilio.

—Pues yo, con la segunda —lo contradijo Sol.

—La tuya tiene un punto débil, hermanita.

—¿Cuál, Emilio?

—¿Cómo llegó Casilda a la red de alcantarillado?

—La arrojarían allí…

—¿Quién?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Hasta ahora todo son simples hipótesis —les recordó el padre —. Repasando los últimos movimientos de Casilda, lo único que hemos desprendido con certeza es que a las dos de la madrugaba del sábado dos amigos suyos la dejaron a la entrada de la calle de San Juan. Unas cinco horas después, sobre las siete de la madrugada, fue descubierta, sin vida, en esa mínima lengua de arena a la que llaman Playita de los Dados y que solo en mareas muy bajas aflora junto al espigón de Santa María del Mar. Cinco horas en blanco, en las que no sabemos qué pudo ocurrirle.

—Durante las cuales, Casilda se ahogó en agua dulce.

—Eso es, hija.

—¿Seguro que no se ahogó en el mar?

—No, y esto es lo más extraño.

—¿Habéis pensado en los llamados pozos de marea? —sugirió Emilio—. En el subsuelo de Cádiz hay unos cuantos.

—Ya lo creo, hijo. Sin ir más lejos, en el puerto fenicio que se acaba de descubrir han desescombrado uno de esos pozos de marea, con agua dulce. No es descartable que en el casco viejo haya algunos más.

—Pozos que han podido llenarse con las recientes lluvias — apuntó Sol.

—Así es, hija.

Emilio siguió sugiriendo:

—¿Por qué no llamas al arqueólogo Carmelo Cuesta y le consultas?

—Me lees el pensamiento. Acabo de hacerlo.

—Buena idea. No en vano ha excavado y es autor de nuestros mejores estudios. Precisamente ayer vendí uno de sus libros a un detective que me dijo conocerte, un tal Falo…

—Falomir. ¿Ese detective estuvo en el quios…, en tu librería?

—Sí, y me dijo que había estado contigo en la playa.

—Fue uno de los dos testigos que descubrieron el cuerpo de

Casilda López.

—¿Y el otro quién era?

—Una mujer. Alejandra Salazar-Stewart.

Emilio emitió un silbido.

—¿La hija del duque? Esto sube de nivel. Volviendo a Carmelo Cuesta, papá, ¿te ha ayudado a resolver algo?

—Para empezar me reconoció que, aunque no es nada probable ni fácil que alguien se ahogue, o lo ahoguen, en un aljibe o pozo, tampoco es imposible.

Retirándose los rizos de la frente, Sol planteó:

—¿Alguno de esos aljibes podrían estar conectados con tramos de alcantarillado urbano con salida al mar?

—Eso mismo le pregunté a Cuesta y, aunque con reparos, vino a decirme que no debíamos descartarlo. Él mismo acaba de descubrir, también en el puerto fenicio, dos enormes aljibes, a unos cuatro metros de profundidad, bajo la calle de San Juan.

—¡Por ahí tuvo que pasar Casilda en la noche del sábado para llegar a su casa!

—Así es, Sol. Mientras el arqueólogo nos mostraba a la subinspector Macarena y a mí los restos del cantil fenicio, yo no dejaba de pensar en ello, y después he vuelto a pensarlo una y otra vez. Allí abajo, en el subsuelo de esa casa de la calle de San Juan se escucha el mar, que bate a medio centenar de metros. Esas bodegas, sotanillos y cuevas pueden inundarse con mareazas muy altas. Pero la sorpresa se la llevó Cuesta al comprobar que del pozo de marea, excavado junto al cantil, no brota agua salada, sino dulce…

—Estás ante todo un reto, ¿no, papá?

—Un caso difícil, Sol, aunque no tanto, espero, como esos otros que…

Se calló, conturbado por el amargo recuerdo de las tres mujeres desaparecidas. Acababan de aparecerse en su mente con sus caras como grabadas en medallas, con bocas sonrientes pero con el terror en los ojos.

Emilio le siguió preguntando:

—¿Hay testigos de las últimas horas de Casilda?

—Como os decía, dos de sus compañeros de clase, invitados a su fiesta de cumpleaños, la acompañaron de madrugada hasta cerca de su casa. Serían los últimos en verla con vida.

—¿A qué hora y dónde la dejaron? —quiso saber Emilio.

—Más o menos sobre las dos de la madrugada, a la entrada de la calle de San Juan. A partir de ese momento, su rastro se pierde.

—¡Dinos los nombres! —pidió Sol.

Su padre lo hizo y su hija los identificó en el acto.

—¡Javier Calvo y Ángel Rubio, del San Felipe Neri…! ¡Los conozco! Cádiz es muy pequeño, los adolescentes nos tratamos todos.

—¿Qué opinión tienes de ellos?

—¡Buenísima gente!

—¿Los considerarías capaces de hacer daño a una compañera tuya?

—¡Totalmente incapaces!

—¿Estás segura o convencida?

—¡Alto ahí, comisario! ¡Conozco tus trampas! Estoy segurísima de que ni Javier ni Ángel han atacado a nadie. Mucho menos, a una chica.

—No olvidéis que el ser humano es impredecible, una caja de sorpresas. En determinadas circunstancias, el más templado puede perder la cabeza y cometer una barbaridad.

—¡Javier y Ángel no, papá!

—Ni siquiera me has preguntado si tienen coartada.

—Lleva usted razón, señor comisario, se lo preguntamos ahora —se solapó Emilio, utilizando un tono de broma para relajar el ambiente porque su padre parecía seriamente afectado.

—La tienen, y muy sólida. Un agente de la Policía Municipal que regresaba de cenar con su mujer los vio en la plaza de la Catedral y reconoció a uno de ellos.

—¿A quién?

—A Javier Calvo. Resulta que nuestro agente es amigo de sus padres. Vio cómo Javier y otro chico acompañaban a Casilda hasta la embocadura de la calle de San Juan. La dejaron allí, a unos cien metros de su domicilio en la calle Desamparados, y se alejaron juntos hacia la plaza del Ayuntamiento, donde se separaron para dirigirse a sus respectivos domicilios.

—¿Sus padres les oyeron llegar? —siguió la secuencia Sol.

—En ambos casos. Ahora vais a preguntarme si fingieron dormir y si se levantaron a escondidas cuando no los veían para salir de sus

casas, deshacer sus pasos e ir a por Casilda con intenciones homicidas…

—Justo lo que iba a preguntarte —admitió Emilio.

—Yo, en cambio —discrepó Sol—, no soy tan retorcida, papá, y no te lo preguntaría por la sencilla razón de que Casilda ya habría dispuesto de tiempo para llegar a su casa, evitando cualquier emboscada. El agresor tuvo que atacarla antes de que cruzase el portal. ¿En serio no tenéis ningún sospechoso?

—Además de los habituales, por violación o maltrato, que estamos descartando uno a uno, no.

—Podría ser un extranjero —amplió el abanico Emilio—. En nuestras costas se refugian delincuentes del norte y del centro de Europa.

—Estamos revisando todas las órdenes de búsqueda.

—Tratemos de reconstruir la escena, papá —propuso Sol, deseosa de ayudarlo. Castillo ya la había armado mentalmente un centenar de veces, pero no quería coartar a su hija.

—Muy bien, Sol. ¡Toma el mando! Con permiso de tu hermano, naturalmente.

Emilio sonrió.

—¿No es ella quien manda en esta casa?

Como si se hubiera metido en la piel de un policía, Sol se lanzó:

—Tratemos de pensar de la forma que pensaría el agresor, de meternos dentro de su cabeza. ¿Dónde creéis que acecharía a Casilda, agazapado en su portal?

—Da igual lo que yo crea, hija. No hay testigos.

—¿Ningún vecino vio nada? —preguntó Emilio.

—Todos dormían. Nadie vio ni oyó nada anormal.

—¿Se detectó la presencia inusual de algún vehículo en la zona?, ¿un coche, una furgoneta, una moto…?

—No. Las casas de la calle Desamparados, como la mayoría de las del casco antiguo, carecen de garajes. Aparcar en la zona está prohibido. Sin embargo, existen en el barrio pequeños comercios, alguna tienda de alimentación, y no es infrecuente que en esquinas o plazuelas, como la de Puerto Chico, queden aparcadas motos o furgonetas de reparto que sus dueños suelen retirar al amanecer para evitar multas. En el aparcamiento trasero del Mercado Central o plaza de Abastos, lindante con la calle Desamparados, sí pueden

estacionarse vehículos de carga. De hecho, en la noche del viernes y madrugada del sábado había unas cuantas furgonetas aparcadas en batería.

—¿Hay cámaras?

—Una sola, Emilio. La hemos revisado, pero no grabó nada sospechoso.

—¿La Policía Municipal hizo rondas de madrugada? —preguntó Sol.

—No.

—Hasta la plazuela de Puerto Chico, cualquiera pudo haber entrado por esas callejuelas conduciendo un coche, una furgoneta o una moto.

—Pudo ser —concedió el comisario.

—Supongamos que alguien lo hizo y que abordó a Casilda —planteó Sol.

—¿Se iría ella con un desconocido, hija?

—¿Voluntariamente, quieres decir?

—Ninguna de vosotras lo haría. Salvo que…

El comisario se calló bruscamente. Como un relámpago se le acababan de representar de nuevo las caras de las tres desaparecidas, con sus bocas abiertas y sus aterrorizados ojos.

—¿Salvo qué, papá? ¡Termina la frase!

—Salvo que nadie la conociera a fondo, Sol. Salvo que Casilda fuera una desconocida para los demás, incluida su propia madre. Una chica con secretos para todos… excepto para el individuo que le tendió una trampa, la secuestró y la ahogó…

Un velo de censura nubló la mirada de su hija.

—¿No estarás dándonos a entender que Casilda provocó a alguien con un comportamiento indebido?

—¿Sabes a quién me recuerdas cuando hablas en ese tono?

—¿A quién?

—A la subinspectora Zamora. Subinspector, perdón…, ella lo prefiere.

A Emilio se le escapó una risilla.

—¿Te estás refiriendo a Maca? ¿Ahora la llamas «subinspector»?

—Desde hace bastante tiempo, Macarena y yo no nos llamamos de ninguna manera.

—¿Ni siquiera por teléfono?

—Solo por la frecuencia policial.

—¿Existe una línea menos romántica? ¡Lástima! —se lamentó Sol—. En el tiempo que falta mamá, de tus admiradoras me ha parecido la única presentable.

—Eres muy piadosa, hija, pero me atribuyes conquistas y facultades de seductor de las que, sin duda, carezco…

—Te conservas bastante bien, papá.

—¿En opinión de quién?

—De mi amiga Julia, por ejemplo.

—Tu amiga Julia necesitaría con urgencia una revisión óptica. ¡Adiós, hijos, tengo que irme!

—¿A la comisaría o al estadio? —siguió bromeando Emilio.

—Al fútbol, desde luego, no. Y eso que hoy jugamos contra el Atlético de Madrid.

—Te recordamos que los domingos son festivos.

—Y yo os recuerdo que debo resolver una muerte.

—Y bastante enigmática, por lo que nos has contado —dijo Sol, recogiendo la mesa con ayuda de su hermano—. Hablando de misterios, papá, nada nos has dicho de esa carta de plata. ¿Habéis averiguado algo sobre su procedencia? ¿Podría ser un elemento fetichista o la firma del criminal?

—Caramba, hija, no te andas por las ramas. Todavía no lo sabemos. Ese naipe es antiguo y muy valioso.

—Los ases suelen serlo —sugirió su hijo.

—¡No me hagas trampas, Emilio! No he dicho que fuese un as.

—No hacemos más que aplicar tus trucos, papá, inducir, dar por supuestas determinadas informaciones…

—¿Tú también, Sol? ¿Os habéis conjurado en mi contra?

—¿No sueñas con que sea policía? ¡Pues colabora conmigo! ¡Venga, suéltalo! ¿Qué carta es?

—¡Dínoslo, padre! —la secundó Emilio.

Sol le cogió las manos.

—¿Un caballo?

—Tengo que irme, mi vida.

—¡Papá!

Cuando quería sonsacarle algo, su hija demostraba una vehemencia irresistible. El comisario claudicó.

—Un rey.

—¿Cuál? ¿El de oros?

—No, Emilio, no era el rey de oros.

—¿Cuál, papá? —porfió Sol.

—El rey de espadas.

—¿Por qué? ¿Qué puede significar?

—¿Un signo fálico? —apuntó Emilio.

—No lo había pensado, hijo… Bien mirado, no es descartable. ¿Sabéis qué fue lo primero que pensé? Que ojalá no aparezcan más naipes de esa misma baraja.

—¿Junto a cadáveres de adolescentes, quieres decir? —palideció Sol.

—No debería haberos dicho nada…

—¡Al contrario, queremos que nos lo cuentes todo!

—Pero no ahora, hijita. Debo marcharme.

—No sin decirnos algo más de ese rey de espadas, para que yo pueda investigar por mi cuenta. Es una carta antigua, ¿verdad? ¿De qué época? ¡Ven a mi cuarto, echaremos un vistazo en internet!

Emilio se disculpó con ellos. Había quedado a tomar café con un proveedor. Se tomaba muy en serio su negocio de prensa. Una actividad económicamente modesta, pero que le daba para vivir. No solo vendía periódicos y revistas y libros de historia y arte, también acuarelas y grabados de pintores aficionados, todos ellos andaluces. Gaditanos, en su mayoría, a los que generosamente cedía un expositor.

Desde hacía algún tiempo, su padre y su hermana lo veían bastante más equilibrado, incluso feliz. No había pasado demasiado tiempo aún desde que Emilio, tras abandonar el sacerdocio, sufriera una profunda crisis personal. Su precario desequilibrio se acentuó cuando, poco después de colgar los hábitos, fue a su vez abandonado por la mujer que le había apartado de la religión. Se llamaba Berta, era enfermera. Los Castillo no llegaron a conocerla porque Emilio nunca la presentó en casa, aunque albergaba intenciones de casarse con ella. Pero salió mal y él se quedó solo, tanto que regresó al piso familiar de la plaza de San Antonio y recuperó su antigua habitación. A la muerte de su madre decidió reformar el local de la plaza de la Candelaria y abrir un negocio. Que su padre y su hermana supieran, no había vuelto a tener otra relación amorosa, aunque salía con amigos y a veces trasnochaba

más de la cuenta.

15:30

En cuanto Emilio hubo salido, su padre se metió en el cuarto de Sol.

Como la buena lectora que era, su hija tenía las estanterías llenas de libros. Castillo había leído algunos. Le gustaban los ensayos, las biografías, incluso algunas novelas, género que, hasta hacía poco, no había sido de su agrado, pero que comenzó a atraerle en cuanto los personajes de ficción le invitaron a descubrir los mecanismos pasionales del corazón humano y las causas motoras de sus comportamientos.

De algún modo que no sabría explicar, la luz de aquellas ficciones le ayudaba a escrutar las penumbras de su oficio desde otras perspectivas, rellenando con imaginación las zonas oscuras de personalidades o individuos reales que él había conocido en el entorno de su profesión, abogados, fiscales, jueces, delincuentes de toda laya, policías y tantos ciudadanos que sufrían accidentes, aceptaban sobornos, consumían drogas, conducían en estado de ebriedad, urdían asesinatos o desaparecían de la noche a la mañana como si se los hubiera tragado la tierra.

Basándose en los informes de la Científica, el comisario explicó a su hija que el naipe relacionado con Casilda integraba originalmente una de las pocas y valiosas barajas de plata fabricadas a principios del siglo XVII para reyes y nobles.

Dicho juego había sido propiedad de una infanta de España, Carlota de Borbón, primogénita de Carlos IV y unida en matrimonio con el rey de Portugal, Juan VI. A su vez, Carlota de Borbón había regalado la baraja a una familia de Montevideo muy relacionada con la independencia de Uruguay, los Oribe. Durante doscientos años, es decir, desde principios del siglo XIX hasta la actualidad, aquella valiosa baraja de plata de los Borbones había permanecido en poder de los Oribe. Recientemente, apenas un mes atrás, se había subastado en una sala de Nueva York, alcanzando un alto precio en la puja, pero sin que hasta el momento hubiesen podido averiguar el nombre del comprador.

—He enviado al inspector Ponce a Madrid para intentar descubrirlo —reveló el comisario a su hija.

Sol palmoteó, entusiasmada.

—¡Detrás de esa misteriosa baraja se ocultan un montón de enigmas! Navegaré a fondo por la red, papá… Con suerte, te daré novedades a la hora de la cena.

—Si es que me dejan volver a cenar. Te llamaré, en cualquier caso, Sol.

—Estaré esperándote, aunque vengas tarde. ¡Suerte, comisario!

Castillo le dio un beso cariñosamente, cogió su americana, sus gafas de sol y su pistola y salió de casa.

16:30

Desde Madrid, el inspector Ponce se había desplazado en coche a Sevilla. Su misión: localizar a Asdrúbal Ugarte, el testaferro que supuestamente había pujado en Nueva York por la baraja de plata.

Llegó a la capital andaluza justo para comer algo, pues estaba desfallecido.

En cuanto hubo recobrado fuerzas se puso a buscar a Asdrúbal. La dirección que su hermano Túbal había facilitado al comisario Castillo se correspondía, en el barrio de Triana, con un local cuya persiana, sucia de grafitis, daba la impresión de llevar cerrada bastante tiempo. Algunas letras del rótulo —«Artículos de Ocasión»— habían sido arrancadas.

En el local contiguo abría un bar, El Llanero.

Ponce entró. Tras identificarse como inspector de la Policía Nacional, preguntó por Asdrúbal Ugarte.

Uno de los camareros lo había conocido, aunque hacía meses que no lo veía. Contó a Ponce que Asdrúbal abría en el local contiguo un negocio de compraventa o «prendería», en el que podían adquirirse desde rosarios con esencia de rosas de los monjes cartujos a maquetas del buque escuela *Juan Sebastián Elcano*.

—¿Dónde vivía Asdrúbal, lo sabe usted?

—Mientras atendió la prendería, cosa que hizo durante los tres últimos años, en el piso de arriba, de alquiler. Lo sé porque ese apartamento es de un primo mío.

Pero Asdrúbal lo dejó hará cosa de seis meses, los que su tienda lleva cerrada.

El inspector le dio las gracias y pasó a la casa de al lado. Se puso

a llamar puerta por puerta y pudo hablar con algunos de los vecinos de aquellas viviendas, modestas pero alegres, con geranios en los balcones y ventanas abiertas a un sol que aquella mañana, pese a seguir siendo fresca en Sevilla, brillaba con ganas. Varios recordaban a Asdrúbal como una persona amable, poco habladora y pacífica. De lo que pudiera haber sido de él, nada sabían.

Ponce tenía un número de teléfono suyo, el que su hermano Túbal había facilitado al comisario Castillo. Desde la mañana anterior lo había venido marcando a cada poco rato, sin resultado.

Volvió a teclearlo mientras esperaba a pie del local de «Artículos de Ocasión» a la unidad policial que acababa de solicitar a la comisaría sevillana. Tampoco esta vez Asdrúbal contestó a su llamada.

En cuanto se hubieron presentado los agentes sevillanos, y Ponce les hubo dado la correspondiente explicación sobre su presencia allí, uno de ellos procedió a cortar con una cizalla el candado de la persiana metálica.

Entraron a la prendería. El local, sin ventanas, estaba oscuro y cortada la luz. Con ayuda de las linternas de los móviles fueron viendo sillones cubiertos por sábanas y polvorientos grabados, cuadros de caza o paisajes, imágenes religiosas y desvencijados muebles.

Sobre un escritorio con vade de cuero había dos plumines con sus correspondientes tinteros, uno de tinta negra, el otro de tinta roja. A su lado descansaba una libreta de contabilidad. El inspector repasó velozmente sus listados en busca de algún asiento contable o referencia a una baraja de plata. No encontró nada, pero sí unos cuantos números de teléfono que se repetían como si fueran contactos habituales del dueño de la agenda. Junto a esos números no había nombres, aunque sí iniciales. Ponce, sin pensárselo, fue marcándolos uno a uno.

De las cinco llamadas que hizo le respondieron tres. Dos fueron mujeres y ambas se negaron a identificarse y a proporcionarle cualquier información.

El tercer interlocutor, sin embargo, no tuvo inconveniente en hacerlo. Se llamaba Sebastián Teral y se le presentó como chamarilero, natural de Dos Hermanas. Había trabajado con Asdrúbal recorriendo pueblos y comprando lotes de loza, aperos,

centenarios trillos y guadañas, bargueños, reclinatorios o relojes de pared que almacenaban y revendían en la tienda-almacén de Triana.

—¿Para qué quiere localizar a Asdrúbal?

Ponce repuso, mintiéndole, que lo buscaban para liberarle de una acusación de fraude. El chamarilero picó el anzuelo y le contó lo que sabía de Asdrúbal. Había tenido bastante relación con él y no guardaba mal recuerdo suyo, aunque hacía tiempo, un año o más, que no lo veía. Lo describió como un hombre «listo y educado, muy preparado en lo artístico». De su vida privada, sabía poco.

El inspector sabía algo más gracias a la llamada que el detective Florián Falomir había hecho por la mañana a la subinspector Zamora. Al parecer, el padre de Falomir, que también era anticuario, había trabajado con el padre de Asdrúbal, un emigrante de origen argentino llamado Zebulón Ugarte. Zebulón tenía conocimiento de la existencia de esas barajas de plata, e incluso había intentado hacerse con uno de los juegos. Al relacionar el apellido Ugarte con el de aquellos dos hermanos gemelos, Túbal y Asdrúbal, que, tanto por su edad como por los oficios que desempeñaban —restauración y venta de antigüedades— perfectamente podrían ser hijos suyos, los policías habían atado cabos.

¿Viviría Zebulón Ugarte en Sevilla? Según el detective Falomir, había residido en la capital hispalense y no era imposible que lo siguiera haciendo. Tan sencillo como consultar la vieja guía telefónica que había visto en el bar de al lado, pensó Ponce. Volvió a entrar a El Llanero y, en efecto, en las manoseadas páginas de aquella guía encontró el número de teléfono fijo y una dirección de Zebulón Ugarte Mencía.

Llamó. No fue Zebulón quien lo atendió, sino su mujer. Se llamaba Enriqueta.

—¿Es usted la madre de Asdrúbal Ugarte?

—Así es. ¿Qué desea?

Ponce le explicó brevemente las razones por las que estaban buscando a su hijo. Enriqueta le contestó que no podía ayudarlo, aunque quisiera hacerlo, porque nada sabía de Asdrúbal, salvo que vivía en Marruecos, en una ciudad de nombre imposible de recordar para ella. Tan solo muy de cuando en cuando, y siempre sin

avisarlos, los visitaba en Sevilla.

—Hará más de un año que no vemos a Asdrúbal. ¡Le echamos tanto de menos!

—¿Sabe usted, señora, si recientemente, en enero, su hijo Asdrúbal estuvo en Nueva York?

—No tengo ni idea, no lo creo… ¿Por qué me lo pregunta?

Mientras la escuchaba, Ponce estaba oyendo además, como en sordina, otras voces. Eran dos y ambas masculinas. Ajenos a la circunstancia de que un supletorio telefónico debía de estar abierto en otra habitación distinta, esos dos hombres conversaban a media voz. Ponce tenía un oído muy agudo, pero no lo bastante para distinguir sus palabras. Una de las voces parecía a la defensiva, como si estuviera encadenando excusas o ruegos. La otra era acuciante, imperativa.

En cuanto hubo colgado con la señora Enriqueta, Ponce se dirigió a su piso.

17:30

Los Ugarte vivían no lejos de la Giralda, en la plazoleta de Santa Marta, con un pequeño y encantador patio con naranjos que daba a un convento de clausura.

El inspector llamó a la puerta.

Le abrió la propia Enriqueta. Desconcertada por estar viendo en persona al policía con quien acababa de hablar por teléfono, su primera reacción fue impedirle pasar, pero Ponce irrumpió en el vestíbulo y, avanzando por el pasillo, fue abriendo una puerta tras otra.

Al fondo, en un dormitorio muy sencillo, un hombre parecía dormir vestido sobre una cama sin deshacer mientras otro fumaba en silencio en un rincón. En el que estaba en la cama creyó reconocer los rasgos de Asdrúbal Ugarte, que había memorizado de una foto suya. El otro…

—¿Es usted Zebulón Ugarte?

El fumador no asintió, no se movió ni reaccionó. Era viejo, con un rostro apergaminado y flaco. Apoyado contra la pared, miraba con ojos vivos a aquel intruso. Su mujer, Enriqueta, se había asomado a la puerta, sin atreverse a entrar.

—¿Están sordos?

Ponce despertó sin miramientos al hombre dormido.

—¿Y usted, sabe hablar?

Sabía, y también pronunciar su nombre: «Asdrúbal», confirmó incorporándose sobre la almohada. Lo hizo tan lenta y torpemente como si estuviera bajo el influjo de alguna droga. Sus pupilas estaban dilatadas y una extraña actitud, entre patética y risueña, parecía confundir su voluntad.

El inspector acercó una silla a la cabecera y empezó a lanzarle una pregunta tras otra. Aconsejado por su madre, Asdrúbal se mostró dispuesto a responder, si bien lo hacía de manera incoherente. Estaba viviendo provisionalmente con sus padres porque no le iban nada bien las cosas. Le debían dinero, deudas que le impedían abrir un nuevo negocio.

Ponce fue directo al grano. ¿Se había prestado a pujar en una subasta celebrada en Nueva York? Asdrúbal lo admitió, y también que no había cobrado aún sus servicios.

—¿Por qué razón?

—Porque a mi cliente no le da la gana.

—¿Quién es su cliente?

—Estoy obligado a guardar el secreto.

—No me hable de obligaciones, o me recordará que la más inmediata de las mías consistiría en registrar este piso en busca de la droga que a todas luces usted está consumiendo.

—Yo no consumo, inspector. Estoy con gripe, con el covid ese.

—Puedo distinguir un yonqui a un kilómetro. No se complique la vida, Asdrúbal, y deme el nombre de su cliente.

Desde el rincón donde seguía callado, Zebulón movió la cabeza de arriba abajo.

—Díselo, hijo, no le encubras más.

—Padre, yo no…

—Sebastián Salazar-Stewart —dijo Zebulón.

—¿El duque de Cazorla? —parpadeó Ponce. No se lo esperaba.

Zebulón se movió para coger un cigarro de la mesilla. Lo encendió y explicó con voz grave:

—Don Sebastián fue cliente mío durante muchos años. Fui yo quien le habló de esa baraja de plata y quien se la localizó. El duque me pidió que le representase en la subasta de Nueva York, pero yo

ya no estoy para viajes largos y decidí enviar a mi hijo Asdrúbal.

—¿Dónde está ahora mismo esa baraja de plata?

—No lo sé.

—¿En casa del duque, en Costa Ballena?

—Es posible, pero no lo sé, ya le digo.

—¿Para qué la quería?

—Tampoco lo sé.

Su papel, explicó Asdrúbal, se había limitado a apostar en la sala Medam's de Nueva York hasta los dos millones de dólares de que Sebastián Salazar-Stewart le había permitido disponer, y que se vio obligado a apurar porque le salió un competidor que había ido igualando las apuestas. ¿Quién era? Asdrúbal no llegó a saberlo. Cumplida su misión, había abandonado Nueva York y entregado personalmente la baraja de plata al duque.

—¿Dónde tuvo lugar la entrega? —quiso saber Ponce.

—En el aeropuerto de Jerez.

—¿Cuándo, exactamente?

—Déjeme recordar. Volví de Nueva York el 10 de enero y dormí en Madrid. Pues al día siguiente.

—¿Desde ese día ha vuelto a saber algo de la baraja?

—No, y tampoco del duque.

—Yo sí he intentado ponerme en contacto con él —dijo Zebulón —. Ni siquiera me ha contestado. Sentimos no poder ayudarle más, inspector, pero quedamos a su disposición. Nos gusta colaborar con la Policía.

—No se mostraba tan colaborativo cuando delinquía. Tiene usted antecedentes, Zebulón, lo he comprobado.

—Cometí un error y pagué por ello.

—Falsificó obras artísticas.

—No dudo que tendrá usted información de mi pasado, pero tampoco dude usted de mi actual honestidad, ni de la de mis hijos.

—¿Hijos? Ah, claro… ¿Se refiere a su otro gemelo, a Túbal? Sé que trabaja en Cádiz con el profesor Enrique Feduchy. Mi comisario les hizo una visita en su domicilio gaditano. Al parecer, el profesor Feduchy también sabe muchas cosas de esa baraja de plata.

—Enrique Feduchy es un viejo conocido mío —se limitó a comentar Zebulón—. En nuestro negocio nos conocemos todos.

—Por lo visto, también el profesor había andado detrás de la

baraja de plata.

—En todo caso, llegó tarde.

—Y ahora su propietario es el duque de Cazorla.

—En efecto. Si quiere saber algo más de esa baraja, deberá preguntarle a él.

—Me temo que voy a tener que volver a su residencia de Costa Ballena. ¿Querrían acompañarme? —les ofreció irónicamente el inspector—. Así podrán exigirle delante de mí el pago de su comisión, y hasta puede que cobren.

—Nos tiene prohibida la entrada —se lamentó Zebulón—. No descarto demandarle, si no se aviene a razones. Nosotros cumplimos con nuestra parte, pero él no.

—Una última pregunta, Zebulón. ¿Por qué le interesaba a usted la baraja de plata?

—Por dinero.

—¿Por nada más?

—Quizá por su… singularidad.

—¿Esa era la razón por la que le interesaba al duque? ¿Por su valor artístico?

—Con los ricos nunca se sabe.

18:00

Una llamada de Ponce desde Sevilla agilizaría el próximo movimiento de la Policía. Por teléfono, el inspector informó al comisario Castillo:

—Asdrúbal Ugarte fue el testaferro de la subasta. Pujó en Nueva York hasta esos dos millones de dólares. Lo hizo en nombre del duque de Cazorla, Sebastián Salazar.

—¿Es el duque, entonces, su verdadero dueño, y quien tiene la baraja de plata?

—Según Asdrúbal, se la entregó en mano en el aeropuerto de Jerez el pasado 11 de enero.

Apenas hubo colgado con Ponce, Castillo hizo una llamada a la residencia de Costa Ballena, habló con el duque en persona y le pidió que lo recibiera en el acto.

Acto continuo, convocó a Macarena para que lo acompañara a Costa Ballena. La subinspector estaba terminando de interrogar a

Eulalia y le pidió diez minutos.

A partir del momento en que Macarena y él arrancaron el coche tardaron bastante más en llegar a la residencia ducal que los veintitantos o treinta minutos que en condiciones normales les habría costado.

La causa de su retraso fue una huelga. Trabajadores de Astilleros en paro habían cortado varios carriles del puente, obligando a ralentizar la circulación. Entre piquetes con pancartas alusivas a la falta de contratos y a la «inacción y corrupción del Gobierno», los coches circulaban a diez por hora. Un pelotón de antidisturbios se estaba preparando para intervenir.

Aprovechando el forzoso parón, Macarena se dispuso a relatar al comisario en qué había consistido lo que ella consideraba una «confesión» de Eulalia Gracia Montero. La mujer había dormido un poco y se había despertado algo más tranquila, aunque bastante confusa aún. Macarena la había interrogado con mucha calma. El premio a su estrategia había llegado tras una fase de nulo interés. De repente, sorprendiéndola, Eulalia admitió «haber cogido prestado» un naipe en la biblioteca del duque Salazar-Stewart.

—Estando Eulalia sola en esa estancia —siguió contando Macarena—, limpiando, se dio cuenta de que habían olvidado activar la alarma. Abrió los cajones donde se guardan colecciones de arte y pudo ver una refulgente baraja de plata. En aquel instante, según sus propias palabras, se le ocurrió «la irresistible idea» de coger una de esas cartas.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace una semana.

—¿Justo antes de que la despidieran?

—Exactamente.

—¿Por qué se le ocurrió hacerlo? ¿Por qué cogió Eulalia un naipe de la baraja?

—Para regalárselo a una chica.

—¿A Casilda?

—No dijo el nombre, pero sí que le recordaba a otra chica.

—¿A Manuela Olivares? ¡Esa era mi tesis! —se aplaudió Castillo a sí mismo—. ¿Se la entregó a modo de advertencia, de amenaza…?

—Me dijo que quería hacerle un regalo.

—¿Para conjurar su antigua culpa criminal?

—No lo sé… Yo diría que Eulalia está muy enferma. Su cerebro no funciona bien. Es una adicta, física y mentalmente muy deteriorada. Unido al consumo de alcohol y de drogas, el recuerdo de la culpa de aquel crimen cometido de adolescente sigue alterando su personalidad y deformando su percepción de la realidad. En cuanto algo le hace asociarse con su sanguinario pasado entra en una nueva fase de estrés que acelera y confunde sus actos.

—Es lo que diría Martín Reina —sonrió el comisario—. Con este caso todos nos estamos volviendo un poco psicólogos.

—Eulalia añadió algo importante. Durante la fiesta de cumpleaños en el Pico de Oro, cogió el móvil de Casilda y lo metió en esa cubitera.

—¿Por qué?

—Quería escondérselo, me dijo.

—¿Para qué?

—Porque quería tener algo suyo. Además de un conflicto de índole psicológico, tengo la impresión de que todo esto es como un puzle con todas las piezas desordenadas.

—Sí, también yo tengo esa impresión. ¿Qué más te contó o te confesó Eulalia, Maca?

—Le pregunté si, al estar ella sola en la biblioteca del duque, delante de la baraja de plata, pensó en coger no una carta cualquiera, sino concretamente la sota de espadas. Tal como.

—¡Tal como diez años atrás había hecho con Manuela Olivares! ¿Qué te repuso?

—Que la sota de espadas «daba mala suerte».

—El rey de espadas, ¿no?

—De ese rey me dijo que era «justo y bueno».

—Tal vez Martín Reina descubra algún simbolismo entre esas dos cartas, la sota y el rey de espadas, y sus posibles asociaciones en la cabeza de Eulalia. Podríamos consultarle.

—Ya lo hice.

—¿Has hablado con Reina? ¿Y qué te dijo?

—Que perfectamente podría existir una vinculación entre ambos naipes, la sota y el rey de espadas.

—Lo mismo habría podido responderte yo sin conocimientos de psiquiatría. Pero ¿la pareja de cartas ha sugerido a Reina algún tipo

de simbolismo concreto?

—Martín me explicó que reyes, caballos y sotas han estado vinculados desde su origen al elenco de figuras de la baraja española. En determinados períodos iconográficos se les sumó, con diversas figuraciones e imágenes, el as, pero finalmente la representación de los ases acabó reduciéndose al símbolo de sus respectivos palos. De las tres figuras clásicas, la que ostenta la corona y, por tanto, el poder, es el rey. Los caballos o caballeros están a su servicio y sirven en su corte, siendo de suponer que nombrados por el propio rey. La sota, paje o doncel aspiraría un día a ser nombrada caballero, pero de momento sigue ocupando el escalón más bajo en la corte real.

—¿La sota es masculina o femenina, Macarena?

—También le formulé a Martín esa misma cuestión, por si podría abrirnos la puerta a otra interpretación. En principio, la figura de la sota sería masculina, pero de ella ha emanado siempre una cierta y efébica ambigüedad. Nada tiene la dulce sota del caballero representado como rampante guerrero, y sí mucho de la sumisión de un sirviente o doncella que, en un momento determinado, no rechazaría compartir el lecho real. La mayoría de los jugadores de guiñote creen que las sotas son damas.

—¿Damas que, al cantar las veinte o las cuarenta, se unen a los reyes en calidad de… esposas o amantes? En todo esto parece haber un trasfondo sórdido, mórbido, de origen sexual… Algo así como una retorcida perversión… ¿De dónde viene la palabra «sota», Macarena, lo sabes?

—Martín me lo dijo. Del latín «*subtus*».

—¿Y significa?

—«Debajo». Por lo general, se aplicaba en un sentido espacial a la parte subterránea de la *domus* romana, a las bodegas, a los sótanos…

—¿También a las oscuridades del subconsciente? —apuntó Castillo.

Macarena no contestó. Ambos quedaron en silencio unos segundos, como proyectando al vacío sus posibles teorías sobre el caso. El comisario añadió:

—Si es verdad que Eulalia robó ese rey de espadas y se lo hizo llegar a Casilda quiere decir que la conocía, que tenía algún trato

con ella o confianza como para entregarle un sobre en mano. Obsequio que Casilda aceptó, o no lo habríamos encontrado en su habitación de la calle Desamparados.

—Porque no tiene ningún sentido que alguien, al margen de Casilda, pusiera ese sobre en su buzón, ¿verdad?

—¿Quién podría haberlo hecho? ¿Su madre? ¿Para qué?

—O su tío Horacio.

—¿Por qué iba a hacerlo? No le encuentro ningún sentido, Macarena. De que Eulalia y Casilda se conocían no hay duda. Otra cosa es el tipo de relación que hubiera entre las dos. Sabemos que en la noche del viernes estuvieron juntas en ese *pub* del paseo Marítimo, el Pico de Oro. Casilda como anfitriona de su fiesta de cumpleaños, Eulalia como camarera. La coincidente presencia de ambas no pudo ser casual. Debe de tener un significado, obedecer a un motivo… ¿Cuál?

—¿Privarla de su teléfono móvil?

—Tal vez.

—¿Sería Eulalia quien, en un descuido de Casilda, le quitase el móvil?

—¿Y para qué lo haría, Macarena?

—¿A fin de que Casilda no pudiera servirse de él ni avisar a nadie para que acudiera en su auxilio cuando, al terminar la fiesta, y antes de llegar a su casa, alguien la secuestró o atacó?

Finalmente, los antidisturbios estaban logrando despejar los piquetes y pudieron pasar el puente. Macarena siguió conduciendo rápido y en silencio hasta Costa Ballena. Entre secuoyas y ceibas, como un sello de distinción y prosperidad, tres grandes eses mayúsculas entrelazadas sobre la hermosa verja les indicaron que habían llegado a la residencia ducal.

19:00

Al cruzar aquellos opulentos jardines que iban a morir al mar, Antonio Castillo recordó su primera visita. Ya entonces le pareció —volvía a parecérsela ahora— una de esas fastuosas residencias que solo se veían en las revistas. Su enorme terreno limitaba al sur con la bahía. «Mi cortijo de playa», solía presumir don Sebastián.

Humberto Caralt, su secretario, los recibió e hizo pasar a la

biblioteca. De planta circular, tenía un techo de cristal por el que la luz natural entraba a raudales. Cientos de libros se ordenaban en estanterías del suelo al techo. Herméticas vitrinas de acero y vidrio exhibían joyas y objetos relacionados con la náutica, la cartografía y la arqueología submarina: monedas, ánforas, astrolabios…

Al estudio entraron el duque, la duquesa, y dos de sus hijos, a quienes su padre procedió a presentar: Alejandra y Bernardo. Ni Macarena ni Antonio Castillo los conocían personalmente, pero ambos gozaban de cierta popularidad debido a sus actividades sociales y a su presencia en los medios de comunicación. Alejandra, relacionada con el mundo de las ferias, los caballos o las bodegas, les pareció una mujer muy frívola. Bastante mayor que ella, Bernardo, en cambio, ofrecía un aspecto más serio y discreto.

A ojos del comisario, don Sebastián no había cambiado apenas. Si acaso, engordado un poco. Cumplidos de largo los setenta, al duque no se le acusaban los estragos de la edad. Su espalda no estaba encorvada ni caídos sus hombros. Su cintura no se había ensanchado y apenas se marcaban arrugas en su rostro curtido por el sol y los vientos de la bahía.

—Me alegro de volver a verle, comisario.

—Y yo a usted, señor duque.

—La última vez me fue de gran utilidad. Recuperó aquel par de Sarasquetas que me había sustraído un empleado infiel. Con ellas he seguido cazando desde entonces, y fallando pocos tiros, créame.

—Sin olvidar mis joyas, que también lograron recuperar —añadió la duquesa.

—Ahora puedo confesar la verdad a la Policía, querida. Muchos de esos pedruscos ni siquiera recordabas tenerlos. ¡Y eso que te los había regalado yo!

—Confiemos en volver a serles útil en esta ocasión —sonrió Castillo.

El capítulo de cortesías acababa de cerrarse y el tono de Castillo cambió.

—En aquella oportunidad les fuimos útiles porque denunciaron el robo. Ahora, sin embargo, no lo han hecho, ¿por qué, señor duque?

—Muy sencillo, comisario, porque ignorábamos que nos hubiesen robado nada. De hecho, yo acabo de enterarme por su

llamada. La ladrona ha sido la tal Eulalia, ¿verdad?

—Así es.

—¡Quién iba a pensar…! Pero ¿cómo se nos pudo colar en el servicio doméstico? Con tu recomendación, ¿no, Elena? —reconvino don Sebastián a la duquesa.

—¡No me eches la culpa, Sebastián! Esa muchacha vino avalada por el Centro de la Mujer. Ya antes habíamos contratado a otras chicas de la misma o parecida procedencia y jamás nos robaron nada.

—Nuestra presencia aquí —intentó Castillo centrar el tema— obedece al robo, por parte de su empleada Eulalia Gracia Montero, de un naipe de una baraja de plata de su propiedad. Háblenos de esa baraja, señor duque.

En una primera reacción, el aristócrata no pareció inclinado a dar explicaciones. Su hijo Bernardo tomó la palabra en su lugar.

—Como miembro de esta familia y editor de un periódico tengo la obligación de preguntarle, señor comisario, si la diligencia que están ustedes practicando en nuestra residencia guarda relación, además de con un robo, con la muerte, ayer, de una mujer en una playa de Cádiz. En nuestra edición de *La Crónica* de hoy hemos dado la noticia, no sé si la habrá leído.

—No he tenido tiempo.

—Mis reporteros —insistió Bernardo— están investigando el suceso, pero hasta el momento no han encontrado nada que relacione la muerte de esa adolescente con mis padres, con mis hermanos o conmigo. Por eso, señor comisario, me siento autorizado a manifestarle mi extrañeza, y al mismo tiempo inclinado a rogarle que nos dé una explicación.

—¿Una explicación de qué?

—De su presencia.

—Con mucho gusto, pero no antes de verificar si esa baraja de plata existe y si se encuentra aquí. En cuanto a la vinculación del juego de cartas con Casilda López Manso, la muchacha fallecida ayer, está, se lo adelanto, fuera de duda.

—¿Podría ser más explícito, comisario?

—No. ¿Han comprobado si en su baraja de plata falta una carta?

Don Sebastián asintió imperceptiblemente.

—¿El rey de espadas?

El duque se dio una palmada en la frente.

—¡Culpa mía por no haber tomado las debidas precauciones! ¿Para qué encargar un sistema de seguridad tan sofisticado si luego me olvido de activarlo?

—Muéstrenos la baraja —le exigió Castillo.

El duque se acercó a una de las vitrinas, tecleó una clave electrónica y procedió a abrir uno de los cajones, también de acero. En su interior, sobre un lecho de terciopelo, ordenadas sus cartas por palos y números, apareció una baraja plateada con reflejos dorados. Pero no estaba completa, con sus cincuenta y dos reglamentarios naipes. Faltaba uno. Macarena y Castillo observaron el juego pieza por pieza, pero el duque solo parecía mirar el hueco dejado por la carta robada.

—¡Está incompleta! —se lamentó—. ¡Basta la falta de una sola carta para que la baraja no valga nada…! ¡Y yo que quería regalársela al rey!

—¿A don Felipe? —preguntó Macarena.

—A la princesa Leonor, heredera del trono de España.

—¿Con qué propósito?

—Con el de recuperar para la Corona un bien artístico adquirido por Carlos IV pero que, por distintos avatares del destino, había dejado de pertenecer a la monarquía española.

—Y para restituírsela se ha gastado usted dos millones de dólares en una subasta en Nueva York —afirmó Castillo; el duque no lo negó—. No conozco a muchos españoles capaces de hacer semejante sacrificio por sus reyes.

—Estaría dispuesto a mucho más, comisario. Sobre todo, en épocas como la actual, cuando tan ladinamente se cuestiona la monarquía.

—Si tan nobles y transparentes eran sus intenciones, ¿por qué utilizó un testaferro? ¿No podía haber pujado usted mismo en Nueva York?

—Era parte del secreto con que quería llevar la operación, evitando toda publicidad a fin de sorprender a los reyes. Sus Majestades tienen previsto asistir a nuestra regata de primavera, fecha en la que les habríamos hecho entrega de la baraja, pero ahora…

Don Sebastián se quedó mirando con tristeza hacia la bahía azul.

A través de los ventanales, Macarena y Castillo pudieron ver cómo desde el embarcadero privado, el tercero de los hijos de los duques, Álvaro Salazar-Stewart, saltaba de la popa de un velero y se dirigía hacia la casa caminando velozmente por el césped.

—Somos muy fieles a la Casa de Borbón —proseguía perorando el duque—. Puedo enorgullecerme de mantener, además de lazos familiares, amistad personal con el rey Juan Carlos, a quien España jamás agradecerá bastante lo que ha hecho por nuestra patria. Mi relación con Su Majestad Felipe VI es también excelente. Ya estuvo en nuestra casa, siendo príncipe, y esperamos volver pronto a disfrutar de su presencia con la reina Letizia, quien.

Castillo lo interrumpió:

—Me gustaría hablar con su hijo Álvaro.

Alejandra advirtió a su padre:

—No te molestes en avisarle, papá. Yo misma acabo de hacerlo con un wasap, informándole de lo que está pasando aquí.

Debía de ser cierto porque, en breves segundos, Álvaro hizo su entrada a la biblioteca. Se quedó mirando retador a los policías e ironizó:

—¿De vuelta por aquí, comisario? ¿A qué se debe tanta atención por su parte?

—Estamos investigando un caso —fue la seca respuesta de Macarena.

—¿Un crimen?

—Tal vez —dejó caer Castillo.

—¿Y de nuevo —saltó Álvaro— han vuelto a pensar que uno de nosotros podría haberlo cometido? ¿Por quién se inclinan ahora con mayor preferencia, por mi padre, por alguno de mis hermanos o por mí?

Castillo le replicó:

—¿Dónde estuvo usted la noche del sábado, Álvaro?

—¡Ah, ya veo que vienen a por mí! Como la otra vez, ¿recuerda, comisario? ¿Se le ha olvidado? A mí no, porque intentó colgarme la desaparición de una adolescente, de Elisa Alsina. ¡Qué vergüenza!

—No ha contestado a mi pregunta.

—Ni pienso hacerlo si no es en presencia de mi abogado. Por cierto, ¿ha traído una orden judicial?

—Alvarito… —le llamó la atención el duque.

—Haga caso a su padre y cálmese —le aconsejó Castillo—. Si les hemos solicitado una entrevista ha sido para aclarar qué ha podido pasar con una carta robada de la baraja de plata que, al parecer, su familia se proponía regalar a nuestros reyes.

—No deberías darles tanta información, papá —protestó Álvaro —. El señor comisario y sus intrépidos policías son expertos manipuladores. Ya intentaron culparme una vez de secuestro y tal vez de asesinato… Por lo que estoy viendo, regresan hoy con las mismas o peores intenciones. No recuerdo si el ministro del Interior sigue siendo el mismo con quien me vi obligado a hablar entonces, pero mucho me temo que deberé presentar otra queja por acoso policial.

—¡Alvarito, por favor! —lo amonestó el duque—. Sigan haciendo su trabajo, comisario, no se lo impediremos.

—Tampoco yo, porque a partir de ahora no me volverán a ver el pelo. ¡No abusen de nuestra buena fe! —Alzó un índice hacia Castillo, le dio orgullosamente la espalda y se dirigió a la puerta. Sus hermanos y su madre salieron con él.

Con expresión agotada, el duque tomó asiento en una butaca. De pronto parecía mucho más viejo. Indicó a los policías que se sentaran y trató de justificar a su hijo:

—Sabrán ustedes disculpar su juventud. Álvaro tiene demasiado temperamento. Es muy celoso de nuestro buen nombre.

—No tiene mucho que ver con su otro hijo —observó Macarena.

—¿Con Bernardo? ¡Desde luego que no! Realmente, no se parecen en nada… Aunque quizá también Bernardo sea un romántico, a su manera. ¿Saben? Cuando hace veinte años Bernardo me propuso poner en explotación una de nuestras fincas, llamada El Cabezal, a base de un régimen de mediería con opción al acceso a la propiedad por parte de los peones me llevé las manos a la cabeza, pero hoy podemos hablar de éxito. Las tres mil hectáreas de esa finca que permanecían incultas se han transformado en un vergel. Según constaba en los acuerdos con la peonada, dos terceras partes de la finca acaban de pasar a las mismas manos que las han cultivado durante un cuarto de siglo. Nosotros hemos mantenido la propiedad de mil hectáreas, pero en las otras dos mil, donde antaño se extendía tierra yerma, prosperan hoy invernaderos y frutales. Entre los de nuestra clase, mi hijo Bernardo ha sido tachado de

traidor, anarquista y no sé cuántas cosas más, pero ha salido airoso de sus grandes apuestas y convencido a más de uno, entre los que me cuento, de la necesidad de hacer cambios.

—¿Qué opina de todo eso su hermano Álvaro?

—Exactamente lo contrario. Álvaro es mucho más tradicional. Su visión es poco innovadora.

—¿Y la suya, señor duque? —se animó a preguntarle Macarena.

—La mayoría de los ciudadanos de a pie no podrían comprenderla.

—¿A qué se refiere?

—Al peso de nuestros blasones, inspectora.

—Gracias por ascenderme.

—Será porque lo merece… —rio el noble—. Sé perfectamente que la aristocracia tiene mala fama en esta España mal llamada democrática, donde se nos considera una especie en extinción, o a extinguir, pero todavía estamos en disposición de prestar grandes servicios a nuestra patria.

—Volvamos a su último servicio —se armó de paciencia el comisario—. Consistente, por lo que nos ha contado, en recuperar una joya histórica, una baraja que perteneció a los Borbones y que usted ha pagado de su propio bolsillo, pero guardando el anonimato y confiando el papel de testaferro suyo a un hombre llamado Asdrúbal Ugarte.

—¿De dónde procede su información?

—De distintas fuentes. De los Orlov, la familia rusa propietaria de la galería Medam's, y de Zebulón, padre de Asdrúbal. ¿Qué nos puede contar de los Ugarte?

Don Sebastián admitió que Zebulón había sido un colaborador suyo en materia de tasación y restauración de objetos artísticos, y añadió:

—No necesitan saber mucho más. No hay nada oculto, ninguna doble intención, nada extraño en relación con la baraja de plata. Me enteré por Zebulón de su existencia y me hice con ella para regalársela a Sus Majestades como prueba de mi fidelidad y amor a la Corona. Si una de mis empleadas ha robado una de sus piezas, que pague su culpa y se me restituya el naipe.

—Tenemos ese rey de espadas —lo tranquilizó Castillo—. La Policía Científica está terminando de analizarlo porque puede

tratarse de una prueba. No se inquiete, don Sebastián, podrá usted obsequiar la baraja completa a doña Leonor de Borbón.

—¡Qué alegría! ¿Un jerez para celebrarlo?

—Debemos marcharnos.

—Tengo un oloroso…

—Gracias, señor duque.

—A usted, comisario. Ya no necesitarán volver, ¿verdad? Mi esposa se pone muy nerviosa, y no digamos Alvarito.

21:00

En cuanto hubieron regresado a comisaría, Macarena y Castillo se dirigieron a las dependencias del sótano utilizadas como calabozos.

Propiamente no existían como tales. Se trataba de simples salas cuyas puertas habían sido reforzadas con cerraduras de seguridad.

Normalmente permanecían vigiladas, pero en aquella tarde de domingo, y dado que no había ningún otro detenido más, tan solo aquella toxicómana, Eulalia Gracia Montero, no había ningún agente al cargo del área.

De haberlo previsto, y de haber, previamente, procedido a un registro personal, quizá se habría podido evitar la escena con la que el comisario y la subinspector se encontraron al entrar: Eulalia tendida en el suelo con un frasco de píldoras vacío junto a su mano yerta. Se arrodillaron junto a ella, comprobaron su pulso, su respiración…

Estaba muerta.

TERCER DÍA

Lunes 17 de febrero

9:00

Después de una larguísima madrugada en completo insomnio, a las nueve de la mañana del día siguiente un demudado Antonio Castillo acababa de entrar en comisaría e instalarse en su despacho —para precipitarse al cajón de su escritorio en busca de un habano que le calmara los nervios—, cuando el inspector Felipe Ponce le comunicó que Horacio Manso estaba a punto de presentarse.

—Íbamos a citarle a declarar de nuevo, ¿recuerda, señor? Le llamé ayer y me respondió afirmativamente. Perdón —le había entrado un wasap—. Acaba de llegar, me dicen.

—Hágale esperar.

Solo en su despacho, Antonio Castillo volvió a releer la primera declaración que Horacio Manso había hecho a sus hombres en la Playita de los Dados, junto al cadáver de su sobrina Casilda. Según su versión, sobre las ocho y media de la mañana del sábado se hallaba tomando café en la plaza de la Catedral cuando alguien comentó en voz alta que el mar acababa de expulsar el cuerpo de una mujer. Movido por la curiosidad, Horacio se acercó al paseo Marítimo y vio el cadáver tendido en la arena. Al no poder acercarse, debido al cordón policial, había utilizado uno de los tomavistas panorámicos. A través de su lente había reconocido a su sobrina. Avisó por el móvil a su hermana Adela, quien se presentó corriendo. Bajaron a la playa y ambos identificaron, ya muerta, a su hija y sobrina Casilda.

A continuación, el comisario leyó, también detenidamente, el currículum laboral de Horacio Manso, que le habían adjuntado en un apéndice. Tenía sesenta y cuatro años, era gaditano de nacimiento y aparejador de profesión. En el año 1989 había

ingresado por oposición en el Ayuntamiento de Cádiz. Su carrera profesional había discurrido en el departamento de Urbanismo del consistorio gaditano. A las órdenes de sucesivos arquitectos municipales había participado en toda clase de obras públicas, viviendas municipales, colegios, teatros… Técnicamente estaba considerado un buen profesional. Desde el punto de vista disciplinario no se le había incoado expediente alguno. Llevaba una trayectoria sin incidentes ni quejas hasta que su salud se vio afectada en el 2014 —precisamente, recayó Castillo, el año de la primera de las desapariciones, la de Carmela Moreno—. A partir de entonces —febrero del 14—, se le habían diagnosticado cuadros de ansiedad y episodios depresivos. A finales del 2019, un trastorno más severo lo obligó a pedir la baja, que enlazaría con su jubilación.

A los informes del servicio médico municipal, el inspector Ponce y Martín Reina habían agregado el diagnóstico del psiquiatra, Félix Muñoz, que lo había tratado. Muñoz había sido profesor de Reina, con quien seguía manteniendo una buena relación, por lo que a este le resultó fácil acceder a él y consultarle. De palabra, Muñoz había aportado datos lo bastante relevantes como para que pudieran formarse una idea de la personalidad de Horacio, que apuntaba a la bipolaridad.

Según Félix Muñoz, en Horacio parecían habitar al menos dos mentalidades bien distintas: la más apocada, retraída o tímida que solía ofrecer al trato corriente y otra más impetuosa y decidida, la de un hombre resuelto, con un punto de agresividad y actitudes y pensamientos dominantes. La convivencia entre ambas personalidades, que cada vez se superponían con mayor frecuencia, había provocado en su ámbito laboral escenas desagradables, recomendando Muñoz para su tratamiento una pauta farmacológica y una terapia específica, a la que Horacio había faltado.

El comisario cortó la punta a su habano y lo prendió con un cerillón dejando perderse su mirada en las volutas de humo. Demoró la primera fumada, pero cuando aspiró el humo lo hizo tan ansiosamente que le entró un mareo. La nicotina actuó sobre su mente trasladándola lejos, hasta un lugar donde no había muertes, desapariciones ni dementes con doble personalidad.

Un paraíso demasiado hermoso para un policía, pensó.

Tanto, que no podía existir.

9:15

Castillo salió de su despacho y entró en el del inspector. El tío de Casilda estaba sentado de espaldas.

—Gracias por venir, señor Manso.

—El gusto es mío, señor comisario.

—Estamos haciendo todo lo posible por esclarecer la muerte de su sobrina Casilda.

—Lo sé y se lo agradezco.

—Tal vez usted pueda ayudarnos. Para eso le hemos convocado.

—Estoy a su entera disposición.

—Haga el favor de seguirme.

Salieron del despacho de Ponce y entraron a una de las salas de interrogatorios. Era pequeña, asfixiante. Una mesa metálica y cuatro sillas componían el mobiliario.

Castillo indicó:

—Tome asiento.

—Pregúntenme lo que quieran —se ofreció Horacio con su estridente voz.

—Vamos a grabar esta conversación —le advirtió Castillo.

—¿Hay cámaras…? —Horacio miró a ambos lados, asustado.

—¿Tiene inconveniente?

—Yo…

—Empecemos —apremió el comisario—. Inspector, cuando quiera.

Ponce se pasó la mano por el cabello corto y duro.

—Háblenos de su relación con su sobrina Casilda, señor Manso.

—¿A qué se refiere?

—A sus vínculos afectivos.

—No sé si le comprendo bien…

—Pues está muy claro, señor Manso. Me refiero al tipo de relación que había entre ella y usted. Cuándo y dónde se veían y cuáles eran sus sentimientos hacia ella.

«¡Qué tipo más raro!», estaba pensando el comisario. Físicamente, Manso era muy poca cosa. Bajito y flaco, tan menudo que sus zapatos apenas rozaban el suelo. Su expresión era humilde, como de timidez congénita, pero su mirada no comunicaba nada. «En vez de ojos tiene como dos agujeros negros en la cara», siguió

pensando Castillo mientras Ponce y él le oían decir en presente, como si Casilda estuviera tan viva que de un momento a otro pudiera entrar por la puerta:

—Suelo ver a mi sobrina en casa de mi hermana Adela, aunque a veces se me presenta sin avisar en el piso de Candelaria. En Navidades…

—Centrémonos en las últimas semanas —lo situó el inspector—. Mejor, en los últimos días.

Horacio no contestó. Había bajado la cabeza y cerrado los ojos como si estuviera agotado.

—¿Qué significaba usted para su sobrina? ¿Algo más que un mero pariente?

Horacio levantó la cabeza, pero no abrió los ojos. Manteniendo los párpados fuertemente cerrados, dijo:

—Me gustaría pensar que soy como un segundo padre para Casilda. Cercano. Cariñoso. Nuestra relación, si no íntima, pues los adolescentes solo intiman con otros adolescentes, está llena de confianza y amistad.

Castillo y Ponce se miraron sin poder disimular su estupor. Ninguno de los dos había dejado de observar que, al referirse a Casilda, Horacio seguía expresándose en presente.

—La he visto crecer —prosiguió Horacio; su aguda voz se estaba agravando, un tono más ronco la oscurecía—. Durante el último año, Casilda ha cambiado mucho. Se ha desarrollado corporalmente, aproximándose a su definitivo formato de mujer. —(Este comentario llamaría la atención de Martín Reina. En su informe, el psicólogo destacaría que Horacio se refiriera a Casilda «como a un objeto estandarizado»).

Bajo el flequillo de su blanca melena, la mirada de Horacio se clavó en Ponce irradiando algo así como una fanática determinación. Su tórax se abombó y sus brazos se separaron en una posición defensiva, como para repeler un ataque. Castillo sintió un escalofrío. Su instinto le dijo dos cosas: que aquel individuo no era quien aparentaba ser y que sabía algo más.

El inspector le volvió a preguntar:

—¿Qué hacían Casilda y usted cuando quedaban? ¿Dónde se veían? ¿Quedaba ella con usted o usted con ella? ¿Se citaban en su casa?, ¿en casa de ella…?

¿Paseaban?, ¿iban al cine?

—Nos gusta sentarnos a comer altramuces.

—¿Perdón? —se ofuscó el inspector.

—Los altramuces la vuelven loca. —(El psicólogo anotaría: «Una y otra vez, Horacio habla de su sobrina Casilda en presente. Más que como si se resistiera a aceptarlo, como si no supiera que ha fallecido»)—. Ese vicio suyo y mío —continuó Horacio—, nos convierte en cómplices.

—Perdone —intervino el comisario—. ¿Qué vicio?

—Se lo acabo de decir, ¿no me han oído? —El tono de Horacio era provocador, amenazante su expresión—. ¡El vicio de comer altramuces! Desde niño, yo me he atracado de altramuces, a pesar de que me provocan acidez y de que sus pellejos se me enredan entre los dientes. Antes había vendedores de altramuces por todas partes; hoy en día, en cambio, quedan muy pocos. Nosotros compramos los altramuces en el ultramarino de Dalmi, en la plaza de la Candelaria, cerca de mi casa.

—¿Nosotros?

—Cas y yo.

—¿Así llamaba usted a su sobrina? ¿Cas?

—No me gusta, pero a ella sí… Como les decía, antiguamente podían comprarse altramuces por la calle, y también camarones, cañaíllas, bocas de la isla, cangrejos. ¡Recuerdo los crujidos de sus pinzas, la duda de qué se habría partido, si el caparazón o la muela de uno!

En ese instante se produjo otra brusca mutación en Horacio, como si alguien muy distinto a él lo hubiese sustituido definitivamente. Su voz se agravó todavía más, pero tampoco logró dar sentido a sus frases porque siguió diciendo cosas tan absurdas como:

—Cuando era niño y me llevaban al paseo de Canalejas para ver las marionetas de Chacolín, me compraba un corte de tres sabores: nata, fresa y chocolate. ¡Lástima que Casilda no llegase a ver aquel guiñol! ¡Le habrían encantado las aventuras de Chacolín!

«¿Chacolín?». Una alarma, como si hubiese vuelto a sonar la campana de su clase llamando al recreo y los alumnos gritaran al salir al patio resonó en la memoria de Antonio Castillo recordándole su infancia, las clases de geografía y latín, el sabor de los

altramuces, de los helados de corte y —¡también!— las marionetas de Chacolín.

—Armado con su estaca de madera —continuaba relatando Horacio; tenía los ojos brillantes y arrebolado el rostro—, Chacolín golpeaba, ¡clac-clac!, las cabezas de los malvados que habían secuestrado a la princesa Luzmilita. La relación entre ellos era casta, inocente, romance puro, sin mácula. Cuando por fin lograba rescatar a la princesita de sus captores, Chacolín la besaba en las mejillas, ¡muac-muac! ¡Era nuestro paladín! En su lucha contra el mal, para enfrentarse a sus abyectos servidores, la Bruja Candileja, el Pirata Barba Azul, el Lobo y el Dragón, Chacolín contaba con la ayuda de Tontilón.

«¿Tontilón? ¡Otro personaje de aquel guiñol infantil!», explicaría después el comisario. A Castillo no se le había escapado la referencia al secuestro de la heroína, la joven Ludmilita. Si aquel episodio había sobrevivido en la memoria de Horacio, ¿podía deberse a que algún hecho del presente lo hubiese actualizado? La memoria de Castillo, por lo general tan mala, fue sorprendentemente capaz de reproducir la imagen de Tontilón, el pequeño confidente y escudero de Chacolín, con su liso cráneo, su chata nariz y aquel camisón o hábito, como de novicio, con que se cubría. Tontilón. Entre las brumas de sus recuerdos infantiles, Castillo volvió a vislumbrar, como dentro de un sueño, el teatro de guiñol que en los años sesenta, siempre en agosto, se montaba en el antiguo paseo de Canalejas, junto al muelle, con sus rojos cortinajes y sus telones de sombríos castillos y embrujados bosques. Decenas de hileras, cientos de niños sentados en sillas de tijera chillaban y aplaudían con las proezas y peligros de Chacolín. En el bochorno de aquellos atardeceres veraniegos, barquilleros con camisas blancas y dorados crucifijos en sus morenos pechos recorrían el paseo ofreciendo helados y rodajas de coco. Las palmeras y yucas integraban un bosque con los mástiles de los barcos que asomaban sobre las verjas del muelle. Se oía reír a las chiquillas que revoloteaban con sus faldas de colores vivos. ¿Sería aquello la felicidad? Seguramente, pero también el miedo cerval porque cuando la Bruja Candileja o el Lobo asomaban al otro lado del escenario dispuestos a atacar a traición a Chacolín…

—¡Los niños gritábamos despavoridos! —En la sala de

interrogatorios, Horacio se había puesto a gritar histéricamente—: ¡Chacolín, Chacolín, la Bruja está detrás de ti! Pero Chacolín no nos oía. ¡El Lobo, Chacolín, el Lobo está detrás de ti! Pero Chacolín no nos escuchaba. Gritábamos más y más alto, hasta que Chacolín se daba cuenta de la amenaza y con unos cuantos estacazos, ¡clac-clac!, acababa con sus enemigos y liberaba a Luzmilita. ¡Muac-muac!

Los ojos de Horacio parecían mirar hacia dentro. Su cabeza giraba con lentitud, horriblemente.

—Si sus más terribles adversarios —continuó salmodiando lentamente, con una cavernosa voz—, Barba Azul o el Dragón, no sucumbían, ¡clac-clac!, a su estaca, Chacolín les ponía una bomba y *¡boom!*, su estallido hacía retemblar el escenario. ¿No es eso lo que nosotros deberíamos hacer, salvar a nuestra princesa, aunque sea tarde, ¡oh, madre!, aunque sea demasiado tarde? —(El psicólogo Martín Reina anotaría bajo la transcripción de este pasaje la siguiente observación: «¿Quién es la princesa? ¿Y quién es la madre?»).

El absurdo monólogo de Horacio parecía haber concluido. Su cara estaba blanca como una nube sin lluvia. Del vaso de agua que Ponce le había puesto delante bebió agua a grandes sorbos, como si regresara de una caminata a pleno sol. Los ojos se le habían humedecido, conteniendo lágrimas que se resistía a derramar. Su expresión volvía a ser de completa humildad.

—Puede levantarse —le indicó el comisario.

El tío de Casilda se puso en pie, sacudiéndose los hombros como si tuviera frío. Aparentando normalidad, Castillo le dio las gracias por su «valiosa contribución» y quedó en enviarle «la nueva declaración» para su firma.

Ponce lo acompañó a la puerta de comisaría y volvió a darle las gracias por su «valioso testimonio».

Horacio Manso abandonó comisaría caminando tan ligero como si se hubiera quitado un peso de encima.

10:30

—¿Ha leído a Jung, comisario?

—¿A quién?

—Un discípulo de Freud.

—Pues no, no lo he leído —admitió Castillo, de mal humor—. ¿Era imprescindible para mi formación?

—No, naturalmente —sonrió cortado Martín Reina.

Tras la comparecencia de Horacio Manso, el psicólogo y el inspector Ponce se habían encerrado con Antonio Castillo. Los tres habían vuelto a ver en una pantalla, de principio a fin, la declaración filmada y grabada del tío de Casilda.

Martín Reina les expuso:

—Jung atribuía al Cangrejo, como figura simbólica, el poder de caminar mentalmente hacia atrás, hasta conducirnos a los dominios del inconsciente, que Freud exploró mediante el psicoanálisis. Les invito a reparar en que la transformación de Horacio se produjo tras referirse él a «las pinzas de un cangrejo». El Cangrejo, ténganlo en cuenta, es símbolo del tiempo. Al mencionarlo, la expresión del testigo cambió. Su mente huyó de la realidad para refugiarse en los arquetipos del inconsciente. Arquetipos que, convocados por la figura del Cangrejo, fueron aflorando de manera representativa o simbólica en las marionetas de Chacolín.

—Lo siento, Martín, pero no entiendo nada —admitió Castillo.

El psicólogo chasqueó los dedos como para anunciar un truco de magia.

—En aquel guiñol infantil, Chacolín sería el Héroe. Luzmilita, su novia (¡a la que unos malvados secuestran, no lo olvidemos!), simbolizaría la pureza del amor. Sus enemigos, la Bruja, el Lobo o el Dragón, encarnarían los arquetipos del demonio. Estamos ante una teatralización de la lucha entre el bien y el mal, ¿no lo ven? Una lucha que se libra en torno, como objeto de deseo, de una mujer joven, virgen, Ludmilita, a quien secuestran con perversos fines.

—Me parece demasiado complicado —comentó Ponce—. Tiene que haber una explicación más sencilla.

Reina se reafirmó:

—Insisto en que la aplicación de las teorías junguianas podría establecer un punto de partida para penetrar en la mente de Horacio Manso.

—¡¿Y qué habrá dentro de la cabeza de ese loco?! —estalló el comisario—. ¿Un trastorno psíquico, del orden que sea…? Si Manso padece alguna enfermedad mental susceptible de ser diagnosticada

y tratada psiquiátricamente, ¿podría yo preguntarles, o preguntarle a él, si está lo bastante enfermo como para haber matado a su sobrina Casilda?

Se hizo un silencio. Ninguno de los otros dos contestó a su pregunta. El comisario se puso en pie.

—Prepáreme un informe de urgencia, Martín. Y usted, inspector, vigile de cerca a Horacio Manso.

—¿Vamos a por él, señor?

Castillo asintió mudamente. Su mirada se había fijado en el tablón de corcho, en las fotos de las tres desaparecidas. Tardó un poco en decir:

—Tengo la impresión de que una especie de representación, y no precisamente de guiñol, acaba de alzar el telón. Con princesas y diablos, pero de carne y hueso.

—La misma sensación que tengo yo —le dio la razón Ponce, poniéndose la chaqueta y saliendo dispuesto a estrechar el cerco sobre el principal sospechoso.

11:30

Acababan de dar las once y media de la mañana de aquel lunes 17 de febrero cuando Antonio Castillo franqueó la puerta de los juzgados.

Saludó a un fiscal y a un par de abogados a los que conocía y subió directamente al despacho de la juez.

Al verlo entrar, Pura Pérez-Acanto se incorporó a medias detrás de su escritorio, dedicándole bajo la mascarilla que llevaba puesta una exagerada sonrisa.

—¡Cuánto honor, Antonio! No es muy frecuente que todo un comisario acuda a mi despacho. ¿No vendrá a por una de esas caipiriñas que le prometí? No, no puede ser, es demasiado temprano, y menos aún después de la nochecita que hemos pasado juntos. ¿Ha traído mascarilla?

Castillo la contempló como a un habitante de Saturno. Las salidas de tono y humor de aquella mujer le resultaban extraterrestres.

—¿Es obligatorio el uso de las mascarillas? No lo sabía.

—Todavía no, pero, por si acaso, le daré una. Tenga. Debemos

seguir las recomendaciones sanitarias, protegernos y proteger a los demás. Ya verá la que se avecina…

Castillo se puso la mascarilla a regañadientes. Con alguna dificultad, porque la tela se le absorbía en la boca, comenzó a exponer:

—El motivo que me trae vuelve a ser muy serio, señoría.

—Pura.

—Sí, claro, Pura…

—Relájese, Antonio, siempre está usted tan tenso… ¡No parece andaluz, siento decírselo! En cuanto me llama, ya sé a qué se debe: ha descubierto otro cadáver. Llegar a Cádiz e ir a muerto diario ha sido todo uno… ¡Con lo tranquila que estaba yo en Teruel! Pero siéntese, por favor, siéntese…

La noche anterior, cerca de las diez, Pura Pérez-Acanto había sido alertada telefónicamente del más que aparente suicidio de Eulalia Gracia Montero. Se había desplazado a comisaría, donde permaneció hasta proceder al levantamiento del cadáver. Un poco antes de la media noche, los restos de Eulalia fueron trasladados al Instituto de Medicina Legal de Cádiz. Era de suponer que en aquellos primeros compases de la mañana del lunes le estuviera siendo practicada la autopsia.

—Una valiosa fuente echada a perder, según se lamentaba usted ayer noche, ¿no, Antonio?

—¡Pobre desgraciada!… Tal como le adelantaba, Pura, conocí a Eulalia con diecisiete años, cuando ella y su amiga y cómplice cometieron el crimen de La Caleta. En adelante, no la volví a relacionar con otros delitos, ni tampoco con las desapariciones de las tres mujeres que nunca hemos dejado de buscar. Pero, al demostrarse que Eulalia había mantenido una relación, cuya índole desconocemos, con Casilda, y que había robado, para dársela a ella, una carta de plata de la baraja que el duque de Cazorla, Sebastián Salazar-Stewart, guarda en su residencia de Costa Ballena, pensé que el hilo de Eulalia podría conducirnos a la solución de la trama. Por desgracia, ese hilo se ha cortado, ya no hablará…

—A veces, los muertos sí lo hacen.

El comisario se quedó callado. Aquella antigua facultad suya de «hablar con los muertos» tampoco se había activado la noche anterior, junto al cadáver, todavía caliente, de Eulalia Gracia. Su

espíritu, si es que todavía andaba suelto cuando Macarena y él llegaron a su lado, fuera de tiempo para salvarla, no le había comunicado nada.

—¿Por qué se suicidaría? —se preguntó la juez.

—Estaba desequilibrada.

—No es fácil ser mujer y mantener el equilibrio.

«¡Quién fue a hablar!», pensó Castillo con amarga ironía. Pero lo que, en tono lúgubre, dijo, fue:

—Eulalia era una adicta, una alcohólica… Su detención, unido a sus violentos trastornos, síndrome de abstinencia, deterioro y desarraigo, pudo desatar una reacción letal contra sí misma.

La juez observó con frivolidad:

—El caso es que se han quedado sin caso, ¿no, Antonio?

—No del todo, Pura. Tenemos otro sospechoso.

—¿Quién?

—Horacio Manso.

—¿El tío de Casilda?

—Hermano de la madre.

—Lo recuerdo. Me pareció un tipo raro.

—A todos nos lo ha venido pareciendo. Sus declaraciones, sus reacciones. No hay nada normal en él. Vea esto, por favor, Pura. Acabamos de grabar una nueva declaración de Horacio Manso. Son las palabras de un psicópata, o bien de alguien que nos está ocultando algo de mucha gravedad.

Durante el siguiente cuarto de hora, la juez pudo ver en la pantalla de su ordenador la segunda «declaración» de Horacio Manso Navascués, que Castillo le había traído en un *pendrive*. Lo hizo en silencio, aparentemente muy interesada, tomando notas con un lapicerito.

Una vez visionado el atípico interrogatorio de Horacio, Castillo trató de armar racionalmente la desconfianza policial en torno a su figura, para defender la urgencia de investigarlo a fondo.

—¿En qué se basa exactamente, Antonio?

El principal argumento de Castillo descansaba en las alteraciones de personalidad detectadas y diagnosticadas en aquel aparejador que había dejado de serlo para recibir la jubilación forzosa en su puesto en Urbanismo en el ayuntamiento. Así como, insistió el comisario, en el extraño modo, unas veces incoherente, otras

marcadamente posesivo, con que se había referido a su difunta sobrina Casilda.

—Según acaba de comprobar, Pura, el comportamiento de Horacio en comisaría fue de lo más extraño. En vez de hablarnos de su sobrina, se dedicó a divagar sobre su propio pasado, a recordar su infancia, aquel Cádiz de los años setenta, tan pintoresco con su tipismo, sus barquilleros, sus mariscadores… y el teatrillo de Chacolín.

—¿Igual que ese vino vasco con burbujitas? Claro, que usted, Antonio, prefiere el fino…

—Quizá no sea el mejor momento para bromear, Pura.

—Bromas aparte, ¿vio usted de niño aquel guiñol?

—Muchas veces. Los tipos, los personajes eran muy populares. A los chiquillos nos maravillaban. Chacolín era nuestro héroe. Con su estaca iba acabando a palo limpio con los malvados, con la Bruja, el Lobo, el Dragón… Uno de ellos había secuestrado a la princesa Ludmilita, su novia, y debía salvarla.

—¿Ludmilita? Parece el nombre de una reina goda. ¿Cómo era?

—Rubia, con dos largas trenzas y un aire celta… Ya ha visto en la grabación que en cuanto Horacio se puso a hablar de los títeres cambió por completo… Como si de repente hubiese sido sustituido por otra persona.

—¿Un caso de doble personalidad?

—Por lo que yo he podido ver, hay al menos dos Horacios. El tipo duro y rígido con aires de psicópata que declaró en la sala de interrogatorios nada tenía que ver con el tímido individuo que se nos había presentado minutos antes.

—¿Qué opinó el psicólogo?

—Que los personajes encarnados en el teatro ambulante podrían estar suplantando en la cabeza de Horacio bien a personas reales que él conoce, bien a proyecciones suyas, como una especie de dobles.

—Arquetipos —corrigió la juez.

—Sí, ese fue el término que utilizó nuestro psicólogo: arquetipos. ¿Está usted familiarizada con las anomalías de la identidad, Pura?

—Hubo un tiempo en que mi sueño era ser psiquiatra. No por no haberlo conseguido me siento defraudada. A veces el trabajo de juez

tiene algo de consulta psiquiátrica. Leí a Freud y a Jung, por supuesto. Jung fue quien mejor estudió los arquetipos, haciéndolos derivar de mitos o ideas universales. Sin embargo, el derecho no los reconoce. Según el espíritu de nuestra ley, todo individuo tiene conciencia, pero solo una; como tan solo de una manera, la que establezca esa misma ley, se puede ser culpable de un delito. Los informes psiquiátricos pueden y deben tomarse en cuenta en casos de patologías mentales, pero no en una instrucción corriente, por lo que…

—Este caso no es nada corriente, Pura. Por eso voy a pedirle dos cosas: autorización para intervenir el teléfono de Horacio Manso y una orden de registro para buscar en su domicilio pruebas de la muerte de Casilda y de las tres mujeres que seguimos buscando.

La juez no dudó un segundo en negar sus peticiones.

—Lo siento mucho, Antonio, pero no puedo concederle lo uno ni lo otro. Sus sospechas sobre este ciudadano, el señor Manso, son meramente inductivas. No disponemos de una sola prueba, ni siquiera de un indicio que le vincule con la muerte de su sobrina, o con secuestros o crímenes del pasado. Que sufra algún trastorno mental no lo convierte en un asesino. Y voy a decirle una cosa más, Antonio, algo que seguramente le duela, pero que no tengo por qué callarme. Por la razón que sea, se ha empeñado usted en que todas las personas, elementos y circunstancias que rodearon en vida a Casilda López Manso han tenido que ver con su muerte. La autopsia, como quizá sepa ya y, si no, se lo adelanto yo, no ha concluido que fuera asesinada. Casilda se ahogó y apareció en la playa, eso es cuanto sabíamos y cuanto seguimos sabiendo después de las pruebas forenses. Pero no fue violada. Se enfrentó a una corriente o depósito de agua dulce que inundó sus pulmones, a una muralla de rocas que lastimó sus manos… Todo apunta a un accidente, Antonio, ¿no lo ve? De lo contrario, ¿dónde están las pruebas, el móvil del crimen? ¿Quién iba a querer matar a esa chica y por qué?

—Su tío Horacio pudo perfectamente…

—¡No, Antonio, no siga obsesionándose! Hasta ahora ha perseguido pistas falsas. Toda esa historia de «Las brujas de la Caleta», del naipe robado, de una baraja de plata que un marquesón andaluz iba a regalar a los reyes, o de esta camarera que acaba

suicidándose tras una sobredosis no son sino tramas imaginarias surgidas de su obsesión por encontrar a tres desaparecidas cuyo recuerdo le sigue atormentando. Me he informado acerca de esos casos, Antonio, y creo sinceramente que nadie habría hecho tanto como usted por solucionarlos. Solo que a veces no conseguimos nuestros propósitos.

—Tenemos puntos de vista muy distintos.

—Por completo.

—A veces los jueces también se equivocan.

—Sobre todo, cuando estamos mal orientados.

—Está siendo muy crítica con mi equipo.

—No se lo tome así, Antonio. Le prometo que pensaré en sus planteamientos y argumentos y que me dejaré convencer por ellos si aparecen razones para hacerlo. Hasta entonces, descanse un poco. Tiene un aspecto horrible, de agotamiento total.

—En cambio, usted está como una rosa —intentó mostrarse amable el comisario, aunque por dentro no podía estar más irritado.

—Me apliqué un poco de base antes de venir al juzgado.

Castillo alzó las cejas, sin entender.

—Maquillaje —sonrió ella, quitándose el tapabocas y encendiendo un cigarrillo.

—Le devuelvo su mascarilla.

—Se la guardaré para la próxima vez.

—Tírela, es probable que esté contaminada.

—¿De covid-19?

—Si de algo estoy contaminado será del virus de la curiosidad. Buenos días, señoría.

16:00

El funeral de Casilda López Manso se celebró a las cuatro de la tarde de aquel lunes, habiendo transcurrido cincuenta y siete horas del descubrimiento de sus restos en la playa de Santa María del Mar.

Una temperatura un poco más dulce acariciaba la capital gaditana. El aire ligero y la luz transparente tornaban absurdo el oscuro protagonismo de la muerte.

La familia Manso —compuesta por Adela, Horacio y unos pocos

parientes más— se presentó en la parroquia de San Agustín vestida con luctuosa corrección. Una mayoría de asistentes, sin embargo, no se había cambiado la ropa de diario. En particular, los jóvenes amigos y compañeras de Casilda. A Adela, la madre, no le importó —o quizá no repararía en ello, tan ausente estaba—, pero a Horacio, según evidenciaban sus desdeñosos gestos, no le gustó nada ver sudaderas, zapatillas deportivas y camisas arremangadas dentro de la iglesia.

La subinspector Macarena Zamora, presente en el funeral, discretamente sentada en el último banco de la nave, no dejó de reparar en esa anómala actitud del tío de Casilda.

Un par de bancos por delante de ella se encontraba el detective Florián Falomir. Al ver a Macarena la había saludado con una afable sonrisa. Ella no dejó de preguntarse qué diablos estaría haciendo allí el investigador, pero no era momento ni lugar para pedirle explicaciones y no se le acercó.

La ceremonia fue avanzando conforme a su preestablecido guion. «¿Por qué todos los funerales se parecerán tanto entre sí —estaba reflexionando Falomir—, si cada muerte es única y distinta?».

En principio, iba a ser el propio Horacio quien pronunciase unas palabras en memoria de Casilda, para despedir el acto fúnebre, pero, a medida que iba avanzando la liturgia, los nervios le fueron atenazando. No llevaba nada escrito, lo que seguramente le habría proporcionado un poco más de confianza. Al impartir el sacerdote la bendición, se echó definitivamente atrás. Avergonzado por su falta de resolución, Horacio permaneció inmóvil en el primer banco, posadas sobre las rodillas sus finas manos de dibujante, la mirada clavada a las punteras de sus zapatos, lustrados a conciencia para la ocasión.

En su lugar, fue una de las mejores amigas de Casilda, Alba Nocaso, quien espontáneamente subió al atril para tomar la palabra.

Al límite del llanto, con la voz trémula y los ojos arrasados, aquella frágil pero decidida alumna del San Felipe Neri improvisó un conmovedor testimonio cuya emotividad vino a salvar una liturgia más bien destemplada y bastante superficial, pues el cura, que no conocía a Casilda, que ni siquiera se había tomado la molestia de recopilar episodios o anécdotas que pudieran

humanizar su sepelio, se había despachado con un rutinario sermón. La intervención de Alba sería lo único memorable de aquella mediocre despedida. Sus palabras, transidas de sentimiento y emoción, habrían confortado a Casilda.

A la inhumación en el cementerio gaditano asistieron bastantes menos personas.

Una vez finalizado el entierro, los asistentes fueron desperdigándose a la luz del atardecer. Entre ellos, varios policías de paisano que, como observadores, tomaron nota de cada detalle o grabaron escenas a prudente distancia.

Asimismo pudo verse también en el cementerio —«¿Por qué motivo?», se preguntaría el comisario Castillo al revisar las imágenes— a aquel ubicuo detective, Florián Falomir, vestido con una inapropiada guayabera azul. A la salida del camposanto se acercó a la familia Manso. Dio el pésame a Adela y se puso a conversar con Horacio.

«¿De qué demonios hablarían?», volvió a preguntarse Antonio Castillo.

19:00

Pasaban unos minutos de las siete cuando, excavado y desescombrado para la apertura del foso del ascensor un compactado relleno de tierras, cascotes y cal de aproximadamente un metro, Braulio Sendín, encargado de la obra de la compañía de ascensores, provocó un involuntario socavón con su martillo percutor. Al pretender seguir profundizando en una capa dura, otra especie de suelo, que resultaría ser el trasdós de una bóveda de fábrica, había quedado a la vista.

Braulio lo iluminó, comprobando que el socavón parecía dar paso, bastante más abajo, a una cavidad a la que podía entrar un hombre. El suelo de ese espacio, lo que le llamó poderosamente la atención, era plano, con losas de piedra de Tarifa y muros de piedra ostionera más o menos estucados.

En esos momentos, Braulio estaba solo. Para la ejecución de la obra disponía de un peón, Pepillo, pero le había encargado traer materiales y no había vuelto aún. Teniendo en cuenta lo lento que era, tardaría. Pero, apenas había pensado eso, se sorprendió

agradablemente, pues justo Pepillo estaba entrando por la casapuerta de Candelaria, 4.

—¡Mira lo que he encontrado!

Pepillo examinó el socavón.

—¡Parece una bocamina!

—A saber qué habrá ahí abajo…

—Alguien tendría que bajar, ¿no, patrón?

—Digo yo, Pepillo, digo yo…

—O sea, patrón, que baje el menda.

—O sea, Pepillo, o sea…

—¿Y si me ataca alguna alimaña?

—No será peor que tú.

Con ayuda del martillo compresor, Braulio terminó por agrandar el socavón. Pepillo metió una escalera de mano y empezó a descender hasta una profundidad de unos cuatro metros.

Una vez dentro de aquel espacio, lo iluminó, comprobando que podía ponerse en pie sin dificultad. Frente a él se abría una galería bien labrada, a modo de pasadizo estrecho y bajo, cuyo techo se elevaba como el de una caverna.

—¡Parece una cueva!

—¿No será un aljibe, Pepillo?

El pasadizo no solo transcurría bajo el subterráneo de la finca, sino que proseguía en dirección al centro de la plaza de la Candelaria. Con ayuda de una linterna, Pepillo empezó a recorrerlo, no sin aprensión. Unos cuantos pasos más adelante, el pasadizo se ensanchaba aún más y alzaba formando una especie de recinto abovedado que le recordó las capillas o los panteones de los cementerios.

—¿Qué ves, Pepillo? —oyó gritar a Braulio.

Lo que vio le espantó de tal modo que la linterna se le cayó de las manos. Pero consiguió dominarse, la recogió del suelo y volvió a enfocar a… ¡una horrible momia! Estaba dentro de una especie de cajón… Parecían restos de una mujer. La cara, con la piel de cuero pegada a la calavera, parecía la de un demonio allí encerrado, pero el cabello negro y largo se había conservado y brillaba extrañamente, como ala de cuervo desplegada al sol. Tenía los dientes al aire y una expresión de odio tal que Pepillo notó el efecto del miedo, fuerte opresión en el pecho, la parálisis apoderándose de

su voluntad. Consiguió, sin embargo, dominarse e iluminar el tétrico habitáculo. ¡Había otro ataúd, y otro más, los dos con restos humanos, momias con diabólicas expresiones y sarmentosas manos de uñas rotas…! Pepillo rompió a gritar, corrió hacia la salida dando tumbos por el pasadizo y siguió gritando al salir por el boquete de la excavación, donde lo esperaba Braulio.

Tan fuertes eran sus voces que algunos vecinos bajaron al patio a comprobar lo que pasaba. Se lo preguntaron, pero Pepillo estaba fuera de sí. Las confusas explicaciones que acababa de darle a Braulio se tornaron incomprensibles cuando las tuvo que repetir para el círculo de alarmados residentes —Horacio Manso, Túbal Ugarte, señora de Luna y Guillermo Goliarte— reunidos en el patio al pie de las escaleras.

—¿Restos humanos? —repetía incrédulo Guillermo—. ¿Se refiere a esqueletos?, ¿a huesos?

—¡A demonios! ¡A vampiros! ¡A momias!

—¡Algo tendremos que hacer!

Pepillo se tiró del pelo y exclamó:

—¡Yo, de momento, pedir ayuda! ¡He visto el infierno!

—¿Dónde vas, condenado? —intentó frenarlo Braulio.

Pero Pepillo había salido corriendo a la plaza y llamaba a voces a la Policía.

De uno de los establecimientos cercanos, Ultramarinos Dalmi, se vio salir a un ciudadano más bien regordete, con poco pelo y guayabera azul, seguido por otro de mayor envergadura, con un mandilón de tendero. El primero sujetó de un brazo a Pepillo, tratando de calmarlo.

—¡Tranquilícese, buen hombre! ¿Qué ha ocurrido? ¡Explíquenos! ¡Explíquese!

—Cadáveres… ¡Canibalismo!

—¿Dónde?

—¡Allá abajo! ¡Un infierno…!

Con torpes y entrecortadas frases, el joven albañil trató de describirles lo que había visto en la cripta. A Florián Falomir le faltó tiempo para, seguido por Dalmi, coger a Pepillo del brazo y llevarlo de vuelta a Candelaria, 4.

En el patio seguían el jefe de obra, Braulio, y los ya citados residentes, ninguno de los cuales había acertado a tomar medida

alguna. El presidente de la comunidad de vecinos, Horacio Manso, parecía desbordado por la situación.

Falomir se asomó al oscuro boquete.

—¿Es ahí abajo donde están los cadáveres?

Pepillo se lo confirmó y el detective no vaciló en descolgar una pierna y meterse al hoyo. Cuando se disponía a bajar por la escalera de mano que comunicaba con el misterioso agujero, oyó sobre él la voz de Dalmi.

—Aguarde, Falomir, no vaya a entrar solo. Iré con usted.

Los dos juntos, porque Pepillo había renunciado a hacer una nueva visita a la catacumba, avanzaron por la galería subterránea hasta desembocar en un recinto abovedado, bien construido, que tenía todo el aspecto de ser una cripta para enterramientos.

Los ataúdes eran cuatro. Estaban a ambos lados de un altar de piedra.

Solo uno de los féretros estaba vacío. Los otros tres contenían cuerpos humanos momificados.

Nada más echarles un vistazo, Falomir se dio cuenta de la gravedad de aquello y marcó el número de la comisaría. No había cobertura y encargó a Dalmi que volviera sobre sus pasos, saliera al patio y llamara a la Policía por él. Aliviado por alejarse de aquel horror, el tendero tornó grupas por el pasadizo respirando agitadamente y santiguándose.

Falomir se quedó solo en la cripta. El aire, muy seco, se respiraba bien; desde el exterior debía de haber al menos una entrada. El detective llevaba unos largos minutos observando con detenimiento los ataúdes y el entorno de la cripta, con una cadena colgante de la clave de la bóveda y dos candelabros con cera reciente, cuando oyó pasos y voces provenientes de la galería de acceso.

Segundos después, dos hombres desembocaban en la cripta.

—¿Quién es usted?

—¿Y ustedes?

—De *La Crónica*. ¿Es usted quien ha hecho el descubrimiento?

—¿Y quién se lo ha descubierto a ustedes?

—¿Podemos hacerle unas preguntas?

—Antes les haré la mía: ¿y esas fotos que están disparando?

—Para la edición de mañana. ¡Va a ser un bombazo!

Falomir se puso serio.

—Es mi deber advertirles que están pisando un escenario donde han podido cometerse varios crímenes. La Policía está a punto de llegar.

—Creo que tiene razón, Pablo —vaciló el fotógrafo—. ¡Vámonos, con estas fotos tengo bastante! ¡Una más, de despedida para usted!

Falomir se tapó un segundo tarde la cara y el *flash* le estalló entre los ojos. Los dos reporteros desaparecieron a la carrera.

20:00

Los primeros policías tardaron en presentarse algunos minutos más. Lo hicieron guiados por Dalmi. Eran de la Policía Nacional, dos agentes jóvenes, con aire resolutivo. Su arrogancia vaciló frente a la espeluznante visión de los restos de tres mujeres en toscos ataúdes cerrados con una plancha de grueso y transparente cristal —«¿Urnas?», había aventurado Falomir en sus primeras especulaciones.

Los dos agentes intercambiaron unas pocas frases con el detective e indicaron a este y a Dalmi que se retirasen mientras procedían a realizar una primera inspección, a la espera de que comparecieran sus compañeros de la Científica.

Los siguientes en bajar a la cripta fueron el inspector Ponce y la subinspector Zamora.

Detrás de ellos llegó Antonio Castillo. «¿Qué es esto, una iglesia?», pensó el comisario al avanzar en la penumbra del pasadizo e intuir a ambos lados otros huecos o espacios. «¿Calabozos?, ¿celdas…?».

Al ver los féretros, sus acartonados rostros pegados a las calaveras, vestidas las momias con ropas de diario, asomando los dientes y colmillos de bocas abiertas por el horror, su corazón latió tan fuerte que pudo oír sus retumbantes latidos. Se quedó sin palabras, pero no sin pensamientos. De inmediato se le ocurrió a Castillo relacionar a aquellas tres momias conservadas en ataúdes de cristal con las tres mujeres desaparecidas a las que durante tanto tiempo habían estado buscando. ¿Las habrían encontrado al fin?

«Tal vez, pero quizá hubiera sido mejor que siguiéramos

ignorando su paradero», pensó sobrecogido.

Cuando hubo tenido tiempo para observar en detalle los cadáveres, ya no tuvo duda de que se trataba de ellas. Seguían llevando las mismas ropas que vestían cuando las secuestraron. Elisa Alsina, la falda plisada gris con el broche en forma de escarabajo y, al cuello, el colgante con una luna creciente que su madre había descrito. Esther Goliarte seguía llevando una rebeca oscura, una camisa blanca y un pantalón burdeos. Carmela Aguilar, un pantalón negro, una camisa rosa y una americana color vainilla.

Como mariposas presas —«Blancanieves sin príncipe», comparó un conmocionado Castillo—, habían sido introducidas vivas —«¿drogadas?»— en sus urnas de madera y cristal, de las que habían intentado inútilmente escapar, muriendo de sed, asfixia, desnutrición o terror.

Un tembloroso Castillo intentó imaginarse al secuestrador justamente allí, donde él estaba, junto a los candelabros con restos de cera que denunciaban su reciente uso. Las destrozadas manos de los cadáveres hablaban del desesperado esfuerzo que, durante su atroz agonía, harían para intentar abrir la urna donde un sádico depredador las había metido para observarlas a la luz de las velas. Sintiendo acaso —intuyó el comisario, con una insoportable mezcla de desesperación y dolor— un espantoso placer.

21:00

Horacio Manso no estaba en el patio. Al ver entrar a más policías, había subido a su casa.

El inspector Ponce subió a su vez y llamó a su puerta. Nada más abrirles Horacio, Ponce lo apartó de un empujón y con dos de sus hombres entró al piso. Sin dar explicaciones se pusieron a registrar la vivienda a fondo, habitación por habitación, armario por armario, cajón por cajón.

—¿Qué significa esto?, ¿qué están haciendo?, ¿qué buscan?

—¡Cállese! ¡Y siéntese donde pueda verle!

Horacio lo hizo en su salita de estar, frente a un viejo aparato de televisión y otro de radio más antiguo aún. Todo en aquella habitación, el rancio mobiliario, las ajadas alfombras, hasta el viciado aire, daba la impresión de que el tiempo se hubiera

detenido décadas atrás.

En la estantería del salón, Horacio había levantado un «altar» a su sobrina Casilda. Una veintena de fotografías encuadradas en marcos de plata la representaban en todas sus edades: desde su nacimiento, con una imagen de recién nacida, hasta testimonios de su alegre adolescencia, a sus quince, dieciséis, diecisiete años, hasta bien poco antes de que la sorprendiera la muerte.

No había fotos de nadie más en toda la casa. Solo de Casilda. El inspector estuvo seguro de que la obsesión de Horacio hacia su sobrina menor de edad era una importante clave.

En uno de los dos dormitorios descubrieron prendas íntimas de mujer. No a la vista, sino metidas al fondo de un cajón, disimuladas tras pilas de sábanas y fundas de almohada. Concretamente, un par de sujetadores, un par de bragas y unas medias de rejilla.

Cuando el inspector se las mostró, Horacio no acertó a explicar qué hacían allí ni de quién o quiénes eran. Se limitó a decir que podrían ser de cualquiera de las invitadas que se habían alojado ocasionalmente en su casa.

—O quizá de mi sobrina Casilda, que a veces, cuando su madre se ausenta, se queda a dormir en la alcoba de invitados —añadió Horacio, utilizando de nuevo aquel desconcertante presente, como si sobrina no acabara de ser enterrada delante de él.

En dicha habitación, sin embargo, la de invitados, no había ninguna cama. Horacio explicó que tiempo atrás sí la hubo, pero que había decidido retirarla porque ocupaba demasiado sitio.

—Entonces —le preguntó Ponce—, ¿dónde dormía Casilda cuando pasaba la noche aquí?

—En mi cama.

—¿Y usted?

—En el salón.

El inspector le preguntó por los nombres de esas otras invitadas que en ocasiones habían pernoctado en su casa, pero Horacio no los recordaba. Ponce le pidió el teléfono de su asistenta doméstica para, a su vez, solicitarle dichos nombres, y que justificara el origen de las prendas de lencería encontradas en el armario de la alcoba de invitados, pero Horacio no tenía ayuda. Él mismo cocinaba, planchaba, iba al mercado… Hacía de todo menos comprar el pan del día, que Dalmi, el del ultramarino, le llevaba a la puerta, y el

periódico, que Emilio, el quiosquero, le dejaba en el buzón.

Ponce llamó a la subinspector Zamora, que estaba en el patio. Una vez Macarena hubo examinado las prendas íntimas femeninas, opinó:

—Por modelo y talla, bragas, sujetadores y medias son de chicas muy jóvenes.

Castillo, Ponce y ella conversaron brevemente en el pasillo. Los tres convinieron en que había indicios más que suficientes para creer que el tío de Casilda era el hombre que estaban buscando.

—Voy a pedirle que nos acompañe, Horacio —le dijo Castillo, entrando al salón, donde continuaba sentado con la espalda recta y las manos en las rodillas.

Bajo el flequillo de la melenaza albina, Horacio miró al comisario con ojos vacíos, negros pegotes en su cutis de arroz.

—¿Acompañarle adónde? ¿Me están acusando de algo?

—Haga el favor de levantarse.

—¡Están en mi casa, les recuerdo!

Ponce lo agarró de los sobacos y lo empujó hacia al pasillo. Horacio intentaba resistirse.

—¡Déjenme defenderme! ¡Quiero un abogado!

Se zafó y corrió a ganar la puerta, pero fue derribado por otro de los agentes. El propio Ponce le colocó las esposas. Lo bajaron por las escaleras, cruzaron el patio delante de los alarmados vecinos y lo metieron en un coche rumbo a comisaría.

CUARTO DÍA

Martes 18 de febrero

8:00

Florián Falomir durmió tan profundamente como hacía mucho tiempo que no lo hacía.

Había puesto la alarma a las siete, pero le costó desperezarse y no bajó a desayunar al restaurante del O'Higgins hasta cerca de las ocho.

Mientras tomaba café, estuvo consultando noticias en el móvil. Una agencia había recogido el hallazgo de Candelaria y varias emisoras estaban refiriéndose al tema. En torno al cual se orquestaba la confusión, se disparaban comentarios, rumores… Se hablaba de enterramientos mágicos, rituales satánicos, sectas asesinas…

El gato al agua, informativamente hablando, se lo había llevado *La Crónica*, no en vano sus reporteros fueron durante la tarde anterior los primeros y seguramente los únicos en pisar la cripta de los horrores.

Falomir leyó:

> Varios esqueletos —sin que se haya confirmado su número— fueron descubiertos a última hora de la tarde de ayer en los sótanos del número 4 de la plaza de la Candelaria, con la consiguiente sorpresa de los peones que trabajan en el patio interior, donde se lleva a cabo una excavación previa a la instalación de un ascensor.
>
> Según el albañil que descubrió la cripta, esta presentaba todo el aspecto de un lugar de enterramiento ritual. El espacio que cobija los cadáveres es un recinto circular, abovedado y limpio,

sin restos de derrumbes y con entrada de aire fresco, pues se respira oxígeno con normalidad.

Mandos de la Policía y expertos forenses se personaron de inmediato a fin de determinar el origen y antigüedad de las tumbas y restos humanos.

Según una primera impresión del titular del Instituto de Medicina Legal, doctor Mariano Acebal, los cadáveres no tienen una antigüedad superior al medio siglo. Este especialista descarta que pueda tratarse de un enterramiento antiguo, de origen romano o medieval, o bien de la guerra de la Independencia o de nuestra guerra civil, como otras fosas aparecidas en obras o excavaciones arqueológicas en el casco antiguo de Cádiz. Sobre el estado de los restos, sexo y edad, procedencia y grado de conservación, así como la clase de muerte sufrida, el forense se mostró muy prudente, postergando y condicionando cualquier diagnóstico o identificación a las pruebas a practicar en el Instituto de Medicina Legal.

Por su parte, el comisario provincial Antonio Castillo se mostró asimismo extremadamente cauteloso, pero no descartó que los restos pudieran corresponder a algunas de las mujeres dadas por desaparecidas en los últimos años en Cádiz capital.

Asimismo, nuestra redacción tuvo ocasión de recoger el testimonio de uno de los primeros testigos en descender al enterramiento: Dalmiro Linares, propietario del Ultramarino Dalmi, situado en la propia plaza de la Candelaria.

Linares fue de los primeros en descender por el hueco abierto en el subsuelo y en asomarse a la cripta abierta a unos cuatro metros y medio de profundidad. «Algo impresionante —nos dijo impactado—. Como retroceder en el tiempo y entrar a un lugar misterioso y espantoso a la vez. Los cuerpos estaban en ataúdes abiertos, aunque puede que los cubriera una superficie acristalada, no estoy muy seguro. Pero eran mujeres, de eso sí lo estoy. Parecían haber sufrido horriblemente, lo

digo por la expresión de sus caras y porque sus manos estaban destrozadas, con los dedos partidos. ¡Era un horror!».

En otra pieza del reportaje, *La Crónica* apuntaba a la masonería como posible «inquilina» de aquel «santuario». El reportero gráfico había fotografiado en los muros símbolos masónicos. Falomir no había alcanzado a verlos durante su inspección, al disponer de muy precaria iluminación, pero eran los mismos que había visto en el beaterio de la calle Valverde: un triángulo, un pez, una escuadra…

El periódico de Bernardo Salazar-Stewart había consultado al arqueólogo Carmelo Cuesta. En una primera opinión, y sin haber visto la cripta, el arqueólogo adelantó que podría tratarse de otro beaterio o lugar de enterramiento de las monjas que habitaron en aquel convento derruido por los anarquistas durante la Primera República.

En cuanto terminó de desayunar, Florián Falomir avisó en la recepción que se veía obligado a dejar el hotel. Antes de liquidar la cuenta, subió a su habitación, hizo la maleta y comprobó que sus billetes de vuelta estaban en regla.

Muy a su pesar, no podía alargar más su estancia en Cádiz. Benita, su secretaria, lo había llamado la noche anterior para informarle de varias nuevas e importantes citas en la sede de la agencia, en Zaragoza, y hecho sus reservas de tren.

A las doce de aquella misma mañana, dentro de apenas cuatro horas, Falomir debería tomar un regional Cádiz-Sevilla, en cuya estación de Santa Justa, sobre las tres de la tarde, embarcaría en un alta velocidad a Zaragoza, para llegar a la capital aragonesa a las siete y dirigirse a Las Cuatro Efes, donde le esperaban inaplazables reuniones con nuevos y, según Beni, adinerados clientes.

8:30

Dispuesto a aprovechar el poco tiempo que le quedaba de estancia en Cádiz, Falomir cruzó la plaza de la Candelaria y se dirigió al número 4.

Delante del portón, dos policías nacionales permanecían de guardia. Su misión debía consistir en que nadie, sin ser vecino del

inmueble o sin la debida autorización, entrase al patio y pudiera bajar a la cripta.

Falomir se les acercó a saludarlos, presentándose debidamente y explicándoles que estaba colaborando con el comisario Castillo. Impasibles, los agentes se negaron a darle la menor explicación.

El detective se dirigió al quiosco El Convento. Aprovechando que la mañana era bonancible, Emilio Castillo estaba sacando los expositores a la calle.

Abriendo en portada con el descubrimiento de restos humanos en Candelaria, *La Crónica* destacaba sobre las demás cabeceras.

—¡Sale usted! —Con el periódico abierto, el quiosquero le mostró la página en la que el propio Falomir intentaba taparse el rostro frente al disparo de un *flash*.

El erróneo pie de foto —«Uno de los vecinos del inmueble, sorprendido ante los macabros restos»— se prestaba a todo tipo de sospechas.

—Ya me he visto antes. ¡Lamentable!

—Buenos días.

Quien acababa de saludarlos era un hombre alto y delgado, con un aspecto austero y distinguido a la vez. Se les había acercado tan sigilosamente que no se habían percatado de su presencia. Socialmente destacada, supieron en cuanto él hubo dejado caer el peso de sus apellidos.

—Bernardo Salazar-Stewart.

—¿El director de *La Crónica*? —se iluminó Emilio.

—Editor.

—¡Un placer, señor! No había tenido el gusto de recibirle hasta hoy, pero… Como puede comprobar, tengo su diario en un lugar muy destacado. No solo hoy, ¡siempre! *La Crónica* se vende muy bien. ¡Y con la exclusiva de las momias vamos a agotar!

—Muchas gracias, querido amigo…

—Emilio Castillo, para servirle.

—Ahora que lo dice, a lo mejor podría servirme de ayuda. He venido a informarme en persona sobre la aparición de esos restos humanos.

—Ahí al lado, en el número 4. —Emilio señaló a los policías apostados en la entrada—. Y aquí —indicó a Falomir— tiene a un testigo directo. Uno de los primeros en bajar a la cripta.

—Donde, muy a mi pesar, sus reporteros me sorprendieron e inmortalizaron.

—Lo siento mucho, señor…

—Falomir, Florián Falomir. Soy investigador privado. Estoy colaborando con la Policía en la muerte de Casilda López Manso.

—¿Cree que está relacionada con estos cadáveres de Candelaria?

—Es posible —concedió Falomir.

—Mi padre así lo cree —sentó Emilio.

—¿Y su padre es…?

—El comisario Antonio Castillo.

—Ah, vaya… —Una disgustada mueca endureció el rostro del editor—. Estuvo el otro día en nuestra residencia de Costa Ballena, por el robo de un objeto artístico… Si la Policía lo piensa, por alguna razón será.

—Por más de una —sumó Emilio—. ¡Hasta tres, una por cada una de las jóvenes desaparecidas, a las que mi padre habría dado cualquier cosa por encontrar y puede que al fin lo haya hecho! Aunque, desgraciadamente, no con vida…

—Mucho me temo que el comisario se esté enfrentando a uno de los grandes retos de su carrera —consideró Falomir—. Más aún, a uno de los principales enigmas pendientes de resolver en la investigación criminal de nuestro país. Puedo asegurarles que mi experiencia, tanto como exagente de inteligencia como al frente de mi propia oficina de investigación, es muy amplia, pero lo que he visto ahí abajo, en la cripta, no se parece a nada… Hablando de agentes secretos, permítanme saludar a uno de los mejores. Mi amigo Cándido Tellería.

—Buenos días, Florián —saludó el aludido. Tellería acababa de cruzar la plaza desde la estatua de Castelar. Traía una clara expresión de enfado—. Buenos días, Bernardo.

—¿Se conocen? —preguntó Falomir.

—¡Ya lo creo, Flo! Hace años que conozco al señor Salazar-Stewart —se remontó Tellería; su mirada, puesta en el editor, no era amistosa—. Te he llamado al punto de la mañana, Bernardo, pero no me has cogido el teléfono.

—No me habré dado cuenta, Cándido, lo siento.

—Es la tercera vez que se disculpa en poco rato —observó Falomir. Lo hizo sin asomo de sarcasmo, más bien risueñamente.

—No tengo nada de que disculparme. Mi conciencia está tranquila —declaró el editor, manteniéndole la mirada a Tellería.

—Quizá no debería estarlo tanto, Bernardo. Esos botarates de reporteros tuyos han apuntado directamente a la masonería como responsable de atroces rituales y crímenes. Tu periódico ha lanzado una gravísima acusación sin la menor prueba. No deberías haberlo permitido, ¡y menos siendo uno de nuestros hermanos!

—La información ha sido imprudente y es verdad que no la controlé, pero la sangre no llegará al río, ya verás —volvió a justificarse el dueño de *La Crónica*.

—De momento, lo que quiero ver es esa cripta. ¡A eso he venido! —porfió Tellería—. No me iré hasta comprobar si de verdad existe ese pretendido escondrijo masónico donde se sacrifican mujeres a nuestros libidinosos apetitos.

—Me temo que para ver la cripta deberás esperar a que llegue el comisario —condicionó Falomir.

—O el subdelegado del Gobierno, si se presenta antes que él. Acabo de llamarle. ¡Ya me conoces, Flo! A diferencia tuya, Bernardo —añadió Tellería, dirigiéndose, todavía con la misma acritud, al primogénito de los Salazar-Stewart—, el subdelegado sí me ha cogido el teléfono. Se presentará de un momento a otro y… ¡Por Dios o por el diablo que he de bajar con él a esa catacumba de los horrores!

—Mientras ustedes siguen discutiendo, yo iré a girar una visita a mi amigo Dalmi, del ultramarino de la esquina —dijo Falomir sin perder la sonrisa; cualquiera que no lo conociera pensaría que cuanto más tortuosa se volvía la escena más disfrutaba—. Antes de dejarles, otra cosa más, Cándido.

—Tú dirás, Flo.

—Además de masón, algo que yo no sabía, eres también hermano del Cristo del Soberano Poder. —El detective señaló la entrada de la hermandad, contigua al quiosco, a tan solo cuatro pasos en la misma acera. Su puerta estaba cerrada y sus luces apagadas; no parecía haber nadie en el interior—. ¿Os reunís aquí?

—En efecto, esta es nuestra sede.

—¿Muy a menudo?

—De Pascuas a Ramos.

—¿Cuántos integráis la hermandad?

—Unos cuarenta.

—¿El local tiene sótano?

—Sí.

—¿Para qué se usa?

—Para casi nada. Carece de ventilación y los techos son muy bajos. Para guardar algún trasto, poco más. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Comunica con algún otro espacio?

—Que yo recuerde, no.

—¿Tiene alguna otra puerta, además de la que lógicamente le comunique con la planta baja?

—No.

—¿Estás seguro, Cándido?

—Lo estoy.

—¿En qué está pensando, Falomir? —preguntó Emilio—. ¿En que el sótano de la hermandad podría comunicar con la cripta?

—Me ha leído el pensamiento, Emilio —afirmó alegremente Falomir, como si a cada observación de sus interlocutores mejorase su estado de ánimo—. Ahora sí les pido disculpas. Tengo que irme, como les decía.

—¿Adónde, Flo?

—Primero al colmado de la esquina para pedirle a Dalmiro Linares, más conocido como Dalmi, que me endulce la mañana con turrón de Cádiz. Lo he probado y me parece adictivo… y luego quiero ir a la Camisería Tinoco, Cándido, porque, como puedes ver, se me están cayendo dos botones de los bolsillos de esta guayabera que les compré. En cualquier caso, les veré dentro de un rato. No demasiado, porque a mediodía debo tomar un tren. Para entonces, espero haber resuelto este misterio.

«¿Se habrá vuelto loco?», pensó Cándido Tellería, viendo alejarse a Falomir hacia el ultramarino de la esquina.

9:30

—¡La que se va a armar! —exclamó Dalmi. Justo cuando se disponía a levantar la persiana de su colmado, dos vehículos policiales habían irrumpido con sus sirenas en la plaza de la Candelaria.

—¡Comienza el espectáculo! —comentó alegremente Falomir.

De uno de los coches hicieron bajar a Horacio Manso. El comisario Castillo, el inspector Ponce y un tercer hombre con un severo traje negro entraron con él al número 4.

—¡Es el subdelegado del Gobierno! —Dalmi acababa de identificar al del traje oscuro—. ¡Se está cocinando algo gordo! Voy a acercarme a ver.

—Ande usted, Dalmi.

—Pero no sé qué me da dejar la tienda abierta…

—Yo me quedo de guardia.

—¡Muchas gracias! Regreso en un minuto.

Apenas el tendero se había alejado por la acera, Falomir entró al ultramarino y bajó directamente las escaleras que llevaban al sótano, un espacio oscuro y húmedo que se iluminó a medias cuando el detective logró encontrar el interruptor que encendía un parpadeante tubo de neón.

Sin pérdida de tiempo, Falomir se acercó al viejo horno de pan, adosado al muro del fondo. De grandes dimensiones y encalado por fuera, era troncocónico como un iglú. Junto a su estructura, el olfato del detective se activó porque el olor ácido que había notado en la planta de arriba durante su primera visita al colmado de Dalmi era allí abajo mucho más fuerte. Ahora sí lo identificó: olía a cemento. A simple vista, restos de su aplicación hablaban de una reciente reparación en el horno del panadero. Falomir pasó la yema de un dedo por los goterones caídos en el suelo y la lamió; ya no le quedaron dudas. Acto seguido, se agachó y asomó a la campana de requemados ladrillos refractarios donde antaño se cocerían rosquillas y hogazas.

Al fondo de su bovedilla, cerrando la cavidad del horno, el detective pudo ver una pared de ladrillos nuevos armada con cemento fresco. Era una obra muy reciente, tanto que no había secado aún.

Falomir apagó el neón del sótano y subió a la tienda. Justo en ese momento regresaba Dalmi.

—¡Hay decenas de policías! Se está preparando una bien gorda.

—No nos lo deberíamos perder.

—¡Vamos! —se decidió Dalmi, cerrando la puerta y guardándose la llave—. ¡No todos los días sucede un acontecimiento como este! ¿Quién nos iba a decir que ese ridículo hombrecillo, Horacio

Manso, era un asesino en serie?

—Nadie, desde luego —coincidió Falomir—. ¡Démonos prisa! Intentaremos coger asiento de primera fila.

10:00

La subinspector Zamora no había entrado al patio. Seguía en la acera, intercambiando impresiones con los agentes de vigilancia.

Falomir la abordó. Gracias a su autorización, Dalmi y él pudieron entrar a Candelaria, 4.

Varios vecinos estaban presentes, se habían congregado alrededor del pozo y al pie de las escaleras. El representante de la empresa de ascensores y los dos operarios, Braulio y Pepillo, habían sido convocados por la Policía para facilitarles el acceso al subterráneo.

A la derecha de Guillermo Goliarte estaba su tío Julio, padre de la desaparecida Esther. Desde su domicilio en la plaza del Palillero se había acercado a casa de su primo para comprobar si las noticias que se estaban dando respecto a la identidad de los cadáveres hallados en la cripta arrojaba alguna luz sobre el destino de su hija. Idéntico propósito debía de animar al también presente Enrique Alsina, padre de Elisa, otra de las chicas cuyo desconocido paradero seguía angustiando a sus familiares.

Frente a ellos, ante la obra del ascensor, con un agente a cada lado y la cabeza gacha, Horacio Manso permanecía en silencio, abatido.

Antonio Castillo impartió una serie de instrucciones y ordenó que bajasen al sospechoso a la cripta.

El comisario estaba convencido de que, delante de los ataúdes, a la vista de sus momificadas víctimas, Horacio se derrumbaría y confesaría sus crímenes, explicándoles cómo había secuestrado y matado a aquellas tres mujeres y por qué lo había hecho. En la mente de los policías iba ganando peso la hipótesis de que también Casilda López Manso había estado allí, secuestrada en la cripta, pero que, de alguna manera, había conseguido escapar del subterráneo, librándose de ser encerrada viva en un ataúd. Lo cual no había evitado, por desgracia para ella, que encontrase poco después la muerte.

Durante toda la pasada noche, Policía Científica y forenses habían estado trabajando en la cripta y explorando los pasadizos de un laberíntico espacio que acaso, coincidiendo su perímetro con el del antiguo convento de monjas derribado en el siglo XIX, podría extenderse bajo toda la superficie de la plaza.

Con ayuda de un cristalero se habían retirado las cubiertas de vidrio que cerraban herméticamente los féretros, pero los cadáveres de las tres mujeres, salvo para tomarles algunas muestras, no se habían movido del interior de los toscos ataúdes de tablas, a la espera de trasladar hasta allí al propio Horacio e interrogarlo delante de los cadáveres de sus víctimas.

10:30

Mientras se alargaba la espera, otros vecinos y algunos curiosos más siguieron concentrándose en el patio de la casa.

Bernardo Salazar-Stewart y Cándido Tellería habían conseguido entrar al patio apelando a sus contactos con el subdelegado del Gobierno.

Túbal Ugarte, el secretario de Feduchy, había bajado las escaleras y se había colocado junto a Dalmi y Falomir. También habían bajado el viejo Goliarte y Francisco Luna, el juez, cuya expresión traviesa, infantil, denotaba que todo aquello no era para él sino un puro juego.

Desde la plaza, tras mucho insistir, lograron entrar al patio de Candelaria tres periodistas de diferentes medios, a quienes los agentes de vigilancia no se atrevieron a impedir el paso.

—¿Qué estarán haciendo ahí abajo? —susurró Dalmi a Falomir —. ¡Llevan más de media hora en la cripta! ¿Habrá confesado sus crímenes Horacio Manso?

—Enseguida lo sabremos, Dalmi. Tenga un poco de paciencia.

—¿Cómo lo haría? —siguió susurrando el panadero al oído de Falomir—. ¿Metería vivas a esas mujeres en ataúdes de cristal? No he podido pegar ojo recordando la expresión de angustia de las calaveras, sus bocas abiertas, los dientes desnudos como emitiendo espantosos gritos que nos parece oír…

Habían transcurrido tres cuartos de hora de la bajada a la cripta cuando una ordenada serie de cabezas comenzó a emerger en hilera

por el oscuro socavón. En cuanto Horacio hubo puesto los pies sobre las ajedrezadas baldosas del patio, gritó a pleno pulmón:

—¡Soy inocente! ¡Están cometiendo un gravísimo error!

—¡Tiene razón!

Aquellas dos palabras, pronunciadas con firmeza por una voz que había sonado junto al pozo, parecieron flotar sobre los presentes y elevarse hacia la azotea de la casa como si, en lugar de estar ascendiendo, descendieran de un lugar donde la justicia se administraba con inapelables oráculos.

Sobrevino un silencio. Falomir, que era quien había exclamado aquellas dos palabras, lo aprovechó para seguir argumentando:

—Horacio Manso es inocente. No ha matado a nadie. El asesino es otro. ¡Están perdiendo un tiempo precioso!

Como impulsado por una de sus metafóricas flechas, el comisario se dirigió al brocal del pozo, donde estaba el detective. A un lado tenía a Dalmi y al otro a Emilio Castillo. El hijo del comisario tampoco había querido perderse la escena.

—¿Qué está insinuando, Falomir?

—No insinúo nada, comisario. Acabo de afirmar, y creo haberlo hecho con suficiente rotundidad, que este hombre, Horacio Manso, es inocente de los crímenes por los que está siendo señalado.

Castillo lo miró con una mezcla de irritación y condescendencia.

—¿Sabe algo que yo no sé?

—¿Qué está pasando aquí? —intervino incisivo el subdelegado del Gobierno. Era un hombre de expresión astuta, con un rostro rubicundo y una mata de pelo crespo color ceniza—. Dígame, Castillo, ¿quién es este individuo? ¿Y quién le ha dado vela en este entierro?

Ignorándolo, Falomir se dirigió a Castillo:

—A su pregunta, comisario, le responderé afirmativamente: es verdad, sé algo que ustedes no saben. Y ese algo me lleva a pensar que no fue Horacio quien secuestró y acabó con la vida de esas tres mujeres, y también con la de Casilda López Manso.

—¿Quién fue, entonces?

—Alguien que está aquí.

—¿En el patio? —reaccionó con incredulidad el subdelegado.

—Así es.

—¿Puede demostrarlo?

—Si me conceden cinco minutos, lo haré.

Otro tenso silencio cayó sobre la escena. Castillo decidió:

—Dispone de tres minutos, Florián. Ni un segundo más.

Falomir se lo agradeció con una inclinación de cabeza y dio algunos pasos hasta situarse en el centro del ajedrezado rectángulo abierto al cielo. Tras lanzar una mirada circular que pareció detenerse en cada uno de los presentes, se dirigió a todos:

—Aunque quisiera extenderme un poco más, acataré el mandato del comisario Castillo y no lo haré. Además, tengo un tren a las doce y no me gustaría perderlo. De modo que emplearé los próximos tres minutos, ni un segundo más, comisario, en demostrar quién asesinó a Carmela Aguilar, a Esther Goliarte y a Elisa Alsina. Lo intentó también con Casilda López, pero no lo consiguió, aunque en su huida tampoco Casilda lograra salvarse.

En la cara de la mayoría de los presentes se podía interpretar el escepticismo, si no la burla. El único que parecía creer en Florián Falomir era Horacio, a cuyos labios estaba aflorando una sonrisa.

Falomir continuó retóricamente:

—Para el filósofo medieval Nicolás de Cusa, el mejor estratega era aquel que, hallándose sitiada su ciudad, enviaba un mensajero por cada una de sus cinco puertas, que representarían a los cinco sentidos. Una vez reunida la información de los cinco mensajeros, o sentidos corporales, sería más fácil organizar una estrategia de defensa. Eso es precisamente lo que me propongo: reunir toda la información que mis sentidos han venido registrando en estas últimas horas. Comenzando por el sentido del oído, cuando la noche del viernes, estando yo plácidamente dormido, me despertó un fuerte ruido en mi habitación del hotel O'Higgins y…

El subdelegado saltó:

—Óigame, comisario, ¿durante cuánto tiempo va a permitir que se siga burlando de nosotros?

—Le quedan dos minutos, Falomir —le recordó Castillo.

En aquel delicado momento, Cándido Tellería intervino con decisión:

—¡Deberían escucharle! Florián Falomir trabajó conmigo en los servicios secretos. Respondo de su capacidad y de su sagacidad.

Falomir agradeció su confianza con un sencillo movimiento de cabeza y prosiguió:

—Como les iba diciendo, en la noche del pasado viernes desperté con el fuerte ruido de un motor. Eran las dos de la madrugada del sábado. Me levanté y me asomé al balcón, pero no vi nada. Aquel invisible vehículo, cuyo motor continuó encendido durante un rato, debía de estar parado en alguna calle cercana. Hacía un ruido raro, como un petardeo… Durante nuestra formación como agentes de inteligencia, tú lo recordarás, Cándido, hacíamos pruebas identificando sonidos que pudieran suponernos una amenaza. Practicábamos en la oscuridad, con los ojos vendados… ¿Lo recuerdas?

—¡Ya lo creo! —sonrió Tellería—. Tú eras particularmente bueno en ese tipo de pruebas.

—Sin embargo, no conseguí identificar la clase o modelo de aquel motor que seguía escuchándose en la soledad de la plaza y me volví a la cama. Un nuevo ruido, parecido, aunque no igual, me despertó a las cuatro de la madrugada y volví a levantarme. Esa vez sí vi al vehículo que lo provocaba: una furgoneta diésel, blanca, parada frente al quiosco El Convento… Su dueño es Emilio Castillo. Se encuentra aquí y le voy a pedir que no se marche, aunque en algún momento sienta deseos de salir corriendo.

—¿Por qué habría de hacerlo? —replicó Emilio, con un ligero temblor en la voz—. ¿Qué está insinuando?

—Afirmo que dentro de uno de esos dos vehículos, el que se paró a las dos de la madrugada cerca de la plaza, pero sin que yo pudiera verlo, o el que se detuvo a las cuatro frente a su quiosco iba Casilda López Manso. La raptaron en las inmediaciones de su casa, en la calle de San Juan, la trasladaron a esta plaza de la Candelaria y la metieron en la cripta donde ya habían sido torturadas y asesinadas otras tres mujeres: Carmela Aguilar, Esther Goliarte y Elisa Alsina.

Emilio Castillo palideció intensamente.

—¿Me está acusando de haber cometido esas atrocidades?

Falomir le repuso con total calma:

—Los mensajeros de Nicolás de Cusa nunca acusaban a nadie. Se limitaban a informar. Del mismo modo, mis sentidos corporales se han limitado a documentarme.

—¿A documentarle de qué, Falomir? —se impacientó el comisario, irritado por tan graves alusiones contra su hijo.

—Del interesante dato, derivado de mi inspección visual o segundo mensajero, el de la vista, de que en el sótano del quiosco de Emilio Castillo hay una vieja puerta parecida a esta. —Falomir señaló, tras el pozo, hacia la puerta del patio, primitiva entrada a los aljibes—. Puerta, la del sótano del quiosco de Emilio, que había sido recientemente abierta, o el quicio no estaría limpio y no habría colocado usted, Emilio, una pila de coleccionables delante, junto a maniquíes que llamaron mi atención, así como el colgante de una luna creciente que encontré en el suelo, y que es exactamente igual al que uno de los cadáveres de la cripta sigue llevando en su descarnado cuello.

—¡No está en sus cabales! —perdió los nervios Emilio—. ¿Vas a seguir permitiendo esto, papá?

Al comisario no debió de hacerle gracia que su hijo lo llamase «papá» en público, pero no fue por eso, sino por prurito y honestidad profesional, por lo que, en lugar de responder a la reclamación de Emilio, dirigió a su hijo una pregunta que le estaba quemando en los labios:

—El viernes no dormiste en casa. ¿Dónde pasaste la noche?

Emilio tragó saliva y contestó:

—De fiesta.

Falomir aprovechó para preguntar:

—Dígame, Emilio. ¿Era usted el hombre que salió de la furgoneta blanca a las cuatro de la mañana del sábado?

El silencio del hijo del comisario fue explícitamente afirmativo.

—¿Y quién era la mujer? —siguió interrogándole Falomir.

—Una amiga mía.

—¿Su nombre?

—Maisy Soneusse.

Maisy… Falomir conocía ese nombre. Era el de la chica africana con la que había pretendido quedar, pero que le había plantado. ¿Era pareja del hijo del comisario? Ahora fue el detective quien pareció momentáneamente desconcertado.

Emilio siguió diciendo:

—No podía llevarla a casa y la invité a mi librería para disfrutar de un rato de…

—¿Intimidad? —lo interrumpió el detective—. Lo que hiciera con esa señorita en el interior de su establecimiento no nos

incumbe, a condición de que esté viva. ¿Lo está?

Emilio ya no pudo contener su rabia:

—¿Quiere hablar con ella? Yo acabo de hacerlo.

—De momento, no será necesario, Emilio, gracias. Es suficiente con que haya reconocido que a las cuatro de la madrugada estuvo en su local en compañía de una mujer. ¿Qué hizo después? ¿Se marchó con ella?

—Sí.

—¿La dejó en su casa?

—Sí.

—¿Dónde vive Maisy?

—Cerca de La Caleta.

—¿A qué hora la dejó?

—Sobre las cinco o las cinco y cuarto de la madrugada.

—¿Qué hizo usted a continuación, Emilio?

—Fui con la furgoneta hasta el almacén para recoger los periódicos del día.

—¿Dónde queda ese almacén?

—Detrás de la estación.

—¿A qué hora estaba usted de vuelta en Candelaria, para descargar los periódicos y organizar su reparto?

—Sobre las seis de la madrugada.

Falomir asintió, como reafirmándose en la secuencia de sus movimientos y reflexionó:

—Correcto… Hora en que volvió a despertarme en mi habitación del hotel O'Higgins… Muy bien, Emilio… Para que podamos quedarnos definitivamente tranquilos con respecto a usted díganos con qué comunica la puerta al fondo del sotanillo de su quiosco.

—Yo tengo respuesta a eso —repuso en su lugar el comisario Castillo—. Ese local es nuestro. En vida lo regentó mi mujer. Desde hace unos años lo explota mi hijo Emilio. La puerta del sótano da a un antiguo caño que se cegó mal, convirtiéndose en nido de humedad, ratas y malos olores. De ahí que se instalara esa puertecilla y que…

—Hablando de olores, comisario —lo interrumpió Falomir—. Ese es precisamente mi tercer mensajero: después del oído y la vista, viene el olfato.

El subdelegado rezongó:

—¡Esto empieza a pasarse de castaño oscuro!

—Seré breve, no se impaciente.

—Le queda un minuto, Falomir —le apremió Castillo.

—Gracias, comisario. Soy el primer interesado en acabar cuanto antes para llegar a tiempo de coger mi tren. Les estaba hablando del olfato. El mío se activó en el ultramarino de Dalmiro Linares, aquí presente. Lo cual, Dalmi, no tiene nada de anómalo, teniendo en cuenta los exquisitos productos que atesora usted en su colmado, jamones y cañas de lomo, pestiños y bollos anisados. Pero el olor que mi pituitaria detectó en su establecimiento el pasado sábado por la mañana me recordaba a algo más ácido, a pintura, a barniz. Hasta que pude identificarlo: era cemento fresco. Para confirmar mi sospecha de que se había empleado cemento en su local me ayudaron un par de goterones visibles en el empeine de sus botas. Y hace apenas unos minutos, aprovechando su ausencia, la inspección que acabo de hacer de su antiguo horno de pan, en el sótano de su colmado, ha terminado por convencerme al activarme el sentido del tacto. La ancha y profunda boca de su horno de pan ha sido muy recientemente tapiada con ladrillos nuevos y cemento que mis dedos comprobaron que sigue fresco. ¿Por qué, Dalmi? ¿Nos podría explicar el sentido y la urgencia de tapiar su antiguo y desde hace tiempo en desuso obrador?

—Porque… —enrojeció el tendero; su habitual sonrisa se había desvanecido—. Cuestión higiénica… Las ratas…

—¿Por dónde entran? ¿Desde dónde? ¿Por algún conducto subterráneo?

—Supongo.

—¿Por algún pasadizo que pudiera comunicar con la cripta donde han aparecido los cadáveres de esas tres mujeres?

—No lo sé, ¿cómo podría saberlo?

—Para salir de dudas, Dalmi, no tendrá usted inconveniente en que mandemos derribar el murito de ladrillos que usted ha levantado para tapiar el obrador. Lo hizo a primera hora de la mañana del sábado, ¿verdad? Una vez que la Policía lo haya derribado comprobaremos con qué espacio, pasadizo o cripta comunica, y si la boca del horno es suficientemente ancha para que pasen dos cuerpos. El de una joven llamada Casilda y…

Falomir se encaró con Dalmiro Linares:

—Y el suyo, Dalmi.

En el silencio que prosiguió pudo oírse el graznido de una gaviota que sobrevolaba la azotea. Los ojos de Dalmi se habían empequeñecido y miraban a Falomir con torva expresión. Iba a decir algo, pero el detective no lo dejó hablar.

—Conocía bien a Casilda. La veía paseando por esta plaza de la Candelaria, sola o con su tío Horacio. Era una chica bonita y alegre, ¿verdad, Dalmi? Tanto que empezó a fijarse en ella más de la cuenta. A soñar con ella. A desearla. A imaginarla en su poder, indefensa y a su merced.

Las aletas de la nariz de Linares se dilataron como las agallas de un pez.

—No sé adónde quiere llegar, Falomir, pero conmigo no irá a ninguna parte. ¡Yo no tuve nada que ver con esa chica! Es posible que la haya visto alguna vez, como a tantas otras, pero nada más.

—Conocía a Casilda, Dalmi, la conocía muy bien. Casi podría decirse que vivía con ella, o no se dejaría usted su ropa, sus camisas y americanas en su casa de la calle Desamparados. Domicilio al que entraba con frecuencia, de día o de noche, en calidad de pareja de la madre de Casilda, Adela Manso. En el registro de su domicilio, la subinspector Zamora fotografió una camisa y una americana suyas en el dormitorio de Adela. La chaqueta es marrón, con rayas grises, del mismo color que los botones. Exactamente igual a otra que cuelga de las perchas de la Camisería Tinoco, donde he adquirido la guayabera que llevo puesta y donde usted, Dalmi, compró esa americana…

—Pero ¿de qué está hablando?

—Casilda era tan joven como las otras, ¿verdad?

—¿Qué otras?

—Carmela Aguilar, Esther Goliarte, Elisa Alsina… Muchachas inocentes, a las que usted veía por las calles y plazas cercanas, o por las casas, cuando repartía el pan, muchachas a las que atendía en su tienda… ¿Qué daño le habían hecho? ¿Por qué acecharlas?, ¿por qué seguirlas?, ¿por qué secuestrarlas? ¿Por qué arrastrarlas hasta su antiguo obrador, en el sótano de su colmado?, ¿por qué meterlas en su horno y bajarlas a una abandonada cripta donde torturarlas y encerrarlas en ataúdes de cristal? ¿Por qué dejar que agonizasen

vivas en esos féretros, intentando desesperadamente escapar, martirizadas por un diablo que les vendía altramuces, pestiños y turrón de Cádiz? ¿Qué ganaba usted con sus agonías, con sus muertes? ¿Qué placer le reportaba su dolor? ¿Qué clase de santuario estaba construyendo bajo tierra, Dalmi? ¿A qué infierno pertenece usted?, ¿cuál es el nombre del diablo que lleva dentro?

—¡No lo cogeréis!

Como si realmente estuviese endemoniado, Dalmiro Linares emitió un grito inhumano, se lanzó sobre el cuello de Falomir, lo derribó y siguió apretando su garganta hasta que entre varios policías lograron sacárselo de encima. Pero Dalmi, que parecía tener la fuerza de tres hombres, consiguió desasirse y exclamar:

—¡Nunca lo cogeréis!

Dando horribles gritos, intentó otra vez atacar a Falomir. El inspector Ponce se interpuso y consiguió derribarle de un puñetazo en la sien.

Al sacarlo del patio para subirlo al coche patrulla que lo trasladaría a comisaría, Dalmi todavía tuvo fuerzas para retorcerse, girar el cuello y gritar sordamente desde la casapuerta con una voz que parecía brotar desde lo más hondo del infierno:

—¡Nunca lo cogeréis!

Pero Florián Falomir, el comisario Antonio Castillo y, muy particularmente, Horacio Manso sabían que acababan de capturar al monstruo de Cádiz.

QUINTO DÍA

Miércoles 19 de febrero

8:00

Cuando despertó, a las ocho de la mañana de aquel miércoles 19 de febrero, Florián Falomir no supo dónde se hallaba. Tardó un larguísimo minuto en orientarse y comprender que estaba descansando en su propia cama.

Se levantó, tomó una ducha, eligió un traje de pana y, bien abrigado con su vieja trinchera, porque en Zaragoza hacía frío, fue a desayunar a la cafetería Mefisto.

Abierta en la plaza de Sas, junto a la céntrica calle Alfonso, desde allí podían verse las ventanas de los despachos de su agencia, Las Cuatro Efes.

Vicente, propietario, camarero y, durante la mayor parte de la jornada, único trabajador de Mefisto, le sirvió un chocolate con churros y se interesó por su estancia en Cádiz.

—Más corta de lo que habías planeado, ¿no, Flo? Porque…, ¿no pensabas tirarte una semana con tus clases de guitarra?

—La culpa la tiene el trabajo.

—¿La culpa o la suerte? Tal como está el país, tener trabajo es una fortuna.

—Según se mire. Trabajar para mí es un castigo, Vicente, ya lo sabes. Por eso, en cuanto puedo me bajo a verte para que me restaures el cuerpo y el alma con tus alimentos y buenos consejos. Distintos son los casos diferentes, originales, los que de verdad me apasionan, como el que acaba de suceder en Cádiz.

—¿Qué tal por allí? ¡Cuéntame!

—He tenido la oportunidad de echar una manita al comisario Antonio Castillo. Un policía honesto. Un veterano.

—Como nosotros, Flo.

—Tú, Vicente, no sé, pero yo no pienso jubilarme. Perdóname, ahora tengo que dejarte.

—¿Sin contarme tu nuevo caso?

—Un cliente quedó en llamarme a las nueve, tengo que subir al despacho. No llevo suelto, apúntame estos churritos. Si me ofreces algo apetitoso, en un rato bajaré a almorzar y te contaré la historia del monstruo de Cádiz y de sus atroces crímenes.

—Podría prepararte unos huevos con perrochicos y trufa, regados con garnacha del Jalón.

Las pupilas de Falomir se dilataron como frente a una excelsa visión.

—Eres un hombre persuasivo, Vicente, ¡me has convencido! Estaré de vuelta a las once y media. En Cádiz se come muy bien, pero tu cocina es más…, ¿cómo decirlo?, contundente.

—¿Eso es un elogio, Flo?

El detective le contestó con una sonrisa, se levantó con pesadez, porque la doble ración de churros le había cerrado el estómago, y, tarareando una coplilla del Beni de Cádiz, se dirigió al cercano portón de su agencia, cuyo rótulo, «Las Cuatro Efes», brillaba al sol como si, en vez de latón, fuera de oro.

9:00

Benita Cortés, su secretaria, le abrió la puerta y lo fue siguiendo por el pasillo con un fajo de papeles en la mano.

Aquella mañana, la joven cubana ofrecía un aspecto particularmente explosivo. Llevaba una blusa corta, una minifalda más corta aún y zapatos de tacón. Todo en blanco, lo que resaltaba su mirada viva, grande y oscura, y su brillante y morena piel mulata.

—Algún día podrías venir a trabajar con un traje de chaqueta, Beni. Tienes unos muy adecuados en la *boutique* de la esquina.

—No me alcanza el sueldo, Flo. Y no es por el calor que voy vestida así, sino porque me gusta y gusto a otros.

—¿Qué son todos esos documentos que llevas en la mano?

—De la gestora. Ayer tarde no me dio tiempo a pasártelos y corren muchísima prisa.

—¿Qué son? No me has contestado.

—Uno de cada cosa. Autorización de firma electrónica, renovación de web y antivirus, pólizas…

—¿De seguros?

—Probablemente…

—Tendría que hacerme uno de vida, antes de que me mates. Ni siquiera los has mirado, ¿verdad? ¡Sabes que aborrezco el papeleo, Beni! Uno de tus papeles en esta agencia consiste en poner orden en todos los papelotes que entran sin necesidad de consultar a Oliden, el gestor. Cada vez que le llamas me sube la factura.

—Se me acumula la faena. ¡Son tantas vainas y todas al mismo tiempo!

—Organízate como quieras, Beni, pero vuelve a llevarte esos papelicos. Necesito concentrarme.

—¿En qué?

Flo señaló una guitarra arrumbada bajo la estantería.

—Quiero practicar unos tanguillos, pero para ello debo estar solo y tranquilo.

—¿Estás de mal humor, Flo?

—¿Por qué iba a estarlo?

—Por tener que salir de Andalucía de estampida para venir a Zaragoza corriendo a trabajar. Eso irritaría a cualquiera.

—¡Todo lo contrario! Me considero muy afortunado por haber disfrutado de una ciudad tan maravillosa durante un intenso y apasionante fin de semana.

—Cádiz se parece a La Habana, ¿es eso verdad?

—La catedral, el malecón… Sí, es cierto, se parecen bastante.

—¿Las gaditanas son tan lindas como las habaneras?

—Algunas —afirmó Flo, pensando en Macarena Zamora.

Les interrumpieron unos pitidos.

—Está sonando el teléfono, Beni, ¿no lo oyes?

—Será Gumáriz.

—¿Quién?

—Blas Gumáriz, el cliente que te visitó ayer. El de los garajes. Tiene unos cuantos, y mucho dinero.

—Lo que no tiene es el menor interés.

—Sospecha que sus empleados le roban piezas.

—Seguro que lo hacen. Caso resuelto.

—Quiere contratarte, pagará bien. Quedó en llamarte, debe de

ser él.

—Está bien, pásamelo… Pero conste que lo hago por ti.

Benita corrió a su mesa para descolgar el fijo, pero no se trataba del mencionado Gumáriz, sino de alguien con acento andaluz que aseguraba representar al comisario provincial de Cádiz, Antonio Castillo.

—Al señor comisario le gustaría hablar con el señor Falomir.

—Un momentico. Veré si ha terminado su reunión y si está disponible.

Era uno de los trucos de Beni, demorar el acceso a su jefe como si fuera el hombre más ocupado del mundo. La joven cubana consideraba que esa estrategia le daba empaque a la firma y la ponía en práctica llamara quien llamase, así fuera un ministro —lo cual había sucedido más de una vez.

—Al loro, Flo. Pregunta por ti un mandamás. De Cádiz.

El detective dejó la guitarra, se sentó a su escritorio y empuñó un auricular antiguo, con un retorcido cable reptando entre sus carpetas.

—¿Falomir? —Era el comisario Castillo quien acababa de entrar en línea.

—¡Cuánto me alegra oírle, Antonio! No acabo de marcharme de Cádiz y ya les estoy echando de menos, a ustedes y a su ciudad.

—Mayor motivo para regresar, Florián. En cuanto haya pasado todo esto espero que pueda hacernos otra visita. Será un placer recibirle y atenderle como merece.

—Mi guitarra y mi salud se lo agradecerán. ¿A qué debo el honor, comisario?

—Se trata de una llamada confidencial, Florián, para informarle de los avances del caso. La hago en agradecimiento a su trabajo con nosotros. Su generosidad, su visión. Sin su ayuda no lo habríamos resuelto.

—¿Lo está, definitivamente?

—Faltan algunos flecos, pero ya son cuestiones de mero detalle. Los puntos oscuros, trascendentales, de los asesinatos se fueron aclarando a lo largo de la jornada de ayer. Interrogamos a Dalmiro Linares durante horas y confesó sus crímenes. Fue él quien secuestró, torturó y planeó la muerte de las tres mujeres desaparecidas, Carmela Aguilar, Esther Goliarte y Elisa Alsina.

—¿Operó de manera parecida en todos los casos?

—Sorprendía de madrugada a sus víctimas, las aturdía con un pañuelo empapado en cloroformo, las subía a su isocarro, las metía en su tienda y, a través de su viejo horno, las arrastraba hasta un pasadizo que comunica con la cripta, donde tenía instalada su particular interpretación del infierno.

—¿Las torturó?

—Todavía dormidas, las dejaba atadas a una cadena de la bóveda y las… Los forenses creen que las atacaba sexualmente. Cuando despertaban, delante de ellas se ponía a construir su ataúd. Pasados varios días, cuando ellas se encontraban muy débiles, las encerraba en su féretro y asistía a su agonía a la luz de las velas.

—Observando, contemplando morbosamente su espantoso fin…

—Eso es. ¡Puro sadismo! Jamás había imaginado nada parecido. ¿Usted?

—No, yo tampoco.

—Una vez más, comprobamos que la mente humana es capaz de cualquier cosa.

—¿A qué cree que obedecería la suya, comisario, la mente de Dalmiro Linares?

—Estaríamos hablando de un depredador sexual obsesionado con chicas muy jóvenes y supuestamente vírgenes. Nuestro equipo trabaja en perfilar los trastornos de su personalidad, traumas, obsesiones… En su casa, en el Pópulo, un piso normal y corriente, hemos encontrado cientos de estampas de vírgenes y santas martirizadas.

Falomir recordó:

—En el patio de Candelaria, en otras tantas hornacinas, había cuatro tallas de santas mártires, según me comentó Horacio.

—Lo sabemos, yo las vi. Esas cuatro esculturas estaban en casa de Feduchy, su propietario, en fase de restauración. Son réplicas de santa Juana de Arco, santa Inés, santa Teresa de Jesús y santa Engracia. Las cuatro eran vírgenes y murieron como mártires de pureza. Dalmi las veía a diario en sus hornacinas del patio de Candelaria, 4, cuando iba a repartir el pan. ¿Puede que llegaran a obsesionarle, que despertaran en él un deseo asociativo…? El número cuatro, desde luego, le obsesionaba… Se repite en las fechas, en los símbolos, en las víctimas: cuatro esculturas, cuatro

mujeres, cuatro ataúdes… El cuatro parece tener un significado anormal para él.

—Sin embargo, la relación de Dalmi con Adela, la madre de Casilda, era, en apariencia, completamente normal.

—Adela, según nos ha reconocido ella misma, llevaba manteniendo relaciones con Dalmiro desde hacía más de un año, pero no reparó en que su amante prestase a su hija una atención morbosa, que la siguiera, que la acechara. Jamás sospechó de él. En todo momento y lugar, Dalmi se manifestaba como un hombre amable, sociable, buen compañero, quizá, en el futuro, un padre para Casilda.

—Casilda logró escapar de la cripta. ¿Cómo lo lograría?

—Creemos que pudo zafarse de Dalmi cuando intentaba sujetarla a la cadena para, seguramente, violarla. Sus bragas y el sujetador aparecieron cerca de la cripta. Casilda huiría a la carrera por el pasadizo que se adentra en lo que queda del viejo convento sepultado: celdas, capillas, bodegas… En una de ellas encontramos sus zapatos. Estaban junto a la boca de un pozo de los llamados «de marea», que desciende todavía varios metros más. Por allí, huyendo de su perseguidor, debió arrojarse Casilda, cayendo a las aguas dulces de un acuífero bastante profundo, en el que se ahogaría. Nuestros buzos, acompañados por un experto espeleólogo a quien creo conoce usted, Ramiro de la Rosa —Falomir asintió; era el guía del beaterio de la calle Valverde que él había visitado con Ada Tellería—, bajaron por ese mismo pozo para descubrir un extenso acuífero extendido bajo la plaza de la Candelaria hasta la catedral, y encontrando una grieta de salida al mar a unos quince metros de profundidad bajo los bloques de protección, junto a la playa de Santa María del Mar.

—Grieta que expulsaría el cuerpo de Casilda.

—Así lo creemos. El oleaje y la corriente la depositarían en la arena de la playa, donde usted lo encontró.

Falomir asimiló esas informaciones y preguntó:

—¿Y respecto a la baraja de plata, se ha sabido algo más?

El comisario le explicó:

—El juego de naipes que Asdrúbal Ugarte entregó al duque de Cazorla en el aeropuerto de Jerez era falso. Su hermano Túbal, hábil joyero, hizo una copia en plata de baja calidad para engañar

al aristócrata. La verdadera baraja de los Borbones la tenía el profesor Feduchy en su domicilio de Candelaria. La estafa a los Salazar-Stewart fue urdida por todos ellos: por el profesor Feduchy y por los Ugarte. Zebulón le habló al conde de Cazorla de su existencia, despertando su deseo de comprarla para regalársela a los reyes de España. El propio Zebulón sugirió a Sebastián Salazar-Stewart que su hijo Asdrúbal ejerciera de testaferro suyo en la subasta de Nueva York para evitar la publicidad de su nombre. Y fue él, el propio Zebulón, quien, de acuerdo con los Orlov, los dueños de la galería, pujó en paralelo para aumentar el precio de la baraja y repartirse esos dos millones de dólares que el duque se vio obligado a desembolsar a través de su infiel testaferro.

—Gracias, comisario, y mucha suerte con esos flecos todavía por aclarar.

—Si se refiere al papel de Eulalia Gracia Montero, le diré que estaba obsesionada con Casilda. Le recordaba físicamente a su víctima del 2010, a Manuela Olivares, con quien Casilda guardaba un gran parecido. En el cerebro alucinado de Eulalia esa confluencia de elementos, los diez años de la fecha del crimen, la fantasmagórica reencarnación de Manuela en Casilda, más un naipe, con el símbolo de la espada, del que pudo apoderarse, configuraron una ilusión argumental, como si de alguna forma estuviera viajando hacia atrás en el tiempo para reconstruir los momentos previos al asesinato y decidir si volvía a cometerlo o no. Obviamente optó por esta segunda posibilidad, o habría atacado a Casilda, y no lo hizo. Se limitó a robarle el móvil y a esconderlo donde primero se le ocurrió, en una cubitera del bar, sin recuperarlo después ni examinarlo, hasta que usted lo encontró. El deterioro de sus facultades mentales, su desorientación y fracaso personal la condujeron tristemente al suicidio.

—Y ya me contará también qué descubren los psiquiatras en el fondo de la mente de Dalmiro Linares.

—Sea lo que sea, no creo que vaya a gustarnos.

—Eso es seguro, tanto como que usted y yo seguiremos combatiendo la violencia y el mal en todas sus manifestaciones.

—¡Que no todo sean deberes, Falomir! Entre batalla y batalla, quizá podamos sentarnos a tomar un Tío Pepe.

El detective se echó a reír.

—Con unas cañaíllas, tortillitas de camarones, pescaíto frito, cazón y, de postre, turrón de Cádiz.

—¡Hecho! Hasta la vista, Florián.

—Hasta muy pronto, espero, comisario.

Agradecimientos

La notable presencia de Cádiz en la trama requería de un conocimiento profundo de su arqueología, arquitectura e historia. Para cubrir mis lagunas han sido muy enriquecedoras, en cuanto a evolución de espacios, estilos y materiales de construcción, las orientaciones del arquitecto José Ignacio Fernández-Pujol, cuya sabiduría corre pareja a su amor hacia esta mágica ciudad.

Juan Miguel Pajuelo y Germán Gabarino me mostraron sus últimas intervenciones arqueológicas y contestaron mis preguntas sobre el fabuloso subsuelo gaditano: aljibes, cuevas, «pozos de marea», muelles enterrados o puertos sumergidos…

El espeleólogo Eugenio Belgrano me explicó el fascinante beaterio de la calle Valverde y me habló del acueducto romano, de pasadizos que comunicaban los antiguos conventos y de túneles que sirvieron para contraminar las murallas en la guerra de la Independencia.

Amigos, autores y familiares como Susi Cigüela, Jesús Maeso de la Torre, Camino Díaz, Carmen Moreno, José Luis y Ramón de la Rosa, Margarita Algarín, Rocío Flores o Juan Manuel Cabrera han contribuido a mejorar aspectos del texto y a hacer más agradables y productivas mis estancias gaditanas.

Finalmente, el artista, dibujante y pintor Pablo Fernández-Pujol asumió el reto de componer una portada tan inspirada como el sueño que me impulsó a escribir *La baraja de plata*.

Juan Bolea nació en Cádiz en 1959. Residente en Zaragoza, Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Zaragoza, en la especialidad de Historia Moderna. En el año 1982, su primera novela *El palacio de los jardines oblicuos* mereció el prestigioso premio de Novela Corta Alcalá de Henares.

A lo largo de los noventa aparecieron dos novelas muy bien acogidas por la crítica: *Mulata* (1992), ambientada en la Cuba castrista, y *El color del Indico* (1995), un relato que tiene como escenarios algunas costas del sudeste africano, y que fue reeditado en 2008.

El manager (2001) desvela, a modo de sátira, las interioridades de las campañas políticas y de la producción de grandes espectáculos. En 2003 apareció *El Gobernador*, una intriga de carácter psicológico que nos sumerge en los entresijos del poder político en España.

Con *Los Hermanos de la Costa* (2005), el autor dio un giro a su carrera, asumiendo las técnicas y el género del *thriller*, y saltando al plano internacional. Se trata de la primera aparición de Martina de Santo, inspectora de policía, en la ficción, llamada a resolver complejos casos criminales. *La Mariposa de obsidiana* (2006)

supuso la segunda entrega de una serie que ha merecido magníficas críticas. En otoño de 2007, vio la luz *Crímenes para una exposición*, la tercera novela protagonizada por Martina de Santo, con presentaciones en las Ferias del Libro de Guadalajara (México), Bogotá (Colombia) y Buenos Aires (Argentina). En 2008 siguió *Un asesino irresistible*. En 2011 *La melancolía de los hombres pájaro*, Premio Abogados de la editorial Martínez Roca (Grupo Planeta). En octubre de 2013 se publicó *El oro de los jíbaros* y en abril de 2016 la última y más reciente entrega, *El síndrome de Jerusalén*.

Con *Los viejos seductores siempre mienten* (2018) da comienzo la nueva una nueva serie de novelas cuyo protagonista es el detective Florián Falomir, de la que se han publicado tres más: *Sangre de liebre* (2020) y *La noche azul* (2021) y *La baraja de plata* (2022).

Notas

[1] Alusión a otra de las novelas de la serie, *La noche azul*. < <

[2] Alusión al título de otra de las novelas de la serie. < <